

**Luciana Zavattaro**

**La sombra de  
Tinta Negra**







*LA SOMBRA  
DE  
TINTA NEGRA.*

*La lluvia me trae recuerdos de ti; y es la más arraigada de mis tristezas... el más torturador de los dolores. Tu ausencia aun se anuda en mi pecho casi tan desgarradoramente que me deja sin aire. Es el recuerdo de tu existencia, en mi memoria la celda que me aprisiona... la espina que piso cada día, el llanto que fluctúa mis emociones cada mañana y las pesadillas con las que lucho cada noche... ¿volveré a verte alguna vez? ¿Realmente exististe en mi vida o sólo fuiste una mera ilusión? Hoy te amo más que nunca, pero sé que tú, en tu odio por lo que hice, jamás volverás por mí y lamentaré durante mi eterna existencia haberlo hecho...*

*Te amo.*

## Prefacio

Interior de la Basílica de Lujan, Buenos Aires, Argentina.  
0.10 AM

Era muy tarde. La luz de la luna llena se derramaba sobre la basílica con una serenidad escalofriante.

El panorama era espectral, denso; hasta el aire, impregnado de aroma a cera quemada parecía tangible.

La bailarina, parada sola frente al altar, sabía que todos los peligros y experiencias vividas desde aquella lluviosa tarde de abril se reducían a ese momento. Finalmente se responderían todos sus interrogantes, a pesar del alto precio que eso representaba.

—Lisa... —susurró una voz.

Por un momento la bailarina sintió la seducción de la sorpresa, pero era consciente de que la imagen de La Virgen María, no era precisamente la que le hablaba.

No...

Una persona acababa de salir de uno de los nichos.

Lisa giró sobre sus talones. Estaba lista, aunque un leve temblequeo se reprodujo en sus extremidades como consecuencia de los nervios.

Miró a la distancia, tratando de acostumbrar sus ojos a la penumbra. En un principio, sólo distinguió un resplandor dorado suspendido en el aire. Flotaba... ¿o no...?

Allí había alguien. Su imagen no estaba muy definida, debido a las sombras... y eso era incluso más aterrador.

La figura que le devolvía la mirada estaba a casi ocho metros de ella. Era alta y de hombros amplios; o al menos así se veía en plena oscuridad. Lucía tranquilo pero expectante. Cargaba una lámpara de aceite y la mantenía erguida a la altura de la cintura.

Después de tanto tiempo... tantas muertes... tantas preguntas... había llegado el momento de la verdad.

La ansiedad le bloqueaba la respiración. Su diafragma parecía acalambrarse.

El sujeto, escoltado por las estatuillas que observaban la escena desde las alturas, avanzó con paso lento pero decidido hacia la luz que salía del altar y finalmente se reveló.

Entonces las nubes taparon la luna.

—Te he estado esperando, mi querida Reina Verde —dijo.

Lisa se estremeció al ver su expresión, en todo su esplendor.

Era fantasmal... Era el asesino.

*VARIOS MESES ANTES...*

**CAPITULO**  
**-1**  
**Conferencia y ausencias...**

*Hotel Sheraton, Buenos Aires, Argentina.*

El reloj de la suite San Martín sobre la puerta indicaba las nueve y veintitrés minutos pm. Afuera llovía copiosamente y el viento nocturno arremetía sin piedad sobre los empapados cristales.

Paola Zoet tomó un trago de whisky en un intento infructuoso de relajarse y dejó el vaso vacío sobre la mesa.

Estaba a solo unos minutos de salir a dar una conferencia de prensa en el hotel más prestigioso de la ciudad de Buenos Aires. La rodeaban paredes claras, cuadros pintados al óleo y muebles antiguos de madera fina. El suelo era de mármol y del techo colgaba una lámpara de lujo espectacular. La exquisitez con la que estaba decorada la habitación con su enorme chimenea negra y varios jarrones con flores, era digna de admiración.

Aquel día una serie de eventos literarios poco frecuentes, debido a la magnitud que los caracterizaba, se habían celebrado especialmente por ella en varias de las librerías de Puerto Madero y Capital Federal... bueno, en realidad no por ella, sino por la publicación de su último libro.

Exhaló profundamente. Paola Zoet era una talentosa escritora argentina, con una trayectoria de treinta y seis años. Había dedicado su vida entera al arte literario. Amaba los policiales. Solía meterse de lleno en lo que se consideraban las investigaciones criminales más intrincadas; en una ocasión de hecho, se había puesto de novia con un comisario para acceder a unos archivos donde figuraba la historia de uno de los criminales más conocidos de Venezuela. Gracias a ello y a sus extraordinarias ideas, había enhebrado lo que hoy eran los BestSeller de Latinoamérica por excelencia y, con ello, ganado importantes premios en muchos países Europeos. El éxito se había disparado tras la publicación de su tercer libro; *“El Secreto del Prisionero Numero 27”*. Trataba sobre la desaparición de un convicto en una cárcel de máxima seguridad, que sólo había dejado una carta con encriptados numerológicos, escondida tras los ladrillos de una pared. A partir de entonces,

la mayoría de sus novelas habían sido reconocidas a nivel internacional.

Esa noche se hallaba allí porque el día anterior había salido a la venta su última novela; y era muy importante debido a que con ella cerraba su carrera, algo que habían hablado mucho con su representante y que había causado un gran revuelo en el ambiente y en sus fieles seguidores. La razón, hasta entonces, era desconocida para muchos. Sin duda alguna, sería una de las preguntas que le harían esa misma noche los entrevistadores.

La última novela se titulaba: *“Tinieblas en las Calles Porteñas”*. Trataba sobre un Buenos Aires oscuro y frío, azotado por fuertes tormentas eléctricas y varios bancos de niebla. Tenía como protagonista a una escultural bailarina nudista llamada Lisa, que...

De pronto, golpearon la puerta.

—Adelante —dijo Paola con voz calma.

La mitad de un sujeto con un aparato auricular colgando del cuello y una carpetilla con papeles en las manos apareció entre la hoja y la pared cuando la puerta se abrió.

—Es hora, señora Zoet —le comunicó el organizador—. En cinco minutos dará inicio la conferencia.

—Perfecto —contestó poniéndose de pie y estirándose la ropa.

Se dio un último vistazo en el espejo que tenía enfrente: vestía un saco rojo sangre, que hacía combinación con una elegante falda del mismo color. El cabello rubio y liso le caía hasta los hombros. Se lo echó hacia atrás con gracilidad. Presionó sus labios en un beso al aire para coloreárselos más y sonrió. No solía maquillarse a menudo pero Sara, su asesora de imagen personal, le recordaba siempre que una buena capa de rubor o lápiz labial demostraba amor hacia sí misma.

Abandonaron la habitación; el joven organizador guió a la escritora por un largo pasillo de alfombrado azul.

La trama de la novela había surgido en su mente una noche mientras leía una revista en la que aparecía una lista de los asesinos seriales más conocidos del mundo; entre los cuales se encontraban por supuesto Jack, el destripador, el hombre que había ocasionado la masacre en Texas y varios otros que a Paola le habían resultado interesantes como antagonistas en una historia, pero la pregunta era ¿qué había de sus razones? ¿Podría justificarse un asesinato?

Se masajeó los ojos sin dejar de caminar para calmar el ardor que le habían generado los flashes fotográficos de la tarde y se metió una mentita en

la boca para disimular cualquier indicio de alcohol. Bajaron en ascensor hasta el primero piso y tras caminar por otro largo corredor, llegaron finalmente a la sala de conferencias.

Cuando ingresó, la luz que irradiaban los focos de las cadenas televisivas, la cegaron. Le resultaba increíblemente dificultoso ver a los periodistas presentes en la sala, aunque sí escuchaba sus voces murmurando rápidas indicaciones, haciéndose eco de su llegada.

El organizador la acompañó hasta el panel con micrófono donde la esperaban su representante y el presidente de la editorial.

Sobre el panel había un vaso con agua para cada uno y algunos apuntes. Los dos hombres a su lado, hablaban excitados sobre la posible repercusión de la novela a nivel mundial y las expectativas económicas que tenían, claramente mucho más emocionados que ella.

*Si supieran que la cosa no iba por ese lado...*

—Bien, bien... Bienvenidos a todos. —dijo el organizador— La señora Paola Zoet responderá una pregunta por periodista...

Los camarógrafos echaron un último y rápido vistazo a sus cámaras y se posicionaron detrás para enfocarlos.

De pronto, todos guardaron silencio. Paola buscó algún rostro conocido entre la multitud. Necesitaba sentirse acompañada, pero desde un punto de vista más íntimo. Alguien que estuviese allí por ella y no por sus historias, alguien que pudiese ver a la persona y no a la escritora, que entendiese sus palabras como valores y no como un producto potencialmente exitoso...

No reconoció a nadie. Los flashes fotográficos y reflectores le nublaban la vista en parpadeos luminosos.

La realidad es no albergaba muchas esperanzas de que algún viejo amigo o familiar fuera a presenciar el cierre de su carrera; había perdido contacto con ellos hacía años...

“¿Qué hago aquí?” se cuestionó en un momento, tratando de no dejar en evidencia el cansancio que tenía. La sala abarrotada de hombres y mujeres con sus cámaras y cables se le presentaba como un frente de batalla al que debía sortear con inteligencia. Era la última conferencia de la noche, y de su vida probablemente.

Al cabo de un momento, mientras esperaba con las manos entrelazadas sobre el panel, la lluvia de preguntas comenzó. Gente de todos lados

consultaba nombres, si habría alguna escena de sexo, algún asesinato, algo que pudiera ponerlos a sobreaviso o que resultara una buena primicia para entregar al público.

La conferencia se extendió a lo largo de la hora previamente pactada; los distintos representantes de cada medio fueron poniéndose de pie por turnos para expresar sus dudas. Luego de un sinfín de ellas, no muy diferentes entre sí, ya que no podía revelar demasiados detalles sobre su nuevo libro, decidió ir cerrando, avalada por un guiño de ojos con su organizador.

—Bien, para ir terminando ¿algún otro? —marcó terreno el hombre.

—¡Sí, acá, Marcela Pérez de Radio 108.6! —gritó desde el fondo de la sala, contra la pared izquierda, una voz femenina.—¿Qué consejo le darías a los jóvenes escritores?

Paola se tomó en serio esa pregunta.

—Bueno, en primer lugar, mientras escriban olvidense de todo lo demás —dijo— Cuando lo hagan, no piensen en publicar, ni en la repercusión que va tener el libro. Ese es un error que cometemos muchos. Escriban y disfruten de la escritura. Yo siempre consideré que mis historias eran... tesoros, o más bien secretos. Publicar y que ustedes lean mis escritos era hacerlos participe de esos secretos. Los convertía a ustedes en mis cómplices.

La escritora se quitó las gafas y curvó los labios en una sonrisa picara.

—Por eso me demoró tanto esta publicación. Su valor era muy grande para mí. Necesitaba que llegara a sus manos, justo y sólo cuando ya no hubiera nada más para agregarle. Publicar un libro no es fácil, pero sí posible y también maravilloso. Y les confieso, esta noche, al entregarles este ejemplar, que me he quedado sin secretos.

Un fuerte aplauso brotó de la multitud, que observó cómo se despedía, con una sonrisa.

Afortunadamente la conferencia había salido bien. Se lo había hecho saber su representante, y lo sintió aliviada ella en su interior. Volvió a realizar el recorrido desde la sala en sentido inverso hasta su cuarto.

Entró en la suite. Tomó su cartera, guardó el libro en su interior y salió del lugar. Deseaba más que ninguna otra cosa poder regresar a su hogar. Era un pensamiento que había estado algo dormido durante la charla, y que ahora había cobrado fuerza nuevamente. El agotamiento mental la superaba.

Bajó al subsuelo en ascensor y se dirigió a su coche rojo; oportunamente estacionado cerca de la salida. Presionó el botón para desactivar la alarma y

al instante éste emitió un pitido.

Abrió la puerta y se metió en el interior del vehículo. La cartera aterrizó sobre el asiento del co-piloto. Encendió un cigarrillo y fumó de él.

*“Qué tranquilidad y silencio”*, pensó agradeciendo ese otro minuto de paz... Ya no tenía intenciones de estar más tiempo fuera de su casa. Ni siquiera se imaginaba sacando la cajilla de libros que tenía en el baúl del coche. Suspiró, sabiendo que la odisea finalmente había terminado.

Mantuvo el cigarro sujeto entre los labios mientras hacía girar la llave y la llevaba a la posición de contacto. Soltó el pedal del embrague hasta escuchar el sonido del motor poniéndose en marcha. Por el retrovisor pudo observar una tenue nube de humo, escapando del caño de escape, eliminando los gases excedentes de la combustión. Bajó la ventanilla y exhaló el humo del cigarrillo.

Avanzó hacia la salida.

El Citroën rojo ascendió por la rampa de circulación; las luces bajas del frente dieron aviso al guardia de su proximidad, quien abrió la compuerta de salida y dejó de verlo, tras dar un giro casi fantasmal bajo la intensa lluvia torrencial que se precipitaba sobre las calles de Buenos Aires hace tres húmedos días.

Paola creía pronto llegar a su departamento y poder relajarse en la comodidad que le otorgaba el mullido colchón de algodón que había comprado hacía poco. La rutina, es un condimento de la vida que nos acostumbra a repetir determinadas acciones, un sin número de veces, hasta perder el significado de las mismas. Los imprevistos se encargan de demostrar que esta rutina, a veces tediosa, es un lugar seguro, del que no siempre es bueno escapar. Su forma de ver las cosas cambiaría radicalmente debido a que la noche todavía le deparaba otro destino. Un destino del que ella era protagonista, y que la pondría a prueba. Un destino que lo cambiaría todo...

## CAPÍTULO

### 2-

#### La sombra.

*23:04 hs. Puerto Madero, Buenos Aires.*

Las calles estaban desiertas cuando el automóvil rojo se internó en ellas. Paola, que conducía a gran velocidad por una avenida poco conocida, lo veía a través del empapado parabrisas, donde las gotas de la lluvia torrencial parecían repiquetear cada vez más insistentemente. Hacía tres largos días que llovía sin parar. Buenos Aires se veía gris y oscuro. Y era evidente que eso no cambiaría hasta pasados, por lo menos, otros dos o tres días más. Las grisáceas nubes, entre las cuales se fusionaban chispazos de luz blanca y lejanos estruendos, demostraban una resistencia a irse increíble.

Paola recordaba que su padre le había dicho en una noche muy similar a esa, mientras estaban encerrados en los campos de concentración y los truenos de una tormenta pasajera parecían sacudir el firmamento, que un ángel sagrado estaba soldando las verjas doradas del paraíso. Que temer era insensato y que allí no había peligro.

Ella y su padre habían estado encerrados en una casa, previamente a su asesinato en la ESMA.

Como en aquel entonces tenía solo once años, sus recuerdos eran prácticamente nulos pero las palabras pronunciadas por su progenitor le habían quedado grabadas a fuego en la memoria, al igual que su herido pero sonriente rostro, semi-oculto por la luz de los relámpagos reflejada en sus frías mejillas. Desde entonces, su temor a los rayos había quedado en el olvido.

Sintió un dolor en el pecho al recordarlo y notar lo mucho que le habría gustado poder hablar con él de su éxito. Pensar en la vida de su padre, del que solo le quedaban pocos recuerdos, la fragilizó sentimentalmente.

Para olvidarlo, prendió el estéreo y puso un poco de su música favorita. Le desagradaba llorar o mostrar indicios de debilidad emocional, un hábito que intentaba mantener ante el público.

*“Pero ahora estas sola, Paola” se dijo.*

Colocó un CD de rock en la disquetera para despejarse, pero ese estilo

musical no era el apropiado. Al menos no para la ocasión. Cambió de idea e introdujo un nuevo CD; esta vez de música celta...

“Ah...” suspiró.

Poco congruente con el panorama que se desplegaba ante ella, repleto de edificios. Cerró los ojos un momento, dejándose llevar a un lugar de ensueño; de las enormes llanuras verdes, montañas imponentes surgían, perdiéndose a sí mismas en la humedad de las nubes. El lejano fragor de un río, diluyéndose en pequeñas cascadas se entremezclaba con la melodía... La naturaleza y las leyendas fusionadas místicamente...

Siempre había querido comprar una casita en lo alto de un cerro e irse a vivir allí, lejos de todo, pero la carencia de valor se lo había dificultado... ¿Quizás ahora que todo había terminado...?

Un bocinazo la atrajo abruptamente a la realidad. Una camioneta acababa de pasar en rojo.

“*Qué imprudente*”, pensó “*Después se preguntan por qué ocurren tantos accidentes*”.

Debía estar alerta al camino; la tormenta había convertido al asfalto en una trampa mortal. Apagó la música y buscó la radio pero no funcionaba debido la tormenta. Sólo se oía una frecuencia lluviosa. La apagó nuevamente frustrada.

—Que tormenta —murmuró para sí, un tanto sorprendida.

Los limpiaparabrisas del coche se movían de un lado a otro, quitando constantemente los rastros del diluvio y dejando, aunque sea sólo por un instante, la visión mejorada.

Redujo la marcha al llegar a la esquina para doblar hacia la izquierda. Soltó el pedal de aceleración, presionó el embrague, y tras mover la palanca de cambio, soltó el pedal izquierdo para aumentar nuevamente la velocidad. Se tomó la libertad de no detenerse en algunos semáforos, a pesar de habérselo criticado al otro conductor, hasta que llegó al cruce de una avenida con mucha frecuencia vehicular y se vio obligada a aminorar la velocidad.

Del otro lado, se divisaba la estructura de un puente muy antiguo. Debajo de él corría el torrente de un arroyo bastante profundo. Siempre estaba lleno de desechos residuales.

Dejó escapar un suspiro y tiró el cigarro por la ventana. Un destello de dolor inició su camino desde la base del cráneo, envolviéndola lenta pero efectivamente en un incomodo abrazo. Mientras esperaba que el semáforo

cambiase a verde, se frotó la frente con la mano izquierda e intentó olvidar la importancia que aquel día había tenido para ella y para su vida. Miró hacia delante. Las gotas seguían cayendo sobre el cristal y tamborileaban sobre el techo del vehículo.

Mientras estaba allí, pensó en su novela y en lo liberada que se sentía en ese momento luego de tanto estrés. Meneó el cuello para descontracturarlo y posó sus manos sobre el volante. ¿Qué le depararía la realidad a la que estaba soltándose? ¿Y qué sería de su vida ahora que planeaba vivirla en días y no en hojas de papel? Suspiró, sin respuesta, temiéndole al acechante destino.

Le pareció que el semáforo funcionaba defectuosamente. Estaba tardando más de lo habitual en cambiar a verde. Tal vez la tormenta había afectado su circuito.

Cansada de esperar, escrutó el cruce para comprobar que ningún otro vehículo se estuviese aproximando. La calle estaba desierta. Las únicas luces que distinguió eran las amarillentas de dos coches y un colectivo vacío que se encontraban a lo lejos. Si se apresuraba a cruzar, el tiempo para llegar al otro lado le bastaría sin problemas.

Cuando bajó la mano para presionar la palanca de cambio, vio de soslayo, un destello color plata en los asientos traseros del vehículo. Lo más probable era que se tratara de los restos del papel aluminio, de la porción de pollo con salsa, que se había visto obligada a comprar esa tarde en un local de comidas rápidas para almorzar.

Comenzó a girarse para comprobarlo pero jamás imaginó que lo que verdaderamente se encontraba allí atrás, cambiaría de manera drástica el destino de su vida. Antes de poder moverse un centímetro más, un objeto metálico se posó sobre la piel de su cuello. La escritora se quedó inmóvil. El metal del arma estaba helado y la mano que lo sujetaba no emitía un solo temblor.

Levantó la cabeza, pegada al asiento. Se dijo a sí misma que debía permanecer tranquila. Alzó la vista y la dirigió en el espejo retrovisor, buscando ver reflejada la imagen del intruso. Pero detrás de ella sólo distinguía oscuridad, aunque era una oscuridad diferente; era corpórea. Solo se dio cuenta de eso porque la negrura natural del coche era un poco menos opaca que la de la que salía la mano con guante que sujetaba el arma. Cerró los ojos y se cargó de valor. Muchas veces había pensado en escenas como

esa para su libro y por análisis, sabía que si se trataba de un robo, era aconsejable no resistirse. Si el individuo quería llevarse algo, que lo hiciese. Sólo debía evitar que la lastimasen.

—¿Qué quiere...? —musitó.

El intruso la acalló enseguida presionando con algo más de fuerza el filo del arma contra su garganta.

Ella cerró los ojos, furiosa consigo misma. “¿Cómo entró en el coche? ¿Por qué no miré el asiento trasero antes de subirme?”

Siempre había sido una mujer muy precavida. Le dieron ganas de golpear el volante con el puño, pero se resistió...

El sujeto, con una escalofriante serenidad, acercó los labios a su oreja. El aliento que despedía era gélido. Tratando de respirar con tranquilidad, Paola fijó sus ojos en el espejo retrovisor. Todavía ignoraba qué quería. No se movió; no quería alterarlo de ninguna manera.

El espejo le devolvió el reflejo de unos ojos grises; brillaban determinantes al igual que en un gato listo para atrapar a su presa.

—Escúcheme muy bien —le susurró el sujeto al oído.

Su voz era siniestra y fría; casi de ultratumba.

—Está a punto de ocurrir algo terrible y no hay nada que usted pueda hacer para evitarlo... Tiene que saber que esta noche, el mundo como lo conoce, va a cambiar.

Paola, con la navaja ejerciendo presión sobre su garganta, tragó saliva. ¿Qué carajo quería decir?

—El final de la novela que escribió es sólo una versión errónea de la verdadera historia... El verdadero final aún no se ha escrito, pero usted lo verá muy pronto.

Tras advertirla, el individuo se echó hacia atrás y volvió a sumirse en las sombras, llevándose consigo el cuchillo y la frialdad de su respiración. Sus ojos grises dejaron de brillar. Abrió la puerta y salió del coche.

Paola todavía temblaba. Esperó unos segundos...

—¿Qué mierda fue todo eso? —musitó en voz baja, como si esperase que su mente le respondiera.

Durante un momento, había pensado que el sujeto era un demente, que se había equivocado de persona, aunque esa teoría se había desvanecido cuando mencionó una historia. Sin duda se refería a sus novelas; a una en particular.

Posó su mano sobre la palanca de cambio y levantó el pie para ponerlo

en el acelerador. Tenía que salir de ese condenado lugar. Arrancó a toda velocidad.

No se permitió recordar que había estado detenida frente a un cruce, y que el tiempo, si bien para ella se había suspendido, seguía transcurriendo. Luego de trasponer el semáforo en la posición que le indicaba lo contrario, un bocinazo resonó a su derecha, y un resplandor cegador bañó la escena. Cubriéndose la cara con el reverso del brazo, Paola atinó a girarse para ver qué lo causaba.

*“Mierda”, pensó...*

Sintió el impacto de un cañonazo y una violenta sacudida. Las ventanillas del lado derecho se redujeron a una lluvia de cristales.

En una fracción de segundos, debido a la inercia, su cuerpo pegó un latigazo hacia el lado izquierdo, rompiendo el vidrio correspondiente a la puerta del conductor con el parietal. Aterrada, levantó la cabeza y sintió que le brotaban varias gotas de algo tibio. Comprobó que era sangre al tocarse y mancharse las manos con aquella sustancia escarlata...

Pero la herida no era lo preocupante.

En medio de la conmoción, comprendió lo que estaba ocurriendo. El colectivo que hacía un momento había visto en la lejanía, estaba allí. Había embestido al Citroën brutalmente cuando ella lo hizo cruzar sin mirar.

*“¡Esto no puede estar pasando!”*

Levantó la vista lo más rápido que pudo. El vehículo, completamente abollado en la puerta trasera del lado del acompañante, se precipitó hacia delante con una fuerza increíble, girando como un trompo incontrolable sobre el resbaladizo asfalto.

*No...*

Paola vio lo que se avecinaba. Iba directamente hacia la banquina del puente. Intentó quitarse el cinturón de seguridad desesperada, pero debido a la torpeza con la que parecemos movernos cuando estamos cara a cara frente a la locura, fue incapaz de lograrlo. El coche caería por el abismo con ella adentro. El impacto desde allí era una muerte segura.

Presionó el freno de mano y oyó al instante el chirrido de las gomas del coche friccionando contra el suelo, pero de nada sirvió. La lluvia había cubierto al asfalto con una película de agua, que hacía muy difícil mantenerse estable sobre el mismo. Sabía que no se detendría pese a la buena calidad de las llantas.

Resignada, se sujetó del tablero y rezó por sobrevivir a la caída. Sintió una fuerte sacudida cuando el vehículo atravesó la banquina, y se inclinó hacia delante. En ese momento, la fuerza de gravedad se hizo presente.

El río absorbió al auto, obligando a la escritora a hundirse cada vez más en el asiento. La última imagen que almacenó su memoria fue la del parabrisas resquebrajándose al impactar brutalmente las aguas. Luego todo se volvió oscuro.

## CAPÍTULO

### 3-

### La Bestia.

*02:12 AM, Pilar, Argentina.*

*Hospital Psiquiátrico Adrob, Pabellón B5.*

El guardia de seguridad volvió a la realidad repentinamente. ¿Dónde estaba? Miró su entorno. Frente a él se desplegaba el pabellón B5 del Hospital Psiquiátrico Ingeniero Levingston, popularmente conocido como “Adrob”. El nosocomio más grande de la Argentina en la materia.

“*Que feo despertarse en un lugar así*”, pensó. El haber sido sustraído tan abruptamente del sueño y tener una buena provisión de lagañas en los ojos, le impedía una observación más detallada del ambiente. Tardaría un instante en reacostumbrar su visión al oscuro panorama.

Se frotó los párpados, y consultó la hora en su reloj de muñeca. Pasaban de las dos de la madrugada. Debía de estar haciendo el habitual visaje nocturno aunque Patricio, tal era su nombre, creía que no tenía mucho sentido abandonar su puesto. La noche estaba demasiado serena. Caminar de aquí para allá observando las cerradas, y debidamente aseguradas puertas de acero, requería un esfuerzo, que a su entender, era innecesario. Los locos, pues así solían llamar a los pacientes los guardias de seguridad, tomaban sus medicamentos para dormir cerca de las diez pm; de modo que consideraba inútil estar demasiado atento a sus comportamientos.

Durante las primeras cinco semanas tras su contratación como guarda de seguridad, Patricio había paseado por ese pabellón una infinidad de veces; debido a la obviedad de que le pagaban por hacerlo, pero en mayor medida porque le causaba temor dormirse con tantos criminales cerca. Había escuchado conversaciones de sus compañeros, asegurando que los psicópatas más peligrosos estaban recluidos en aquella sección; asesinos, violadores, reos de toda clase y nivel.

A Patricio aún le costaba creer que actos tan atroces hubiesen sido llevados a cabo en la realidad. Y con la misma facilidad con la que él solía dormirse últimamente si se lo ponía a pensar.

Se había encargado de comprobar la eficacia del sistema electrónico de seguridad y sus indicaciones en un entrenamiento con puntaje óptimo, por lo cual cualquier atisbo de miedo, había simplemente desaparecido.

Estiró las piernas sin levantarse de la silla, con breves temblores, desperezándose.

El pasillo estaba oscuro.

Afuera tronaba fuerte.

La mayoría de los guardias dormían en las noches y no registraban problema alguno. Patricio generalmente seguía sus pasos. A menos por supuesto que el director de la institución fuese a vigilarlos. Durante los primeros ocho días de cada mes, el psiquiatra, máxima autoridad del hospital, paseaba por los pasillos del edificio, asegurándose de que el personal completo cumpliera con su deber. En el transcurso de esos días, ni una sola persona dentro de la institución se atrevía siquiera a cerrar los ojos para pestañear de más. El director era muy estricto, y sus decisiones absolutistas, de modo tal que ante el menor indicio de desacato, solía aconsejarse pasar al día siguiente por el diario de clasificados...

Esa noche, el vigilante se había quedado dormido en su silla de metal, cerca de la puerta enrejada que conducía a la salida. Había estado observando la revista que uno de sus compañeros le había dado la mañana anterior. Las mujeres más sensuales, en posiciones excitantes le sonreían desde las páginas de la revista, que ahora yacía en el suelo.

Se frotó los ojos y se aplastó el cabello, mientras bostezaba. Desconocía qué lo había despertado, pero era irrelevante. No tardaría en volver a dormirse. Levantó la publicación del suelo y la enrolló. La guardó entre su cinturón y el pantalón, y se arrellanó en el asiento. Sus pensamientos estaban en plano astral aun. Echó la cabeza hacia atrás, pues estaba listo para volver a dormirse pero... algo lo puso en alerta...

Algo en la distancia...

Dirigió sus ojos hacia la última celda. Normalmente las cerraduras confirmaban el bloqueo con una luz verde fosforescente, pero esa noche... el destello del quinto dispositivo era rojo y parpadeaba.

De inmediato Patricio se puso de pie y encendió la linterna. Un nudo de ansiedad le atoró la garganta. A los guardias de seguridad de la institución se les daba un neutralizador. Si alguno de los internos intentaba atacarlos o escaparse, podían inmovilizarlos, para luego volverlos a encerrar, a fin de

evitar inconvenientes mayores. No podía menos que tener el suyo a mano, dadas las circunstancias.

Levantó la linterna y su único ojo alumbró retazos del oscuro pabellón, despertando a su vez extrañas formas proyectadas en el suelo y las puertas. Caminó, midiendo cada paso, en dirección a la última celda de contención.

La escalada de algo frío y pegajoso como es el miedo, trepaba por sus extremidades e iba cubriéndolo en una fuerte caricia, ralentizando cada movimiento, llevándolo a esa velocidad propia del terror, en la que uno siente como si se desplazara bajo el agua. No era para menos, dado que en esa sección los psicóticos eran los peores de toda la instalación. Contuvo la respiración; pensó si cabía la posibilidad de que solo se tratase de una falla electrónica. El sistema de cerraduras siempre había funcionado bien, era absurdo que estuviese fallando...

La luz de la noche se filtraba por las diminutas ventanas y trazaba en el suelo la sombra de sus enrejados marcos. Patricio, con los ojos abiertos de par en par, agarró firmemente el neutralizador que tenía sujeto al cinturón, junto a las llaves.

En el exterior había empezado a lloviznar.

Se asomó a la última celda.

No...

*¡Dios!*

Aquella preocupación que lo embriagaba repentinamente pasó a ser pánico. Y su sospecha, una certeza.

La puerta de acero estaba abierta...

—No... —jadeó.

Se giró con la linterna temblándole en la mano. Atinó a enfocar la puerta de salida del pabellón.

*Estaba cerrada...*

Imposible... Si hubiese sido abierta, tendría que haberse despertado. Las rejas generaban un ruido tremendo al moverse, debido a las ruedas que permitían desplazarlas, y al mecanismo mismo.

Por más terrorífico que fuese, el asesino debía estar todavía dentro del lugar.

Frente a esa situación, el guardia despertó de su parálisis, consciente del peligro en el que estaba. Corrió hacia el botón rojo que estaba en la pared contigua a la puerta de salida. Era su única oportunidad.

Presionó el botón con la palma abierta.

Una sirena se disparó con fuerza.

El chillido inundó todos los pasillos del edificio.

Por un momento, que todos fueran alertados, lo hizo sentirse menos desprotegido; una falsa sensación de seguridad que no podía competir con la del miedo.

Volvió a girarse para regresar a la celda e intentar mantener al interno en su lugar hasta que llegase la ayuda, pero todo ocurrió demasiado rápido.

Un rayo cayó en los terrenos de la instalación y el suministro eléctrico que abastecía al edificio, se cortó repentinamente.

Todo quedó oscuro.

Y entonces una enorme figura, llena de odio se abalanzó sobre él. En ese instante, Patricio sintió un dolor atroz en el rostro.

Cayó al suelo.

Tenía la visión entorpecida. Los oídos le zumbaban. Las cosas a su alrededor giraban de manera desorbitada. Un torbellino de colores oscuros desdibujaba la escena...

*¡No!*

Notó, mientras recuperaba un atisbo de sus sentidos, que la enorme bestia le sacaba el neutralizador y las llaves que permitían que las rejas se abriesen... Oyó sus propios gemidos, y supo que la situación era terrible.

Las verjas de seguridad que prohibían la salida del pabellón se abrieron. El estrepitoso desplazamiento reverberó en el vacío.

A punto de perder el conocimiento debido al sofocante dolor que le había generado la herida, Patricio rogó que los demás guardias pudiesen llegar al lugar a tiempo y lo detuviesen. Miraba la escena entre las manos, que en forma tonta intentaban detener la sangre que le brotaba de la nariz...

*¡No podemos dejar que se escape de la instalación!*

Un psicópata de esa calaña, recorriendo las calles haría presa del terror a la sociedad.

Escuchó entonces unos pasos a lo lejos, debajo del sonido de la sirena. Aterrado ante la perspectiva de que el asesino regresara para tomarlo de rehén, y así salir más fácilmente, Patricio volvió a intentar ponerse de pie. Pero tenía la ropa completamente manchada de rojo. Estaba recostado sobre un enorme charco de sangre. Preocupado por su estado de salud, se puso a rezar. Algunas extremidades del cuerpo se le habían adormecido, lo cual

indicaba que pese a la fuerza que pusiera en ello, le sería imposible levantarse.

02:35hs.

*Terrenos Hospital Psiquiátrico Adrob, Pilar, Buenos Aires.*

Los rotores de los tres helicópteros de búsqueda de la policía federal que surcaban el cielo esa noche, hicieron vibrar las ventanas más altas del monstruoso edificio. El capitán de la policía Federal, Néstor Pereyra, había enviado a sus dos mejores detectives al lugar y dispuesto todos los medios de transporte necesarios para atrapar al criminal. Los enormes focos luminosos que albergaban en su extremo eran la herramienta perfecta para encontrar a los prófugos que se ocultaban en las oscuras calles. El capitán siempre los ponía a disposición en situaciones como tales, ya que resultaban muy eficaces.

En tierra firme, sesenta metros más abajo, el reconocido detective Roberto Bartussi descendió de la patrulla estacionada cerca del jardín de la instalación junto a su compañero José Proech. Se abrió paso entre los guardias que custodiaban la entrada al Hospital Psiquiátrico mostrando su placa. El húmedo cabello negro y los ojos azules acentuaban a la perfección el color claro de su piel y las recién aparecidas arrugas que decoraban su frente y orillos oculares. Se apresuró a entrar para evitar mojarse. Todavía lloviznaba en el exterior.

Pese a haber estado trabajando durante más de quince años como detective, a Bartussi le dio la impresión de que esa noche sería diferente a las demás. Algo extraño impregnaba el aire del lugar. Era como si la calma de la lluvia adormeciese los sentidos, como si el viento trajera consigo un polvillo de somnolencia que nada que ver tenía con la poca iluminación del lugar. Se había quedado dormido en su oficina cuando el capitán Pereyra telefoneó para advertirles de la situación. Apenas había tenido unos minutos para lavarse la cara y tomarse un buen tazón de café. La cafeína era una aliada fiel durante las noches en las que lo requerían despierto. Sin embargo, si algo odiaba el detective Bartussi era que lo molestasen cuando dormía. Ahora estaba un poco malhumorado.

Un hombre de mameluco blanco hablaba con la nerviosa recepcionista dentro

de la instalación. Roberto se aclaró la garganta ruidosamente para hacer notar su presencia.

—Ustedes son de la policía, ¿verdad? —inquirió el hombre levantando una ceja inquisitiva.

Bartussi asintió. Sabía que la situación era grave y que debía ser muy rápido y minucioso al proceder. A pesar de que eso no contrarrestaba lo parsimonioso de sus movimientos.

El capitán le había dejado en claro que quería un trabajo impecable. Pensaba llevarlo con orden de tal manera, pero a la velocidad necesaria. Era de conocimiento público que diez de los más peligrosos psicóticos de la historia argentina, habían estado encerrados allí. Por desgracia, acaso el más dañino era el que había escapado. Y era fundamental, por órdenes estrictas del intendente Alonso (gran amigo del capitán de la policía), que nadie se enterase de la situación, ya que estaban en épocas electorales y un hecho como tal haría que su reputación cayera en picada.

—El doctor Caplan me dijo que los guiara hasta el pabellón. Síganme, por favor.

El hombre se puso a abrir unas verjas con su llave. Las manos le temblaban. Mientras aguardaban, Bartussi miró por la ventana el deplorable exterior. El césped mojado brillaba bajo la luz que irradiaban los postes de la instalación. “*Que noche tan extraña*” pensó. Sentía un malestar en el estomago, que no tenía explicación.

—¿A qué hora ocurrió exactamente el hecho? —preguntó repentinamente Proech.

—Cerca... de las dos y cuarto de la madrugada —respondió el guardia haciendo nerviosos ruidos metálicos con las llaves.— Al menos a esa hora fue cuando sonó la alarma. Todavía no hemos podido determinar con exactitud qué ocurrió.

—Probablemente sea porque determinar los hechos forma parte de nuestro trabajo —dijo a modo de aclaración, y añadió luego con un dejo de reproche— Como el suyo era vigilar a los internos, por supuesto.

Bartussi se mostraba ajeno a todo. Veía su propio rostro reflejado fantasmagóricamente en el cristal que daba a los terrenos. Las líneas de expresión se distinguían en su frente cada vez más y sus ojos ahora lucían cansados y opacos... pero eso iba más allá del horario y el cansancio... Estaba un poco descuidado. La barba rala, con sus puntillos blancos, le

recordaba que sus cuarenta y un años no venían solos. De nariz ancha pero recta, labios delgados, mandíbula prominente y cejas pobladas, el detective, todavía conservaba su atractiva masculinidad, a pesar de su edad. Más de una de sus compañeras en la central se lo solía recordar.

—Por acá, síganme. —dijo el guardia al fin tras haber abierto la puerta.

El detective se giró y junto a su compañero, caminó hacia el otro lado del pasillo. El largo sobretodo le ondeaba alrededor de los tobillos.

—Tengo entendido que había un empleado de seguridad vigilando el pabellón que fue violado.

El guardia vaciló. Casi podría decirse que se oyó el nervioso tragar de su saliva.

—Sí... pero no creo que pueda interrogarlo ahora, detective —se apresuró a decir tembloroso—. Por lo poco que sé... el asesino le asestó un golpe en la cara y casi lo mata. Está en estado crítico. Los médicos de urgencias continúan atendiéndolo.

—¿Hay médicos en el pabellón? —preguntó Bartussi, sin perder la calma—. ¿Qué más sabe usted de lo que pasó?

—Sólo sé que Patricio fue atacado con brutalidad. Parece que recibió un fuerte golpe en la cara. Tiene el tabique fracturado, casi incrustado dentro del cráneo. Habría muerto instantáneamente si llegaba a tocar el cerebro. Además, tiene un ojo muy comprometido. Es probable que lo pierda... —el guardia suspiró apesadumbrado, pero siempre denotando una gran tensión—. Es una pena. Patricio es un buen hombre. Comenzó aquí hace unos años pero realmente hace bien su trabajo.

Roberto intercambió una mirada con su compañero José, que todavía lucía irritado. Era gracioso como los guardias se cubrían entre ellos.

—Dígame una cosa, caballero... ¿Estos intentos de escape son frecuentes entre los internos? ¿Ha habido algún incidente similar durante este último tiempo?

—No, no, para nada. —dijo el guía.

Desde el exterior, llegaba el rumor de unos relámpagos.

—De hecho el mecanismo de las puertas electrónicas es muy confiable. Comenzaron a implementarlo aquí hace unos años y, la verdad, su eficacia nos ha dado una seguridad inestimable.

—Hasta ahora —se hizo oír José, nuevamente con la impronta de la censura en su voz.

El guardia asintió y frunció el ceño en un gesto de fastidio. Era evidente que estaba más preocupado por las repercusiones legales que conllevaría el escape sobre el hospital, que por el propio escape en sí.

—Es una mala noche para Adrob. Es decir, trabajo aquí hace casi doce años y nunca he visto algo semejante.

El detective Bartussi anotó algo en su libreta. José permanecía en silencio.

—¿Quién está a cargo del sistema de seguridad? —preguntó entonces mirándole la nuca.

—Eh... creo que hoy está de turno; Valentino Signit.

El guardia vaciló. Su actitud confirmaba aún más la teoría de que se cubrían entre ellos. Evidentemente había muchas irregularidades en aquel lugar, pero hasta el momento no sé habían tomado las medidas correctas por parte de las autoridades.

—Supongo que el pabellón está provisto de cámaras de seguridad. —asumió el detective.

—Sí, pero...—titubeó

—¿Pero...?

El guardia no respondió. Hubo un silencio incomodo.

—Es curioso que muchos de estos incidentes ocurran por una lamentable falta de profesionalidad de parte de los involucrados, pero eso no significa que no ocurran con preocupante frecuencia. ¿Existe la posibilidad de que la mitad del personal estuviese dormido u ocupado en otras cosas que prefiero no mencionar, cuando el escape tuvo lugar? —el detective miró sus datos— Tengo entendido que desde el centro de seguridad, los guardias pueden cerrar electrónicamente las salidas del pabellón si ven algo extraño mediante las cámaras. ¿Por qué no hay un asesino encerrado en ese pabellón ahora?

El sujeto no abrió la boca. Sabía que no podía dar una respuesta concreta a esa pregunta, al menos no una que los ayudase.

—Lo noto preocupado, joven... Sinceramente espero que logremos encontrar al fugitivo antes de que aparezca alguna víctima inocente, porque las consecuencias que puede haber no solo involucrarán a la instalación, sino también a todos sus trabajadores. Y ahí sí tendrá razones para estar preocupado.

Al cabo de un momento, llegaron hasta el final de un largo pasillo. Tenía

una impenetrable reja blanca, abierta hacia un lado.

—Es ahí —dijo el guardia señalando el lugar—. Pasen por favor.

Del otro lado, había un estrecho corredor con varias puertas de acero. Todas tenían un dispositivo fijo a su izquierda, con una cerradura y una luz verde, a excepción de la última.

—Esa debe ser la celda. —murmuró José.

En el suelo, muy cerca de ellos, se extendía un gran charco de sangre a medio coagular. Cuatro personas ataviadas de blanco, se hallaban agachadas alrededor de una figura que no se movía.

Parecían preocupadas.

—Asegúrese de que nadie salga del edificio ni toque nada —le ordenó Roberto determinante al guía que todavía estaba parado a su lado.

Entraron al pabellón y, cuando pasaron junto a Patricio, José hizo un gesto despectivo con los labios. Roberto se agachó para tomar un elemento que éste tenía enrollado en el cinturón, lo cual provocó que una de las facultativas se escandalizara. Se levantó sin prestarle atención, ayudándose con las rodillas, y lo sacudió un poco para sacarle la sangre que lo cubría. Se trataba de una revista pornográfica. La arrojó al suelo nuevamente, algo asqueado y se dirigió al director del manicomio, cuya persona, en ese momento se encontraba a un lado del cuerpo herido, hablando con los demás guardias de seguridad. Estaba bastante irritado.

—Buenas noches. —los interrumpió el investigador con voz estentórea. —Mi nombre es Roberto Bartussi y este es mi compañero José Proech. Trabajamos para la Policía Federal, en la división de inteligencia criminalística. Queríamos hacerle un par de preguntas.

—Desde luego, detectives. —accedió rápidamente el hombre y les hizo un gesto a sus empleados para que los dejaran solos.

José escrutó sus rostros mientras caminaban hacia la salida, buscando en ellos algún indicio de complicidad. Evidentemente no detectó nada extraño ya que no hizo comentarios.

—Usted es el director de la institución, ¿verdad, señor...?

—Caplan, Ricardo Caplan... —se apresuró a decir el hombre. Tenía un saco de paño blanco y debajo una camisa entreabierta, que denotaba la rapidez con la que se la había puesto— Y sí, soy el director del hospital... Por favor, díganme en qué puedo ayudarlos.

Los labios le temblaban. Roberto ignoraba si era a causa del frío o de los nervios. El señor Caplan era un hombre bajito y pelado, con unos lentes circulares de marcos finos y plateados; casi no se veían en la oscuridad. Pero pese a su estatura, parecía bastante inteligente.

—Bien, señor Caplan, la situación es muy delicada... —dijo extrayendo nuevamente la agenda del bolsillo, preparado para tomar nota de todo aquello que pudiera ser relevante para la investigación. —Tenemos un psicópata suelto, que como si fuera poco, además es un asesino... Si no hacemos un trabajo rápido y minucioso (dos palabras que casi nunca van juntas) podríamos ser culpables de la aparición de víctimas inocentes. Y no queremos eso ¿verdad?

—Por supuesto que no, caballero —aseveró el director frotándose nerviosamente las manos como si estuviese intentando entrar en calor.— Este hecho nos tomó por sorpresa todos. Apenas me llamaron, agarré el coche y vine, como corresponde. Y por supuesto, responderé todo aquello que sea de ayuda para encontrar a Tónitor.

El detective Bartussi asintió sin sonreír. En parte, agradecía la disposición del sujeto a colaborar. No tenía ánimos de forzar ningún tipo de interrogatorio, porque solían ser en los que más información valiosa perdía. Aunque era evidente que el sujeto trataba de disimular la preocupación que le generaba saber que él era el mayor responsable del incidente.

Parpadeó y se pasó la mano por la cara. Estaba dormido todavía. Otra taza de café caliente antes de salir, no hubiese estado mal.

—Usted entiende, por supuesto, que el interno número 76 no puede haber salido de la instalación solo ¿no?

El hombre lo miraba por encima de sus anteojos, pero no decía nada. Solo escuchaba.

—Si bien ya hay especialistas trabajando en su sistema de seguridad, asumo que aquellas puertas electrónicas no se abren por sí solas ni se averían fácilmente. Sería un desperdicio de plata ya que según leí, gastaron casi un millón de pesos en fabricarlas y traerlas desde Europa... En caso de que los investigadores encontrasen alguna falla, esto podría tomar otro rumbo. Pero sino... sólo nos queda pensar que alguien lo ayudó y como no sabemos quién es ese alguien, hasta el momento todos los implicados son sospechosos. Necesitaremos un listado con los datos de todos los trabajadores que estaban dentro de la instalación al momento del escape.

—¿De todos? —cuestionó alzando las cejas.— ¿Interrogarán a todos? Son más de ciento setenta personas.

Roberto demostró su sorpresa, sin disimulo.

—¿Tantas personas trabajan de noche?

El director se encogió de hombros e hizo un gesto que expresaba a las claras “¿Qué-quiere-que-le-diga?”.

—Tenemos una instalación muy grande, detective.

—Entonces supongo que será una noche bastante larga para los oficiales que deban interrogarlos.

El médico lo perforó con la mirada. Parecía exasperado.

—Detective, no quisiera meterme con su trabajo, pero en mi opinión, saber quién es el culpable no debería ser una prioridad ahora. Nuestro esfuerzo debería estar enfocado en ubicar a Tónit...

—Usted ocúpese de responder correctamente lo que le preguntemos, por favor —le pidió José, adelantándose y aseverando el rostro— Así nos facilitará el trabajo a nosotros. No necesitamos que nos recuerde la gravedad de la situación.

El director se desabrochó un botón de la camisa, que en esos momentos ya tenía bastante sudada. Cerró los ojos, respiró profundo y volvió a abrirlos.

—Puedo darles acceso al fichaje de todo el personal. Además de eso, ¿qué necesitan saber?

—Me dijeron que usted, además de dirigir la institución, es el psiquiatra a tiempo completo de los pacientes... —dijo Bartussi consultando sus datos— incluso de los más peligrosos.

—Así es, caballeros. —respondió echando los hombros hacia atrás— Mi trabajo demanda un riesgo muy grande que no muchos estarían dispuestos a realizar. Asumí la dirección de Adrob hace doce años por una petición exclusiva del ministerio de salud y la he manejado con excelencia desde entonces, con todas sus implicancias (no siempre positivas), porque creo que es una buena forma de ayudar a la sociedad a mejorar. Es mi granito de arena, en estos tiempos tan caóticos.

Se acomodó el chaleco con aire de suficiencia.

—Por favor, doctor. Ahórrese esos comentarios. No tenemos interés en escuchar lo que usted piensa de sí mismo. —le dijo José— Vinimos por un hecho mucho más grave que su propia autoestima.

El detective Proech era de esos hombres que odiaban tener que

solucionar los problemas que habían ocasionado otras personas, por falta de atención. Roberto sabía que estaba molesto y eso podía convertirse en un problema. José, irritado, era insoportable.

—Vaya al grano sin distraerse, por favor, señor Caplan. —le dijo Roberto intentando apaciguar las aguas— ¿En qué estábamos? Ah, sí. Hábleme del interno que escapó. ¿Cómo es su nombre?

—Su nombre completo es Ernesto Julio Tónitor.

Dijo las palabras, como si estuviese leyéndolas de su legajo.

—¿Y por qué estaba aquí? —preguntó Roberto.

El psiquiatra recordaba a la perfección la historia que le había contado la policía, porque era uno de los únicos datos que conocía sobre ese interno.

—Es una larga historia... —dijo rememorando la perplejidad que había experimentando por la falta de data que trajo con él.

—Pues tendrá que señalar los puntos importantes. Entenderá, sin duda, que debemos proceder lo antes posible. Detestaría ver el cuerpo sin vida de un niño junto a un zanjón por la culpa de un descuido.

El director tragó saliva ante lo que significaban aquellas palabras. Pero tenía un buen abogado respaldándolo. Sabía que en cuanto terminase la entrevista, debía comunicarse con él. Quizás debería haber hablado antes...

—La policía encontró a Tónitor junto al cadáver del ebrio que él mismo degolló, en un barcito una tarde de agosto del año 2000. Creo que ocurrió en Neuquén o... Mendoza. No estoy completamente seguro ahora.

—Continúe.

—Estaba en un estado de shock que nosotros llamamos catatónico letal con estupor disociativo. Tenía la mirada perdida, no mostraba indicios de estar consciente de lo que ocurría a su alrededor... Según los oficiales de la provincia, ni siquiera se resistió al arresto —resaltó recordando las palabras de la policía.— Los psiquiatras de la policía que lo acompañaron durante el proceso interrogatorio escribieron en el informe que Tónitor nunca dijo una sola palabra ni abandonó el estado de shock en el que estaba. Intentaron de todas las formas posibles evitar ir a juicio, pero la fiscal del distrito era amiga de la víctima o algo por el estilo. Al gobierno, claramente, le molestaba bastante el asesinato... No lo sé, no recuerdo bien ahora si el ebrio tenía algún poder particular (conexiones políticas internas)... Pero de nada les sirvió. No había confesión, ni testigos además de unos cuantos clientes aislados (dos hombres alcoholizados que no eran de fiar). Se determinó, entonces, que

Tónitor era inimputable. Lo trajeron aquí luego de eso.

—¿Y qué progresos ha hecho usted hasta ahora? Y por favor aténgase a hablar en términos claros —le dijo Bartussi, sacudiendo su bolígrafo en advertencia.

El director suspiró frustrado consigo mismo.

—Ninguno. —admitió algo avergonzado, negando con la cabeza. — Debo decir que me siento muy decepcionado respecto a este muchacho. He hecho hasta lo imposible por hacerlo hablar, quizás es con quien más he trabajado, pero nada da resultado. Es casi como si se hubiese perdido en algún lugar lejano, del que no puede volver de ninguna manera. Ni siquiera ha respondido a la medicación.

El detective Bartussi pensó que quizás era apropiado comunicarle al director de la institución que dados los hechos Tónitor sí había logrado regresar de su estado shock, ya que no le había costado en lo más mínimo escaparse del edificio, lastimando a uno de los guardias.

—¿Hay algún comportamiento extraño que usted haya notado estas últimas semanas en él, que lo haya llevado a pensar que podía pasar algo así?

—De hecho, no. Nada me habría hecho pensar que sería capaz de hacer algo así, pero Tónitor tuvo episodios muy violentos con algunos reclusos compañeros en los primeros años; ataques psicóticos brutales. Con compañeros fallecidos. Por eso lo trajimos a esta sección, para contenerlo. Es una bestia... Pero ahora que recuerdo...

—¿Qué?

El director levantó la vista y el cristal de sus anteojos quedó opaco por la luz que entraba por la ventana; sin embargo, cuando el hombre se lo sacó, Bartussi detectó un atisbo de resentimiento propio en su mirada.

—Algo extraño ocurrió hace dos semanas —dijo en voz baja, sin levantar la cabeza.

Los truenos seguían llegando desde el exterior.

El detective no mudó su expresión y escrutó al director. Su frente se había llenado de sudor.

—Continúe...

Parecía costarle mucho decirlo porque al hacerlo revelaba su negligencia.

—Por primera vez desde su llegada, Tónitor habló... —murmuró— Tendría que haberme dar cuenta de que debía de ser por algo... ¡Qué

ingenuo fui!

Aguzó los oídos para no perderse detalles de su respuesta.

—¿Qué es lo que le dijo exactamente? —inquirió mientras éste seguía murmurando improperios hacia sí mismo.

Se calló. A José le pareció que el anciano tuvo que hacer un gran esfuerzo para pronunciar el nombre.

—Lisa Stewart...

—¿Lisa Stewart? —preguntó José, impertérrito— ¿Sabe de quién es ese nombre?

—No. Tónitor jamás mencionó alguna otra cosa sobre el asunto. De hecho, ni siquiera volvió a hablar, aunque algunos guardias dicen haberlo escuchado lamentarse durante ciertas noches. Gritaba ese nombre —contestó con desdén.

Se concentró en las gafas y comenzó a limpiarlas con el puño de su atuendo

—Intenté hipnotizarlo para profundizar más en su pasado, pero mis tácticas no dieron resultado. Había vuelto a sumergirse en ese estado catatónico tan particular, que le impedía llevar a cabo mis instrucciones.

El detective ladeó la cabeza, queriendo relajar sus músculos trapecios.

—No quisiera seguir perdiendo mi tiempo aquí mientras podría estar buscando al fugitivo, señor Caplan. Hay una sola cosa más que quisiera que me diga —dijo Bartussi acercándose un poco más a él, como si fuera a preguntarle algo que no quería que nadie más escuchara. —Desde su experiencia profesional en psiquiatría y en análisis de la mente humana ¿podría decir usted que este hombre es capaz de matar a alguien más?

Los ojos del director se volvieron inflexibles.

—Sin duda alguna. Ahora mismo debe de sentirse completamente poderoso y lleno de adrenalina. Creerá que puede hacer lo que le plazca. Déjeme decirle que hay grandes probabilidades de su próxima víctima sea esa mujer que mencionó..., si es que existe.

El detective asintió.

—Gracias por su tiempo.

Bartussi y José caminaron hacia la última celda de contención a pasos lentos mientras el director regresaba con sus guardias y les daba un par de instrucciones.

—¿Y... qué piensas? —preguntó Proech, pasándose una mano por su

cabello, de color castaño claro.

—Aún nada. Pero ese nombre esconde algo. ¿Qué puede significar? — se preguntó a sí mismo con el ceño fruncido— Comencemos la investigación desde ese punto. Sospecho que la clave de todo se basa en esas dos palabras. Comunícate con la central y pídele a Gust que busque el nombre en la base de datos. Es un nombre común. Van a aparecer muchos, pero bueno, es un comienzo.

José asintió. Se sacó el radio del cinturón y se comunicó a través de él con su compañero. La respuesta crepitó del aparato un momento después, mientras el detective Bartussi sacaba una linterna del bolsillo de su sobretodo, y se adentraba en el interior de la pequeña celda. Los relámpagos inundaban de luz el interior del edificio, a tramos irregulares, produciendo la sensación al detective de estar viviendo en una película de terror.

Vio el interior de la celda, y confirmó estar en lo correcto; se le heló la piel. En las paredes azuladas estaba escrito en sangre decenas de veces el mismo nombre: *Lisa Stewart, Lisa Stewart, Lisa Stewart...*, y a su alrededor aparecían varios símbolos, también pintados con sangre.

—¿Qué es esto? ¿Un culto religioso? —preguntó asqueado José, entrando con su propia linterna.

Bostezó y tiró los hombros hacia atrás.

—Prepárate, José. Tengo la impresión de que esto va a ser un caso difícil.

## CAPÍTULO

### 4-

### El despertar.

La escritora caminaba descalza a través de un oscuro callejón. Sus paredes circulares, se encontraban en las alturas, otorgándole la apariencia de un túnel...

Aun tenía la visión borrosa.

Parpadeó buscando obtener una mejor nitidez, y entre la nebulosa que le atoraba los ojos, percibió una figura femenina no muy lejos de allí. Podía distinguir una melena rojiza. Decidió acercarse y notó que la mujer, parecía imitar sus movimientos. Denotaba cierta inseguridad, sus gestos torpes la delataban.

Había algo en ella que le resultaba conocido...

Cuando solo hubo un metro de distancia entre ambas, Paola lo entendió. No era que sus movimientos fueran similares. Eran sincronizados; el acompañante perfecto para el baile. Un espejo mostrando su otro yo.

Le había costado darse cuenta de ello en un principio, porque había diferencias mínimas. No parecía tratarse de un reflector común y corriente. Este entregaba características modificadas. Su cabello siempre había sido rubio, al contrario de esta versión rojiza y ondulada. Su rostro era jovial, su piel tersa y natural.

Lo que veía le fascinaba, y es que cada costado de su anatomía, parecía finamente delineado por manos diestras. Sus alargadas piernas, que remataban en una cadera bien proporcionada, prometían algo más que agilidad.

Los ojos de Lisa, quien era finalmente su reflejo, estudiaban el espejo con tanta extrañeza como los de Paola, su creadora. Sus irises, dos esmeraldas verdes, irradiaban una fuerza sobrenatural que amenazaba con llegar hasta el fin del mundo, en caso de ser necesario... La belleza de Lisa era sencillamente atrayente, femenina. Muchos la calificarían como hipnotizante.

Paola curvó los labios, todavía incapaz de creer en donde estaba y así también lo hizo su par.

Había pasado su vida entera descartando las ideas fantásticas que acudían a su mente, en un intento de hacerla cambiar de género. A su criterio

literario nunca contaban con argumentos suficientes para ser recreadas en una historia, y aun así, ahí estaba, siendo protagonista de una.

Debía tratarse de un sueño, pues ese personaje no era real. Ni siquiera era la inspiración física de otra persona. Solo una mera creación de su mente.

Ambas levantaron el brazo al mismo tiempo y unieron sus índices a través del espejo; aunque cuando se tocaron, no fue la frialdad del objeto lo que sintieron, sino el calor del tacto que mantenían.

El espejo empezó despedir un intenso resplandor blanco. Ambas se cubrieron el rostro con el brazo desnudo. La ráfaga de luz duró sólo un instante; sin embargo, las consecuencias fueron... extraordinarias.

Cuando Paola volvió a mirarse en el espejo, su reflejo sí era el verdadero o al menos eso pensó hasta que supo que ahora ella era...

Paola fue presa de una horrible pesadilla antes de despertarse y por un momento se sintió desorientada. Los parpados le pesaban como si estuviese muy cansada. Sacudió la cabeza intentando levantarse de la cama y estudió el entorno, pero esto sólo hizo que la duda y el mareo incrementasen.

*“¿Dónde estoy?”*

Una habitación común, con muebles de estilos burdos la rodeaban.

Se puso de pie. Si bien estaba segura de no haber entrado en aquel lugar nunca, por alguna razón le resultaba familiar.

*Espero estar equivocada y que todo esto no tenga relación con el sueño...*

Se dio media vuelta y examinó una vez más el entorno. Ahora sus pies descalzos sentían la frialdad de la superficie de madera. Era el suelo de tablones mediocre que tan bien conocía.

La realidad la abofeteó. Sintió de pronto algo parecido a un ataque de ansiedad. Empezó a respirar aceleradamente.

*“¿Podía ser cierto?”*

Se acercó a la ventana con lentitud, e incluso antes de correr las cortinas, supo casi con certeza qué era lo que hallaría del otro lado. Tomó lentamente la colorada cortina de tela de segunda mano y la sacudió hacia un lado. Unas vías abandonadas se divisaban junto al departamento, a través del empapado cristal...

*“Esto no puede ser”*

El descuidado camino del ferrocarril era exactamente como lo había descrito en su novela. Bordeaba el departamento de Lisa, ubicado en el segundo piso de una pequeña propiedad que pagaba al mes a una pareja de ancianos, dueños de un local de comidas internacionales.

*“¡Dios mío! Esto no es real”*

Retrocedió incrédula. Las piernas le temblaron. Se sostuvo de una cómoda rápidamente.

*“Es absurdo”.*

Las vías, esa mañana, eran bañadas por la fría llovizna matinal que abundaba durante los primeros días del otoño, sustituida luego de un tiempo por una siniestra cortina de niebla.

Aun así, en un comportamiento casi compulsivo, intentó corroborar que estaba equivocada y corrió hacia el baño pero incluso encontrarlo en el lugar en donde había pensado que estaba, acrecentó sus miedos. Se detuvo frente al sucio espejo, ciertamente dubitativa. Entonces ya no le quedaron dudas; una mujer de cabello largo, ondulado y colorado, ojos verdes deslumbrantes, piel clara y tersa y labios voluptuosos le devolvía la mirada. Tenía rasgos suaves; algunas pecas discretas decoraban su pequeña nariz.

*“¡Esto no puede ser verdad!”*

Desesperada, abrió con ambas manos las canillas. El agua clara chirrió al escapar por el orificio de salida y chocar contra el lavado de mármol negro. Paola no podía esperar. Se mojó el rostro varias veces. La frialdad del agua debía ser más que suficiente para despertarla de aquel trance.

*“¿Acaso me drogaron?”*

Sin embargo, al fijarse nuevamente en su reflejo, el espejo volvió a mostrarle la imagen de Lisa... Lisa... la protagonista de su última novela. ¿Podía ser cierto? ¿Tenía relación ese insólito hecho con su sueño? ¿Qué había pasado tras el accidente de coche? ¿Qué había pasado con Paola? ¿Había muerto al caer del puente y por eso ahora se veía como Lisa? ¿Era eso el mas allá? ¿O se había vuelto loca y todo eso formaba parte de una psicosis?

Volvió al cuarto y se quedó parada en la puerta mirando cada una de las cosas que descansaban en el interior de la habitación. Los muebles y la cama eran exactamente como los había imaginado al escribirlos. Las paredes color rojo escarlata y las guardas y esquineros verde agua, también.

Por un lado se sentía maravillada. Por otro, sentía miedo, una sensación similar a un ataque de pánico. ¿Permanecería atrapada allí para siempre?

Quizás... quizás el accidente de coche le había generado muerte cerebral y todo eso era parte de un imaginario. Pero se sentía demasiado real.

De pronto, otra respuesta la abofeteó.

El sujeto del coche...

Paola recordaba que poco antes del accidente un individuo misterioso había aparecido en el asiento trasero y le había dicho unas palabras:

*“Está a punto de ocurrir algo terrible y no hay nada que usted pueda hacer para evitarlo... Tiene que saber que esta noche, el mundo como lo conoce, cambiará”.*

Paola repasó sus palabras. Mientras más pensaba, más sentido tenía.

*“El final que escribió es sólo una versión errónea de la verdadera historia... El verdadero final aún no se ha escrito, pero usted lo verá muy pronto.”*

Dejó pasar unos segundos.

*¿Estoy realmente dentro de mi propia historia?*

El estado de confusión que experimentaba no tenía comparación a nada vivido previamente.

*¿A eso se refería el intruso?*

No sabía qué pensar. Se sentó en la cama de sabanas claras y miró las vías a través de la ventana, decorada borrosamente por una cortina de lluvia. El cielo del exterior era deprimente y gris. Reflejaba tristeza; una fría e inconsolable, casi como la que sintió ella al escribir el final de la novela...

Suspiró para olvidarlo.

No podía creer lo que estaba ocurriendo. No tenía a quien acudir, a quien pedirle respuestas. Tal vez... tal vez necesitaba cambiar algo dentro de la historia... algo como el final. Y por esa razón se encontraba allí. El individuo del coche lo había dejado en claro; *el verdadero final aún no se ha escrito pero usted lo verá muy pronto.* ¿De eso se trataba realmente? ¿Encontrar una conclusión diferente para la trama? Paola se tiró hacia atrás y su visión enfocó el ennegrecido cielo raso de la habitación.

Si bien sabía los peligros que su historia demandaba para la protagonista Lisa Stewart, cuyo nombre había aparecido escrito en la celda de un loco asesino ¿quería realmente volver a la realidad? ¿A esa realidad solitaria, en donde nadie la esperaba?

Permaneció recostada por un largo rato. Muchas teorías acudían a su mente. Una mas descabellada que otra... Ninguna la convencía demasiado.

Se levantó, fue hasta la cocina y buscó en la alacena una vieja botella de vino y un vaso. Se alegró de haber escrito en la novela, que Lisa compartía el mismo gusto que ella por el vino blanco. Se sirvió un buen vaso y se puso a tomar de él mientras miraba por la ventana:

*La lluvia me trae recuerdos de ti...*

Llovía como venía haciéndolo hacía varias madrugadas. Paola había decidido que así fuera mientras escribía porque en cierta forma, le recordaba sus pesares.

Se terminó el vaso de vino y lo dejó sobre la mesa. Le resultó extraño no recordar cómo continuaba la historia. Había tenido la oportunidad de leer su libro sólo en tres ocasiones; dos veces al terminarlo y una luego de editarlo. Sin embargo, al parecer el cambiar de cuerpo le había hecho olvidar ciertas cosas. Los recuerdos de Lisa ahora eran suyos y muchas de sus reales memorias habían desaparecido. ¿Qué debía hacer? ¿Aceptarlo? ¿Seguir como si nada? Pues no sería nada fácil.

El nacimiento de Lisa se remontaba veinticinco años en el pasado. Nacida en la capital de Mendoza, hija de un militar muy estricto y una pintora de poca monta que se ganaba la vida creando cuadros mediocres que no llegaban a más que a galerías callejeras. Lisa había crecido bajo la dura mano de un padre muy violento y una madre frágil y golpeada, que se refugiaba en los colores grises de sus acrílicos.

Luego de terminar sus estudios secundarios, se había visto forzada a estudiar medicina en una universidad muy conocida de la Argentina, sin embargo, supo desde el momento en que apoyó su cuaderno sobre el pupitre de la primera clase que ese doctorado no era para ella. Soportó dos años y medio tener esquemas de anatomía con decenas de nombres raros frente al pizarrón día tras día y cadáveres abiertos de par en par sobre mesas de exanimación, hasta que adquirió valor para desistir. Secretamente comenzó a tomar lecciones de actuación con el dinero que le daban sus padres. Era lo único que en realidad le apasionaba. De chica siempre había querido ser como las estrellas femeninas del mundo. Pasaba horas mirándose en el espejo de su habitación, con atuendos extravagantes, fingiendo ser otra persona.

Sin embargo, el ocultamiento de su cambio de planes no duró mucho. Una tarde durante una fuerte tormenta eléctrica, su padre había ido a recogerla

a la universidad, y descubrió, al hablar con uno de sus viejos profesores, que ella había abandonado los estudios hace tiempo.

—*Lisa no cursa medicina hace más de un año — le había dicho.*

Su padre había considerado aquel acto una traición a su nombre, una traición imperdonable. Parado como un sargento encolerizado, aguardó que la joven llegara a la casa. Tuvieron una gran pelea cuando ella entró a hurtadillas empapada a medianoche, una pelea en la que un golpe detonó su partida de la vivienda para siempre. La decisión de irse, no le causó ningún tipo de dolor. Al fin y al cabo, nunca había considerado aquel lugar un hogar, y mucho menos a aquellas personas, una familia. Lo complicado iba a ser encontrar un refugio donde hospedarse. Hermanos a quienes acudir no tenía y a otros familiares prefería no pedirles ayuda.

Llamó por celular a una vieja amiga de la secundaria desde la estación de trenes y se fue a vivir con ella a Buenos Aires, sin embargo, al llegar comprobó que las cosas ya no eran las mismas. Su compañera había cambiado mucho. Ahora consumía cocaína a diario y organizaba fiestas en las que abundaba el descontrol y la ingesta de drogas. No era un mundo en el que Lisa hubiese elegido vivir de tener otras opciones, pero viéndose sin alternativa, aceptó.

Le costó mucho resistir la tentación de no mimetizarse con la drogadicción en la convivía a diario, sumado a su infortunado destino, aunque fiel a sus ideales, logró evitarlo. Siempre tratando de recordar quién era.

Luego de unos meses comenzó a trabajar en un club nudista como mesera. Había sido recomendada por un muchacho que conoció en una de las tantas fiestas que su amiga organizaba en el departamento. El sueldo no estaba absurdamente sobre pagado como le hubiese gustado pero le bastaba lo suficiente como para subsistir a sus necesidades diarias. Lo único que Lisa odiaba era el tener que soportar a los molestos clientes que intentaban tocarla o aprovecharse de ella cuando iba a servirles.

Al ver esta curiosa reacción en el público, una tarde, el dueño del club le propuso a Lisa convertirse en bailarina. Tenía un cuerpo muy atractivo y a los clientes le gustaba; era perfecta para el trabajo. Cuando se lo propusieron, ella se negó sin siquiera pensarlo e incluso tomó el pedido como ofensivo. Pero el dueño del local no bajó los brazos y continuó insistiéndole durante el resto de las semanas. Muy inteligentemente, había implementado un atrapante discurso sobre la profesión. *“No es algo meramente sexual, Lisa, sino el arte*

*del deleite corporal, el arte de los movimientos sensuales*”, le había dicho. Como ella sabía que era un trabajo menos sacrificado y no parecía ser la perversión que había imaginado, decidió aceptar. Al fin y al cabo lo que ganaría sería el triple de lo que ganaba como mesera. Transcurrido un mes y medio, Lisa comenzó a entrar en confianza y a disfrutar del baile. Le habían hecho decenas de propuestas por sexo, ofrecido desorbitadas sumas de dinero, pero ella sabía bien quién era y sabía que aceptar sería pasar una línea, en la que ella consideraba que su dignidad sería vulnerada, de modo que se negó rotundamente una y otra vez.

Con el tiempo y unos buenos ahorros, decidió mudarse a un pequeño departamento cerca de unas vías abandonadas en una zona poco poblada de Buenos Aires. No era el lugar más agradable de la provincia, pero al menos tenía paz, que era lo que realmente buscaba. El sitio era perfecto para una persona tranquila como ella. Desde entonces había vivido allí...

Ahora, parada frente a la ventana de la cocina, Paola veía el fantasmagórico rostro de Lisa devolviéndole la mirada a través del empapado cristal.

*¡Qué locura!* pensó negando con la cabeza.

Una semana fue el período que Paola necesitó para aceptar la realidad en la que ahora estaba sumida. Había intentado llamar a la prima de Lisa, Judith, pero no había podido comunicarse con ella. La joven no había atendido el teléfono y Lisa sabía bien por qué. La última vez que se habían visto, habían sido protagonistas de una fuerte discusión. El marido de Judith, Javier, se llevaba muy mal con Lisa. Ella lo había visto en el club nudista en donde trabajaba, coqueteando con otra mujer. Su prima no le había creído una sola palabra cuando ella se lo comentó y se había enojado mucho argumentando que inventaba cosas para separarlos.

*“Eso me pasa por meterme en asuntos ajenos”*, se dijo suspirando.

Tomó el colectivo de las seis en punto con la mochila llena de ropa sujeta al hombro y se sentó en uno de los asientos individuales. Si planeaba hacer las cosas del modo correcto debía intentar no levantar sospechas sobre su nueva identidad e ir a trabajar como siempre, adoptando al personaje de Lisa como propio.

Se puso a leer el diario que había comprado en un puesto cercano a su casa. La lluvia bañaba el exterior del colectivo y las gotas tamborileaban

sobre su techo de metal.

Suspiró.

Nada interesante.

*“Las ediciones vienen cada día peor”*, pensó.

Ojeó un poco más, pasando el dedo por el extremo inferior de la hoja. Las páginas estaban llenas de tonterías sobre el espectáculo, peleas entre las personalidades del gobierno, publicidades de perfumes y cosas que realmente carecían de sentido. Cuando terminó de leer algunos artículos sobre cursos de actuación y canto gratuitos, y estuvo a punto de cerrar el periódico, un título le llamó la atención. Había escuchado algo acerca de eso en el noticiero, pero no le había parecido interesante. El título citaba:

*ASESINO PSICÓPATA ESCAPA DE HOSPITAL PSIQUIÁTRICO DE ALTA SEGURIDAD.*

*Si bien, muchos ignorábamos este hecho, descansando tranquilos en la calidez de nuestras viviendas, el domingo de la semana pasada, algo ocurría en la monstruosa instalación que está a sesenta kilómetros del centro de la ciudad. Esto es lo que nos decía el jefe de la Policía Federal Néstor Pereyra entre flashes de cámaras fotográficas esta mañana, en una sorpresiva conferencia de prensa que dio en las oficinas de la escuela militar del Palomar:*

*“El domingo, aproximadamente a las dos y quince de la madrugada, las alarmas del Hospital psiquiátrico Ingeniero Levingston comenzaron a sonar. La policía de la zona fue alertada de una posible fuga. Se ordenó la asistencia inmediata de los mejores policías que tenemos en la ciudad. Cuando éstos llegaron, en cuestión de minutos, confirmaron el escape de uno de los internos que permanecía encerrado en el pabellón B5 de máxima seguridad..., que antes de desaparecer, hirió gravemente a un guardia de seguridad, llamado Patricio Herrera que falleció al día siguiente.*

*Se llevaron a cabo todos los procedimientos policiales correspondientes ante estos casos. Varios helicópteros de búsqueda rastrearon las calles desde el aire, en conjunto con una decena de patrulleros.*

*Tras una serie de pruebas, llegamos a la conclusión de que el asesino fue ayudado por alguien del exterior. Hemos detenido a varios sospechosos*

*y, tenemos a otros siendo severamente interrogados. Mis mejores hombres están haciéndose cargo de la investigación. Y he ordenado que todas las calles de la provincia estén patrulladas las veinticuatro horas del día.*

*Hoy, estoy aquí para advertirles y pedirles precaución. Estamos enfrentándonos a un demente muy hábil. Por lo tanto, pedimos a la población ayuda. Los escuadrones de búsqueda ya están tras la pista de éste asesino. No pasará demasiado tiempo hasta que lo encontremos, de eso estoy seguro. Es muy probable que Tónitor esté refugiado en alguna vivienda familiar. Si es así, le pedimos a esas personas que por favor, llamen a la policía de inmediato. Tónitor es un hombre muy peligroso. Si alguien lo ve, debe comunicarse de inmediato con el 911. Pedimos extrema precaución. El rostro del recluso estará presente en todos los medios de comunicación a partir de este momento.*

*Gracias.*

*Luego de terminar el anuncio, el oficial a cargo se marchó de la escuela militar de Palomar en un helicóptero de las fuerzas armadas. Muchos han criticado su postura desde diversos puntos de vista, argumentando que este hecho debería haberse revelado mucho antes. Otros afirman que la situación es grave y que por esa razón la policía lo dice tan abiertamente:*

*“Las investigaciones como estas nunca son reveladas al público”, dijo un periodista conocido luego de escuchar el discurso. “Si lo hicieron es porque carecen de datos y porque encontrarlo les está resultando más complicado de los que podrían haber imaginado. Necesitan precaución en la sociedad para evitar muertes”.*

*Pues la verdad de todo esto se basa en algo simple y efímero. Más allá de las especulaciones de periodistas o gobernantes, la situación es una: hay un asesino psicópata suelto en las calles, cuyos rastros no pueden encontrar. Lo más importante ahora no es dudar de la policía, sino cuidarnos nosotros mismos si ellos no son capaces de hacerlo por nosotros...*

Lisa cerró el periódico. La recorrió una extraña sensación de escalofríos. Miró por la ventana el pasar de los negocios, bañados por la lluvia. Si bien supo desde un principio que la historia que estaba escribiendo se basaría en Lisa, nunca imaginó la fea sensación que experimentaría si

estuviese ocurriéndole a ella misma en la realidad. Lisa debía de estar aterrada. A Paola le hubiese gustado recordar si alguna vez ella y el asesino se encontraban en la historia, pero por alguna extraña razón, su cabeza estaba vacía.

Al cabo de un rato, el colectivo llegó hasta su destino y Lisa, con la mochila al hombro, bajó de él junto a dos ancianos y un joven estudiante que venía escuchando música con los auriculares.

“*Mierda*”, pensó cerrándose la chaqueta. Estaba fresco. La lluvia había hecho que la temperatura descendiera considerablemente. Apresuró su paso mientras oía el quejido del autobús marchándose y dejando tras él una grisácea y tóxica nube de humo.

La plaza estaba ocupada por los habituales carritos de vendedores de garrapiñadas y pochoclos y los linyeras que esa tarde se refugiaban bajo los árboles con sus trastos y restos de basura.

Lisa esperaba que la ropa que llevaba guardada en la mochila no fuese alcanzada por el agua. Si bien su trabajo no demandaba utilizar demasiados atuendos, el jefe siempre decía que las bailarinas debían estar impecables durante el show, fuese o no fuese poco lo que vestían. Los trajes no eran suyos y habitualmente permanecían en el vestuario que tenía en el bar, pero ya estaban algo sucios. Al fin y al cabo, sudaba bastante durante los Shows. La calefacción casi siempre estaba prendida. Como entrada, eso aumentaba la temperatura de los clientes.

Paola, aunque no lo había presenciado personalmente, podía ver en los recuerdos de Lisa, el rostro sorprendido de la mujer de la lavandería al contemplar el atuendo de enfermera y policía nudista que le había entregado tras sacarlos de la mochila.

Maldijo a las nubes al recordar lo que había gastado en lograr que la ropa quedase impecable. De haberse tratado de otro momento, el mal clima no le habría molestado, pero a esa hora era diferente.

Se volteó tras atravesar la plaza y vio a los ancianos abrazados, cruzando la calle bajo un paraguas azulado. También vio al joven estudiante; estaba comprándole unas garrapiñadas al sujeto del carrito.

Lisa volvió la vista hacia el frente y se concentró en llegar al otro lado. Las luces rojas de los autos se reflejaban en el húmedo asfalto.

Consultó su reloj. Todavía era temprano. Debía estar dentro del local a las siete y recién eran las seis y cuarto. Podía ir tranquila. Estaba a sólo un par

de cuerdas.

Haber comenzado a formar parte de la noche, había hecho que Lisa se ganara muchas enemistades. Su prima Judith, varias ancianas de la familia y algunos amigos de la secundaria con los que mantenía contacto regularmente, aseguraban despreciar la profesión que había elegido para subsistir. Durante los primeros días de ejercicio, incluso ella misma se había criticado a sí misma por estar allí. *“Podría estar haciendo cualquier otra cosa, quizás hasta haber seguido estudiando medicina”* Pero al tiempo se dio cuenta de que la profesión era perfecta para ella. Lisa siempre había querido ser actriz, llamar la atención de la gente mostrando su cuerpo y su talento, y no había tenido la suerte de acceder a eso. Entrar en el mundo de la noche, la había convertido en una especie de estrella. Se había ganado un importante lugar en la sociedad nocturna, respetable, algo que en su casa nunca había sentido tener. Sus padres jamás respetaron sus deseos. Al contrario, contribuían constantemente a alimentar la mentira de que carecía de talento y de recursos para llegar lejos. La habían forzado a olvidar sus sueños. Haberse ido de allí fue lo mejor que pudo haberle pasado.

*“Mejor ni recordarlo”.*

Ahora era libre.

Durante mucho tiempo había sentido que era nadie, que ningún ser vivo notaba ni valoraba su presencia... Siempre escondida en las sombras, en la oscuridad. Allí era diferente. La gente le prestaba atención a su talento; era deseada, apreciada. Y eso era primordialmente lo que la hacía quedarse.

Al cabo de unos minutos, Lisa dobló en una esquina y pudo ver a la perfección el local donde trabajaba, ubicado a media cuadra.

#### BAR JATNESS

Todavía estaba cerrado al público, aunque Paola sabía bien que adentro ya había varias personas preparándose para el show.

Cruzó la calle mirando hacia ambos lados y entró en el bar por una puerta que estaba colocada en un lateral del edificio, en una especie de callejón. Debía prepararse bien. Esa noche tenían que animar una fiesta que en la Argentina es conocida habitualmente como *“Despedida de soltero”* en la que varios amigos varones festejan el último día de soltería de uno de ellos. En los días posteriores, el sujeto, protagonista de la fiesta, se compromete al casamiento. Podría decirse que es la fiesta más alocada que puede llegar a

tener un hombre en muchos años. Aunque no siempre resultaba bien. Lisa recordaba que en una ocasión uno de los protagonistas, había dejado a su mujer, luego de conocerla a ella y a su show en el bar. Nunca más lo había visto.

Sonrió para sí mientras caminaba por el pasillo y escuchaba la puerta cerrarse detrás de ella. Al momento, reconoció a una de sus compañeras saliendo de uno de los vestuarios aledaños al suyo.

—¡Hola, Lisa!

—¿Milena, eres tú?

Le resultaba increíble estar viéndola. Parecía parte de un sueño. Encontrarse con las personas que ella misma había creado era algo que ningún otro escritor podría hacer jamás.

—Qué milagro... Llegaste temprano. —exclamó sonriendo.

—Sí, quería venir antes de que oscureciera. —balbuceó Lisa, sin prestarle demasiada atención. Se había puesto a buscar unas llaves en su cartera, con la simple intención de transfigurar la sorpresa. — Con sólo ponerme a pensar en esto del supuesto asesino psicópata suelto, se me eriza la piel.

Milena soltó una carcajada, mientras se sujetaba la panza.

—No te preocupes, linda —la calmó acomodándose el pelo. —Los asesinos no matan a las chicas nudistas. Hacen otras cosas con ellas.

Lisa no contestó el comentario. Estaba acostumbrada al tipo de humor característico de su compañera. Prefería quedarse callada a tener que darle su opinión al respecto.

—¿Leías... leías el diario? —le preguntó, al ver que lo llevaba enrollado bajo su brazo.

—¿Cómo? —inquirió desprevenida, elevando la cabeza.

—¿Si leías el diario? —repitió.

—Ah, sí. Lo compré recién.

Milena frunció los labios en desaprobación.

—¿Desde cuándo lees las noticias?

—Desde ahora. ¿Por qué? —inquirió con la vista fija en el interior de su cartera— ¿Está mal querer saber un poco más?

—Pues sí, querida. Estando aquí no necesitas estar informada.

—¿Por qué no? —preguntó.

Milena puso los ojos en blanco y suspiró.

—Porque tu trabajo demanda que te veas feliz, que los clientes sientan que disfrutas del baile —explicó haciendo movimientos de exasperación con sus manos.— Hoy en día la mayoría de las noticias que muestran los medios de comunicación son malas; aumentan los precios, el índice de violadores y asesinos que son liberados sin cumplir condena se incrementan como la pobreza misma, el tráfico de drogas traspasa las fronteras sin problemas, turistas compran tierras por dos centavos, el gobierno no hace nada... Hay una infinidad de cosas terribles que podrían estar pasando en el mundo, quizás en este mismo minuto, pero no por eso necesitas saberlo y menos en la previa del Show.

Al fin encontró la llave que buscaba en la cartera. Comenzó a girarla dentro de la cerradura, desesperada por huir del discursillo de su amiga.

—Mira, te doy un ejemplo ¿Escuchaste el caso de Emiliano Braquet?

—¿Quién?

—El tipo que violó y mató a esos tres niños. Salió en libertad por falta de pruebas hace unos días.

La bailarina soltó un bufido.

—Dices que no quieres que me entere de estas cosas y terminas contándomelas tú. Prefiero no estar al tanto de esos detalles... Adiós, Milena. —murmuró agotada.

—Adiós...

Pero antes de irse, la mujer se percató de algo y se dio vuelta enseguida.

—¡Ah, cierto! El jefe dijo que esta noche te quiere esplendida —puso mirada seductora—. Los clientes que tendremos que satisfacer hoy son hombres de billeteras muy abultadas. Olvídate de lo malo.

—Que me aumente el salario, entonces... —respondió Lisa riéndose de su propio humor y se metió en el interior de su vestuario para prepararse...

Esa noche iba a ser muy larga...

## CAPÍTULO

### 5-

### Una visita Misteriosa.

Lué, el protagonista de la fiesta, estaba sentado en la mesa más cercana al escenario. Sospechaba que había sido ubicado precisamente allí para que las bailarinas reconocieran a quien debían dedicarle más atención. Después de todo, él era el elegido de la noche.

Se acomodó un poco más en su asiento cuando vio que las luces comenzaban a disminuir de intensidad y se tornaban azules. Giró la cabeza y estudió a las decenas de personas que lo precedían. Los sujetos sentados en la barra, que hacía un momento habían estado tomando tragos, se voltearon en dirección al escenario; algunos todavía con las copas en las manos y otros aplaudiendo entusiasmados. Lué no dijo nada. Antes de volver la vista nuevamente hacia el frente, detectó en las pupilas de sus amigos una señal de satisfacción. Les había sugerido ese lugar hace un tiempo. Aquel bar nudista era considerado uno de los mejores del momento. Poseía una reputación admirable. En cuanto llegaban a él, los clientes eran recibidos por hermosas mujeres con muy pocos atuendos que los guiaban hacia sus respectivos asientos, y les servían lo que deseaban consumir durante toda su estadía en el local. Cualquiera que hiciese su despedida de soltero en Bar Jatness... tendría el recuerdo de la mejor noche de su vida grabado a fuego en la memoria. No sólo tenía muy buena recepción, las mujeres que bailaban allí eran las más lindas de todo el país.

Volvió la vista al escenario y notó que se había llenado de humo.

Comenzó a aplaudir. A sus espaldas, sus amigos también lo hacían.

Parada de espalda junto al caño plateado que utilizaban las bailarinas como instrumento de seducción, se erguía una figura femenina. Su silueta fue apareciendo a medida que el humo se disipaba. La muchacha vestía unos shorts de policía bastante pequeños y una camisa cortada a mano de gran escote. Sobre el cabello colorado fuego descansaba una gorra de oficial rebelde muy sensual. La joven comenzó a moverse y a quitarse las prendas al compás de la música. Lué y sus amigos sentían como algo más que sus propios vellos, se despertaban. Los movimientos de la bailarina eran femeninos y

sensuales. Y el atuendo que la vestía, muy ajustado. Hacía que sus pechos resaltarán en la parte del escote.

La mujer, de una mirada hipnotizante, bajó las escaleras del escenario con unas botas de cuero y taco alto y le dedicó un par de bailes especiales a Lué. El hombre ardía. Luego de un momento, se lo llevó consigo al escenario. Y volvió a dedicarle unos sensuales movimientos. Todo el mundo silbaba y aplaudía. Lisa sujetó a Lué al caño plateado mediante unas esposas que sacó de su escote, bailó unos segundos más a su alrededor, le hizo quitarle la última prenda y le dio un pequeño beso muy cerca de la boca. Cuando ya ningún atuendo la cubría, fue nuevamente el humo el que la hizo desaparecer.

—¡Vuelve, hermosa! —gritó Lué al no encontrarla.

Lisa Stewart tomó la bata de seda rosada que pendía de un broche en el pasillo cuando salió del escenario y corrió a toda velocidad hacia su camarín. Escuchaba la música que había elegido la otra bailarina a lo lejos y los gritos de los enardecidos sujetos que todavía rogaban que regresara. Se había acostumbrado a correr con zapatos de taco alto hace un tiempo. Paola, que sufría problemas en los talones, nunca lo había logrado.

Se sentía increíble. No era algo que hubiese hecho alguna vez en la realidad, pero allí, en el cuerpo de la hermosa bailarina, le resultaba genial.

*“Una experiencia gratificante”,* pensó sonriendo, *“Espero no acostumbrarme a esto”.*

Corrió hacia la puerta de su vestuario sujetándose la bata que la cubría. Aún le quedaba un baile más por realizar. Le tocaba vestir el traje de enfermera sexy. Debía cambiarse y regresar al escenario cuanto antes. Como sus demás compañeras ya estaban paradas en fila detrás del telón, listas para salir a dar el show cuando les tocara, el corredor estaba desierto: no tuvo obstáculos para llegar hasta el camarín. Abrió la puerta de un empujón con el hombro y se metió en el interior, iluminado tenuemente, pero nunca imaginó que algo así podría estar esperándola del otro lado.

Ahora fue Lisa la que sintió que se le erizaba la piel. El cañón de una pistola le apuntaba directo a la nuca. Inmóvil, elevó la visión y buscó el reflejo en el espejo de su camarín. Quien sostenía la pistola era un sujeto cuya mirada no destilaba ni una pizca de duda.

—Cierre la puerta —le ordenó con voz ronca.

Lisa, asustada, hizo lo que le ordenó con la mano derecha. No planeaba poner a prueba si la pistola era verdadera o no. Ya había tenido suficientes

encuentros cercanos a objetos contundentes ese último mes.

—¿Su nombre es Lisa Stewart? —preguntó el sujeto.

—¿Quién es ust...?

—¡Contésteme! —le exigió sin dejarla terminar.

*¿Quién era aquel sujeto?*

Tratando de no alterarlo, decidió decir la verdad.

—Sí... así me llamo.

A juzgar por su aspecto de suma inteligencia, Lisa descartó que se tratara de un simple degenerado. El hombre estaba allí por otra cosa, pero eso no dejaba de preocuparla. Es decir, su mirada fría, casi mecánica, resultaba inquietante y era indescifrable.

—Y usted es...

El sujeto bajó el arma y se la guardó en el cinturón. Al fin ella pudo girarse.

—Roberto Bartussi.

Se echó el sobretodo hacia un lado, revelando lo que parecía una placa policiaca adherida a la chaqueta de cuero que llevaba debajo.

—Detective de la Policía Federal.

Lisa se extrañó. Se acercó a él para examinar de cerca la placa.

—¿Un detective de la policía en mi vestuario? No sabía que había detectives en la Argentina.

—Sí, los hay. Trabajamos para el servicio de inteligencia de la nación. Soy licenciado en criminalística.

Por un lado, era tranquilizador saber que el sujeto que tenía delante no era un depravado, pero por otro se preguntaban cuales eran las razones de su presencia allí. ¿Traería con él alguna respuesta relacionada con el accidente de Paola?

—Pues, bien... ¿En qué puedo ayudarlo? —dijo cruzada de brazos, en parte cubriéndose los pechos.

El hombre dejó pasar unos segundos.

—¿No recibió ningún llamado telefónico esta tarde?

Ella negó con la cabeza.

*“¿Quién debería haberme llamado?”*

—La verdad es que salí muy temprano de casa. Quizás llamaron, pero yo ya no estaba.

El detective se paseó por la habitación mirando el suelo. La luz del

vestuario lo hacía verse más blanco y más anciano de lo que en realidad parecía ser.

—Bien. —murmuró para sí.

Se detuvo frente al espejo del vestuario y se puso a estudiar un cepillo, con algunos de sus cabellos colorados. Lisa se preguntó qué rayos hacía.

—¿Qué se le ofrece, entonces?

El hombre no contestó. La música del escenario llegaba hasta sus oídos, amortiguada por las gruesas paredes. Eso le recordó que todavía le quedaba un show por hacer.

—Detective, tengo que salir a trabajar. ¿Podríamos hablar en otro momento o es muy urgente?

—Tiene que ser ahora. —dijo el rápidamente— Dígame, señorita Stewart... ¿Cuál era su paradero el domingo pasado a las 2 am?

A la bailarina le sorprendió la pregunta y también lo directa que fue. Se detuvo cuando el hombre fijó sus ojos en ella.

—¿Por qué? —preguntó a la defensiva— ¿Se me acusa de algo?

El detective sonrió con cierta malicia. Sacó una bolsita de su bolsillo y guardó el cepillo en ella.

—¿Qué hace con mi...?

—Me hago de una muestra de su ADN, en caso de necesitarlo en el futuro. Responda mi pregunta, por favor. Domingo 15... 2 am.

—Estaba aquí, trabajando, como hago todos los viernes, sábados y domingos. Ahora usted responda la mía.

El detective se veía tranquilo, casi como cansado... pero decidido al mismo tiempo. Su rostro albergaba lo que parecían ser años de servicios para la policía. Lisa veía la cantidad de horrores que habían presenciado esos ojos claros, pero al mismo tiempo... ocultaban algo.

—El diario de hoy ¿no lo leyó? ¿La radio quizás? —inquirió— ¿No escuchó nada relacionado a lo ocurrido el domingo pasado en Adrob? Todos los medios de comunicación están hablando de lo mismo.

Lisa no entendía de qué hablaba. Se preguntó de pronto cómo había logrado entrar en el edificio sin llaves.

—No, ¿de qué habla?

—Hablo de la fuga en el Hospital Psiquiátrico Adrob. ¿No oyó nada relacionado con el tema?

La bailarina finalmente cayó en la cuenta.

—Asique se trata de eso. Sí, leí una nota en el diario hoy a la tarde... Dicen que el prófugo es bastante peligroso. Pero... ¿qué tiene que ver eso conmigo y... quién debería haberme llamado?

El detective enfocó su visión en la puerta momentáneamente. Tal vez pensaba que podría haber alguien escuchando del otro lado. En el vestuario el clima que se respiraba era tenso.

—Quizás debería sentarse. —murmuró él.

Lisa no quería sentarse.

—No, no quiero... Tengo que cambiarme y volver a trabajar.

Comenzaba a alterarse. El hombre era demasiado misterioso. Y el dueño de Jatness era capaz de no pagarle si se demoraba mucho en salir a dar el show.

—¿Cómo... cómo entró en mi camarín? No tiene derecho a hacerlo sin una orden judicial.

—De hecho, no es su camarín. —repuso él sin perder la calma— Sino del sujeto gordo que estaba en la puerta fumando un cigarrillo de marihuana cuando llegué.

Lisa arrugó la frente.

—¿El dueño de Jatness...? No, él odia a los policías. —aseguró— No le habría dejado entrar.

—¿Odia a los policías? Qué curioso. Se ve que cambió de parecer muy rápido cuando le mencioné la deuda que tiene con el Estado por evasión de impuestos... Como le dije, Lisa: quizás debería sentarse.

—Quizás usted debería explicarme qué está pasando. —dijo ya un poco más nerviosa.

Fijó sus ojos en los del detective. Eran azules y brillantes, pero aunque él estaba allí, su mirada parecía estar perdida en algún otro lugar... en otra época. Antes de que pudiese seguir reflexionando, él resopló:

—Está bien, cooperemos entre los dos. Le explicaré. —dijo acercándosele, sin mudar su tosca expresión y trajo una silla para que ella la ocupe— Pero necesito que se siente.

Lisa le hizo caso, aunque con cierta desconfianza. El hombre se acomodó frente a ella.

—Como previamente le dije, soy un detective especializado de la policía federal. Trabajo para la delegación de investigación de homicidios de la nación. Y mi principal función es encontrar a Tónitor antes de que puedan

acontecer más crímenes. —El hombre trataba de hablar con calma, pero a la fuerza. Su voz denotaba cierta impaciencia— Tengo a un equipo bastante grande detrás mío. Y necesito hacerle estas preguntas para aclarar algunos temas dudosos.

—¿A mí? ¿Pero por qué a mí? ¿Qué tengo que ver yo?

Al detective claramente le molestaba dar esas explicaciones.

—No me pagan para esto... —dijo dándose golpecitos en la rodilla con el dedo índice— Bien... Esta tarde un oficial de la policía tenía que comunicarse con usted para explicárselo todo y ahorrarme el trabajo. Parece que hubo un desencuentro entre ustedes y la información se perdió en el camino. Voy a tratar explicárselo rápidamente.

Lisa se cruzó de piernas y aguzó los oídos, apoyando el codo sobre la mesa en la que estaban desparramados sus maquillajes.

—Tónitor escapó de Adrob sin dejar ninguna pista tras él. Ninguna, excepto una...

El hombre dejó pasar unos segundos.

—Usted.

—¿Yo? —inquirió ella arrugando la frente.

Al ver su expresión de desconcierto, el detective continuó hablando.

—Ninguno de los trabajadores relacionados a la institución pudo explicar cómo ocurrió semejante hecho.

Bartussi repasó la información que tenía en la cabeza.

—De alguna manera, las térmicas del edificio saltaron en ese momento y el grupo electrógeno tardó más de lo habitual en arrancar. Durante unos minutos, no hubo alarmas, ni cámaras de seguridad. Probablemente puede haber sido un rayo; no lo sabemos aún pero los técnicos siguen trabajando en eso.

Además de la ansiedad en su voz, el detective transmitía cierta preocupación.

—Tenemos algunas sospechas... Ya realizamos dos detenciones, pero... eso no nos está llevando a ningún lado. Parece que estamos en un callejón sin salida...

Bartussi volvió a esa noche de domingo tan extraña.

—Cuando llegamos al Hospital interrogamos a los representantes del lugar y examinamos la celda del prófugo. No se imagina la sorpresa que experimentamos ante lo que encontramos allí...

—¿Qué encontraron? —preguntó Lisa.

—Al parecer, Tónitor había utilizado su propia sangre como tinta para escribir en las paredes. Dicen que solía cortarse con sus propias uñas... Ese hospital deja mucho que desear.

Lisa miró el suelo, confundida, todavía esperando escuchar el quid de la cuestión.

—Y lo que escribió... fue su nombre.

Lisa respiró profundo; sus músculos se engarrotaron.

—¿Mi nombre?

El detective asintió con calma. Le otorgó unos segundos para asimilarlo. Lisa empezaba a tener calor. Le dio la sensación de que la luz del vestuario era más intensa.

—Pero no entiendo. ¿Cómo saben que se refiere a mí? Debe haber varias mujeres con mi nombre en el país.

—De hecho, más de ocho, pero... antes de ir a ese punto me gustaría saber, si por alguna razón, tiene usted idea de por qué Tónitor podría haber escrito su nombre en su pared. ¿Había escuchado usted antes de él? ¿Se conocían o... algo por el estilo?

—No, —dijo Lisa rápidamente— jamás en mi vida escuché hablar de un tal Tónitor... Pero quisiera saber por qué razón no me alertaron sobre esta particularidad antes. Ósea, mi nombre apareció escrito en la celda de un loco asesino. ¿No debería haber sido alertada en el momento?

La bailarina veía en su mirada una expresión de cansancio que iba completamente en contra de lo que decía su imagen corporal. Era fuerte, robusto. Tenía el cuerpo trabajado, los hombros redondos y anchos, la mandíbula marcada...

—¿Pasa algo? —preguntó el detective.

Lisa desvió la mirada, ruborizada. Intentó eludir la situación y reiteró:

—¿No me va a responder?

—El que hace las preguntas acá soy yo... Se lo voy a preguntar una sola vez más... Piense bien, por favor... ¿Cree que existe algún vínculo entre Tónitor y usted, algo que quizás no quiera mencionar o no esté recordando?

Lisa se puso de pie de un salto.

—¡Ninguno! ¡¿Qué está insinuando?! ¿Que soy sospechosa?

El detective no se inmutó. Permaneció en su lugar, pero ahora con la vista clavada en la puerta.

—Explíqueme cómo dedujeron que era yo y no cualquier otra Lisa.

—Recibimos un llamado anónimo al 911 que afirmaba haber visto al asesino cerca de su domicilio. Lo cual nos llevó a la conclusión de qué debía estar allí por usted.

Lisa volvió a concentrarse en la imagen del detective. Tenía manos grandes y huesudas, y unas pequeñas serpientes azuladas sobresalían en su piel blanca, ocultas bajo el espeso manto oscuro de los vellos que cubrían sus brazos. Bartussi era masculino y atractivo. Además tenía algo en las leves arrugas del rostro que le otorgaba un toque de intelectualidad.

Tan ensimismada había estado Lisa en su imagen, que casi pasó por alto el sonido del teléfono del detective, que había comenzado a timbrar. Se lo sacó del bolsillo interno del saco y atendió.

—¿Sí? ¿Qué pasa....? —dijo el hombre al teléfono— ¿Estás seguro...? Ok... No, no mandes a nadie. Lo vamos a hacer como lo acordamos... Sí, te llamo en un rato. Avísame si lo ves salir... ¿José? ¿Hola?

El semblante del detective había cambiado. Ahora si se evidenciaba una notoria preocupación en sus rasgos. Al parecer, la llamada se había cortado.

—¿Qué pasó? ¿Quién era? —quiso saber Lisa.

Él no contestó. Pero se irguió, se acercó a la puerta rápidamente y apoyó la oreja en ella. Esperó un momento. Lisa se preguntaba qué esperaba escuchar. Luego volvió a sacar su arma del cinturón y comprobó cuántas balas tenía.

—Mire, señor, el interrogatorio terminó. —dijo la bailarina, cansada de tanto misterio— Tengo que volver al escenario.

El hombre se volteó y la miró fijamente.

—Temo informarle que eso ya no va a ser posible.

—¿Por qué?

En el preciso momento en el que los labios del detective se abrieron para contestar, un sonido atronador provino del exterior. Lisa se agachó instintivamente, aterrada.

—¿Qué fue eso? —murmuró. Los labios le temblaron.

Gritos enardecidos atravesaban las paredes del vestuario.

El detective había retrocedido y volvía a tener la mirada fija en la puerta.

—Fue mi compañero quien me llamó hace un momento. Está en la central de Seguridad de Cámaras Viales. Acaba de informarme que

reconocieron a Tónitor entrando al bar a través de una de las cámaras colocadas cerca de la esquina... Sabía que esto iba a pasar. Menos mal que me adelanté. —se dijo a sí mismo.

Su rostro denotaba gravedad.

—¿Qué? Pero... entonces... ¿por qué no hay más policías acompañándolo ahora? —preguntó Lisa con voz temblorosa.

—Porque no es mi intención detenerlo.

El hombre miró su reloj y le echó un vistazo a la ventana.

—¿Qué no van a detenerlo? —repitió no dando crédito a sus oídos—  
Pero...

—Atraparle me importa tanto como dormir una siesta... A mi manera de pensar, poner entre rejas a su cómplice es mucho más beneficioso. Tónitor es inimputable. Regresará al hospital, haga lo que haga. Pero el que ideó todo esto...

Se puso a revisar sus bolsillos. ¿Qué buscaba?

—Si atrapamos a Tónitor, pero no a su cómplice, probablemente pueda volver a salir. Él o cualquier otro demente. Quiero... quiero saber el por qué... el por qué de todo esto.

Lisa seguía viendo una falla en ese plan.

—Levántese. Tenemos salir de acá.

Se puso de pie y lo siguió, pero al instante se dio cuenta de cómo estaba vestida.

—Espere —le dijo nerviosa—. No puedo salir así a la calle.

El detective abrió la puerta de un tirón con la pistola en la mano, como si no la hubiese escuchado. Se asomó cuidadosamente y miró en ambas direcciones. Luego se sacó el sobretodo y se lo dio para que se lo ponga sobre la bata de seda.

—No hay tiempo para cambiarse. —le dijo. — Póngase esto encima.

Lisa se calzó el sobretodo y se lo cerró para cubrirse el cuerpo. Tomó rápidamente su cartera y regresó a la puerta. El detective, una vez seguro de que el corredor estaba vacío, la tomó de la muñeca y la arrastró hacia la salida que daba al callejón. Evidentemente algo muy peligroso ocurría en el escenario. Los gritos que provenían de ahí, proyectaban terror y desesperación.

*“¿Qué estaba pasando?”*

No había tiempo para hacer tales preguntas. Se limitó a seguir al

policía, muy asustada.

Roberto Bartussi abrió la puerta que daba al callejón y repitió el procedimiento de seguridad perimetral previo. Echó un rápido vistazo hacia ambos lados para comprobar que no hubiera peligro. Una vez seguro, llevó a la bailarina a rastras hasta un Sedan negro sin distintivo alguno que lo esperaba en el extremo más alejado del oscuro callejón. Ya era de noche. Pasaban de las once. Lisa sabía que algo andaba muy mal. La gente salía desesperada del bar.

—Súbase —le ordenó mientras se metía en el asiento del conductor. Al parecer lo que había estado buscando en su bolsillo eran las llaves.

Lisa dio la vuelta y se acomodó en el lugar del copiloto.

El detective movió la palanca de cambio y pisó el acelerador a fondo. Dobló furiosamente en la esquina.

—¡Dios, lo que acaba de pasar es terrible!

Lisa estaba más nerviosa de lo que había estado en su vida.

El tapado de tela gris pesaba una tonelada.

—Lo que oímos fue un disparo, ¿no es así?

Su corazón latía muy rápido

—¿Por qué no me responde?! ¡Tenemos que llamar a una ambulancia!  
¡Pedir ayuda! ¡Hacer algo!

—¡Cállese, por favor! —dijo el detective, mirando con nerviosismo el frente.

—¡¿Qué me calle?!

Le parecía ilógico tal pedido. Su voz temblaba.

—¡No me diga que me calle! —gritó, golpeando el salpicadero— Si usted tiene métodos ortodoxos para atrapar a los criminales, y a causa de eso, lastiman a alguien, no creo que haya mucha diferencia entre usted y el asesino.

El detective ignoró sus palabras. Sus manos de huesos fuertes apretaban el volante. Parecía concentrado en algo frente a sus ojos, algo que Lisa no podía ver. Probablemente era la respuesta a cómo proceder a partir de los eventos ocurridos en el bar; sin embargo, Lisa sabía bien que no la encontraría reflejada en el parabrisas del automóvil.

—¡Haga algo, se lo pido por favor! —rogó la bailarina —¡Mis amigos están ahí!

—¿Puede quedarse callada un segundo, por favor? —respondió irritado, sacudiendo la cabeza.

Las cosas no habían ido como él esperaba. La idea de no capturar al demente tenía su lógica y unos buenos fundamentos, pero pensar en una persona lesionada estaba en contra de sus deberes públicos...

Tenía que calmarse y actuar con prudencia. El entrenamiento que le habían dado en la academia de la policía se le vino a la mente.

*"Tengo que hacer algo pero ¿qué?"*

Con la mano izquierda conducía y ahora con la derecha había decidido llevarse el walkie-talkie a centímetros de la boca. El dispositivo de comunicación estaba conectado al tablero de instrumentos del vehículo.

—José, ¿estás ahí? —preguntó presionado el botón que le permitía hablar. Su voz estaba cargada de tensión.

Silencio.

Nadie contestó desde el otro lado.

Lisa podía sentir la impaciencia del detective en sus fríos ojos azules, pero permaneció en silencio, como le había ordenado.

Solo se escuchaba lluvia a través del aparato.

Después de unos segundos, el detective volvió a preguntar.

—¿José? ¿Me copias...? ¡Responde!

Esperó...

Nada

—La conexión sigue funcionando mal. Con tantas lluvias y tormentas, la luz se corta con frecuencia. No me sorprende no poder comunicarme.

Parecía decírselo a sí mismo, para calmarse.

—¿Puede explicarme exactamente lo que acaba de pasar en el bar, por favor?

El detective volvió la cabeza para mirarla.

—¿No escuchó una sola palabra de lo que dije en el camarín? —preguntó él resueltamente— Tónitor estaba en el edificio. Y estamos hablando de un asesino psicópata...

Bartussi repasó sus ideas.

—Al menos esto termina confirmando que la Lisa que está buscando es usted.

—Escúcheme —ordenó ella con furia. Solía ser una persona bastante sumisa, pero estaba en medio de una crisis nerviosa— Usted es policía. Tuvo la oportunidad de atrapar a Tónitor hace unos minutos. ¿Dejará que vaya matando gente por ahí?

—No...—murmuró aunque su tonalidad no era convincente.

—Usted dijo que no era peligroso, que no mataría... —Lisa suspiró para aliviar la presión que le oprimía los pulmones— Espero por su propio bien, detective, que ninguno de mis amigos se haya visto afectado por todo esto.

—Que Tónitor esté buscándola no es mi culpa, señorita —le recordó el detective. No le importaba, al parecer, lo que haya podido pasar en el bar— Mi trabajo consiste simplemente en protegerla a usted el tiempo que requiera atraparlo a él. Le ruego que me deje hacer mi trabajo en paz. Los dos vamos por el mismo objetivo...

Los disturbios eran muy abundantes en el local luego de iniciado el espectáculo, más aún si uno de los clientes había tomado demás. A veces, la cosa se volvía tan violenta que incluso era necesario que las bailarinas desalojaran el escenario y se encerraran en el vestidor. Lisa recordaba que en una ocasión dos hombres comenzaron a pelear porque querían llevarse a Milena a su casa. Ambos decían ser sus esposos.

En un principio había sido divertido ver cómo discutían, pero las cosas se habían puesto feas. Uno de los sujetos esperó a su amiga en la puerta del callejón que los llevaba a la salida y trató de lastimarla. Se había generado un gran problema y la policía había estado involucrada.

Pero ahora era diferente. Si alguien había entrado al local con un arma, probablemente era algo planeado y no accidental, como las luchas entre los borrachos degenerados. No había sido una pelea originada allí.

Tenía que asegurarse de que estaban bien.

—Tónitor se irá tranquilamente una vez que sepa que no usted no está allí. —dijo el detective tratando de calmarla.

—Perdóneme la franqueza, detective, pero su teoría me parece muy poco convincente, dado que hemos escuchado un disparo.

Desvió su visión a la ventana de la derecha con un aire depresivo. Veía las calles que pasaban junto a ella a una velocidad considerable. Todo era oscuro y frío.

Si Tónitor estaba detrás de ella y había lastimado a alguien para

encontrarla, la culpa recaía sobre sus hombros. *"Qué mala manera de pagarles lo que han hecho por mí"*, pensó.

El detective permanecía en silencio, con los ojos fijos en el frente. Era difícil imaginar lo que pensaba.

—Tengo que llamar a Milena para ver si todo está bien —dijo después de un momento.

Mientras buscaba desesperadamente el teléfono en su cartera, pensó en todas las cosas que el detective le había dicho hacía unos minutos. Encontró su teléfono móvil en el fondo, entre un espejo y su paquete de cigarrillos. Lo sacó del interior, levantó la tapa con los dedos y buscó el número de su compañera en la libreta de direcciones. Presionó el botón de llamada.

—Espera —le dijo Bartussi, quitándole el teléfono y cortando la comunicación.

Lisa no podía entender sus razones.

—¿Que pasa ahora? preguntó, desconcertada.

El detective estaba teniendo problemas para explicarse, aunque al fin parecía tomar el control de la situación.

—Lamentablemente, entre una de la posibilidades, puede que el asesino tome de rehén a algún amigo suyo, para localizarla.

Todavía no entendía lo que estaba tratando de decir con eso, aunque una incomodidad repentina volvía a molestarla. Las palabras "rehén" y "amigo" en una sola oración sonaban muy mal.

—¿Y?

—Si usted se comunica con alguno de ellos, a punta de pistola, probablemente delaten su posición.

Ella razonó. Estaba en lo correcto.

—No pretendo decirles dónde estoy. ¡Ni siquiera lo sé yo misma!

Suspiró bajando la cabeza. Dentro de ella latía una preocupación extrema.

—Sólo quiero asegurarme de que están bien —dijo después de un momento, extendiendo la mano para que el hombre devolviera el teléfono.

Bartussi vaciló...

Miró sus ojos verdes y su pequeña nariz llena de pecas. Por un segundo, pareció detectar en lo profundo de ellos una tristeza que no tenía nada que ver con lo que sucedió esa noche. Era algo que vivía escondido en su interior hace mucho más tiempo.

—¿Me lo va a dar? —preguntó en voz baja.

A Bartussi le costó desprenderse de sus ojos y sus largas pestañas, pero Lisa tenía razón. Si no revelaba dónde estaba, no habría problemas. Incluso si Tónitor tenía un dispositivo de rastreo, la conversación tenía que durar al menos un minuto para revelar su ubicación.

Después de razonarlo bien, se lo devolvió.

—Gracias —dijo la bailarina.

—Sólo tiene un momento, señorita. No sabemos si Tónitor tiene un localizador de llamadas, por lo tanto, absténgase de hablar menos de sesenta segundos —indicó— Dudo que se arriesgase a ir sin saber con seguridad que la encontraría.

Lisa asintió, captando perfectamente la indicación del detective. Marcó de nuevo con dedo tembloroso. Los botones pitaron cuando los oprimió. Luego se llevó el teléfono a la oreja y esperó, escuchando el sonido de su propia respiración.

"Por favor responde, responde, Milena. "

El tono sonó un par de veces, pero nadie respondía del otro lado. Lisa no se rendiría tan fácilmente. Lo intentó de nuevo.

—No te alteres, por favor —dijo— Las tormentas que tuvimos la semana pasada afectaron las comunicaciones a gran escala. La recepción de celulares fue la más distorsionada. Tal vez dentro de poco, si tenemos una señal en el lugar a donde vamos.

—Tenía que intentarlo —dijo mientras cerraba el teléfono con frustración.

Bajó la cabeza y se miró las manos, ahora apoyadas sobre sus rodillas.

¿Qué había pasado en el local? ¿Habría gente herida?

*"Espero que estén bien"*

Tal vez el detective tenía razón al decir que las tormentas habían afectado las comunicaciones y por esa razón Milena no respondía, pero a su vez, si eso fuera cierto, la llamada ni siquiera tendría tono. Lisa pensaba que había otras probabilidades y no le gustaban en absoluto.

—¿Está bien? —el sujeto preguntó de repente.

Lisa levantó la cabeza.

—Sí —dijo sumisamente— un poco preocupada, pero sí. Los que no sé cómo estarán son mis amigos.

Miró por la ventana de nuevo, dándole la espalda al sujeto. A su lado, a

través de la ventana húmeda, el imponente Parlamento argentino se erguía austero; uno de los lugares más emblemáticos del país, no solo por su belleza estructural sino también por ser la sede del Senado y la Cámara de Diputados "*Qué lugar*", pensó mientras observaba la magnífica cúpula verde que sobresalía desde el centro del techo.

*"No tenía idea de que estábamos tan lejos".*

Estilo grecorromano y proporciones perfectas; ofrecían una apariencia de magnificencia severa y elegante. En ese momento parecía desierto. Lisa siempre había admirado los lugares de enormes dimensiones, tal vez porque internamente se sentía muy pequeña y eso reflejaba una autoridad con respecto al tamaño que era casi aterrador.

El detective le regaló una sonrisa cansada. Lisa pensó que no era el mejor momento para adoptar esa expresión.

—Estoy acostumbrado a este tipo de situaciones, señorita Stewart. No se preocupe —dijo con más calma. Eso era algo que los policías casi siempre lograban controlar, pero también algo que irritaba mucho a Lisa. Cuando tenían que estar tranquilos para no alarmar a la sociedad, eran perfectos, incluso si tenían a alguien detrás de escena apuntándoles con un arma a la cabeza— Quizás el disparo que escuchamos ni siquiera estaba dirigido a una persona específica, y fue solo para asustarlos. Tal vez incluso lograron detener a Tónitor antes de que se desarrollara un problema mayor. Después de todo, supongo que el bar debe tener varios guardias.

Lisa asintió levemente, con los ojos caídos.

—¿Lo ve? Tónitor es sólo uno. Nunca hay que pensar en una sola posibilidad y menos, en la peor.

El detective sabía que esa mentira no sería fructífera si Lisa conocía la verdadera historia de la fuga de Tónitor. Cuatro guardias, sin importar cuán músculos de acero fuesen, serían incapaces de detener a Tónitor. Ese tipo había escapado de una de las instalaciones de máxima seguridad del país, burlándose de docenas de guardias. Si no habían podido detenerlo, más de veinte personas interponiéndose ante él, menos lo harían cuatro personas, y menos ahora que llevaba un arma. ¿De dónde la había sacado?

—¿A dónde me lleva, detective? —preguntó Lisa de repente, extrayéndolo de sus reflexiones.

—Afuera de la ciudad. José y yo creamos una especie de refugio, un...

centro de operaciones —dijo con una sonrisa de satisfacción, como si ese fuera el nombre que quería encontrar para definir el lugar— Es una propiedad pequeña que está a cuarenta y ocho kilómetros de aquí. Le gustará. Es una zona rural muy tranquila, casi deshabitada por personas...

Hizo girar el vehículo a la derecha.

—Es a donde vamos cuando necesitamos separarnos un poco de la sociedad y buscar la solución a algún caso con muchas pistas, que aunque no lo crea, son los más complicados.

—¿Y por qué cree que me gustará al decir "casi deshabitado"? ¿Cree que no me gustan las personas, que soy una chica antisocial?

El detective suspiró exasperado.

—Con usted hay que cuidar cada una de las palabras que se le dice.

—Y bueno, sus comentarios no son muy agradables, detective. Si lo que intenta es verme bien, tendría que empezar por aprender un poco de comprensión emocional hacia las mujeres. Y más aún después de la situación que acabo de vivir.

El detective negó con la cabeza. Una sonrisa cansada volvía a dominar su rostro de rasgos fuertes.

—Usted ya me cae bien, señorita y sé que yo también a usted.

## CAPÍTULO

### 6-

#### Los símbolos indescifrables.

Tónitor, ciego de un ojo, era un hombre completamente impulsivo. Con el bar vacío a causa de los proyectiles que arrojó en señal de poder, había ahuyentando a todos y a cada uno de los clientes y bailarinas. Sabía que en ese preciso instante alguno de ellos debía de estar intentando comunicarse con la policía, cosa que les resultaría bastante complicada. La radio había dejado en claro que las líneas telefónicas funcionarían mal a causa de una especie de magnetismo generado por los fenómenos climáticos que la última semana se habían tropezado con la ciudad. Tónitor desconocía cuál era la causa de los hechos. El locutor de la radio había empleado muchos términos científicos al explicarlo, pero él comprendía que hasta que lograsen comunicarse con alguien de las fuerzas, el tiempo para darse el lujo de trabajar tranquilo, le bastaría sin problemas.

Parado inmóvil detrás de una mesa, miró satisfecho lo vacío que había quedado el local y lo fácil que había resultado todo. Deshacerse de los guardias no había requerido más que apretar una o dos veces el gatillo de su pistola. Con la mala paga que recibían y algunos disparos de muestra, Tónitor había logrado quitárselos de encima fácilmente.

Su presa, ahora inmóvil sobre el frío escenario, era el dueño del local; un hombre corpulento y grasiento, que usaba camisas bordo y pantalones de jean oscuros. En la parte alta de su cabeza estaba totalmente pelado, pero desde los laterales y la nuca caían mechones castaños y ondulados.

El jefe de Jatness utilizaba la máscara de su local para ocultar sus verdaderas funciones en el negocio de la noche; gran estafador, vendedor de drogas y dueño de unas propiedades ilegales, cuyas actividades secretas levantaban mucho interés entre varios individuos de gran poder adquisitivo. Nadie ajeno a él y a sus clientes conocía a la perfección qué ocurría en el interior de aquellas viviendas en el medio del campo, pero Tónitor sí...

Sonrió de satisfacción al ver a su presa apresada sobre el escenario. El dueño del local lloraba y las lágrimas resbalaban por su rostro de redondas y

sudorosas facciones. Estaba atado de manos y pies al caño plateado que utilizaban sus bailarinas en el show.

—Llorar no cambiará nada —le dijo con demencia y tono monocorde—. Esta noche... digas lo que digas, dejarás de existir.

Hacía un momento, el asesino se había encargado de desnudarlo en señal de humillación. Tenía preparado para él un show que en su local nunca habían expuesto, pero que sería parte del arte que decían profesar allí tan a menudo.

Se arremangó las mangas de la campera de cuero y dejó el maletín que llevaba siempre a mano en una de las mesas. Reveló varios instrumentos al abrirlos. El dueño del local los vio y se orinó encima. Algunos parecían quirúrgicos.

*¡No!*

—¡Por favor, por favor, no me lastime! —imploró a gritos, consciente de que nada de lo que dijese haría cambiar al asesino de opinión.

Tónitor hizo oídos sordos a sus plegarias, como le había dicho anteriormente. Comenzó a sacar los instrumentos de su maletín.

—Esto sí va a ser una obra de arte. —dijo mientras se le acercaba con una pequeña botella de un líquido desconocido en las manos y un encendedor.

—¿Por qué me hace esto?! —chilló, colgado sobre el frío escenario— Puede llevarse toda la plata. Le diré donde está. Hay muchos miles, pero por favor, no me lastime.

—Claro que lo harás...

Sus pasos resonaron de forma pausada cuando avanzó entre el desastre que había ocasionado la multitud de clientes al escapar precipitadamente del local. Las mesas y varios trozos de vidrios de botellas y vasos estaban desparramados por el suelo.

—Esta noche, todas las almas que destrozaste van a estar esperándote —Tónitor desbordaba demencia a través de la mirada pero también una pizca de placer—. Bien recibido vas a ser.

Los ojos del dueño del bar vieron con horror a su cazador abalanzarse sobre él. El terror que le produjo esto fue tal que la voz del grito que pegó pareció llegar a los oídos de toda la ciudad; pero sabía que nadie iría en su ayuda, nadie llegaría a tiempo. Era demasiado tarde...

—¡Nooooooooo!

—Señorita Stewart, señorita Stewart —llamó el detective, dándole unas palmaditas en el hombro.

Los ojos de Lisa se abrieron. Se había quedado dormida.

—¿Qué pasa? —preguntó.

—Ya estamos por llegar.

Se estiró en su lugar, un poco desorientada y miró por la ventana. Como los vidrios estaban empañados, tuvo que pasar la mano por el cristal. A ambos lados de la carretera se erguían cosechas de maizales colosales; no dejaban ver absolutamente nada que no fuera el cielo nocturno, en esa ocasión, como hacía cuatro largos días, cubierto por nubes grises.

—¿Dónde estamos? —preguntó.

Desde donde estaba, era incapaz de distinguir alguna vivienda o estructura; sólo oía el susurro del vehículo moviéndose a través de la negrura.

—¿Descansó algo? —le preguntó el detective con calma.

—Mmm... Sí —musitó un poco avergonzada.

—Evidentemente estaba muy cansada. Se le notaba en el rostro. ¿Le hizo bien?

Lisa se frotó los parpados para despabilarse, fijando ahora su visión en el frente.

—Sí, un poco —dijo y bostezó—. ¿Cuánto tiempo pasó?

—No mucho. Unos cuarenta minutos tal vez —dijo el detective achicándose de hombros—. Perdóneme por despertarla, pero necesito que esté bien ágil con la mente al llegar. Tengo que mostrarle algo importante.

—¿Mostrarme algo importante? ¿Qué cosa?

El detective se limitó a hacer una pausa.

Los potentes focos del coche rompían la negrura del camino.

—En un momento lo sabrá. —contestó secamente.

Lisa no discutió.

La irregular superficie hacía que el vehículo diera pequeños saltos. Claramente esa ruta no era transitada con frecuencia.

—Estoy sorprendida —dijo—. Soy una de esas personas que requieren de mucha tranquilidad para poder dormirse... y dudo mucho que esta situación tenga algo de eso...

El detective inclinó la cabeza hacia un lado con desdén.

—No es tan difícil dormirse cuando uno está muy cansado, se lo digo

por experiencia —afirmó despreocupado por el hecho—. ¿Cuál es el problema de todos modos? Quizá finalmente logró relajarse. Algo que yo encontraría muy beneficioso.

Ella no respondió el comentario. Pero era cierto. Estaba muy cansada. Hace días no dormía bien. Durante las noches era de presa de pesadillas sobre el intruso que había aparecido en el coche antes del accidente.

De repente, una voz salió del *walkie talkie*. Lisa, sobresaltada por la repentina perturbación del silencio, giró la cabeza para ver la reacción de Bartussi.

—¡Roberto, Roberto! —crepitó una voz.

El detective se abalanzó sobre el aparato. Lo tomó con la mano derecha y se lo llevó torpemente a la boca.

—José, estoy aquí. ¿Qué ocurre?

La situación era tensa. El detective se había puesto nervioso.

—¡Roberto! —decía la voz desde el *walkie talkie*.— ¿Me copias...?

Al parecer su compañero no lo recibía. El detective presionó nuevamente el botón que le permitía hablar.

—Sí, José, te copió. —insistió, tratando de confirmar la comunicación.

La voz del otro lado crepitaba con debilidad. Por momentos, las palabras salían distorsionadas.

—¡Roberto! ¡Las telefonías casi no funcionan! ¡Si me estás escuchan... estaré en treinta min... en “*ya sabes dónde*”! ¡Si logras encont... algo de tiempo, ve rápido porque ocurrió un hecho bastante grave...!

La comunicación se cortó luego de eso.

—José, José. —insistió Bartussi con los ojos abiertos como platos— ¿Estás todavía en la línea?

Esperó... Nada...

—¿José?

Silencio...

—¡Mierda! La recepción sigue funcionando mal... Bueno, si José está viniendo hacia aquí, aprovecharemos para esperarlo.

Lisa miró el frente vacilante. Sus labios tiritaban. El corazón se le había acelerado mucho. Y sentía el aire de la calefacción del vehículo oprimiéndole furiosamente la piel del rostro.

Analizó con detenimiento lo que acababa de escuchar. Aquella

comunicación, en su opinión, carecía completamente de sentido. Sólo había hecho que la serenidad que había logrado adquirir durante el viaje se diluyera como una gota de tinta en un charco de agua. Estaba muy inquieta.

Aguardó un momento hasta poder transformar sus dudas, en una pregunta.

—Detective... —balbuceó, sosteniéndose del salpicadero—. ¿Usted cree que eso que tiene que contarle su compañero puede llegar a ser... que algo malo le ocurrió a alguno de mis amigos en el bar?

El sujeto, sin quitar la vista del frente, pensó con cuidado en la respuesta. Sus ojos brillaban con las luces amarillentas que se reflejaban en la tierra húmeda de la carretera. Se tomó su tiempo para contestar.

—No lo sé. Nos enteraremos de eso cuando José esté aquí —evadió—. Ahora lo importante es enfocarnos en lo que tengo que mostrarle y nada más.

Lisa suspiró, intentando quitarse el peso de la incertidumbre. Dirigió su visión al oscuro exterior.

—Sí... sí.

Al cabo de un momento, en medio de la negrura, a casi cuatrocientos metros de allí, surgió un contorno negro. Lisa aguzó la vista para ver de qué se trataba, pese a la distancia.

La situación había vuelto a serenarse un poco.

—¿Ese es el lugar? —preguntó.

—Sí —dijo el detective girando el volante hacia la izquierda—. Ya estamos llegando. Funcionaba en el paso como un almacén de drogas. Traficantes muy pesados.

El coche comenzaba a disminuir de velocidad. Lisa lo notaba al escuchar el susurro del motor volviéndose más débil.

—Veníamos siguiéndoles el rastro desde Corrientes, pero logramos atraparlos aquí después de un ingenioso plan, que yo diseñé. Se movían en helicóptero, los muy astutos.

*“Helicópteros”*

Lisa asintió, recordando una fea experiencia del pasado, cuando tenía doce años. Su padre, coronel de las fuerzas armadas, había tenido que viajar urgentemente a Perú por asuntos militares que nunca quiso revelarles. Recordaba haber despegado junto a él, en la base aérea de Palomar y haber viajado por varias horas sobre un mar de casillas, campos y picos montañosos

hasta Lima, capital del país peruano. Las alturas no eran un problema para ella, a diferencia de Paola, pero el piloto, que al parecer era uno de los que recién comenzaba a ejercer, había hecho que el helicóptero fuera tambaleándose en el aire como una hamaca gigantesca durante todo el trayecto.

Las bolsitas higiénicas que su padre había considerado una pérdida de espacio en su mochila, habían resultado muy funcionales.

*“Una experiencia bastante desagradable”*, pensó recordando el sabor ácido que le había quedado en la garganta.

Para colmo, cuando su padre había exigido una explicación, el piloto había alegado que una de las aspas funcionaba defectuosamente y que era más corta que las otras. Que tenían que agradecerle por haberlos hecho llegar sanos y salvos.

—Cuénteme la historia de cómo llegó este lugar a sus manos. —dijo volviendo al presente.

—Encontramos el galpón tras varias semanas de investigación minuciosa. Confiscamos casi quinientos treinta y cinco kilos de marihuana. Se armó un gran tiroteo, en el que lamentablemente murieron tres delincuentes y un oficial. Pero desbaratamos una banda de narcotraficantes muy grande. Si se fija con detalle, cuando lleguemos, podrá ver los huecos de los disparos en la chapa —dijo— En fin, luego de eso, quedó en desuso por varios meses...

Ya estaban más cerca.

—Si hay algo que José y yo compartimos, es la pasión por los casos difíciles. Es prácticamente lo único que nos une. Cuando comenzamos a trabajar juntos, hace varios años ya, coincidimos en que la central era un caos.

El detective recordaba esa época.

—Decidimos buscar un lugar lejos de las oficinas, y todos sus empleados; armar nuestro propio centro de operaciones, donde pudiésemos analizar las pistas de los casos con tranquilidad. La primera sede fue mi casa pero funcionó menos de una semana. Vivo debajo de unos despreciables adolescentes sin causa que no parecen conocer el significado del respeto y el control. No he dormido, sin escuchar el sonido de sus guitarras retumbando en las paredes de todo el edificio, por mucho tiempo. Por esa razón, justamente, pedí a mi jefe la guardia nocturna permanente. Al menos en la central, durante la madrugada, todo es más calmo. Puedo dormir un rato.

Giró un poco el volante hacia la izquierda para esquivar un pozo que

había en el centro de la carretera. Había tenido la mala suerte de no verlo en una ocasión y quedar estancado allí durante dos largas horas.

—Buscamos en los archivos de las propiedades en desuso, algún galpón. Y pedimos un permiso para utilizar este, porque nos pareció el más conveniente. —explicó— Yo ya había estado aquí, durante parte del arresto, cuando trabajaba como oficial de asalto táctico. Encontraba la ubicación bastante atractiva. Aquí, en Argentina, si eres policía, político o celebridad tienes casi todo al alcance de tu mano.

—Claro que si entra en una emergencia, encontrar ayuda aquí sería muy complicado. Este lugar está desolado.

Él sonrió sin ganas.

—No suelo entrar en emergencias, señorita Stewart. Mi 9 milímetros siempre está cargada en mi cinturón.

Luego de dos o tres minutos, el coche se detuvo frente al lugar con un carraspeo suave. Las embarradas ruedas suspiraron aliviadas al llegar. Lisa levantó la visión y escudriñó el paraje con atención. Se trataba de un galpón común y corriente, flanqueado por gran parte de los maizales. No había luz o aparato alguno que delatara su posición, de modo que podría haber pasado inadvertido fácilmente si Bartussi no señalizaba su ubicación. Lisa sospechaba que esa era su intención, desde luego.

—Bien, aquí es —dijo al mover la palanca de cambio y apagar el motor. — Baje con cuidado que la tierra todavía está húmeda.

—Sí —asintió la bailarina mientras abría la puerta y el pie se le hundía en medio del fango.

La primera impresión de Lisa al ver el panorama era que nadie acudiría en su ayuda si algo malo ocurría. Gritara lo que gritara jamás sería escuchada.

Aguzó la visión un poco disgustada. De entre todos esos pensamientos que tenía en la cabeza sobre lo desolado del paraje, surgió uno que le resultaba más que desagradable. ¿Y si el detective Bartussi no era en realidad Bartussi? ¿Y si era en realidad Tónitor? Al fin y al cabo, Lisa había encontrado su vestimenta un poco inusual para tratarse de un policía. Sentía la fresca brisa nocturna en las piernas desnudas.

Se giró para mirar a su acompañante. Del otro lado del coche, el detective también había descendido y también notaba el frío que hacía.

—Está helando ¿no? —dijo y un suave vaho escapó por su boca. —

Debe hacer menos de tres grados.

El detective se metió las manos en los bolsillos y guió a Lisa hacia el galpón al final del camino. Los huecos irregulares en el suelo de tierra húmeda, le hacían dificultoso moverse con tacos. Temía torcerse un pie y no poder hallarse perfectamente preparada para correr si era necesario.

—Me causa curiosidad saber qué es lo que planea mostrarme, detective —dijo esperando un adelanto que bajara sus niveles de ansiedad.

—Dudo mucho que le agrade, señorita Stewart —dijo.

Estaba buscando una llave en su bolsillo

—No es algo que yo elegiría mostrarle si tuviera opción pero desafortunadamente tengo que hacerlo. Espero que tenga sentido.

—¿Puedo pedirle un favor? —dijo ella haciéndolo detenerse, tras apoyar una mano en su pecho—. No me diga señorita Stewart... No estoy acostumbrada a tanta formalidad ¿sí? Llámeme Lisa, sólo Lisa.

Los labios del detective se curvaron en una sonrisa.

—De acuerdo, Lisa —dijo— A partir de ahora, serás sólo Lisa.

Cuando llegaron hasta la puerta del galpón, el detective quitó el candado y la cadena con la llave que había sacado de su bolsillo. Giró la cabeza y tiró de la manija hacia un lado, haciendo que la compuerta de chapa se desplazara hacia un lado con bastante fuerza. Lisa aguzó los ojos para ver. Del otro lado estaba muy oscuro.

—Sígueme —le pidió el detective, adentrándose en las sombras.

Lisa, vacilante, le hizo caso. Antes de entrar había imaginado que lógicamente allí adentro haría mucho menos frío que afuera, pero estaba equivocada. Si bien el viento no pasaba a través de las descuidadas paredes de metal, la helada parecía haberse concentrado en el interior.

“*Me meto en la boca de un lobo*”, pensó dando pasos torpes hacia la negrura. No veía absolutamente nada, ni siquiera al detective, del que por un momento sólo había distinguido su silueta. La oscuridad era absoluta.

—¿Detective? —preguntó.

No hubo respuesta.

Ni siquiera se escuchaban sus pasos.

Se detuvo de pronto, dudando acerca de si no era mejor regresar al coche. ¿Habría dejado las llaves puestas?

Esa noche, durante el transcurso del viaje, a la bailarina se le habían

ocurrido muchas teorías, algunas de ellas bastante terroríficas pero respiró profundo para serenarse y las fosas nasales se le congelaron. El detective tenía una placa que comprobaba quien realmente era. Debía pensar positivamente.

—¿Detective? —murmuró.

Notó la tensión y el nerviosismo en su propia voz.

Comenzó a retroceder lentamente...

La respiración se le había agitado a causa del temor...

—¿Detective? —dijo por última vez con un hilo de voz.

Se escuchó un “*clic*”.

Lisa ahogó un grito.

Podría haber sido muchas cosas, como alguien quitándole el seguro a una pistola... pero no, no lo fue.

Las luces se encendieron. Por un momento le pareció ver a un montón de sujetos esperando para abalanzarse sobre ella, pero claramente fue una representación inconsciente e irreal de sus miedos. Allí no había nadie. Acostumbró sus ojos a la luz tras unos segundos y echó un nuevo vistazo. Reconoció al detective Bartussi en un rincón, junto a un interruptor blanco.

—¿Por qué rayos no me contestaba? —le preguntó consternada, con la mano en el pecho.

El detective no le respondió. Caminó hacia una especie de gaveta empotrada en la pared y la abrió con otra llave. En el centro del galpón había una mesa sin sillas y más allá una cama cucheta bastante antigua. A la izquierda había una pizarra y muchas fotografías.

—¿Qué está haciendo? —quiso saber.

—Como le dije, hace siete días aproximadamente, recibimos una llamada en la central sobre una fuga en el Hospital psiquiátrico Adrob, el hospital psiquiátrico, hasta el momento, más seguro del país. Inmediatamente corroboramos que la información era correcta e iniciamos una búsqueda minuciosa e intensiva sobre el terreno. Nos habían informado que el interno que escapó era muy peligroso, por lo que pusimos a gran parte del departamento de policía a trabajar en este caso. Tres helicópteros rastrearon las calles cercanas desde el aire y dos equipos de búsqueda se desplazaron en seis patrullas desde tierra. Sin embargo, no encontramos rastros de Tónitor. — dijo el detective mientras al parecer daba con lo que había ido a buscar. Se trataba de una pequeña carpeta azul. — Aquí está.

Levantó la vista y comenzó a acercarse a Lisa a pasos lentos.

—Nos asignaron como jefes del caso a José y a mí por nuestra experiencia en investigaciones dificultosas. Llegamos al lugar diez minutos después de ocurrido el incidente. Interrogamos a los testigos, incluso a uno que desafortunadamente murió luego a causa de los golpes que recibió de Tónitor al escapar, y realizamos los cuidadosos exámenes que en estos casos son necesarios —el detective se detuvo frente a ella, con sus ojos azules brillando de expectación. Le alargó una fotografía que había sacado de la carpeta— ¿Reconoce algo?

Lisa tomó la fotografía y la acercó a su cara. Mientras la observaba sentía la ansiosa respiración del detective frente a ella. La fotografía mostraba las azuladas paredes de una especie de celda mal pintada de rojo.

—No, lo siento. No reconozco nada —le dijo.

No había nada que luciera relevante. No a la vista al menos. ¿De qué iba la cosa?

—¿Qué es lo que debería...?

Se detuvo de pronto. Abrió mucho los ojos y miró con más detenimiento. Aquello no era una pared mal pintada. Su nombre estaba allí y además había... símbolos hechos con... ¿sangre?

—¿Estás segura de que no reconoces nada? —preguntó Bartussi, suspicazmente.

Lisa aguzó su visión.

Aquello parecía un deja vú. Había visto esos símbolos en el pasado, sí, pero desconocía si era porque ella misma los había creado siendo Paola o porque realmente significaban algo en la vida de la protagonista de la novela.

—Los reconozco, sí, —dijo pasándose la mano por la frente— pero... no recuerdo de dónde...

—Fíjate bien —insistió el detective— Piensa, por favor.

Lisa contempló la fotografía de nuevo. Qué curioso. Realmente reconocía los símbolos, pero ¿de dónde?

—Qué extraño.

El detective suspiró, tratando de mantener la ansiedad a raya. Había albergado la esperanza de que Lisa pudiese ayudarlo.

—Lisa, escúchame bien. No sé cómo eres capaz de reconocer estos símbolos, pero es fundamental que intentes recordar. Esto podría explicar cuál es la conexión que existe entre Tónitor y tú, y a la vez decirnos por qué te busca —insistió.— Por favor, intenta recordar todo cuanto puedas.

Lisa asintió pero luego de un momento sin lograr llegar a una respuesta le devolvió la fotografía. Él negó con la cabeza.

—Quédatela; por si recuerdas algo más tarde —su voz denotaba cierta decepción.

El detective caminó hasta una pequeña mesa en la que se apoyó sin llegar a sentarse del todo.

—Al principio creíamos que se trataba de símbolos sin sentido, pero... siguen un patrón, de hecho, algunos se repiten ¿ve? Lo cual significa que es un mensaje, la pregunta sería ¿un mensaje para quién? La verdad, no soy especialista en historia, pero con José consideramos que podían ser símbolos religiosos antiguos, (quizás desconocidos para “las personas comunes”) aunque descartamos esa idea enseguida, cuando los criptógrafos del equipo nos informaron que no, que no formaba parte de ningún alfabeto hasta ahora utilizado por el hombre.

Suspiró y se cruzó de brazos, mirando a la nada.

—Creía que si los reconocías.... Echaríamos luz sobre los acontecimientos. Francamente un dato sólido ahora sería genial. Estamos completamente atascados.

Lisa intentó inconscientemente levantarle el ánimo.

—Es que reconozco los símbolos. —dijo mientras se acercaba a él mirando de nuevo la fotografía— Sé que los he visto antes y coincido en qué parecen formar un mensaje, pero no descubro qué significan, ni tampoco dónde los vi.

—Tónitor y tú deben de ser genios. Mi equipo y yo hemos estado buscando en sitios de internet, libros y bibliotecas digitales referencias de toda índole pero no... nada —confesó cansado y luego añadió imponiéndole más presión. —Lisa, por favor. Es fundamental que intentes acordarte. Si damos con este dato... podríamos entender los planes del asesino y quizás evitar muchas muertes.

Ella suspiró. Todavía se preguntaba si reconocía los símbolos porque Paola los había creado o porque Lisa los había visto alguna vez en el pasado. Volvió a enfocarse en la fotografía. Rogaba que aquellos símbolos formasen parte de los recuerdos de la bailarina nudista, porque de no ser así tendría que inventar una excusa muy realista para justificar su conocimiento. Aunque por un lado creía que si los reconociese gracias a Paola nada tendría lógica. Lisa no recordaba casi nada sobre la historia que su par escribió, ¿por qué

recordaría eso justamente?

—No se preocupe... Haré todo lo posible por recordar —le dijo.

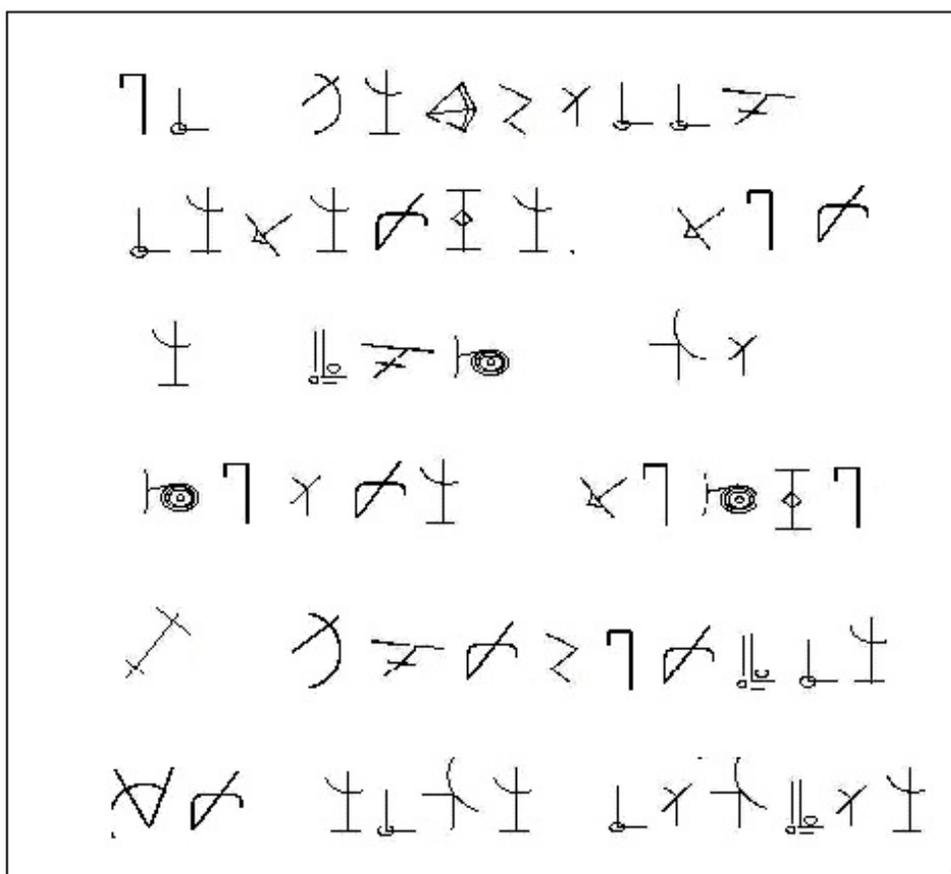
Se acomodó a su lado y dejó la fotografía en la mesa en la que se apoyó.

—¿Qué es lo que haremos ahora?

El detective se arremangó y consultó su reloj.

—Son la una y trece minutos de la madrugada —dijo y bajó el brazo— Esperaremos a José hasta que venga y dependiendo de lo que diga, tomaremos una decisión. Por ahora no hay nada más que hacer.

—Mientras no nos congelemos...—murmuró Lisa con ironía mientras se volvía para tomar la fotografía de nuevo.



El interrogante que el detective buscaba tenía una respuesta y Lisa se la imaginaba, allí, en un rincón de su cabeza, mirándola burlescamente; era muy peculiar la forma en la que estaban distribuidos los símbolos. Algunos le eran más familiares que otros. Por momentos, parecía recordar o estar cerca de llegar a una respuesta, sin embargo, cuando descubría su ubicación e intentaba

alcanzarla, ésta se esfumaba sin dejar rastro de su existencia.

Cerró los ojos frustrada. Se obligó a profundizar en la memoria de la bailarina, a nadar entre los recuerdos más oscuros y recónditos de su pasado, pero pese a todo el esfuerzo que puso en ello, lo único que ganó fue un fuerte dolor de cabeza.

—Déjalo un momento —le dijo el detective, apoyando una mano en su muñeca. Se había dado cuenta de la presión que había impuesto inconscientemente sobre ella.— Lo siento... Quizá fui algo ansioso. Relájate un poco. Ya has tenido mucho por hoy.

Lisa sintió algo extraño en el pecho, extraño pero agradable. El detective era muy amable.

—Está bien... pero no se preocupe. Encontraré la respuesta.

El detective sacó un encendedor y un habano de una pequeña cajita de metal que había estado guardada en el bolsillo de su campera. Lo encendió y fumó de él. Lisa divisó alivio en su expresión cuando el humo salió de su interior nuevamente.

—¿Fumas, Lisa? —preguntó.

—Sí, pero sólo cigarrillos y muy de vez en cuando —respondió ella—. Los habanos son demasiado fuertes para mí. Sólo he probado uno en mi vida. Unas amigas y yo le robamos un par a un profesor de literatura que teníamos en la secundaria. Todavía recuerdo el olor que tenía siempre al regresar de los recreos. Trataba de disimularlo con pastillas de menta, que no daban resultado.

Él asintió agotado y volvió la visión hacia sus pies calzados con mocasines negros. Se veía serio, pero a la vez cansado.

—Mi padre fumaba habanos... —dijo mirando ahora el que sujetaba entre sus dedos. —Era un hombre rudo, tenaz. Fue quien me dio la manía... Algún día espero dejarla. Sé que es mala para los pulmones... pero tantas cosas son malas y perjudiciales... Mi padre falleció de cáncer hace siete años...

Sus ojos se llenaron de una repentina y fugaz nostalgia. Por un momento, dejaron de verse tan fríos y distantes.

—Pero hágame de ti, dime ¿cómo es la vida de una bailarina nudista?

Claramente cambiaba de tema, para ocultar la momentánea aparición de su sentimentalismo.

Lisa suspiró.

—Muy criticada, la verdad —dijo—. E injustamente. El baile que hacemos forma parte de un juego de seducción. Tiene que ver con la sensualidad, no con lo sexual. Ocurre que la gente desconoce y prejuzga.

El detective la escuchaba con interés. Lisa detectaba curiosidad en sus ojos claros.

—Lo importante es que tú lo disfrutes —dijo.

La bailarina se achicó de hombros con cierta vergüenza.

—Sí... Siempre me cuesta admitirlo un poco porque, como te dije, la gente juzga mucho pero es un trabajo digno, realmente lo es para quienes lo ejercemos. Y bastante bien pago, a decir verdad.

El detective asintió y volvió a fumar de su habano.

—Creo que no deberías prestar atención a lo que la gente piense. Siempre encontraran algo para criticar.

Hizo una pausa.

—¿Nunca...? ¿Nunca recibiste ofertas inapropiadas?

Lisa soltó un bufido y puso los ojos en blanco.

—Todo el tiempo por supuesto, pero yo no acepto. Eso sería convertirme en algo que no soy, pasar una línea que va en contra de mis creencias

Miró el techo durante un segundo.

—Yo soy bailarina. Y el baile es un arte... El sexo... el sexo no siempre es artístico.

—Entiendo —dijo el detective y soltó nuevamente el humo de su habano.

De pronto se oyó el sonido de un motor carraspeando en el exterior. Los dos desviaron la visión hacia la puerta, distraídos.

—Ese debe ser José —dijo Bartussi, tirando el habano al suelo y pisándolo con su pie— Odia verme fumando. Si se entera que estuve haciéndolo aquí adentro se pondrá furioso. Es asmático.

## CAPÍTULO

7-

### La llamada.

Cuando entró al galpón José Proech vestía una chaqueta de cuero marrón con cierres dorados y unos pantalones de vestir rectos. Lisa lo vio y no pudo evitar pensar en los viejos policías de las películas de los años 70 que pasaban los domingos por la noche en los canales de recuerdos. Su cabello era castaño claro, entrecano, con pronunciadas entradas. Estaba prácticamente todo estirado hacia un lado, como si una vaca gigante le hubiese lamido la cabeza de cote, lo cual denotaba rigidez y prolijidad.

—¿Quién es ella? —preguntó sorprendido al verla sentada sobre la mesa de trabajo.

—Tranquilo, José —le pidió el detective Bartussi, acercándosele rápidamente.

Sabía que la presencia de la mujer allí no iba a gustarle nada.

—Ella es Lisa Stewart, la bailarina... ¿Te acuerdas?

José la miró por encima del hombro de su compañero. Sus ojos se ensancharon. Aunque eso pareció demandar un gran esfuerzo. Sus parpados sumamente arrugados parecían débiles, a punto de flaquear. La piel que le cubría la zona de las mejillas se le hundía hacia adentro y esto hacía que sus huesos resaltaran con más notoriedad. Poseía un rostro soberbio pero avejentado que solo incrementaba a la vista su estilo chapado a la antigua.

—¿Por qué la trajiste aquí? —preguntó volviendo la visión hacia él. Su voz seca exageraba un profundo desacuerdo con esa decisión.

—No se me ocurrió otro sitio —argumentó el detective, ladeando la cabeza. Había estado esperando esa reacción.

—Pero este lugar también forma parte de mi espacio. Aquí tengo mis pertenencias, pistas sobre mis otros casos, Roberto... ¿No deberías haberlo consultado conmigo primero?

—Sí y lo intenté, José, pero no pude comunicarme. El *walkie talkie* no funcionaba por el magnetismo de la tormenta. ¿Recuerdas que te dije que iría a verla?

—Sí, dijiste que irías a verla. Pero habíamos decidido que solo la interrogarías —dijo y se acercó a él, para que la mujer no escuchara lo que iba a decirle—. ¿Cómo sabes que no es peligrosa? ¿Cómo estás seguro de que de no es la comp...?

Roberto puso los ojos en blanco, restándole importancia a lo que su compañero sugería.

—Hablé con ella, José... No sabe nada de lo ocurrido... Es más, ni siquiera tiene idea de quién es Tónitor.

—Oh, Roberto... —dijo suspirando, aún más molesto por la actitud reticente que mostraba ante su sospecha. —Tu grado de confianza en la gente es quizás uno de tus peores defectos... ¿o te olvidas lo que pasó la última vez?

—No sé a qué confianza te refieres ni qué insinúas con eso, pero no soy tonto, José. Sé que Lisa no miente.

—¿Lisa? —inquirió, frunciendo el labio hacia un lado en señal de desaprobación.— ¿Ya la llamas por su nombre?

José sonrió irritado, agarrándose la frente.

—¿Acaso ya son amigos, Roberto?

Se pasó la mano por el rostro, como si no pudiera creer la situación. José solía ser considerado un ser misógino. Las mujeres de la central siempre lo decían.

—Tienes que entender una cosa —añadió, golpeándole el hombro con un índice acusador—. ¿Recuerdas cuál es tu trabajo en la policía? Eres un detective, no un compañero terapéutico. Tu trabajo consiste en recolectar piezas esenciales para descifrar misterios. Piensa en ella como una de esas piezas, nada más. Imagina que es el trozo más importante del rompecabezas. El pedazo de cartón del medio, que no sabes dónde encajar. No la veas como de otra manera. Te distraerá de nuestro objetivo, que es atrapar al cómplice del asesino....

—Termina con el discurso, José. Sé cuál es mi trabajo y seguiré utilizando los mismos métodos de siempre, que afortunadamente me han funcionado años —aclaró cansino, queriendo dar por terminada la discusión.

Hizo un ademán con los ojos, tratando de recordar lo que iba a decir anteriormente.

—Eh... Ah, sí. Te escuché decir por el radio que algo había pasado, algo grave. ¿A qué te referías exactamente? Sonabas preocupado.

El rostro de José se aseveró de repente y echó los hombros hacia atrás.

—Sí, algo pasó...

Lisa, desde la mesa de trabajo, no podía escuchar ni una palabra de lo que los detectives decían pero si intentaba adivinar por la articulación de sus labios, el hombre llamado José estaba enojado y Roberto, que se tocaba la cabeza nerviosamente, sumamente preocupado. La charla que mantenían la inquietaba, ya que luego de un momento el rostro del detective Bartussi había adoptado una expresión trágica. ¿Qué había pasado? ¿Qué le había dicho su compañero? Lisa quería que le dijese la verdad. ¿Había ocurrido algo malo en el local? ¿Habían lastimado a alguien?

“*No, no, no debo pensar en eso*”, se dijo, volviendo a levantar la fotografía que le había alargado el detective hace unos minutos. Los símbolos seguían resultándole familiares. Sabía que los había visto en el pasado, pero ¿dónde? ¿y qué significaban exactamente?

Paola, con una leve jaqueca empezando a molestarla, comprendió que no estaba tan acostumbrada a explorar en los recuerdos de Lisa como le hubiera gustado, de modo que la respuesta que buscaba no llegaría fácilmente a su consiente. Sólo esperaba que no fuese demasiado tarde cuando la alcanzase.

“*Que inútil me siento*”, pensó frustrada, cerrando los ojos y dejando caer sus manos vencidas sobre las piernas.

—Lisa... —dijo alguien de repente.

Era la voz del detective Bartussi. La bailarina levantó la cabeza y el cabello rojo le cayó por los hombros. Lo miró desorientada. El hombre estaba parado frente a ella y generaba una sombra sobre su cuerpo. En su rostro había culpabilidad. ¿Qué había pasado?

—¿Qué ocurre? —le preguntó.

Él frunció los labios y avanzó un poco más con lentitud.

—Tengo que irme. Ha surgido algo. José te llevará hasta tu casa.

Lisa observó al otro detective, por encima del hombro del que tenía al frente. El sujeto ni siquiera los estaba mirando. Tenía un teléfono celular en las manos y estaba intentando comunicarse con alguien, evidentemente sin resultados favorables ya que se veía más enojado.

—¿Ha ocurrido algo malo? —le preguntó volviendo sus ojos verdes a él.

Roberto esquivó su inquisitiva mirada y no contestó. Se abrió el cierre

de la campera de cuero y empezó a escarbar en el bolsillo interno del lado izquierdo.

—Toma esto, por favor —le dijo, entregándole un celular—. Llámame bajo cualquier circunstancia. No importa el horario, ni la razón. Por lo que sea... Mucho mejor si es algo relacionado con la fotografía. ¿Todavía la tienes guardada?

Lisa asintió sin darle importancia y lo escrutó con curiosidad. Sabía que el hombre le ocultaba algo. ¿Qué ocurría?

—Roberto —murmuró ella comprensivamente y lo tomó de la muñeca.

El detective se giró sorprendido por su actitud y sus pupilas se encontraron. Buscó una respuesta en sus claros ojos verdes y así también lo hizo ella. ¿Qué había pasado en el local realmente? ¿Qué era lo que tanto preocupaba al detective?

—¿Adónde te vas?

Bartussi bajó la cabeza, como saliendo de un trance.

—Eso no importa —hizo una pausa—. También sería bueno que tengas esto.

El detective le entregó otro objeto pero Lisa no lo agarró tan rápido como al teléfono celular. Su primera impresión fue de rechazo e inseguridad. Se trataba de una pistola.

—¿Para qué querría...? —preguntó con desconfianza.

—Sólo por si acaso —la interrumpió el detective. Era como si eso lo dejara más tranquilo—. Solamente tienes que apretar el gatillo. Es muy fácil.

Lisa sentía una aversión especial hacia las armas. Durante casi dieciocho años había vivido rodeada de este tipo de artefactos. Su detestable padre, solía coleccionarlas. En una ocasión uno de sus rifles se había disparado solo y había matado a su mascota, un pequeño canario cantarín. Ahora que lo pensaba quizás no había sido un accidente...

—Por favor, Lisa. Así estarás más segura —le dijo Bartussi al ver cómo miraba con desprecio el objeto.

—De acuerdo —concedió ante la mirada del hombre y la tomó con rechazo.

El metal estaba frío. Era pesada. Lisa la guardó rápidamente en su cartera. Se sintió mucho mejor cuando ya no la tuvo entre sus manos.

—¿Volveré a verte... Roberto? —le preguntó.

—Sólo si las cosas se ponen feas, pero no creo que eso pase. Así que

no.

Le dio unas palmaditas en el hombro.

—Oh —dijo ella, mirándolo.

Sintió una especie de vacío en su pecho, pero ¿por qué?

—Bueno, adiós entonces —dijo en voz baja. Luego miró el tapado que le cubría el cuerpo—. ¿Quieres tu...?

—No, no, quédatelo —le permitió él y esbozó una cansada sonrisa—. Puedes dárselo a José cuando llegues a tu casa. De todas formas, él tiene que registrar el interior para comprobar que el perímetro sea seguro.

—Bien —Lisa asintió distantemente.

Bartussi consultó su reloj de muñeca.

—Se me hace tarde. Será mejor que me vaya. José hará unas cosas aquí y en un rato te llevará a tu departamento.

Ella asintió.

—Bien, buena suerte... Lisa.

—Igualmente.

El detective dejó el galpón y su automóvil se perdió la vista en la oscuridad de la noche. Lisa, que había salido a despedirlo, observó el rastro de polvo que levantaron las ruedas.

Mientras sentía la brisa, se preguntaba qué era ese extraño sentimiento de hormigueo en su estomago.

De repente, uno de los celulares comenzó a vibrar. Rápidamente, Lisa abrió su cartera y lo extrajo. Miró el número. El remitente era desconocido.

¿Sería correcto responder? Tal vez era el detective Bartussi tratando de comprobar la disponibilidad del dispositivo. Sí, tenía que ser así, aunque... ahora que lo pensaba, Bartussi no tenía su número.

Nerviosa, presionó el botón verde y se llevó el teléfono a la oreja.

-¿Hola?

Primero hubo silencio...

Luego el sonido de una respiración.

-¿Hola? dijo ella temblorosamente.

Entonces llegó la voz.

-Lisa...

La bailarina dejó caer el teléfono al suelo. La voz de la persona que llamaba era siniestra. Había pronunciado su nombre con un deseo

estremecedor. Miró el dispositivo tendido en el suelo con el corazón, palpitándole rápido. La llamada continuaba. Temblando, se agachó y lo tomó de nuevo. Por alguna razón pensó que era mejor hablar con él. Tal vez podía descifrar lo que quería.

-¿Quién eres?

De nuevo silencio...

Solo se escuchaba la respiración profunda del interlocutor.

- ¿Por qué me molestas? —bramó ella.

Las palabras salieron de su boca sin intención.

—¿Qué es lo que quieres?!

Hubo una pausa silenciosa entre ambos. Y entonces fue como si alguien hubiera absorbido todo el aire que la rodeaba:

-A ti.

La llamada se cortó. Lisa temblaba.

Se quedó mirando el teléfono en medio de la oscuridad. Las palabras "A ti" resonaban en su cabeza. ¿Era posible que fuera Tónitor? ¿Cómo había reunido el coraje para responderle?

Los maizales se agitan en el viento. Lisa se sentía desprotegida.

Entonces algo le tocó la espalda. La bailarina saltó.

-¿Está lista para partir? —le preguntó José con hostilidad. Acababa de salir de la oscuridad.

La bailarina se dio vuelta y suspiró aliviada.

Detuvo el impulso de mandarlo a volar, que inundaba su garganta. No estaba de humor para soportar el maltrato de nadie, mucho menos después de la aterradora llamada que había recibido. Decidió que José no merecía saberlo; eligió no contarle. Hablaría con el detective Bartussi, llegado el momento y solo si era necesario.

—Sí, estoy lista —dijo, tratando de adoptar un tono más áspero que el suyo. Pero José no le prestaba atención. Acaba de entrar en su coche y cerrar la puerta— ¿Usted terminó de hacer lo que estaba haciendo?

-Es obvio, ¿no le parece? -respondió-¿Qué está esperando para entrar?

Lisa, a regañadientes, se acomodó en el asiento trasero, y cuando cerró la puerta, lo hizo violentamente. José dejó escapar un pequeño gemido cuando escuchó el sonido, pero no dijo nada. José y ella jamás se llevarían bien.

Al cabo de un rato, Bartussi bajó de su vehículo, detenido en la acera del Bar Jatness. El enorme letrero luminoso que citaba su nombre, brillaba en el medio de la fachada, iluminando el techo de los patrulleros y camionetas de la policía científica.

El detective, sin detenerse, ni mirar a nadie, entró al lugar pasando por debajo de la cerca policial. Sabía lo que le esperaba; José le había anticipado los hechos; pero verlo con sus propios ojos no fue lo mismo. En sus muchos años como detective, Roberto nunca había presenciado algo parecido. Colgado de los dos caños que había sobre el escenario se hallaba un hombre completamente blanco y desnudo. La barriga sudada y el pecho peludo le caían sobre el pubis. Tras dar unos pasos hacia él, recibió el asqueroso aroma tan característico de la muerte.

Más de quince personas realizaban diferentes tareas en la escena. Algunos tomaban fotografías, otros inspeccionaban las heridas del cuerpo, y otros buscaban huellas dactilares o pistas que confirmaran que el causante del crimen era Tónitor. Solo debían compararlas con las del legajo de Adrob.

Las mesas del local estaban tiradas y los vasos y botellas de vidrio rotos en el suelo.

—¡Detective Bartussi! —gritó alguien.

Roberto se dio vuelta. Marcos Gomez, de la policía científica, se acercaba a él. Había estado hablando con un grupo de oficiales, cerca de donde estaba la barra. Bartussi ya lo conocía. Habían trabajado juntos en ocasiones anteriores, en otros casos. El muchacho se encargaba de realizar los análisis forenses que determinaban el tiempo de fallecido y las aparentes causas de muerte. Siempre venía acompañado de una joven, que esa noche, raramente no estaba con él.

—Marcos —se estrecharon las manos— Buenas noches

—Buenas noches, detective.

—¿Y Abigail? —preguntó Roberto, extrañado por la ausencia de su compañera.

—Oh, Abigail está de licencia. Su hija está muy enferma. Una neumonía complicada. Espero que se recupere y ella vuelva pronto. Estamos muy ajustados con el trabajo. Y mis demás compañeros no saben manejarse como a mí me gusta. Los crímenes cada día son más abundantes y la eficiencia de los suplementes cada vez menor.

Bartussi asintió y volvió la vista hacia el cuerpo, colgado sobre el escenario.

—¿Qué tenemos, entonces? —preguntó, poniéndose serio.

El muchacho consultó sus notas.

—Masculino. Cuarenta y ocho años aproximadamente. Aparente causa de muerte; estrangulamiento. La autopsia lo confirmará, pero...

Bartussi aguzó los ojos. En la piel blanca del cadáver se distinguían unas líneas moradas alrededor de la zona del cuello, que comprobaban la veracidad de la aparente causa de muerte. El detective se acercó un poco más. Había varias manchas rojas desparramadas por el abdomen. Al principio le había costado detectarlas, debido al potente foco de luz blanca que habían dispuesto frente a él.

—¿Qué son esas pequeñas manchas coloradas en el cuerpo?

—Quemaduras. Fue picado con algún elemento a gran temperatura. Hemos encontrado cenizas en las heridas, por lo que creemos que fueron hechas con un cigarrillo, pero no podemos confirmarlo todavía —informó el joven—. El cuerpo presenta indicios de torturas previas a la muerte. Si se acerca un poco más, que el asesino le arrancó las uñas de las manos y los pies, con algún tipo de herramienta... Y estuve examinando el rostro. Sus ojos desaparecieron completamente. Alguien les arrojó ácido sulfúrico... Es, sin duda, una de las peores muertes que he visto en mi vida.

Bartussi arrugó el entrecejo.

—¿Lo torturó para sacarle información?

—No lo sé pero... El asesino dejó escrito algo en su espalda.

Bartussi giró la cabeza, sorprendido.

—¿Un escrito? ¿Qué dice?

—Mejor véalo usted mismo.

El joven guió al detective al escenario. Lo hizo subir por una pequeña escalera y le mostró un grabado que el asesino había hecho sobre la piel de la víctima. El olor que despedía el cuerpo era nauseabundo. Bartussi tuvo que taparse la nariz con un pañuelo al acercarse a examinarlo.

*“Purificado”*

—¿Sabe qué quiere decir? —le preguntó el joven.

—Aún no, pero no tardaré en averiguarlo. —dijo Bartussi, listo para

marcharse.

El coche negro de José reflejó la luz plata de la luna llena, cuando se asomó por detrás de una nube.

*“¿Para qué habría llamado Tónitor?”* pensaba la bailarina *“¿Y cuál era la emergencia que había hecho que Bartussi se marchara tan apresuradamente?”*

Lisa tenía una infinidad preguntas en la cabeza, pero José no era el hombre más indicado para responderlas. Durante todo el trayecto había guardado el silencio, casi como si no considerase de su agrado hablar con ella. La bailarina suspiró pensativa. *“Ojalá no hayan herido a nadie”*. Llevaba el mentón apoyado sobre la mano. *¿Valía la pena interrogarlo sobre el tema?* Él debía de saber qué ocurrió; después de todo había sido quien le dio a Roberto la orden de marcharse. Tal vez se trataba de aquel hecho gravísimo que había mencionado por la radio.

—Discúlpeme, José —murmuró Lisa, fingiendo un tono amable.

El hombre la miró por el espejo retrovisor soberbiamente. Era evidente que no le agradaba nada tener que enhebrar una conversación con ella.

—¿Podría decirme qué ocurrió exactamente con Roberto? Me sorprendió que partiera de esa manera repentina.

José frunció los labios de forma despectiva.

—Tuvo que marcharse. Hubo un asesinato.

Lisa se estremeció.

—¿Un asesinato? ¿A quién asesinaron?

José ladeó la cabeza con desazón.

—Al dueño del local en donde usted trabajaba —dijo secamente.

Lisa sintió una opresión en el pecho y se llevó la mano a la boca.

—¡Dios! —murmuró y se echó hacia atrás espantada. — No puedo creerlo... ¿Y Roberto ha ido a verlo?

—Detective Bartussi es cómo debería llamarlo, señorita, no Roberto. Y supongo que eso es lo que hace un policía ¿no? Estar presente en la escena de un crimen buscando respuestas y no jugando en el medio del campo con una bailarina nudista. ¿He contestado su pregunta?

Lisa se sentía pésimamente mal, tanto que ni siquiera el maltrato de José importaba. Habían matado al hombre que le abrió las puertas de su local

cuando no era nadie, que la ayudó a valerse por sí misma, a independizarte, al hombre que había contribuido a su maduración. Lisa, entre la sorpresa y la conmoción que le generaban los hechos, sentía también tristeza e incertidumbre. ¿Por qué habría matado Tónitor al dueño del local si había ido simplemente en su búsqueda? ¿Lo había tomado de rehén y él se había rehusado a ayudarlo? ¿Habría una explicación para eso o las intenciones del asesino eran diferentes a las que ellos suponían? “¿Qué está pasando, por dios?” Detestaba el misterio. Quería volver a la vida de Paola, a la vida tranquila que llevaba como escritora, a esa vida aburrida que tanto despreciaba. Ya no le gustaba nada estar allí...

Al cabo de unos minutos, el coche negro de José llegó a la ciudad, dejando la intemperie atrás. Lisa todavía padecía los efectos de la conmoción producida por el asesinato, pero al menos la reconfortaba saber que la víctima no había sido su amiga Milena. Sentía una mezcla de alivio y tristeza. Y todavía tenía una docena de preguntas en su cabeza, preguntas que sabía que José no respondería, de modo que resultaría inútil formularselas.

Levantó la visión desprevenida y notó que el detective la miraba por el espejo retrovisor. Lo había estado haciendo desde hace que llegaron a la ciudad. Bajó la cabeza tímidamente y se cerró con disimulo un botón más del tapado. ¿Qué miraba?

—Si quiere, puede dejarme aquí, José —le dijo ante tal comportamiento. Al fin y al cabo, ya solo faltaban unas cuantas cuadras para llegar hasta su casa.

—¿Hacia dónde debo doblar? —inquirió él.

La pregunta la desconcertó, porque al formularla el hombre estaba ignorando su petición.

—Hacia la izquierda, pero...

José siguió conduciendo y Lisa suspiró, resignándose a no discutir con él. Sabía que a muchos sujetos, le rebeldía de las mujeres los volvía locos, de modo que intentaría quedarse sumamente serena y no levantarle la temperatura de las hormonas.

Llegaron a la esquina y, extrañamente, cuando el momento de doblar hacia la izquierda arribó, José movió el volante hacia la derecha.

—¿Adónde vamos a ir entonces? —preguntó Lisa, acercándosele, ya bastante preocupada.

*¿José pretendía llevarla a otro sitio?* Comenzó a mirar hacia ambos

lados; nerviosa, inquieta. “No” se dijo “*No puede estar pasando nada malo. Estoy demasiado paranoica.*”

—Tranquilícese... —le pidió sin elevar la voz, pero aun con la vista fija en el espejo retrovisor—. Tomaremos otro camino porque... creo que hay alguien siguiéndonos.

Lisa giró la cabeza y al fin entendió la razón por la que José parecía mirarla constantemente, desde la llegada a la ciudad. Detrás de ellos, había alguien. Alguien que manejaba un coche negro las luces bajas encendidas; se movía a una velocidad constante. Parecía seguirlos, pero con mucha serenidad, casi como si quisiera pasar desapercibido.

—Sí... puede ser pero también puede ser simplemente parte de nuestra imaginación ¿no cree? —dijo volviendo la vista al frente, tratando de converse más a sí misma que al detective—. Seguro estamos medios paranoicos, detective.

—Dadas las circunstancias, no sería mala idea ser un poco precavidos. —dijo José, moviendo las cejas y aumentó un poco la velocidad del vehículo. —La llevaré a su casa como habíamos planeado, pero antes daré un par de vueltas por los alrededores para poder distraerlo y averiguar si realmente nos sigue.

Continuaron transitando el húmedo asfalto. Lisa no encontró argumentos para rechazar la idea y durante el resto del camino, ninguno de los dos despegó la visión del coche que los había estado siguiendo. Doblaron a la izquierda en la siguiente esquina y esperaron un momento, estacionándose cerca de la acera, pero el misterioso vehículo que venía tras ellos raramente siguió de largo.

Lisa suspiró aliviada y volvió su mirada hacia adelante, agradecida por haberse deshecho de la escalofriante sospecha, pero algo la volvió a poner nerviosa. José continuaba viéndose preocupado; una expresión que opacaba a la perfección su nata soberbia.

—¿Está todo bien? —le preguntó Lisa.

Él la miró de repente.

—¿Por qué no habría de estarlo? —inquirió toscamente y volvió a arrancar, para llevarla hasta su vivienda.

## CAPÍTULO

### 8-

#### La intrusión.

—¡Que barriecito! —exclamó irónicamente José, cuando llegaron hasta el departamento.

Estacionó su coche muy cerca de la acera e hizo bajar a Lisa con rapidez. El ambiente que los rodeaba no auguraba nada bueno. Las descuidadas viviendas que bordeaban el departamento de la bailarina eran humildes. Algunas no tenían ni siquiera pintadas las paredes, pero no era un barrio pobre. José conocía lo que era un barrio pobre en verdad. Esos lugares estaban en tal estado, no porque sus propietarios no tuvieran dinero, sino porque de esa forma, ocultaban los delitos que se llevaban a cabo allí. Las viviendas, a los ojos de José (que sí había crecido en barrio muy pobre) parecían esconder a los criminales y vendedores de drogas más buscados de la década. A él le dio la impresión de que los observaban, ocultos en las sombras de algún callejón.

Avanzaron lentamente hasta el porche y se detuvieron; José mirando desconfiado hacia todos lados.

—¿No es peligroso vivir aquí? —le preguntó.

Las luces amarillentas de las altas farolas le otorgaban a las viviendas un aspecto de aridez y abandono.

—Sólo si tienes malas amistades —respondió Lisa, mientras buscaba las llaves en su cartera. Hablaba despreocupadamente.

Las vías abandonadas que se distinguían más allá parecían el lugar perfecto para los intercambios de mercancías ilegales. A José no le habría sorprendido en lo más mínimo ver a varios sujetos allí, traficando elementos de contrabando o a jóvenes pervertidos violando a alguna de las muchachas que habían desaparecido recientemente; sin embargo, estaba demasiado oscuro para poder distinguir algo, de modo que el detective se limitó a concentrarse en la protección de la bailarina nudista.

Lisa finalmente encontró la llave en la cartera y la sacó de su interior haciendo tintineos metálicos. Se las dio al detective Proech, para que se ocupara. Él avanzó primero, con la intención de hacer correctamente su

trabajo. Sus pasos eran firmes y seguros. Lucía fuerte y sin temor alguno, pese a su avanzada edad. Tendría unos sesenta y dos años, pero cuando llegó hasta la puerta, improvistamente se detuvo. Permanecía inmóvil en su lugar. Lisa estuvo a punto de chocar contra él. ¿Qué le ocurría? Se puso en puntas de pie y trató de mirar por encima de su hombro. No vio nada.

—Algo anda mal —murmuró él con gravedad.

Se dio vuelta y dejó a la vista la puerta del departamento. Lisa, que hasta el momento desconocía la razón de sus palabras, vio con horror que el picaporte de su casa estaba roto. El objeto metálico colgaba de la hoja de madera, como si hubiese sido partido a la fuerza por alguien. José sacó su pistola inmediatamente y se puso delante de ella.

—Quédese detrás de mí —le indicó, precavido.

Lisa se llevó la mano al pecho, sintiendo que sus latidos se aceleraban.

—¿No es mejor que yo espere aquí afuera? —titubeó.

No pudo esconder la repentina cobardía que la abordó.

—¡No, haga lo que yo le digo! ¿Quién la protegerá si el intruso ya salió y está aquí afuera, observándonos?

Lisa se dio cuenta de que el detective estaba bien entrenado y tenía razón. Estudió el entorno antes de entrar, pegada a su espalda. Como si las palabras del hombre, hubieran obrado de alguna manera en ella, llenándola de inseguridad, Lisa por primera vez sospechó de sus vecinos. Observó con recelo cada una de las ventanas de las casas del vecindario. Ahora ella también sentía que la observaban. Durante una fracción de segundo pensó que había alguien parado junto a las oscuras vías, con sus ojos puestos fijos en ella, pero no podía estar segura de que fuera una persona.

El detective empujó la puerta con la pistola muy suavemente. Se escuchó un leve crujido. Lisa le pisó los talones. José chistó, molesto. Del otro lado abundaba la negrura. No se podía ver nada. El detective temía que eso pudiera resultarle de ventaja al intruso.

—¿No hay algún interruptor de luz por aquí? —murmuró secamente.

Lisa se acercó a la pared, nerviosa y buscó a tacto la perilla con los dedos temblorosos. La encendió, pero extrañamente las luces continuaron apagadas. Seguramente el intruso se había encargado de cortar el suministro eléctrico antes de que llegaran.

—No funciona —dijo mirando escasamente la lamparita que colgaba del techo.

José suspiró, intentando alivianar la presión que sentía sobre los hombros y siguió avanzando hacia el interior. Del otro lado de la puerta había una estrecha escalera de no más de veinte peldaños. El detective, pese a la oscuridad, le echó un vistazo general al pasillo para poder asegurar la ausencia de peligro. Temía que los intrusos fueran más de uno y eso complicara aún más las cosas. Se preguntó si no era mejor marcharse y regresar con refuerzos.

Comenzaron a subir por la escalera, lentamente. El silencio de muerte que dominaba la escena, era escalofriante.

—José, tenga cuidado con el tercer escalón porque croa —lo previno la bailarina, en voz muy baja, aún pegada a su cuerpo.

El detective escuchó sus palabras. Se saltó cuidadosamente el defectuoso peldaño y continuó su marcha con agilidad.

—Quédese abajo hasta que me asegure de que no hay nadie arriba —le dijo con voz clara y segura.

Tenía la pistola negra levantada y su dedo avejentado puesto firmemente sobre el gatillo.

Lisa, desde abajo, veía su silueta, moviéndose cautelosamente en medio de la oscuridad. Casi podía percibir la concentración de sus pasos.

Esperó la señal, con las manos apretadas contra el pecho, como alguien que reza febrilmente.

El detective escudriñó el panorama desde más arriba y una vez seguro de que no había peligro, gesticuló para que se acercara. Lisa lo siguió. Subió lentamente tras sus pasos. Como ella vivía sola, si alguien había entrado para lastimarla o encontrar un elemento en el interior del departamento, debía ser de su propiedad.

Cuando llegaron hasta arriba, la escalera se abrió a un piso con varias puertas. Dos a la izquierda y tres a la derecha, incluida la puerta de la terraza.

—¿Por dónde? —preguntó el detective.

—No lo sé —murmuró Lisa desconcertada y arrugó la frente.

*¿Por qué se lo preguntaba a ella?*

Entonces se oyó un sonido estrepitoso. José se volteó rápidamente, enarbolando la pistola. Lisa corrió a ponerse tras él, con el corazón a punto de estallarle. El alboroto provenía de la puerta que daba al comedor y parecía haberse generado por la caída de algún objeto metálico.

—Viene del comedor —murmuró Lisa agitada.

Esperaron un momento.

Silencio...

Nada...

Comenzaron a acercarse muy lentamente hacia la habitación. Lisa detestaba la idea de tener que utilizar la pistola que Bartussi le había dado en el galpón antes de irse, pero si llegaba a toparse con alguien y querían herirla o algo peor, no dudaría en disparar.

De pronto, volvió a escucharse un sonido. Lisa y el detective se detuvieron a solo metros de la puerta. Esta vez el ruido parecía generado por un arrastre. Alguien se movía del otro lado, alguien que probablemente rengueaba.

—¿Qué es...? —murmuró Proech, arrugando el entrecejo con los ojos caoba fijos en la puerta.

El mediocre rellano estaba en penumbras. A José le resultaba sumamente complicado distinguir el entorno, pese a sus muchos años de experiencia. La negrura que lo rodeaba era casi absoluta y las cataratas en sus ojos no ayudaban demasiado a contrarrestarla.

El detective Proech sabía que debía actuar rápido y había dos maneras sencillas de hacerlo en aquel momento. Una era entrar velozmente, haciendo ruido. La desventaja de esto era que si el intruso aún desconocía su presencia, el alboroto que generarían lo alertaría al instante. La segunda, por otro lado, era entrar lentamente. El problema allí era que si el criminal sabía que se encontraban en el lugar y él abría la puerta de manera silenciosa, podría salir herido.

Optó por entrar rápido.

Pateó la puerta con su pierna y ésta se abrió bruscamente. El arma de José seguía levantada. Del otro lado, junto al desastre de ollas caídas, corrió una rata. El maldito roedor estaba causando desastres.

Lisa suspiró, aún con el corazón en la garganta.

—Fíjese si la luz funciona aquí.

Lisa presionó el interruptor, pero la iluminación continuó siendo nula.

—Alguien ha estado aquí dentro —dijo José con lentitud, volviendo la visión hacia el desastre—. Sin duda alguna.

La oscuridad que los rodeaba era intensa, pero a pesar de eso, el desorden que abundaba en el comedor era evidente debido a la luz que entraba por la ventana. Cuando Lisa abandonó la casa de sus padres, hace varios años,

se había llevado consigo varias cajas; muchas de las cuales estaban llenas de objetos y chucherías pertenecientes a su niñez. Esas cajas estaban guardadas sobre las alacenas de la cocina y lo único que habían hecho durante muchos años fue acumular polvo. Desde su llegada al departamento, Lisa nunca las había vuelto a tocar. Ahora todos aquellos objetos de niña estaban desparramados por el suelo. ¿El intruso buscaba algo allí?

—Claramente buscaban algo en estas cajas —dijo ella.

—¿Reconoce la ausencia de algún elemento? —preguntó José.

Lisa, agachada junto al desastre, meneó la cabeza.

—Será difícil averiguar eso, detective. Estas cajas son muy viejas. No recuerdo todo lo que tenían en su interior.

—Mmm...

José echó un vistazo al entorno, sin moverse de su lugar.

—Bueno, no puede quedarse aquí.

Lisa levantó la cabeza y lo miró fijamente.

—Este sitio no es seguro. El criminal no debe andar lejos. La llevaré a la central y que ahí se encarguen.

La bailarina se puso de pie.

—Déjeme buscar algo de ropa primero. No puedo andar así desnuda por la calle.

José la miró de arriba abajo, despectivamente.

—Sí... es cierto.

La acompañó hasta el dormitorio para asegurarse de que tampoco hubiera nadie allí. Lisa agarró unas prendas del ropero y las guardó en un pequeño bolso que se colgó del hombro. José había insistido en que se cambiara en los baños de la central: era mejor marcharse de ese departamento rápido. Sabía que si el intruso andaba cerca y venía acompañado, no podría detenerlo solo.

Diez minutos más tarde, José volvió a poner en marcha su vehículo pisando el acelerador. En el exterior había empezado garuar y las insignificantes gotas ya resbalaban por el parabrisas huyendo del viento helado

“¿Cómo logró entrar Tónitor en casa?” pensó ella. Suspiró, agradecida: “*Qué suerte que todavía no había regresado del Bar.*”

La lluvia parecía haber hecho que la temperatura del ambiente

disminuyera aún más y eso embriagó a Lisa de una sensación de soledad y temor que le recordó las noches que pasaba sola junto a la ventana de su habitación, cuando era solamente una niña, y veía su jardín en penumbras tratando de olvidar los atroces castigos de su padre.

Volvió al presente y se percató al instante de cuál era el verdadero plan de Tónitor...

“Claro, por eso me ha llamado”.

Lisa se sintió invadida por una teoría repentina. Y era una teoría bastante convincente. “*¡Por esa razón me llamó!*” Con aquella breve comunicación, Tónitor había descartado la posibilidad de encontrarse con ella y algún policía al invadir el departamento. Evidentemente no quería toparse con ella. Quería algo que estaba en su casa. La cuestión era, ¿cómo había descubierto su paradero? ¿Cómo había descubierto que estaba en el campo, tan lejos de la ciudad? ¿Contaba con un equipo de rastreo telefónico? ¿Habían mantenido la llamada durante más de un minuto?

José llevaba las manos apoyadas sobre el volante. De vez en cuando dejaba que una bajara hasta la palanca de cambio para regular las diferentes velocidades. Lisa sentada tras él, lo veía y pensaba, protegida del frío por la calefacción del coche. ¿Era posible que ese haya sido su plan desde el principio? Si así era, Tónitor estaba demostrando ser más astuto de lo que podría ser un simple loco.

Al momento, también entendió por qué José no había hecho ese razonamiento antes. Lisa recordaba que tras haber finalizado la comunicación telefónica que mantuvo con el asesino, había prometido no decírselo a nadie que no fuera Bartussi. Era extraño, pero José no le inspiraba ni un gramo de confianza.

Mientras transitaba por la avenida, sentada en el asiento trasero del coche, miraba las calles, preguntándose si el intruso realmente había encontrado el objeto que buscaba. Claramente había escarbado en sus cajas. ¿Era algo perteneciente a su niñez? ¿Se lo había llevado consigo? ¿Para qué lo quería?

—¿No cree que deberíamos avisarle a Roberto lo que ocurrió? —  
inquirió adelantándose y abrió con los pulgares el cierre de su cartera.

La había tomado de su lado. El bolso con ropa también estaba en allí, tirado sobre el sillón.

—Voy a intentar comunicarme con él por el celular que me dio —dijo

escarbando en el interior.

—No, no hagas eso —le ordenó José hostilmente.

Lisa levantó la cabeza desconcertada.

—¿Por qué?

—Porque no y basta de preguntas...

Lisa frunció el entrecejo, desconfiando de su actitud.

El detective al ver su expresión, abrió la boca para seguir hablando, pero fue como si no encontrara la forma de decir lo que quería.

Lisa insistió ansiosamente, adelantándose un poco más.

—¿Por qué no debería llamarlo, José? Dígame —le exigió.

Esta vez el hombre tardó un poco más en empezar a hablar.

—Porque...

—¡CUIDADO!

De pronto se escuchó un chirrido de ruedas y un coche negro derrapó delante de ellos, dando un tremendo giro de ciento ochenta grados. Inmediatamente, les cerró el paso.

José con el corazón palpitándole a mil, pisó la palanca del freno a fondo, haciendo que su automóvil negro se detuviera poco antes de chocar. La fuerza de la frenada los empujó a ambos hacia delante.

—¿Qué demonios...?

La puerta derecha del coche frente a ellos se abrió y un sujeto esgrimido una 9 milímetros imponente salió por ella. El cañón de la pistola apuntaba fijo a José. Los pasos del individuo fueron rápidos.

Lisa sintió pánico. Se preguntaba si había llegado el momento de utilizar la pistola que Bartussi le había dado.

José fue muy astuto. Actuó como si hubiese estado en situaciones similares a esa, decenas de veces, como si supiera controlarlas a la perfección; algo que seguramente había aprendido en sus muchos años de servicio para la policía.

Puso el vehículo en reversa e intentó retroceder, pero se dio cuenta al instante de que era inútil intentarlo. Otro coche se había estacionado tras él sin que se dieran cuenta, haciéndoles imposible escapar por esa dirección.

—¡Carajo! ¡Por estar jugando contigo a las preguntas y respuestas, no pude ver que nos seguían de vuelta!

Furioso, le dio un golpe al salpicadero. Lisa, asustada, se llevó la mano al pecho. No veía una forma posible de escapatoria.

—¡Nos han estado siguiendo desde que llegamos a la ciudad!

—Lo siento —dijo angustiada.

Lisa sabía que parte de la culpa recaía sobre sus hombros.

—¡Salga! —gritó el sujeto del arma desde afuera, apuntándole.

José no dejaba de mirar al frente; quería darle seguridad al criminal.

—Hagas lo que hagas, no dejes que te atrape —murmuró.

Lisa se preguntó qué planeaba hacer y ¿qué era lo que quería que ella hiciera?

Se le pasaron por la cabeza decenas de ideas, pocas de las cuales creía que funcionarían para escapar. No tocó el arma, porque pensó que José pondría el coche en marcha para arrollarlos, pero no. El detective levantó las manos en señal de redención.

—¿Qué está haciendo? —preguntó perpleja.

—Salvándote la vida... Es lo único que podemos hacer ahora.

Lisa tomó el bolso y la cartera, nerviosa. Se sorprendió de haber podido actuar tan rápido.

—Sólo dígame una cosa... ¿Ese hombre de ahí... es Tónitor?

Un instante de silencio perduró en el interior del coche. El detective parecía afligido por la situación. Era como si le doliese más haber fallado en su misión, que saber que podrían llegar a matarlo.

—No, no lo es —dijo y salió del coche, dándose por vencido.

La bailarina, aún adentro, vio que el sujeto de la pistola lo empujaba contra el capot y comenzaba a revisarlo para asegurarse de que no cargaba armas. Se preguntó si José tenía algún plan.

Entonces gritó:

—¡CORRA!

Sin saber qué pensar exactamente, aprovechó la oportunidad. Abrió la puerta con las manos temblorosas y salió del coche.

Corrió con todas sus fuerzas hacia un callejón. Escuchaba gritos a sus espaldas y pasos presurosos, pero no se detuvo, ni se volteó para ver si la seguían. Corrió por el callejón, sintiendo el frío aire entrando en sus pulmones, la helada llovizna mojándole el rostro y el viento agitándole el cabello colorado fuego.

Pisó charcos de agua con sus zapatos de tacos y se salpicó las piernas desnudas. Aún la cubría solamente el tapado de Bartussi. El bolso que cargaba su ropa le colgaba del hombro y su cartera de la mano.

Al llegar a la otra calle, Lisa miró hacia ambos lados, buscando desesperadamente un posible escondite. Si la estaban siguiendo, lo que menos quería era quedarse allí, desprotegida. La calle estaba desierta.

Se puso a correr de nuevo y oyó que un coche aceleraba. Se preguntó si era el de los criminales y, aunque le parecía un hombre muy antipático, sintió una culpa enorme al haber dejado a José allí, solo. Seguramente ese había sido su plan desde un principio; distraer a los sujetos, entregándose para que ella pudiese escapar.

Lisa corrió por la acera, bajo la llovizna hasta que decidió bajar a una estación de subtes e intentar encontrar a un guardia de seguridad que pudiese ayudarla. Corrió por los peldaños, a toda velocidad y se metió en un corredor iluminado de blanco. Estaba desierto y muy silencioso, lo cual hizo que sus pasos resonaran con más notoriedad.

Por primera vez en su huida, sin detenerse, Lisa giró la cabeza para asegurarse de que no la seguían. Detrás de ella, a excepción de una larga fila de teléfonos públicos, no había nadie, aunque eso no significaba que estuviese segura, claro. A Lisa la situación le recordaba las películas de terror, donde los asesinos aparecían sorpresivamente por un rincón inesperado.

Volvió a concentrarse en el frente y llegó al andén. Escrutó el entorno. No había un sólo guardia a la vista, ni tampoco alguna otra persona que pudiese ayudarla a protegerse. “¿Qué sucede aquí? ¿Dónde están todos?”, se preguntó. Parecía una pesadilla.

Rápidamente sacó el celular de la cartera y marcó en la agenda el número de Roberto, pero cuando presionó llamar, la pantalla le mostró un mensaje.

*Sin cobertura.*

*“¿Cómo vas a tener señal aquí, Lisa? ¡Estás bajo tierra!”.*

La perspectiva la aterró aún más. Sola e incomunicada, atrapada bajo la calle, ocultándose de unos criminales que se habían llevado al policía que la protegía.

Decidió cruzar hasta el otro andén y encontrar la salida de los pasajeros. Siempre le había parecido que las estaciones subterráneas eran laberínticas. Si llegaba hasta alguna de ellas, podría escapar de allí y llegar a la superficie, donde tendría señal y podría comunicarse con Roberto.

Subió por las escaleras que conducían a un pequeño puente peatonal. La estructura pasaba por encima de las vías, conectando ambos andenes.

Una vez del otro lado, encontrar la salida le resultó tarea fácil. Mientras ascendía, marcó el número de Bartussi, que ya venía agendado en el teléfono que le dio. Finalmente tenía cobertura. Respiró aliviada cuando se lo llevó al oído y escuchó el tono.

—Contesta, por favor, contesta —imploró.

Esperó. El tono se repitió tres veces. Entonces alguien atendió.

—¡Oh, Roberto, gracias al cielo estás ahí! —dijo temblando.

—Lisa, ¿qué ocurre?

Sonaba extrañado de escuchar su voz.

—¡Hay un hombre persiguiéndome! ¡Tengo mucho miedo!

—Espera, espera. ¿No estás con José?

Lisa sentía que las manos que sostenían el teléfono le temblaban. Ignoraba si era por el frío o por el miedo.

—No, no, él fue secuestrado.

—¿Secuestrado? —de repente sonó nervioso— ¿Estás segura?

—¡Sí, por supuesto que lo estoy! —gritó. Estaba aterrada—. ¡Un coche se puso delante de nosotros y un hombre que salió de él lo atacó! ¡Yo escapé porque me seguían y... lo siento mucho!

Bartussi suspiró a través del aparato.

—Tranquilízate. Yo iré por ti —le dijo tratando de transmitirle calma—. Lo que debes hacer ahora es buscar un lugar seguro donde esconderte. ¿Tienes la pistola que te di?

—Sí —asintió temblorosa.

—Bien, llegaré lo más rápido que pueda. Dime dónde estás.

—No lo sé —dijo ella, mirando el entorno, nerviosa y echándose el pelo hacia atrás con la mano en la frente—. En once. Afuera de una estación de subtes. Hay unos túneles blancos en el interior... yo... Creo que es Plaza Miserere.

—Oh, sí, sí, ya sé dónde es —murmuró él, apresurándose a decidir qué era lo mejor que podía hacer. — Vuelve adentro y escóndete... en los baños. Estoy a diez minutos de ahí y Lisa, si alguien aparece antes que yo... no dudes en utilizar la pistola que di.

## CAPÍTULO

### 9-

#### El sueño.

Lisa esperó al detective en el cuarto cubículo del baño público de mujeres, como este le había sugerido hacer. Bajó la tapa del inodoro para sentarse encima y evitar que se le vieran los pies por debajo de la puerta. Mientras lloraba en silencio por el temor que tenía, sujetaba la pistola que había sacado de su cartera con ambas manos. Temblaba de miedo y escuchaba la lluvia del exterior por la ventanilla que subía hasta el techo.

Asustada, respiró profundo e intentó serenarse. *“Nerviosa no lograrás nada, Lisa”*, se dijo *“Estás sola, no tienes por qué preocuparte”*.

Miró su reloj de muñeca. Los diez minutos que Bartussi le prometió que tardaría en llegar ya habían pasado. Lisa estaba empezando a inquietarse. Esperaba que al detective no le haya pasado nada malo en el trayecto hasta allí, como a José.

*“Genial, otra razón para preocuparte”*, se dijo con ironía.

Entonces escuchó unos pasos cerca del baño y la puerta se abrió. Alguien se detuvo en el umbral. A la bailarina se le heló el corazón. Cerró la boca para evitar que hasta el más mínimo gemido saliese de su boca.

*“¡Mierda, Roberto, apúrate!”*. Escuchó entonces que los pasos comenzaban a moverse hacia el interior.

Silencio... Nada...

Lisa ignoraba dónde estaba y eso le resultaba escalofriante.

Esperó un momento, alerta a los sonidos... Nada...

De pronto, se oyó un fuerte estruendo. Lisa soltó una exclamación ahogada. El sujeto había pateado violentamente la puerta del primer cubículo. No había nada. El cubículo estaba vacío.

Caminó hasta el segundo e hizo lo mismo.

Nada...

Llegó al tercero lentamente. Le dio otra brutal patada. Tampoco nada...

Lisa sabía que llegaría al suyo en cuestión de segundos y, mientras se le acercaba, sentía una creciente desesperación brotando de su interior.

*“¡Bartussi, por Dios!”*

El individuo se detuvo en el cuarto cubículo. La bailarina le vio el calzado por debajo de la puerta. Llevaba puestos unos mocasines negros manchados de barro. Puso su dedo sobre el gatillo. Se oyó un tremendo sonido y el arma de la bailarina se disparó. Un chillido de terror escapó de su boca.

—¡AHH!

El detective Bartussi esquivó la bala de pura suerte y ésta impactó en uno de los espejos que descasaba sobre el lavado tras él haciéndolo añicos.

—¡Tranquila, tranquila, soy yo! —le dijo el detective, acercándosele para calmarla.

Lisa abrió los ojos y el arma se le cayó al suelo. Vio a Bartussi y se abalanzó sobre él. Le rodeó el cuello con sus brazos y algo palpitó en su interior al caer en su pecho. Estando con él, se sentía protegida, se sentía cómoda. Verlo, luego de la terrífica escena de película que había protagonizado, era como un aliciente descomunal.

—¡Estaba muy asustada! —gimió inclinando la cabeza sobre su hombro. — ¡Tenía mucho miedo!

—Lo sé, lo sé —le dijo Bartussi, dándole una palmaditas de aliento—. Pero ahora estoy acá. Tranquilízate. Fuiste muy valiente.

Ella lo soltó. El detective no lucía asustado, ni preocupado. Es más, Lisa lo notaba sereno. Inmediatamente se agachó para tomar el arma del suelo.

—Ten cuidado con esto, Lisa —le sonrió para calmarla y se la entregó nuevamente guiñándole un ojo. Se volteó mirando al espejo—. Guárdala. Ahora tendrás siete años de mala suerte.

Ella se secó las lágrimas con el pulgar, mucho más aliviada.

—Lo siento —murmuró, teniendo en cuenta que podría haberlo matado.

—No te preocupes. Todo está bien ahora... Vámonos. Tengo el coche esperando afuera.

La bailarina tomó su bolso y su cartera del suelo y salió junto a él de la estación de subtes.

Roberto decidió llevar a Lisa a comer a un local de comidas rápidas: ninguno de los dos había cenado aquella noche. La bailarina habitualmente lo hacía en el bar junto Milena luego de terminar el espectáculo. Unas hamburguesas y una lata de cerveza le llenaban el estomago lo suficiente como para aguantar hasta el día siguiente sin ingerir nada más. Otras veces,

simplemente esperaba llegar a su casa, donde se preparaba un menú mucho más saludable. Sacaba de la heladera una ensalada de verduras y una botella de agua mineral y cenaba en la soledad y tranquilidad que tanto le gustaban. Esa noche, dadas las circunstancias, no había tenido tiempo para hacerlo de ninguna de las dos maneras.

—¿Te parece bien si pido una hamburguesa para cada uno? —preguntó el detective, sentado del otro lado de la mesa.

—No tengo hambre, Roberto —dijo, con la cabeza apoyada sobre una de sus manos— Tengo el estomago cerrado.

Era cierto. Sus intestinos se estrujaban.

—Escúchame. Entiendo cómo te sientes. Pero estas cosas pasan. Trata de tomarlo con un poco más de calma.

—Lo dices como si fuera sencillo.

—Doce años de servicio para la policía me han enseñado muchas cosas, aunque no lo creas —dijo él, asintiendo— He presenciado situaciones similares a estas más veces de las que me gustaría. Pero suelen resolverse positivamente.

Habían elegido una posición lejana a la ventana. Lisa temía ser vista por algún individuo vinculado a Tónitor. Si, era un pensamiento paranoico, pero Roberto accedió en un intento de calmarla y reforzar su seguridad. De todas maneras, después del secuestro de José, no valía la pena arriesgarse. Se podía sospechar de cualquiera.

La bailarina bajó la cabeza y agito su cabello.

—Cuéntame qué ha pasado, por favor. —le pidió él.

Ella soltó un bufido.

—He estado intentando olvidarlo desde que llegamos y ¿tú me pides que lo recuerde?

—Sí —le respondió inmediatamente el detective—. Aunque no lo creas, te hará sentir mejor. Psicológicamente hablar, nos libera, hace real el problema... Vamos, pruébalo.

Los fríos ojos de Bartussi le dieron la seguridad que necesitaba para poder hablar, pero aún se sentía deprimida. Primero el dueño del local, ahora José...

—Fuimos a mi departamento, como habíamos acordado que haríamos... Pero se nos adelantaron. Alguien había llegado antes que nosotros.

Roberto no mudó su expresión de serenidad. Más bien parecía atento a

no perderse detalles.

—José... El detective Proech —se corrigió rápidamente, al recordar cómo éste le había dicho que debía llamarlos— decidió que era mejor que nos marcháramos y volviéramos luego con refuerzos. Temía que el intruso fuera más de uno. No se creía capaz de enfrentarse a ellos solo.

Roberto asintió y le tomó una mano, para darle valor.

—¿Qué pasó luego?

Lisa se ruborizó.

—Bueno, dijo que me llevaría a la central para que ellos decidiesen qué hacer conmigo. Yo esperaba encontrarte allí.

Bartussi cerró los ojos y volvió a abrirlos. Lisa notó esa repentina actitud en él, pero no le preguntó porqué lo hizo.

—Cuando estábamos a mitad de camino, yo intenté llamarte. José me dijo que no lo hiciera y... a partir de ese momento, todo pasó muy rápido. Un coche se nos interpuso y evitó que nos fuéramos. Agarraron al detective.

—¿Reconociste a alguno de los captores?

—No, pero sé que ninguno de ellos era Tónitor. José me lo dijo... Luego me pidió que escapara... Yo... perdóname. No quería dejarlo.

Lisa sentía culpa. Se miraba las manos mientras relataba los hechos, como si no tuviera el valor de fijar sus ojos en Bartussi nuevamente. Había abandonado a su compañero.

—No es culpa tuya, Lisa. José hizo lo que debía. Su trabajo era protegerte y así lo hizo al entregarse —el detective se pasó la mano por la cara, buscándole una solución al asunto—. Ahora, si queremos encontrarlo, tienes que decirme exactamente qué viste en tu departamento. ¿Cuáles fueron esos indicios que mencionaste? Según dices demostraban que alguien había estado allí antes que ustedes.

Lisa no levantó la cabeza ni hizo ningún comentario.

—Como José habrá supuesto, Tónitor debía de saber que estarías acompañada por algún oficial, por lo tanto, resulta absurdo pensar que haya decidido entrar a tu casa solo. Al menos, claro, que él tuviera una razón muy importante para hacerlo.

Lisa intentó recordar las cosas que más le habían llamado la atención.

—Recuerdo qué... Había mucho desorden. Era como si... hubieran ido a buscar algo.

—¿En tu casa había elementos de valor?

Lisa suspiró cansada y apoyó la cabeza sobre su mano de nuevo. El cabello rojo se le enredó entre los dedos.

—No, no gano tanto dinero como bailarina para tener en mi posesión alhajas o grandes sumas de dinero. Y mis padres no eran de esos que pasan elementos importantes de generación en generación, así que...

Había detectado en su propia voz, una pizca de asco.

—Concluimos entonces que no era un robo con intenciones económicas —dijo aún sereno—. El intruso buscaba otra cosa. Pero como no podemos hacer un inventario y analizar cuál de todos los objetos de la lista falta, debes ser tú la que me ayude. Tú... vas a ser mis ojos.

Lisa asintió, respirando profundamente. Le costaba encontrar un incentivo para seguir, aunque quizás era su deber ayudar a Roberto, a encontrar a José. Después de todo, se había entregado por ella.

—¿Notaste que te faltaba algún elemento importante?

La bailarina se rascó la frente, nerviosa y se mordió el labio.

—Lo que sucede es que yo viví bastante tiempo en la casa de una amiga mía del pasado. Y al mudarme al departamento en donde vivo ahora, traje conmigo muchas cajas. Cajas de cosas que pertenecían a mi niñez. Eran tantas que incluso dos o tres de ellas todavía permanecen en mi antigua vivienda... Nunca revisé esas cajas desde mi llegada al departamento. Cuando entramos con José lo que más me llamó la atención fue que esas cajas estuviesen desparramadas por el suelo. El asesino buscaba algo ahí... Estoy segura.

Bartussi hundió su cabeza pensativo y suspiró. Esperó un momento.

—Bien, ¿hay algo más que quieras contarme? —le preguntó, volviendo a tener los ojos fijos en ella, como si intuyera sus pensamientos.

—Sí, hay algo...

La bailarina hizo una pausa. Se dio valor a sí misma.

—Apenas te fuiste del galpón, Tónitor me llamó... al celular.

El detective arrugó el entrecejo.

—¿Y se lo dijiste a José?

—No, no, yo... quería decírtelo a ti. Sospecho que por esa razón, él supo que yo no estaría en mi casa.

Roberto asintió suavemente. Parecía analizar cada una de sus palabras.

—¿Qué fue lo que te dijo cuando te llamó?

—En realidad, muy poco. Sólo... que me quería tener.

Las palabras de Tónitor resonaron en sus oídos como si las acabara de

escuchar nuevamente y Lisa sintió un escalofrío.

—Bien. Es suficiente. Relájate y come —le dio una palmadita en la mano, demostrándole que su información había sido de gran ayuda—. Luego veremos qué hacer.

Al cabo de un momento, la mesera les sirvió la comida. Lisa y el detective Bartussi intentaron despejarse un poco charlando de otro tema y devoraron las hamburguesas con fervor. El lugar estaba casi desierto. La bailarina lo comprobó al escudriñar su alrededor mientras masticaba. Eran casi las tres y media de la madrugada. El reloj sobre la caja registradora se lo decía a todos los clientes que los visitaban.

A Roberto Bartussi no le sorprendió encontrar ese local abierto tan tarde en la noche. Sabía que los lugares de comidas rápidas como ese permanecían abiertos hasta cerca del alba, más aún los días en los que muchos de los jóvenes salían de gira.

El detective Bartussi era un profesional. Practicaba tiro todos los jueves e iba a boxear tres veces por semana. Era fanático de los juegos de ingenio que encontraba cuando navegaba en internet. Le gustaba el silencio y fumar habanos como su padre. Todos los veranos se tomaba quince días para ir de vacaciones y conocer las diferentes playas del mundo. El año pasado había estado en Bahía Cacaluta, a punto de quedarse a vivir allí. Le había parecido un lugar fantástico. Las playas de ese país eran maravillosas. Bartussi había disfrutado de una tranquilidad que nunca había podido experimentar en Mar del Plata, por ejemplo, donde la muchedumbre en la playa semejaba un gigantesco hormiguero.

Una vez que estuvieron con el estómago lleno, Roberto fue al baño y cuando regresó, le dijo a Lisa que la llevaría a dormir a un motel.

—Es preferible que no regreses a tu departamento por ahora —le dijo mientras conducía.

Quería que descansara para encontrarla bien ágil con la mente al día siguiente. Debía concentrarse en la foto que le había dado en el galpón. La foto que escondía el mensaje más importante de todos. La misteriosa pieza que probablemente cerraría el caso... o lo abriría.

Al cabo de un momento, dejaron el coche de Bartussi en la playa de estacionamiento del motel y visitaron la recepción. Los atendió una mujer muy gorda de cabello rubio arremolinado. Pidieron dos habitaciones diferentes en el segundo piso. A Lisa no le habría molestado en lo más mínimo dormir en el

mismo cuarto que el detective, pero él no quiso incomodarla proponiéndoselo. Además quería que se concentrara en la foto y en nada más que en la foto.

—Por favor, trata de descansar bien, así mañana estás más ágil de pensamientos y puedes darme la noticia que estoy esperando. —le pidió al dejarla en su habitación.

Lisa lo veía parado en el umbral de su cuarto, con el balcón por detrás.

—Yo estoy aquí al lado. Llámame si necesitas algo.

Le dio la llave y se marchó dejando la estela de su serena sonrisa en el medio del corredor. Lisa se sentía un poco mejor. Por primera vez en toda la noche, iba poder descansar. Cerró la puerta, se tiró sobre la cama desfallecida y dejó que sus parpados se rindieran. Al instante se olvidó de todo ...

Abrió los ojos. No estaba en el motel. Se encontraba en una acogedora habitación a oscuras, sentada junto a la ventana, mirando la luna y las estrellas. Era muy tarde y la brisa nocturna que entraba por debajo del cristal le acariciaba el rostro. Luego de un típico y caluroso día de verano, la temperatura se había normalizado y vuelto reconfortante. Lisa olía el olor del viento, ese olor tan característico que se produce en las noches de verano cuando refrescan.

Su familia y ella vivían en un cerrado barrio militar de proporciones muy pequeñas. Todas las viviendas que lo conformaban tenían como huéspedes al menos a un miembro del ejército. Su padre era uno de ellos. Se trataba de un hombre muy recto, de hombros cuadrados y mirada sobradora. Siempre que podía llevaba puesto su uniforme militar, y hacía lucir las medallas de plata y oro que había ganado en sus muchos años de servicio. Un bigote blanco coronaba su boca, habitualmente fruncida en una expresión de enojo. Nunca le había demostrado cariño, ni a ella ni a su madre. Era un hombre seco, firme y duro de sentimientos. Siempre había querido un varón como hijo y odiaba a Lisa por haber nacido mujer.

Aún era una niña pequeña cuando esa noche, una estrella fugaz acuchilló el firmamento. Lisa maravillada pidió un deseo con los ojos cerrados. Y escuchó un sonido cerca de ella. Bajó la visión, con curiosidad para ver qué lo había causado. A menos de medio metro de donde estaba apoyado su brazo, había un avioncito de papel, que descansaba inmóvil sobre la capa de césped perfectamente cortada. ¿Qué hacía un avioncito de papel ahí?

Se asomó por la ventana para tomarlo y estiró el brazo sujetándose con

el otro del marco. Lo tomó y una vez que estuvo en sus manos, Lisa lo abrió lentamente. Estaba hecho toscamente. Muy toscamente. De hecho su punta había chocado contra el césped y estaba doblada. ¿De dónde había venido? ¿Un ángel quizás? ¿Un hada?

Entonces se despertó. Se encontraba nuevamente en el motel y los pocos y burdos muebles que la rodeaban se lo recordaban a la perfección. Estaba transpirando. El tapado de Bartussi le daba mucho calor. Miró su entorno y el reloj en la mesa de luz. Eran las seis y quince. Aún no había amanecido en el exterior. Detrás de las apolilladas cortinas todavía estaba oscuro.

Suspiró, sentándose en la cama. Le costó levantarse; todavía sentía un gran agotamiento, pero aquel extraño sueño le había quitado las ganas de seguir durmiendo. Era un viejo recuerdo de su niñez, un recuerdo que había olvidado que tenía. ¿Cuántas cosas más se ocultaban en el interior de la mente de Lisa? ¿Y que era aquel insignificante avioncito de papel? Claramente debía existir una explicación más lógica sobre su procedencia. El hada y el ángel eran ideales inocentes. ¿De dónde había venido volando?

Se puso de pie y revisó el bolso que había traído consigo. Sacó las prendas y las dejó estiradas sobre la cama.

Se acercó a la ventana y miró a través del cristal. Había un hombre sentado de espaldas a ella, con las piernas sumergidas en la pileta del motel. Se parecía a Bartussi, aunque sólo podía conjeturar, dado que su rostro no se dejaba ver. El sujeto estaba solo.

Cerró las cortinas y se sacó el tapado. Se pegó una ducha caliente en el baño de la habitación, una ducha que le resultó sumamente reconfortante. Dejó que la calidez del agua fluyera por su cuerpo, por sus hombros cargados de tensión, sus brazos, sus piernas... Parecía la única capaz de aliviar el peso de los incidentes que se habían precipitado sobre su vida durante las últimas horas.

Se vistió con unos jeans y una camisa verde ajustada, que remarcaba con sutileza su cintura y el contorno suave de sus pechos. Se miró al espejo, tras pasar la mano por él para limpiarlo y le volvió resultar extraño reflejarse siendo Lisa. Hace unos días solamente había hecho lo mismo parada en el interior de la suite de un prestigioso hotel, preparada para responder las preguntas de los canales más importantes del país. Si bien en aquel entonces había estado agotada, el alivio que recorría sus venas siendo Paola podría

haber sido el mejor regalo para Lisa ahora, cuyo cerebro parecía martillado por la sumatoria de los males que estaban aconteciendo.

Unas horas después, se había precipitado no solamente hacia un lago lleno de basura, sino también hacia su propia historia, ahogándose en las sombras de una misteriosa novela de asesinatos; algo que le había generado una sensación naturalmente extraña. Era como estar atrapada en un cuerpo que no era el suyo, como vivir una vida a la que no estaba destinada.

De hecho ni siquiera parecía la misma Lisa que había salido del departamento el día anterior. Si bien continuaba viéndose atractiva, las consecuencias del mal sueño y el estrés que había adquirido durante esa tempestuosa noche, habían hecho ya sus estragos. Sus ojos verdes, frecuentemente luminosos y magnéticos, lucían agotados. Y la ausencia de maquillaje contribuía en su decadencia física por supuesto...

Pero Lisa sentía que aquel día estaba por encima de todas esas minorías. En ese momento sólo deseaba quitarse de la cabeza todas las preocupaciones que la agobiaban. Estaba muy presionada. Sabía que por alguna razón era la única que podía traducir el mensaje; Roberto lo había dejado en claro. Pero ¿por qué ella?

Regresó a la habitación y tomó la fotografía de la cartera. Se sentó en la cama y volvió a mirarla, mientras escuchaba rechinar los resortes. Los símbolos parecían burlársele. Los conocía, de eso estaba segura. Los había visto muchas veces, claro. Pero ¿dónde... y por qué? ¿Eran letras? Le parecía absurdo no recordar su significado.

*“Maldita sea”.*

La impotencia le martillaba la cabeza, aunque claro, no podía concentrarse solo en eso. Todavía le inquietaba saber que la privacidad de su vivienda había sido violentada, que habían secuestrado a un policía por su culpa, que el dueño del local había sido asesinado y que el psicópata se había llevado algo de sus pertenencias. Dudaba mucho que fuera un elemento sin importancia. Tónitor, como Bartussi sugería, no se habría arriesgado a ir de no ser decisivo. Él misterioso objeto debía de ser radicalmente importante para él. El problema era que Lisa desconocía si lo había encontrado o no, o cuál era el que buscaba.

Se pasó la mano por el pelo colorado y lo sintió frío y húmedo. Tomó la cartera y la abrió. Miró el interior. La pistola se hallaba metida entremedio de sus chucherías. La escrutó un instante desde arriba. Si bien le desagradaban

completamente esos objetos, en el baño público, tenerla en sus manos le había brindado cierto poder. Y de pronto, un impulso la incitó a tomarla. La levantó y la observó con cuidado. Era pesada y fría.

*“Este objeto tan simple es capaz de aniquilar algo tan complejo y sagrado como la vida”.*

Volvió a dejarla en el interior de la cartera, ganándole al impulso de volver a sentirse poderosa.

Entonces llamaron a la puerta. Lisa se levantó y los pies se le hundieron en la desgastada alfombra grisácea que cubría el suelo de toda la habitación. Fue hasta la entrada acomodándose el cabello y miró por la mirilla. El hombre que estaba parado del otro lado era muy atractivo pero de una manera atípica. A Lisa no le sorprendió en nada que se tratase de Bartussi, el inteligente detective que la salvó la noche anterior. Abrió la puerta rápidamente y lo dejó pasar.

—Lisa... no te desperté ¿verdad? —preguntó.

Traía en sus manos una bolsa de panadería.

—No, no —se apresuró a decir ella—. Me desperté hace rato. Soñé cosas raras y... no pude volver a dormirme. Hace mucho calor... Un día hace 10° grados y al otro 27°. Este clima está loco.

—Sí —asintió él— La humedad y los cambios de clima me alteran bastante a mi también, a decir verdad. Pero no te preocupes, recién escuché en la radio que la temperatura volverá a bajar en estos días.

A través de las polvorientas cortinas se alzó el sol y sus rayos fulgurantes proyectaron sombras rojizas sobre ellos.

—Traje algo para que desayunemos —dijo—. Hay un pequeño local aquí, frente al motel. Confitería *“Pedro e Hijos”*

Lisa observó las bolsas. No estaba acostumbrada a tanta gentilidad. Se sintió rara.

—Genial —opinó—. Muchas gracias.

El detective miró el interior de la habitación con curiosidad.

—¿Te importa si desayuno aquí contigo?

—Oh, no, para nada. Pasa, por favor.

Bartussi esbozó una sonrisa satisfecha y ella se hizo a un lado para dejarlo pasar.

—Espero que te gusten las medialunas —dijo.

—Oh, sí, las de manteca me encantan. Hace mil años no desayuno con

medialunas.

Lisa cerró la puerta y ambos se sentaron a comer en la cama. Bartussi sacó de la bolsa dos vasos de café y media docena de medialunas que venían empapeladas sobre una pequeña bandeja de cartón. Cuando la bailarina bebió y la cafeína entró en su sistema, se dio cuenta de lo renovadora y agradable que era. Por un momento la forzó a olvidar todos los problemas de la noche anterior. Fue como si la despertase de un adormecimiento interno, como si ese momento de tranquilidad y placer después de lo tumultuosa que fue la noche se convirtiese en uno de los mejores regalos que podía recibir en la mañana. Se sintió de pronto fortalecida.

Luego suspiró, satisfecha.

—¿Eras tú el de la pileta hace un rato?

—¿Me viste? —le preguntó alzando una ceja, con una medialuna en la boca.

—Sí. Elegiste una noche rara para nadar.

Bartussi tragó sonriendo.

—En realidad no llegue a nadar. Solo mojé mis pies. Hacía calor y... necesitaba pensar. ¿Tú te has pegado una ducha?

—Sí. También la necesitaba. Siento que me ha purificado.

Lisa se llevó el café a la boca y bebió.

—¿Te has podido comunicar con tus compañeros para contarles lo de José? ¿Se ha avanzado en algo con respecto a eso?

Roberto pareció atragantarse por lo directo de la pregunta. Tosió con fuerza.

—Respecto a eso... Tendría que contarte algo que... opté por dejar de lado anoche para no incomodarte.

La bailarina frunció el ceño, pero no dijo nada. Dejó la medialuna que había tomado, nuevamente sobre la pequeña bandeja.

—Luego de haberme ido del galpón anoche, tuve que pasar por el bar en donde trabajabas... Tónitor asesinó... al dueño del local.

El detective se incorporó y dejó el café sobre la mesa de luz. Le dio la espalda a la cama; la situación que lo había obligado a romper su rutina y salir de su zona de confort, renacía en su mente.

*Bartussi golpeó la puerta del despacho del jefe con sus robustos nudillos, esperando que contestara para poder entrar y darle la mala*

noticia.

—Adelante.

Abrió la puerta luego tras tirar del picaporte y entró con la cabeza fija en los papeles que llevaba en las manos. El despacho del jefe de la policía no tenía nada de inusual. En el medio se hallaba un escritorio ornamentado en roble que estaba cubierto por una cantidad incalculable de papeles e informes. A su lado había una ventana con cortinas plegables, dos sillones que se hallaban en frente, una bandera celeste y blanca con un sol en el centro y un cuadro lleno de medallas colgado en medio de la pared, que parecía estar ahí para que nadie pudiera olvidarse de admirar su inestimable capacidad.

—Bartussi. Estaba a punto de mandarte a llamar —le dijo el jefe, de cabello raído y rostro altanero—. ¡No más papeles, por favor! ¡Mira todos los que tengo aquí...! ¡Tengo que archivar y visar esto en tres horas asique sea lo sea, tendrá que esperar!

Suspiró bajando la cabeza, como si quisiese librarse de la presión que sentía junto al dióxido de carbono.

—En fin ¿cómo va el caso? ¿Qué pasó en el local? —le preguntó recuperando la postura.

—El caso va mal, señor, lamentablemente —dijo el detective irritado—. Encontramos el cuerpo del dueño del local en donde trabajaba la bailarina asesinado.

—¿Qué? —exclamó el jefe enfadado, y tan sorprendido que tuvo que agarrarse del respaldo de su sillón para no caerse.

—Sí, lo encontramos hace un rato. Fue torturado hasta la muerte por Tónitor. Había muchos indicios de su participación. Podrá ver en el informe qué pasó exactamente.

El comisario se puso a dar vueltas por detrás del escritorio, con las manos entrelazadas sobre la espalda. Tenía el semblante preocupado y lucía irritado.

—Bartussi, te asigné a este caso porque eres un hombre muy competente. Siempre confié en ti y te apoyé en todo, pero últimamente solo me traes malas noticias. ¿Recuerdas el caso anterior?

El detective asintió y un malestar repentino volvió a aflorar en su interior.

—Tuvimos la oportunidad de atrapar al fugitivo esta vez y no lo

*hicimos porque dijiste tener un plan. No te contradije, confié en ti. Ahora ese plan tan inteligente ha traído consigo a una víctima. ¿Te das cuenta de las implicaciones que conlleva esto para tu trabajo?*

*—Sí, señor. Lo sé. Yo creí que si utilizábamos esta táctica...*

*—Evidentemente creíste mal y no es la primera vez. —dijo con voz fuerte el jefe—. Realmente no entiendo dónde quedaron los días en dónde sólo me traías respuestas positivas. Un asesino suelto, su cómplice dando vueltas, una nueva vida perdida a causa de esto... Lamentó mucho que las cosas hayan llegado a este punto, pero... ¿entiendes la gravedad de la situación? ¿Eres consciente de que decidí seguir tus métodos ortodoxos una vez más y eso acarreó un asesinato? Me has decepcionado de una forma... irremediable. Te di una segunda oportunidad, a pesar de lo que me sugerían desde la fiscalía... tres oportunidades no. Tres vidas no...*

*El detective bajó la cabeza ante las palabras.*

*—En mi equipo solo están los mejores, Roberto... Y tú lamentablemente ya no estás entre ellos. Me causa un gran dolor tener que hacer esto, pero... no me dejas alternativa. Esto es grave y créeme que el intendente va a pedir mi cabeza. Estás fuera.*

*Bartussi sintió un pinchazo en el pecho cuando levantó la cabeza y vio en la expresión de su capitán que lo que decía no era una broma.*

*—Entrega tu placa y márchate.*

*—¿Qué pasó, Roberto? —preguntó Lisa.*

*El detective volvió al presente. Bajó la mirada y se dio vuelta para estar de frente a la cama.*

*—Si ibas a la central con José anoche no ibas encontrarme allí, como esperabas.*

*—¿Por qué no? —preguntó.*

*—Porque fui despedido.*

*Lisa arrugó el entrecejo extrañada. Se quedó observándolo en silencio.*

*—¿Hablas en serio? ¿Pero... por qué?*

*Bartussi suspiró y volvió a sentarse a su lado, ahora abordado por un sentimentalismo repentino.*

*—Es complicado, Lisa. Como detective tienes que atenerte a algunas reglas. Las cosas pueden salir bien o no, pero los errores son contados y más valorados que los triunfos, sin dudas. Si las cosas no son como deberían ser en*

más de una ocasión, tienes que olvidarte de tu empleo.

La mujer esperó unos segundos.

—¿Las cosas... no estaban saliéndote bien hace tiempo?

—No, últimamente estaban saliéndome mal y bastante... La muerte del dueño del local de anoche es sólo la gota que rebalsó el vaso... En el caso anterior también cometí un error y un compañero fue herido gravemente. Tuvo que ser hospitalizado por un disparo en la cabeza —dijo recordando el sonido del disparo—. Me perdonaron esa vez, aunque yo todavía no logré perdonármelo... Él falleció poco después. Yo suelo ser bastante ortodoxo con mis métodos. Tengo un grado de percepción muy bueno, pero viene fallándome. Quizás es la edad... no lo sé.

Lisa guardó silencio. Él no la miraba.

—Luego de tres semanas me asignaron a este caso como prueba... Y también fallé aquí...

Lisa le tomó la mano. No supo por qué lo hizo. No fue algo que decidió.

—Pero Roberto... tú mismo lo dijiste anoche. Estas cosas pasan ¿o no? Además, si hacemos un balance entre las vidas que se perdieron por culpa tuya y las que debes haber salvado, creo que la cuenta es obviamente favorable.

—No es tan simple... Acá no te equivocas rompiendo una copa de vidrio. Te equivocas y muere una persona... Y mi trabajo es salvar vidas, no ser culpable de un aumento de ellas.

Lisa no supo qué decir. Permitió que hablara para que descargarse. Quería hacerle entender que estaba en su misma situación. Luego de un momento en silencio, decidió que era hora de volver al dialogo.

—¿Cómo continuará todo a partir de ahora?

—No lo sé... Si lo prefieres, puedo llevarte a la central y que te asignen a un verdadero detective como guía.

Lisa soltó un bufido.

—Roberto, yo no confié en nadie que no seas tú.

El detective se giró sorprendido para verla.

—¿Por qué? Ni siquiera nos conocemos.

Ella se achicó de hombros, un poco ruborizada.

—No lo sé. Eso es lo que siento.

Era cierto. Desconocía la razón que la hacía pensar de esa forma, pero ninguna otra persona le inspiraba la sensación de seguridad que le brindaba él.

—Sólo puedo decirte que fue algo que sentí cuando te conocí en el bar.

Es inexplicable... Ni con José pude sentirme tan segura... como me siento contigo.

Los ojos azules de Roberto la escrutaron un momento. Lisa no despegó su mirada de la de él. Fue como si se conectaran por un instante. Intentó descubrir qué pensaba, pero su rostro era inexpresivo.

—¿Piensas que podría quedarme contigo, aunque... aunque ya no ocupes tu cargo como detective?

Bartussi sonrió, con los ojos brillando bajo el débil rayo de luz anaranjada del amanecer que entraba por la ventana.

—Creo que sí —asintió, con un forzado tono divertido—. Aún tengo mi arma y unos buenos reflejos... Yo creo que podré protegerte bien.

Lisa también rió y le dio unas palmaditas alentadoras, como las que se dan dos buenos amigos.

—¿Has avanzado en algo con respecto a lo de la foto?

La bailarina resopló con desdén. No era algo que quería recordar.

—Me temo que no he podido concentrarme demasiado. Soñé cosas extrañas y...

Bartussi miró hacia otro lado, como si buscara una respuesta que no podía encontrar allí.

—¿Qué sugieres hacer entonces? —le preguntó.

—Estuve pensando en la intrusión a mi departamento... Pienso que quizás deberíamos ir a buscar las cajas que contenían mis posesiones de pequeña a lo de mi amiga. Si el asesino buscaba algo en las cajas que estaban en mi casa y no lo encontró, quizás ese objeto todavía esté allí.

Bartussi guardó silencio un momento.

—¿Cómo sabes que no lo encontró?

Lisa se apresuró a contestarle. No quería confundirlo.

—Pues desconozco si lo encontró o no, pero creo que deberíamos ir a buscarlas por si acaso. Asesinó a mi jefe, lo cual me hace suponer que no es a mi quien busca, sino algo que yo tengo... o tenía... no lo sé, teniendo en cuenta la invasión.

La bailarina repasó sus ideas.

—Si las tenemos en nuestro poder, y son realmente lo que él necesita, contaremos con ventaja después y de esa forma lo haremos venir hacia nosotros ¿Tú qué piensas?

Bartussi se quedó callado un momento. Estaba pensando. Realmente no

se le ocurría otra forma de proceder.

—Bien. Entonces haremos eso. Avísale a tu amiga que iremos esta tarde.

Lisa se alegró de que el detective confiara en ella. Ahora el logro sería convencer a su amiga.

**CAPITULO**  
**10-**  
**Visita a Parque Leloir.**

—¿Pamela?

—Sí. ¿Quién llama? —preguntó una voz desdeñosa a través del teléfono.

—Soy Lisa. ¿Me recuerdas?

—Mmm... ¿Lisa qué?

—Lisa Stewart —le dijo la bailarina ansiosamente— Fuimos juntas al colegio. Viví unos meses contigo. ¿Te acuerdas?

La joven soltó un bufido, pero se la notaba incomoda.

—Sí, ahora recuerdo... Estoy algo ocupada. ¿Qué necesitas?

—Oh, no quisiera molestarte —se apresuró a añadir, sorprendida de que no cortase. — Pero me gustaría pasar por tu casa a retirar un par de cosas que dejé en el ático cuando vivía allí. ¿Podría hacerlo hoy?

—No lo sé. Estoy muy ocupada.

—Sólo me tomará unos minutos —dijo rápidamente Lisa sin permitirle negarse.

La interlocutora se quedó callada.

—Por favor, es importante —añadió con tono suplicante.

—De acuerdo —concedió fríamente—. Pero tendrá que ser rápido porque estaré en una fiesta. Y me he mudado. Ahora vivo en Parque Leloir. Es una zona que seguramente no conoces, por supuesto. Traje todas tus cosas para aquí. Creí que tendrían algún valor si intentaba venderlas pero la verdad eran todas baratijas. Sólo logré vender una cosa...

—¿Qué cosa? —le preguntó Lisa, repentinamente preocupada.

—No lo recuerdo. Luego hablamos. Tengo que irme —contestó cortante y le indico la dirección—. Adiós.

Cuando Lisa terminó de hablar con su vieja amiga cerró el teléfono y se lo guardó en el bolsillo del piloto color gris que llevaba puesto. Había tenido que salir de la habitación del motel para poder hablar con ella ya que en el interior no conseguía tener señal. Se quedó mirando la inmensidad de la pileta desde el balcón, con los brazos apoyados sobre la baranda. Lo que había

parecido empezar como un día soleado era ahora todo lo contrario. El cielo se había cubierto de nubes grises de nuevo, trayendo consigo la aparición de una repentina cortina de niebla. Parecía el susurro de un gigantesco fantasma.

Pensó que un inmenso sendero de sombras se abría ante ella, un sendero de tinta, trazado por ella y solo para ella. Un sendero de misterios, de largos y fluidos trazos, tejidos por sus manos y su infalible talento de escritora...

—¿Qué dijo tu amiga? —preguntó una voz, de pronto.

Lisa se giró. Bartussi acababa de salir de la habitación y se acercaba a ella acomodándose una chaqueta negra que evidentemente recién se había puesto.

—Me costó convencerla pero dijo que nos recibirá esta noche en su nueva vivienda. Tristemente nuestra relación no terminó muy bien. Verás, cuando le dije que me iría de su departamento hace unos largos meses, tuvimos una fuerte discusión. Tengo que advertirte que Pamela es una persona... muy particular.

Bartussi sonrió con serenidad.

—¿A qué te refieres con eso? —le preguntó cerrándose los botones de la chaqueta.

—A pesar de tener treinta y tres años, es una mujer inmadura, rebelde. Sus fiestas son una locura. Hay gente drogándose y teniendo sexo en cualquier lado. Si vas a acompañarme tendrás que pasar por alto todo ese tipo de cosas y concentrarte solamente en la caja.

El detective curvó los labios en una sonrisa silenciosa. Le causaba un poco de gracia pensar que a la bailarina le preocupaba que viera cosas como aquellas. Él, en sus muchos años de trabajo para las fuerzas del orden, había presenciado hechos verdaderamente terribles; aquello que ella describía, no era para nada sorprendente.

—La realidad es que me han quitado hasta mi placa, Lisa, así que, vea lo que vea, carezco de la autoridad necesaria para hacer algo.

La bailarina lo vio apoyarse contra la baranda.

—¿Tan grave fue lo que pasó con el dueño del local para que te echaran?

—Sí, gravísimo —respondió al instante, como si no quisiera poner eso en duda—. Ha muerto una persona por mi culpa... No era la mejor persona del mundo, claro. Pero bueno, eso no cambia nada... No sé si sabías las calamidades que se escondían detrás de su billetera.

Lisa frunció el ceño.

—¿A qué te refieres exactamente? —quiso saber, apoyándose también en la baranda.

—¿No sabías nada acerca de sus otros negocios?

Ella se achicó de hombros y desvió la mirada con aire despreocupado.

—Sabía que realizaba transacciones ilegales y estaba metido en el narcotráfico, pero eso es algo común en el ámbito nocturno.

—Me temo que sus acciones iban más allá de las que lleva a cabo un narcotraficante... Según leí en el expediente, el dueño del local tenía en su posesión un par de viviendas en el medio del campo, en las que prostituía a jóvenes raptadas... Trata de blancas.

Lisa levantó las cejas sorprendida.

—¿Hablas en serio?

—Claro. Anoche, en cuanto se supo esto, el jefe de la policía organizó un allanamiento de grandes dimensiones sobre las propiedades. Encontraron a más de veinte jóvenes en pleno acto sexual, atadas a las camas de las viviendas. Evidentemente estaban bajo el efecto de algún fármaco, algún sedante. Parecían títeres. Al menos así es como me lo describió un ex compañero mío, Gust. Hice un trato con él. Nos mantendrá informados sobre cómo va el caso desde su lado... Ya supieron lo de José, pero no encuentran ningún indicio que les dé un punto para empezar a buscarlo. Aún desconocen por qué razón se lo llevaron. Tú dijiste que no fue Tónitor el que lo hizo, pero seguramente sí fue alguien vinculado a él, ya que son los únicos relacionados a nosotros en este caso. Eso quiere decir que está trabajando en conjunto, que no está solo. Como lo sospechábamos.

Lisa se extrañó.

—¿Crees que Tónitor tiene recursos económicos suficientes para financiar el trabajo de otras personas?

—No creo que sea él quién les paga, sino su cómplice, él que ideó todo esto. Por eso considero que es más importante atraparlo a él antes que nada.

—Debe ser alguien que cuenta con grandes sumas de dinero ¿no?

Lisa miró hacia abajo, a través de la baranda sobre la que sus brazos estaban apoyados.

—Sigo sin saber qué es lo que buscan. Ya hemos descubierto que no es a mí, porque de esa forma no habrían matado al dueño del local... Me habrían seguido a mí rápidamente cuando escapé junto a ti... pero hicieron todo lo

contrario.

Bartussi ladeó la cabeza.

—Según tú, hay algo valioso en el interior de esas misteriosas cajas que pertenecían a tu niñez. Esperemos que no sea demasiado tarde cuando lleguemos a encontrarlas.

Lisa se quedó callada un momento y volvió a dirigir su visión a la pileta.

—Estaba pensando, Roberto —dijo—. Si este hombre, el cómplice de Tónitor, tiene tanto dinero en su poder ¿por qué liberó a un loco de su celda de contención? ¿Por qué no contrató a otra persona mucho más capacitada en este tipo de trabajos? ¿Por qué no evitó que la policía se involucrase en todo esto, haciéndolo más fácil?

—No lo sé, son sólo más preguntas sin respuesta, Lisa —dijo cansado, masajeándose la frente y haciendo que sus hombros decayeran—. Ya tengo suficientes interrogantes de ese tipo por el momento. Cuando logre responder esos, buscaré las respuestas a los nuevos, ¿de acuerdo?

—Sí, tienes razón. Me parece bastante justo.

Esa misma noche, alrededor de las once, Lisa y Roberto llegaron a la nueva casa de Pamela y se detuvieron cerca de la esquina. Aunque Parque Leloir era un barrio tranquilo, lleno de calles arboladas y casas quintas, la bailarina dudaba que alguien pudiera estar durmiendo en ese momento. El ruido generado por la fiesta en la casa de Pamela se podía escuchar desde lejos. Lisa se preguntaba cómo era posible que su vieja amiga viviera allí. Había escuchado que comprar una casa en esa área era bastante inaccesible.

—Debe ser esa casa de la izquierda —dijo Roberto, señalando con el dedo índice.

Lisa no tenía dudas, teniendo en cuenta la dirección desde donde provenía la música. La enorme vivienda se alzaba en una pequeña colina que se distinguía por encima de un muro de ladrillos y aparecía de perfil tras la sombras de unos altísimos árboles. Tenía grandes ventanales en todos los laterales que dejaban a la vista lo lujoso del interior, opacado por supuesto por las decenas de siluetas negras que resaltaban contra la luz de la sala. Había por lo menos, cincuenta personas en la sección más vistosa.

—¿Cómo consiguió semejante casa? —inquirió— Recuerdo que cuando

vivía conmigo apenas tenía el dinero suficiente para pagar la renta.

—El destino... Vaya uno a saber —murmuró Roberto, tranquilo—. ¿Acaso te habrías imaginado alguna vez que estarías aquí, buscando a un asesino y su cómplice junto a mí?

—Ciertamente no —dijo, tratando de ni siquiera recordar que ella misma había tejido la trama de esa historia; nerviosa, añadió— De todas formas, eso no es lo importante. Mejor... mejor vayamos por las cajas de una vez y marchémonos rápido. Sé que Pamela no se alegrará demasiado de verme...

—¿Muy mal quedó su relación? —quiso saber.

*La bailarina se remontó de pronto a aquella templada mañana de junio, hacía varios años. Había llegado de trabajar cerca de las seis de la madrugada y había encontrado a Pamela durmiendo en el sofá. La mesa ratona estaba llena de elementos que Lisa odiaba. Pasó de largo, sin mirarla y armó sus valijas en silencio. No quería despertarla. Reservó un taxi desde su habitación. Como era sólo ropa lo que se llevaba consigo, no necesitaba un transporte más grande. Sabía que a su amiga, la idea de tener que pagar el alquiler sola no le gustaría para nada. Le escribió una carta y se la dejó en la mesa para que la leyera cuando estuviese en sus cabales, pero cuando el portero llamó para avisarle que el coche ya estaba esperándola abajo, Lisa se dio cuenta de que su amiga se había despertado.*

—¿A dónde vas con esas valijas y cajas? —le preguntó sorprendida, sentada en el sillón.

—Eh... yo... Conseguí una casita más pequeña en el centro. Y... me voy a vivir allá.

*La muchacha soltó una carcajada y la miró con expresión de superioridad.*

—Vamos, Lisa. Deja las cosas sobre la mesa. Sabes tan bien como yo que no tienes el dinero para pagarte un departamento para ti sola.

*La bailarina no tenía ganas de discutir con ella y muchos menos en el estado deplorable en el que estaba, pero no quería irse sin explicarle bien la situación.*

—Pamela, yo te agradezco mucho que me hayas dado hospedaje aquí durante estos meses, pero... necesito independizarme. Quiero madurar como persona y aquí es imposible.

—¿Madurar? —inquirió burlona—. Pásame esa jeringa que está sobre la mesa y vete a dormir un rato. Te hace falta. Evidentemente no has tenido una buena noche. ¿Un hombre no supo satisfacerte?

*La bailarina se quedó mirándola inmóvil.*

—Estoy hablando en serio, Pamela —insistió con perseverancia.

—También yo. Pásamela rápido.

*Lisa no pretendía discutir ni perder más tiempo en esa habitación. Abrió la puerta. Tomó las valijas y cajas, y salió. Antes de marcharse, se dio vuelta y vio la cara estupefacta de su amiga, mirándola desde el sofá. Debajo de los ojos tenía grandes ojeras.*

—¿A dónde crees que vas?

*Al fin parecía tomar consciencia de la veracidad de sus palabras.*

—Ya te lo dije —le recordó ella, calmada—. He conseguido un pequeño departamento y me voy a ir a vivir allí.

—¡Pero no puedes hacer eso!

*Su expresión había cambiado. Estaba muy enojada.*

—No puedes irte así porque sí, dejándome sola. Ósea... ósea... no seas hipócrita... Podrías haberme avisado de esto hace una semana. ¿Cómo voy a pagar el alquiler yo sola? Sabes que no tengo tanto dinero.

—Te lo dije tres veces en esta semana, Pamela —le recordó cansada de ese tipo de discusiones—. Pero tú no me prestas atención.

—Oh, ¿esa es tu excusa? ¿Qué no te presto atención? Siempre fuiste una hipócrita, Lisa, déjame decírtelo. Hacerle esto a la persona que te abrió las puertas de su casa cuando estabas desamparada, es caer muy bajo. Yo te di todo.

—Y te lo agradezco, Pamela. Lo sab...

*Su amiga no estaba escuchándola.*

—No, pero la señorita es demasiado importante como para vivir aquí, ¿verdad? —dijo imitando la voz de un niño malcriado que hablaba consigo mismo—. ¡Ella quiere vivir sola! ¡Ella es una santa! ¡La bailarina, la chica noble no quiere convivir con la droga y los amigos de su amiga! ¡Ella es demasiado para esto!

*Lisa puso los ojos en blanco.*

—No digas tonterías, Pamela. Sabes que te apreci...

—¡Te importa una mierda lo que me suceda a mí! —estalló y pateó una botella haciéndola añicos—. ¡¿Cómo voy a sobrevivir, a pagar la

renta?!

—Tendrás que recortar tus gastos. Tus padres te dan el dinero suficiente para pagar el alquiler. Te alcanza y te sobra a la perfección. Ese no es un problema.

—¡Oh, sabes a qué me refiero!

En sus ojos se detectaba un odio demente que se iba incrementando acorde avanzaba la discusión.

—Tengo que irme, Pamela. El coche está esperándome afuera... Espero lo entiendas en algún momento... Suerte —dijo y cerró la puerta, pretendiendo no hacerla enojar más. Era un caso perdido.

Desde entonces no habían vuelto a hablar ni a verse.

—Mmm... Pamela es una muchacha muy caprichosa, Roberto —dijo Lisa, volviendo al presente—. Es hija única y de padres de gran poder adquisitivo. De chica siempre tuvo todo lo que quiso; solo tenía que pedirlo. Fue un hábito que la formó, creyéndose superior a los demás. Si no haces lo que ella quiere, olvídate de su amistad para siempre. Además es vengativa y resentida.

Lisa meneó la cabeza.

—Todavía me sorprende que me vaya a recibir en su nueva y hermosa vivienda. ¿Sabes cómo alardeará ahora frente a nosotros sobre lo mucho que se siente?

—Bueno, entonces haberte ido fue claramente la mejor decisión que pudiste tomar. Conozco un caso similar, un amigo al que sus padres le daban todo lo que pedía para no tener que soportarlo. Era terrible. Vivía con las niñeras; ellos se la pasaban viajando, claro. Quizás, en este caso, fue igual. Y ellos le regalaron la casa.

Lisa sonrió, negando.

—No, eso lo dudo mucho —opinó y volvió a fijar la vista en la vistosa vivienda—. No se llevaban muy bien... Me enteré, a través de una amiga en común, que ellos dejaron de darle dinero luego de un tiempo porque tuvieron una discusión muy fuerte acerca del estilo de vida que llevaba. Es una larga historia, que sinceramente no viene al caso contar... Pero sé que estuvo pasándola muy mal durante unos meses...

Suspiró, como dándose valor para salir del coche.

—Bueno ¿te parece si vamos por las cajas de una vez? No veo la hora

de sacarme de encima este asunto.

Bartussi la escrutó un momento antes de contestar. Lisa le parecía una mujer muy agradable. No solo era bella físicamente. Era persona sincera, aunque un poco insegura, pero sin una pizca de maldad. Despertaba en él un instinto protector. Más allá de que muchas veces su mirada esmeralda albergaba la fuerza de una indomable fiera capaz de luchar hasta el fin de los días, también era claro que escondía un gran secreto, un secreto muy profundo. Su percepción especial de detective era infalible.

—Sí, vamos por las cajas —dijo desabrochándose el cinturón.

Lisa y el detective Bartussi bajaron del coche y cruzaron la calle de tierra hasta la lujosa vivienda. Mientras avanzaban por la acera, ella recordó la llamada que había mantenido esa mañana con su vieja amiga. Se sintió levemente preocupada. Pamela le había dicho que durante parte de su crisis económica, tuvo que vender varios objetos y uno de ellos lo había extraído de las cajas. ¿Cuál era el objeto que vendió? ¿El que Tónitor buscaba? ¿Se lo habría vendido a él? ¿A su cómplice? Dios...

Lisa siguió caminando hasta llegaron hasta la puerta que partía el muro de ladrillos en dos partes. Presionó el timbre del portero eléctrico con el pulgar. Esperó. La música que provenía de la casa hacía vibrar los adoquines.

“*Que feo tener que revivir este tipo de cosas*”, pensó con el oído pegado al panel.

Aguardó en silencio, aguzando la audición. No se escuchaba nada, debido a la música.

—¿Toco de vuelta? —preguntó a Roberto, despegando el oído del objeto.

—Quizá no lo ha escuchado.

Lisa se dio media vuelta y se dispuso a tocarlo nuevamente, pero escuchó un timbre y la puerta se abrió por sí sola. Sorprendidos, la bailarina y el detective intercambiaron una mirada y entraron. Subieron por una escalera de piedra que ascendía hasta la entrada de la casa. No tuvieron tiempo ni siquiera de golpear. Alguien les permitió el ingreso apenas estuvieron parados en el umbral...

—¡Que sorpresa! —dijo la bailarina, fingiendo voz alegre.

La persona que les abrió la puerta era... sí, ella, Pamela. Su rostro había estado circundado por la amplitud de una sonrisa hasta que los vio. Entonces

adoptó una expresión de decepción, como si no fuesen a quienes esperaba recibir.

—Oh... tú —dijo con desdén.

Traía una botella de vodka a medio vaciar en las manos.

—¡Pamela, ha pasado tanto tiempo! —exclamó— Has cambiado muchísimo.

Avanzó hacia su amiga y le dio un abrazo. Pero un abrazo que no fue correspondido. Cuando se alejaron, Lisa notó lo mucho que había cambiado físicamente. Tenía la piel pegada a los huesos y estaba excesivamente delgada. Lo único que no había cambiado eran las ojeras que rodeaban sus ojos y las marcas de las agujas en los brazos que parecía orgullosa de mostrar. Vestía una musculosa negra y unos jeans tajeados. Traía el cabello teñido de un color amarillo chillón, desprolijamente cortado, que intentaba dejar a la vista la magnitud de su rebeldía.

—¿Cómo estás? —le preguntó Lisa demostrando amabilidad.

—Dejemos de fingir que seguimos siendo amigas —masculló ésta con desazón—. Toma lo que viniste a buscar y por favor, vete. Sé que no te debe agradar en nada volver a encontrarte con este mundo, que una vez tanto disfrutaste dejar.

—No digas eso —se apresuró a pedirle la bailarina— Nuestra amistad no se basaba solamente en nuestros gustos o diferencias. Éramos amigas porque nos teníamos aprecio. Incluso aún sigo sintiendo cariño por ti.

La joven frunció los labios y la miró de arriba abajo analizándola, siempre desde un punto panorámico al que ninguna persona podía acceder.

—¿Dices que yo cambié mucho? Pues tú no has cambiado nada —le dijo y se dio vuelta para incitarlos a que la siguieran.

Roberto se apresuró a cerrar la puerta que tenía detrás.

*“Abrirle la puerta de tu casa a cualquiera no es algo muy inteligente y mucho menos en esta época tan tumultuosa, ¿pero qué se puede esperar de una persona que tiene todas sus neuronas quemadas?”.*

Lisa siguió a su Pamela y Roberto siguió a Lisa; ambos tratando de camuflarse entre los personajes de la fiesta. En el interior de la casa realmente abundaba el descontrol. La música salía de unos gigantescos parlantes colocados en el centro de la sala principal. Los cristales que dejaban a la vista

la zona boscosa que rodeaba la vivienda, vibraban peligrosamente. Estallarían en cualquier momento.

—¿Te gusta mi nueva casa, Lisa? —preguntó de repente Pamela.

—¡Sí, es maravillosa! —exclamó Lisa— Me intriga saber cómo conseguiste semejante patrimonio.

El interior de la vivienda estaba lleno de personas; algunas solo conversaban entre ellas y otras participaban de diferentes competiciones que tenían como “castigo” fumarse un porro o tomar tragos de vodka y absenta.

Bartussi miró hacia la derecha; otros sujetos, un poco más oscuros, se hallaban agazapados junto a una mesa ratona, consumiendo cocaína con las pupilas totalmente dilatadas.

—Mis padres murieron hace dos años en un accidente de avión mientras estaban en uno de sus tantos viajes —su voz ni siquiera denotó una pizca de tristeza—. Yo estaba padeciendo las consecuencias de tu abandono, claro; pasando la pobreza. Y una noche me llamaron sus agentes bancarios y me lo dijeron... Estaban volviendo de Roma y... como consecuencia, claro, heredé todo esto, además de su dinero. Como única hija legítima tengo el derecho de gastármelo todo y sin compartirlo con nadie. ¿Qué te parece eso a ti que siempre fuiste tan moral?

—Pues eres libre de hacer lo que te parezca.

Lisa le echó un vistazo a la casa mientras continuaban avanzando. Estaba decorada de una forma exquisita, moderna. Pisos de parqué, paredes blancas sin una mancha, sofás azules y cuadrados, lámparas refinadas colgando del techo, escaleras alfombradas de color café claro y largos pasillos, en cuyos finales se veían siluetas de personas en posiciones raras, mmmm... *¿Qué estaban haciendo? ¿Teniendo sexo?*

—¿Qué es exactamente eso que viniste a buscar? —le preguntó Pamela, con curiosidad.

—En realidad, vine por todo lo que dejé —se apresuró a decir Lisa, volviendo su mirada hacia la huesuda espalda de su guía— Hace tiempo que tengo ganas de mudarme y donar esas viejas pertenencias.

—¿Vas a dejar ese condenado departamento en el que vives?

Su voz sonó superior cuando mencionó la palabra “*departamento*”, como si no lo considerara tal cosa.

—Sí, ese es mi plan. Espero que se dé.

Siguieron avanzando por la casa.

—¿Te mudarás con el sujeto que te acompaña? ¿Está saliendo contigo?

Lisa escuchó a Bartussi intentando contener la risa, pero no se volteó para mirarlo. ¿Qué debía responder?

—Bueno, sí, nos conocimos hace un tiempo en el bar. Vino a ver mi show y... decidimos ir a vivir juntos —dijo—. Sabes cómo son esas cosas. Todo pasa muy rápido... ¿Tú sigues sola?

—Claro que sí y permaneceré de ese modo para siempre. No me gustan los compromisos. La vida es una sola y los hombres son puro problemas. Todos iguales. Así dice el refrán ¿o no?

Lisa nunca había escuchado un refrán que dijera algo parecido a lo que su amiga mencionó, pero creyó que era mejor no contradecirla.

Pamela los hizo salir al patio trasero por unas puertas corredizas de cristal. El lugar parecía tan grande como la casa misma.

En el centro había una enorme piscina iluminada gracias a unos focos aplicados en el fondo; unos jóvenes intentaban lanzar a otro al interior de ésta. Evidentemente no era el primero pues había varios empapados, con la ropa aún puesta, tratando de salir.

Más allá, cerca de la pared de ladrillo, un sujeto era el responsable de la barbacoa y la parrilla. Otros, completamente desnudos, cantaban alcoholizados encima de los altavoces (que medían casi un metro de altura) Utilizaban botellas a medio vaciar como micrófonos.

Lisa trató de no enfocarse en sus genitales. Llevó la mirada hacia su guía. Pero también había cosas desagradables a la vista desde ese ángulo. Dos jóvenes estaban en pleno acto sexual contra una pared, tras unos arbustos, y otros dos los miraban y comentaban con cigarrillos en las manos.

—Por aquí —dijo Pamela por encima del sonido de la música y los guió hasta un viejo cuarto que estaba detrás de la parrilla, en un rincón alejado del patio.

Los hizo entrar y encendió la luz tirando de una pequeña cadena que colgaba a un lado del foquito. La pequeña habitación que se descubrió de pronto, era completamente diferente a la casa que la albergaba. Cualquiera podría creer que se hallaban en otro lugar muy lejano al que acababan de llegar.

Las paredes que conformaban el pequeño cuartito estaban mal pintadas

y gastadas por los años. Altas estanterías de metal se erguían en su interior. Sostenían cajas de herramientas y repuestos para la vivienda. Había una gran cantidad de polvo sobre cada elemento y el sonido que provenía desde afuera, aunque se acalló un poco cuando cerraron la puerta, hacía que los objetos vibraran y soltaran mucho polvo, por lo cual respirar se volvía bastante dificultoso.

—No tengo la menor idea de donde se encuentran tus cajas. —dijo señalando las estanterías con desdén. —Puedes buscarlas por ahí. Yo tengo que volver a la fiesta...

Se dirigió hacia la puerta paulatinamente y antes de salir, se volteó con expresión de desconfianza.

—Supongo que no caerás tan bajo como para robarme algo, ¿verdad?

Lisa había estado esperando un comentario de ese tipo de parte de su amiga desde que llegó. Simplemente trató de sonreír para evitar iniciar una discusión. En cuestión de un momento, podría irse de la casa y deshacer todo vínculo con ella. Ya no sería necesario que volvieran a verse jamás.

—No, no, claro que no —le respondió con tono amable.

Sonrió falsamente. La mujer se marchó sin mirarla.

—Que persona irritante —le dijo Roberto cansino cuando Lisa comenzó a buscar sus cajas entre el desorden del lugar.

—Dímelo a mí. Vivir con ella fue una tortura. Pero mi padre era peor...

Se agachó con cuidado para ver por debajo de las estanterías. Estaba muy oscuro pero sin duda alguna, allí no estaban sus cajas.

—Aquí no hay nada —le dijo levantándose con la ayuda de los estantes.

—Igual valoro tu perseverancia —remarcó él, acercándose a otra estantería—. Yo no soportaría ese tipo de maltrato bajo ninguna circunstancia.

—A veces no vale la pena discutir, Roberto, y menos con personas como ella.

Lisa se dirigió a la siguiente estantería y buscó debajo de ella, mientras Bartussi inspeccionaba el interior de un viejo armario.

—Aquí tampoco hay nada —dijo él cerrando la puertilla decepcionado—. Supongo que cuando dijiste descontrol, no pensé que fuese algo de tanta magnitud. Las personas de allí afuera son... fracasos ambulantes.

—Estoy acostumbrada a ver gente de este tipo... No sabes las cosas de las que eres testigo en el negocio nocturno. ¿Te has fijado allí arriba?

—No, estoy en eso —le dijo acercándose a otra vieja repisa. —No veo

nada. Quizá necesite una linterna.

—Tendrás que arreglártelas con lo que tenemos.

Lisa se puso de pie y se limpió la mugre de las rodillas con las palmas de las manos. El polvo hacía que le picara la garganta. Tosió cubriéndose con el puño.

—No me iré de aquí sin antes tomarme un buen trago —le dijo, acercándose para ayudarlo— Aquí hay un banco. ¿Puedes subirte a él?

Junto a una vieja mesa de metal, había una pequeña silla llena de polvo, con unos libros encima. Lisa los tomó con ambas manos y los dejó sobre la superficie de la mesa.

Bartussi se fijó en lo sensual que era su figura mientras se movía. Enseguida la vio sujetar la silla de madera y se le acercó para ayudarla. La dejaron junto a la repisa. Y ella miró al detective incitándolo a subir pero él negó rotundamente con la cabeza.

—Deberías subir tú.

Lisa enarcó una ceja.

—Qué caballero eres —ironizó limpiándose las manos.

Él esbozó una sonrisa calma, con sus ojos claros brillando pese a la poca iluminación.

—No se trata de eso. La silla no tiene buen estado.

—A eso me refiero, detective Bartussi —aclaró ella, mirándolo con descaro.

—Vamos, Lisa. Sabes no me soportará. Tú debes pesar al menos veinte kilos menos que yo.

—Oh, en eso estoy de acuerdo contigo —rió y suspiró ante la espera de su mirada. —Está bien... Subiré yo. Después de todo, es un asunto que me concierne solo a mí.

Quiso hacerle un chiste con respecto al peso para intentar afianzar la confianza que los unía, pero se dio cuenta al instante de que Bartussi la doblaba en tamaño muscular. Eso explicaría su mayor cantidad de kilos.

Cuando él la ayudó a subirse a la silla, Lisa sintió la fuerza de sus brazos. La sostuvo con tanta firmeza, que la hizo sentirse segura.

—Gracias.

La voz le había salido algo baja.

—¿Crees poder sostener esas cajas de allá?

Lisa giró la cabeza y miró la dirección de su dedo. Lo dudaba. Aunque

no veía demasiado esas cajas parecían llenas de elementos pesados. No eran las suyas evidentemente, al menos desde luego que su amiga hubiese puesto más cosas en ellas.

—Estas no son las mías pero espera... Creo que...

Estiró el brazo y giró con mucho esfuerzo una de las cajas que estaba más lejos. Tenía algo escrito en el lateral.

—Aquí dice algo.

Lisa aguzó la visión. No veía nada. Estaba demasiado oscuro. Se le ocurrió una idea. Se metió la mano en el bolsillo del tapado y sacó un encendedor. Lo encendió con el pulgar y la pequeña llama dorada estalló desde la mecha. Enseguida la luz que proyectaba dibujó en la pared, las sombras de todos los elementos que había sobre la repisa.

Se estiró un poco más y acercó el encendedor a la parte de la caja que tenía escrito algo en el lateral derecho. Reconoció su propia caligrafía y su nombre trazado con ella.

—Creo que es esta. Y si no me equivoco, la de al lado también es mía.

Suspiró, sonriendo con los ojos cerrados.

—Las encontramos, Roberto.

**CAPÍTULO**  
**11-**  
**Emiliano Braquet.**

Lisa intentó acercarse a la caja, temiendo que el contrapeso hiciera que la silla se diera vuelta y pudiese caer, pero Bartussi la sostuvo muy firmemente. Avanzó un poco con el encendedor en la mano y tocó la superficie de la caja de cartón, trayéndola consigo. Una vez que estuvo lo suficientemente cerca de ella, la sujetó con un brazo y Bartussi la ayudó a bajarla y dejarla sobre la mesa de metal.

Lisa volvió a subirse a la silla para traer consigo la nueva caja, satisfecha con la situación. Esta vez fue más complicado: estaba más lejos. De todas formas, se estiró y avanzó un poco sobre ella. El polvo allí arriba hacía que la garganta le picara muchísimo más. Tenía sed y le preocupaba que aquel lugar contuviera cualquier tipo de bichos. El miedo le afloró cuando vio una gran telaraña cerca de la caja. *“Espero que no me aparezca el animal que la tejió”*, pensó imaginando a una peluda tarántula escondida entre los tirantes de madera, esperando para atacar, pero se dio cuenta de que era muy posible que hubiese bichos o animales de mayor tamaño allí, animales que le daban mucho más asco que ese. Una rata por ejemplo, encontraría ese oscuro lugar muy reconfortante.

*“Deja de pensar en esas cosas, Lisa”*, se dijo parpadeando y estiró la mano un poco más para llegar hasta caja, con el encendedor en la otra.

Tocó algo que se movió lentamente. Intentó descubrir qué era..., entonces trastabilló y la silla se tambaleó. Pegó un grito aterrador y casi cae hacia atrás. El encendedor le quemó la mano...

—¡Dios! —dijo furiosa y volvió a encender la mecha del pequeño artefacto rápidamente para ver qué era lo que se movía.

Lo acercó a la repisa. Era una cucaracha.

—¡Mierda! ¡Qué asco!

Le dieron ganas de matarla, pero la dejó ir. No tenía con qué golpearla y no utilizaría su propia mano, ni aunque de eso dependiese su vida. Cuando volvió a estirarse para tomar la caja, con el dedo ampollado por la quemadura, y marcharse de ese condenado lugar de una vez, escuchó que

Bartussi intentaba contener una carcajada. Seguramente encontraba que su actuación era algo ridícula.

No le dio importancia. Se concentró en lo que había ido a hacer. Estiró la mano con más fuerza y finalmente bajó la otra caja, ayudada por el detective, que se había puesto serio ante la expresión de descontento que le había expuesto la bailarina. Esa caja también tenía su nombre escrito en un lateral.

Una vez que las dos cajas se hallaron sobre la mesa de metal, Bartussi sacó una pequeña navaja de un compartimiento secreto en su bota y la deslizó entre la cinta que cerraba ambas tapas. Las levantó con cuidado, con Lisa, parada a su lado, contemplándolo.

Si bien el detective se imaginó que sería dificultoso reconocer cuál de todos los objetos sería el que Tónitor buscaba, nunca pensó que la caja contendría tantos elementos inservibles. Empezó a sacar las cosas. Había muñecas, pelucas, pequeñas cajitas de pinturas, un osito de peluche amarillo lleno de tierra y anillos y aros.

—¿Crees realmente que estos elementos sean los que busca? —le preguntó Lisa, sujetándose el dedo quemado.

—Las muñecas solo le servirían si tiene hijas con quienes jugar. Las pelucas, las cajitas de pinturas y los aros y anillos, si desea vestirse de mujer, aunque para utilizarlos tendría que someterse al dolor de perforarse las orejas...

Examinó que eran aros reales y no de juguetes.

Lisa sentía que Bartussi estaba burlándose de ella. Aunque sin maldad alguna, le resultaba molesto. Decidió ignorar su actitud.

—¿Y qué hay del osito? —preguntó.

El detective lo sostuvo entre sus manos. El pelo del peluche estaba sucio y viejo. Y en una parte incluso la cubierta se había roto y dejaba que el relleno se escapara por allí.

—El osito sólo le servirá si se siente muy solo y necesita compañía para dormir.

Soltó una carcajada riéndose de su propio chiste.

—No le servirá de mucho más.

El animal tenía un corazón en la mano, que decía “*I love you*” sobre el frente. Roberto lo vio y no pudo dejar pasar la oportunidad de bromear.

—¿I love you? ¿Te amo? —pronunció las palabras divertidamente—. ¿Quién te regaló esto?

—¿Ahora también sabe hablar en inglés, detective Bartussi? —preguntó Lisa, sacándole el peluche de la mano, con expresión molesta.

—Algo —respondió él, sonriendo—. ¿Con eso evades la pregunta que te hice?

—No evado nada —le aclaró—. No hay necesidad alguna.

Lisa miró al pequeño animal entre sus manos. Estaba sucio y tenía olor a humedad.

—No recuerdo quien me lo regaló...

Era verdad. No lo recordaba. Nunca había recibido demasiados regalos de parte de nadie. Su niñez no había sido una de las mejores, si tenía que compararla con las demás.

Bartussi se dio vuelta para abrir la otra caja. Le dio la espalda de repente..

—Quizás tus padres —añadió ya sin aquel tono divertido.

Lisa curvó los labios y negó con la cabeza, sin quitar la visión del peluche.

—No, ellos no solían regalarme nada. No eran demasiado afectuosos.

—¿No? ¿A qué se dedicaban?

—Mi padre era militar. Estaba en las fuerzas armadas. Ocupaba un puesto de alto rango, pero nunca supe cuál. Él era muy reservado y francamente a mi no me interesaba preguntarle nada.

—Hablas como si lo odiaras —observó sin darse vuelta.

Lisa se dio cuenta de eso también.

—Bueno, era muy malvado conmigo. Me castigaba con mucha hostilidad. Siempre eran golpes o días sin comer... hasta que decidí marcharme, por supuesto.

—¿Y qué hay de tu madre?

Lisa soltó un bufido, como si eso no fuera una opción alternativa.

—Ella era peor.

—¿También te golpeaba?

—No... pero su actitud de olvido hacia mi hacía que me sintiera más sola... Mi padre no descargaba su ira solamente contra mí. También lo hacía contra ella. Pero la diferencia era que yo no tenía ninguna manera de defenderme. Mi madre podría haberme sacado de ese lugar, pero no, omitía

todo. Solía refugiarse en sus pinturas. Confieso que pintaba espantosamente. Creo que utilizaba ese tipo de arte para escapar del mundo de violencia en el que vivíamos. Yo nunca dejé que me afectara demasiado.

—Bien por ti —dijo cortante— Entonces... ¿Quién te lo regaló?

—Crearás que te miento, pero realmente no lo recuerdo —se acercó a él, que continuaba dándole la espalda—. ¿Has encontrado algo interesante en esa caja?

—No, a menos que consideres un coche de muñecas, un micrófono y una caja musical, cosas interesantes.

Lisa avanzó hacia la mesa y tomó la caja musical. La abrió con cuidado con sus dedos, esperando que la melodía acariciara sus oídos, pero no funcionaba. De su interior no salía ningún tipo de sonido. Lo curioso era que desde afuera parecía mucho más grande que por dentro. Era como si no tuviese nada de espacio para guardar ningún objeto ajeno a la caja. De madera, rectangular y sobre la leve capa de barniz tenía el trazo de unas flores color lavanda. Dentro, estaba recubierta por una especie de terciopelo rojo, con una pequeña muñeca de porcelana de no más de cuatro centímetros que estaba parada sobre una especie de elevación, reflejándose en el resquebrajado espejo de la tapa.

—De esta caja musical me acuerdo, pero... No sé que albergaba en su interior. Siempre solía guardar cosas importantes aquí. Decía que era mi cofre de los secretos.

A la bailarina le causó nostalgia tener ese objeto en las manos.

—¿Había algo más en la caja? —inquirió.

—Sólo algunas chucherías más. Aros, anillos y pulseras —dijo él sin darle importancia—. Parece que nos equivocamos, entonces. Tónitor debió de encontrar eso que fue a buscar en las cajas que había en tu casa.

Lisa estaba maravillada con volver a tener en su posesión esos objetos, pero sabía que el detective tenía razón. Habían ido hasta la casa de Pamela por nada.

—Lo siento, Roberto. Creí...

—Descuida. Algo se nos ocurrirá pronto.

Pegó un vistazo alrededor, preguntándose si quedaba algo más por hacer.

—¿Te parece si nos vamos ya de aquí? Creo que lo que vinimos a hacer, ya está hecho.

Lisa asintió y un momento después, ambos estaban cruzando la puerta de madera que separaba ambos muros, abandonando la casa. Cada uno llevaba una caja en las manos.

—Al menos sabes que ya rompiste cualquier vínculo con esa mujer. No tienes por qué volver a verla.

—Sí. Aunque admito que estoy un poco decepcionada por no haber logrado obtener lo que buscábamos, me alegra haber recuperado mis cosas. Me trasladaron a aquella época una vez más.

—Creí haberte escuchado decir que fue una época horrible.

—No, no es tan así... No todo era malo. Cuando estaba en mi cuarto sola y jugaba en mi mundo, era divertido. Fueron momentos felices. Escasos, pero felices.

Dejaron las dos cajas en el baúl del coche de Roberto y se acomodaron en el interior.

—Buscaremos un hotel en donde pasar la noche. ¿Te parece?

—Sí... estoy cansada —dijo Lisa, a quien los parpados habían comenzado a pesarle y bostezó.

Muy lejos de allí, el último tren pasó por la estación de Morón. Se detuvo y abrió sus puertas. Permaneció inmóvil un momento para que los pasajeros descendieran.

Era bastante tarde; al chofer de la locomotora no le hacía ninguna gracia detenerse en esa zona. Morón, en ese horario, no era el lugar más apropiado para quedarse mucho tiempo.

Emiliano Braquet se levantó pedante de su asiento y bajó del vagón. Sabía ninguna regla natural regía sobre él.

“—*Puede irse, señor Braquet*” —le había dicho su abogado unos días antes, tras liberarlo de una posible condena perpetua— “*Las pruebas no son suficientes*”

Se lo acusaba de haber matado a cuatro niños. Algo que se vio obligado a hacer repentinamente hace tiempo.

Durante toda su adolescencia, sus compañeros y vecinos del barrio se habían encargado de hacerlo sentir una mierda y tratado de loco. Quizás -y teniendo en cuenta sus acciones posteriores- con justa razón.

La psicóloga forense que se encargaba de analizar a los posibles victimarios, previamente a enviarlos a juicio, había resumido que su conducta

era la representación de un acto de superioridad, de venganza patológica. Que sus reacciones eran la consecuencia de un ataque de emoción violenta en retribución a todo el dolor que le habían generado durante parte de su temprana edad.

A Emiliano le importaba poco. Pero estaba libre. Había matado y volvería a hacerlo si se le daba la oportunidad.

No sentía culpa. No tenía control.

Se encendió un cigarrillo mientras se alejaba del andén y escuchaba que el tren se marchaba por las vías. El partido de Morón estaba completamente desierto.

*“Esas pequeñas expresiones de inocencia... de dolor”*. El recuerdo de sus víctimas rogando por piedad, volvió a su mente. El placer de la venganza era descomunal, esa adrenalina aunque momentánea, debía repetirse.

Se detuvo tras cruzar las escaleras que lo conducían a la calle y miró su entorno. Los negocios estaban cerrados. La noche desaparecía en la neblina, como absorbida por un centenar de fantasmas.

Comenzó a caminar en dirección a Belgrano; la calle que cruza las vías y te lleva a la zona más céntrica del partido de Morón.

Escuchó sus propios pasos en el silencio. Se sentía lleno de vitalidad y energía, pero necesitaba revivir aquella sensación de adrenalina. La sed de venganza era como una droga.

Siguió caminando y bordeó la zona. Habitualmente estaba llena de colectivos y personas que trabajaban o jóvenes que salían del colegio. En la esquina había además un pequeño kiosco enrejado y un puesto de diarios, pero estaban cerrados.

*“¿Qué esperabas, Emiliano?”*, se dijo, *“Son casi la una de la madrugada”*. *“¿Quién va a estar despierto a esta hora?”*

Hacía mucho frío. El sujeto se guardó la mano izquierda en el bolsillo de la campera. Traía un gorro de lana negro puesto sobre la cabeza. Con la otra mano, fumaba.

Cruzó las vías para llegar al lado céntrico de Morón y acostarse a dormir en un banco de la plaza San Martín.

Cuando terminó su cigarrillo, lo arrojó y siguió su camino a través de las vías. Lo que él no sabía era que segundos después de tocar el suelo, el cigarro aún encendido, había sido oprimido por el pesado pie de una persona que seguía sus rastros.

Emiliano Braquet caminó dos cuadras más entre la neblina hasta llegar a la plaza San Martín. Frente a ella se elevaba la Catedral de Morón y la Municipalidad de ese mismo partido. Llegó a ella cinco minutos después.

Pero en el trayecto le había parecido escuchar unos pasos, que no eran suyos. Aunque la visibilidad era prácticamente nula a causa de la neblina.

*“¿Estoy imaginando cosas?”*, se preguntó rascándose la frente. *“Y eso que aún no he bebido nada”*.

Aguardó un momento, inspeccionando su entorno. No había nadie.

Se volteó confiado, y siguió caminado.

La acera de la plaza estaba llena de unas estructuras de hierro que funcionaban como puestos para los artesanos que ofrecían sus manualidades los fines de semana. Las esquivó y se metió, por un caminito de baldosas, a la zona del parque.

La plaza estaba llena de árboles y dos enormes fuentes blancas. Más allá había una enorme calesita donde los niños solían jugar, justo al lado de donde se hallaban las hamacas y toboganes.

Emiliano bordeó la zona, camino al monumento de San Martín, que se hallaba en el medio de la plaza, frente a un enorme mástil cuyo final no llegaba a verse, erguido al lado de las estatuas de dos leones de mármol blanco, que descansaban acostados sobre sus patas delanteras.

Sobre el monumento se erguía la estatua de un San Martín de hierro, montado en su caballo. Esa noche le serviría para protegerse del frío.

Cuando intentó verlo, no pudo hacerlo completamente debido a que la enorme estatuilla perdía en la niebla.

Mientras se acercaba a ella, volvió a escuchar que sus pasos se duplicaban. Se dio vuelta para evaluar la situación. Le pareció que el lugar estaba desierto excepto por él, asique no le dio importancia.

*“Debo dejar de ser tan perseguido con estas cosas”*, se dijo y giró para seguir hasta el lugar que le daría descanso aquella noche.

Volvió a escrutar el paraje con las manos en los bolsillos. La plaza parecía una enorme isla perdida en medio del mar. Todo lo que rodeaba el perímetro del parque era la calígene, que no dejaba entrever ni una sola estructura. Era como si el lugar se hallase en otra dimensión, lejana a esa.

Un poco nervioso corrió hasta el monumento. Se sentó sobre la base creyendo hallarse a salvo y protegido del frío. La neblina parecía acecharlo.

Desde su lugar la veía acercarse a él, como si intentase apropiarse de su

alma. Se preguntó si había elegido bien su destino aquella noche.

Cerró ojos procurando calmarse.

Entonces volvió a escuchar los pasos. Se oían notoriamente. De inmediato se puso de pie y miró su entorno sin despegarse del monumento. Esperó un momento. Esta vez los pasos no se acallaron como antes. Simplemente continuaron.

—¿Quién anda ahí? —preguntó pretendiendo sonar desafiante.

Los pasos se oían cada vez más cerca. ¿Debía correr?

De pronto, comprendió de dónde provenían. La persona se acercaba por el caminito del parque. El mismo camino que había tomado él con anterioridad.

Cerró los ojos y los apretó con fuerza, temiendo lo que pudiese llegar ver si los dejaba abiertos. Los pasos se oían ahora demasiado cerca.

“¿Qué mierda hago?!”.

Un momento después, de la nube de niebla, salió una figura oscura con un maletín.

—Estoy muerto —murmuró Emiliano para sí mismo cuando sus parpados volvieron a despegarse y descubrió que sus pesadillas eran reales. La venganza hecha carne había venido por él.

En la lejanía, Lisa Stewart se preguntó si Bartussi se había puesto celoso por las palabras que citaba el pequeño y viejo oso de peluche. Eso, sin duda alguna, explicaría por qué razón se había distanciado repentinamente de ella y había insistido en saber quién se lo regaló.

—¿Estás bien? —le preguntó él de repente mientras conducía, sin sospechar siquiera cuáles eran los pensamientos que cruzaban su mente ese momento.

—Sí —contestó ella.

Miró por la ventana de su lado, con aire distante. Iban por la colectora, junto a la autopista. Varios contornos de diferentes formas, corrían más arriba. Eran vehículos.

—¿Tú lo estás? —inquirió, girando la cabeza para mirarlo.

—Sí —afirmó él, moviendo la palanca de cambio—. No te negaré que me gustaría estar durmiendo en la calidez de alguna vivienda junto a una muchacha hermosa, pero... podría estar peor ¿no?

Ella chistó y negó con la cabeza disgustada.

—Eso es lo malo —murmuró, cansina—. He escuchado esa frase muchísimas veces y estoy completamente en desacuerdo con ella.

—¿Ah, sí? —inquirió interesado. — ¿Y por qué?

—Porque no creo que uno deba conformarse con lo que tiene. Siempre debes aspirar a más. Si no tenemos una meta mayor, ¿para qué rayos vivimos?

—Que pregunta interesante —dijo fingiendo un tono académico—. ¿Sueles ponerte filosófica?

—¿Y tú ocurrente? —se dio el gusto de decir, alivianando el significado de sus palabras con una sonrisa.

Él la miró, percatándose de su propia actitud.

—Soy muy ocurrente, Lisa —aclaró con aire simpático—. El verdadero Roberto Bartussi es así. Ahora que ya no soy más policía, puedo dejar de lado la cara de perro.

—¿En la policía te obligaban a ser malhumorado?

Él meneó la cabeza, frunciendo los labios.

—Podría decirse que sí.

Lisa se sentía increíblemente cómoda en compañía del detective y una especie de cosquilleo le afloraba en el vientre cuando se miraban. Era una sensación que había estado sintiendo desde la mañana en la que le trajo el café al cuarto. Quizá se trataba de un capricho. Sería prematuro vaticinar si sentía algo por él. Se conocían hace muy poco. Pero sin dudas le parecía un hombre extraordinariamente sano, confiable, cuya mirada, aunque fría, le transmitía muchísima seguridad.

Giró la cabeza para no dar indicios de lo que pensaba. Vio pasar a su lado una enorme estructura de color amarillento, altísima. En una sección tenía, todas las ventanas del frente polarizadas. ¿Se trataba de un hospital?

—Es un shopping. —dijo él, al darse cuenta del interés que había puesto repentinamente en el lugar. —¿No lo conoces?

Se habían detenido en un semáforo.

—Oh, no —exclamó Lisa, mirándolo. —Pero parece que tú sí. ¿Vienes seguido?

—No, hay demasiada gente... Mi trabajo demanda ser solitario y eso es algo que siempre me caracterizó, así que si puedo evitar las muchedumbres, mejor.

Lisa, aunque por un momento dudó si era correcto, aprovechó la oportunidad para preguntarle sobre su vida privada.

—¿Estás casado, Roberto? —titubeó. Los labios le temblaron cuando pronunció cada palabra. Se preguntó si el hombre había notado eso.

—No, pero lo estuve una vez hace mucho tiempo. Fue una tortura.

Hizo un gesto de irritación momentánea.

—Cuatro años de sufrimiento —recordó—. Al principio todo era lindo. Solíamos estar pegados todo el tiempo, haciendo cositas de novios y todas esas idioteces... La vida perfecta de los recién casados.

Lisa no encontraba el punto fallido.

—Pero después de un tiempo se volvió monótono. La convivencia complica todo —continuó—. Me di cuenta de que no estaba enamorado y dudo mucho que ella lo estuviese. Siempre insistía en tener hijos y yo... no creía que fuese adecuado en nuestra relación, y mucho menos con mi trabajo... Nos conocimos de muy chicos y... no lo sé. Quizás soy incapaz de sentir amor.

Meneó la cabeza e hizo una pausa.

—Al menos en ese entonces me preocupaba por el trabajo, claro. Ahora estoy desempleado...

Lisa se quedó pensando en lo que acaba de decir. Nunca había pensado en tener hijos propios. No creía estar preparada para tal grado de responsabilidad. Sabía que siempre tendría que estar preocupada por ellos y que ya no tendría el mismo cuerpo de antes, por lo tanto tendría que buscar otro trabajo.

—¿Y qué hay de ti? —preguntó él con timidez—. ¿Estás... sola?

La bailarina se dio cuenta de que el detective la miraba de otra forma. En el pasado, sus ojos solían verse distantes y fríos. Ahora parecían haberse llenado de un flujo de calor curioso. Era como si brillaran. Marcaban una gran diferencia en él.

—Estuve en un par de relaciones temporales, pero nada serio —dijo, con el codo apoyado en el apoyabrazos de la puerta—. Ningún novio que haya tenido soportaba la idea de tener que verme trabajar desnuda sobre un escenario, aunque sólo estuviese desvestida durante una pequeña fracción de segundo, bajo un manto de humo.

—¿Un manto de humo? —inquirió con gracia y enarcó una ceja. — Suena interesante. Tendría que ir a ver tu show en algún momento.

Lisa no podía dejar de mirarlo. Incluso su actitud había cambiado. En un principio, Bartussi le había parecido un hombre excesivamente serio, que marcaba cierta distancia. Ahora se lo veía gracioso e incluso amigable. Cada

vez se daba cuenta de que se sentía más a gusto con él.

—Bueno, eso pasa cuando llevas una profesión que influye en gran parte de tu vida —le dijo, compartiendo la opinión sobre cómo el empleo afectaba sus relaciones amorosas—. Pero como ahora estoy sin trabajo... mi situación sentimental puede cambiar de un momento para el otro.

Sonrió, volviendo la vista al frente. Lisa se sintió avergonzada ante ese comentario y no hizo otra cosa que bajar la cabeza y mirarse las manos, nerviosa. ¿Eso había sido una indirecta? Se dispuso a contestar rápidamente, aunque los labios volvieron a temblarle.

—Somos dos entonces —dijo—. Como mi jefe murió, podría decir que estoy desempleada como tú.

El detective aflojó las comisuras de la boca y curvó su silueta. Sus ojos brillaron, mirando el frente a través del parabrisas, aunque Lisa no sabía si había captado el significado que quiso darle a sus palabras o si lo que causó esa impresión fue la farola por la que pasaron debajo.

**CAPÍTULO**  
**12-**  
***La persecución.***

Cada dos por tres, la luz de algún patrullero aparecía en la neblina. Era innegable el trabajo que estaba haciendo la policía por encontrar a Tónitor. De hecho habían estado estancados tras una larga fila de autos, en un control policial.

Lisa abrió la caja de música; había decidido llevarla consigo y no en el baúl del coche. La sostuvo junto al descuidado osito de peluche y los contempló un momento, recordando su niñez. Los ojos se le llenaron de nostalgia. Vio a su madre con un guardapolvo blanco y salpicaduras de acrílicos. Su mano y un pincel trazaban burdas figuras sobre un viejo caballete. También vio a su padre, sentando en el sillón cercano a la chimenea, limpiando uno de sus rifles con una peculiar mirada de amor, casi como si se tratara de un hijo. Vestía orgulloso su traje militar y sus tantas medallas... De pronto otra imagen irrumpió sus pensamientos, una imagen diferente a las que recordaba, y aunque duró sólo un segundo, le produjo mucha confusión.

*Ese mismo oso de peluche, en una noche estrellada, había volado por los aires desde su mano y girado en redondo hasta caer al suelo. Luego sus ojos habían visto una silueta negra. Y entre lágrimas de impotencia, observó como la figura, cubría las estrellas.*

—¿Lisa, estas bien? ¿Por qué no guardas eso en la guantera?

—Sí, debería... —dijo ella, con la vista fija en los objetos y voz suave— He tenido suficientes recuerdos por hoy.

La bailarina abrió la guantera con sus dedos y se inclinó para dejar la caja musical y el oso en su interior. La cerró y volvió a acomodarse contra el asiento.

—¿Vas a seguir diciendo que no sabes quién te lo regaló?

—Es que realmente no lo sé. —sonrió—. No es broma.

Pasaron un momento en silencio.

—¿Sabes conducir? —dijo Roberto, de repente— ¿Podríamos cambiar de roles un momento?.

Lisa lo miró, sin entender.

—¿Qué quieres decir?

—Necesito que conduzcas tú un rato. Ya me duelen las rodillas. La edad se hace notar.

—Bueno —dijo ella, sin problemas, aunque no creía que Bartussi haya pasado tanto tiempo al volante como sentir dolor en las rodillas. Le resultó rara la petición pero no le molestaba en lo más mínimo distraerse un poco conduciendo.

Pasó a ocupar el asiento del conductor y Roberto el de copiloto. No sabía a dónde pretendía llegar con esa solicitud, pero le obedeció.

—¿Por qué te duelen las piernas? ¿Realmente crees que es la edad?

Entonces Bartussi sacó su pistola y giró un poco su cuerpo para mirar hacia atrás.

—Sigue derecho, por favor.

Las repentinas palabras del detective cambiaban el panorama.

De repente, se sucedieron varias cosas al mismo tiempo. Un coche apareció por la calle perpendicular a la que iban e impactó con tremenda fuerza a un vehículo que estaba a centímetros del paragolpes del suyo. La colisión fue atronadora. El auto se levantó del suelo con brutalidad y giró en el aire como si estuviese enganchado por un arnés invisible.

Impresionada, Lisa puso el vehículo en reversa.

El auto cayó y rebotó violentamente contra el pavimento, lanzando chispas doradas en todas las direcciones.

Su pecho subía y bajaba.

Entonces: ¡Bang!

—¿Qué fue eso? —incredó desprevenida.

—Un disparo... ¡Nos están disparando! —gritó Roberto; su voz estaba cargada de tensión.— ¡Vámonos! ¡ARRANCA YA!

Lisa sintió que se le helaba la sangre. No tenía tiempo para pensarlo. Pisó el acelerador a fondo y el coche arrancó a toda velocidad.

¡Bang! ¡Bang!

Nuevos disparos surcaron el aire.

Roberto giró la cabeza. La ferocidad de una bestia enardecida hacia erupción por todos sus poros. Un coche iba tras ellos. ¿Quién rayos era?

—Vienen siguiéndonos hace rato —dijo. Su voz estaba cargada de inquietud, pero al mismo tiempo denotaba confusión.

El Sedan negro se movía a toda potencia por el amplio y húmedo sendero de asfalto; el velocímetro indicaba que pasaban los 90 km/h.

A Lisa los dedos le temblaban incontrolablemente sobre el volante ¿o lo que temblaba era el auto entero? Nunca en su vida había conducido un coche a tanta velocidad en una calle normal. Naturalmente tampoco había pensado estar en una situación como tal.

*¡Bang, bang!*

Mientras miraba fijamente la calle, intentando no chocar con los demás vehículos, que se movían a una velocidad mucho menor a la suya, cayó en la cuenta de que uno de los disparos podía darle en la nuca. El riesgo de muerte era muy grande. La seguridad que le daba el lugar de escritora tras una hoja y un lápiz esa noche se le hubiese antojado muy gratificante.

Suspiró para serenarse mientras los persecutores le pisaban los talones.

Entonces algo la paralizó. Al alzar la vista vio que a cuatro cuadras un semáforo se había puesto en rojo.

—¿Qué hago? —preguntó al verlo. No quería reducir la velocidad y que los alcanzasen.

—¡Sigue de largo!

—¿Qué? —preguntó absorta— ¡Nos pueden impactar!

—Si no lo haces nos atraparán.

Lisa cerró los ojos un segundo y alejó su pie del pedal de freno.

Al mismo tiempo se percató de otra cosa. Un nuevo vehículo se había unido a persecución, idéntico al otro.

—Carajo, vino otro.

*¡Bang!*

El vidrio trasero recibió un balazo y estalló.

—¡Mierdaaa! —gritó Lisa agachando instintivamente la cabeza.

Los fragmentos de vidrio destruidos cayeron en el asiento trasero.

—¡Cuidado con la anciana!

Lisa, que hasta entonces había estado concentrada mirando erróneamente el espejo retrovisor, giró el volante a tiempo y logró esquivar a una mujer mayor que parecía no tener idea de adonde demonios se dirigía. Pegó un salto hacia atrás, soltando un chillido.

Procurando ahora sí mantener la vista en el frente, rezó en voz baja: sabía que el cruce del semáforo se acercaba...

Frunció el rostro completamente y apretó los dientes.

El automóvil pasó de largo por la avenida en el momento exacto, entre el resquicio que dejaron dos coches que avanzaban en direcciones opuestas. Lisa llegó al otro lado sin poder creerlo y suspiró aliviada, con una increíble sensación de adrenalina, pero que no pudo disfrutar mucho, ya que enseguida el semáforo que había intentado detenerlos volvió a verde y la persecución se reanudó.

—¿Quiénes son? —preguntó mirándolos por el espejo retrovisor.

—No lo sé, pero vienen bastante armados —observó Roberto.

Volvieron a disparar.

*¡Bang, Bang!*

—¡Agacha la cabeza! —gritó él.

—¡¿Cómo conduciré si bajo la cabeza?! —preguntó Lisa con lógica—  
¡Ese bastardo está destruyendo todo el coche!

Roberto desenfundó su pistola de nuevo y analizó con nerviosismo el sendero.

—Se están acercando bastante.... Ya sé, esto es lo que haremos —dijo finalmente con las ideas más claras—. En la próxima entrada, subirás a la autopista.

—Bien —dijo ella, sin preguntar qué pensaba hacer. Sólo le importaba salir sana y salva.

—Mantén el auto en una posición constante.

Más disparos dieron contra en el baúl del coche.

*¡Bang, Bang!*

La balacera era tremenda. Roberto, con cierta dificultad, se sentó en el orificio de la ventana, sacando la mitad de su cuerpo por él. Se sujetó a la vida, a partir de una palanca que había en el interior del techo del coche.

Con su otro brazo estirado gatilló sin temor.

*¡Bang, Bang!*

Los persecutores se sobresaltaron al recibir el impacto de las balas del detective, al parecer, sorprendidos por su resistencia.

Roberto volvió a gatillar, mientras sentía la furia del viento arañándole la espalda.

—¡Entra! —gritó Lisa viendo lo que se acercaba—. ¡Debo doblar en una curva peligrosa!

El detective regresó al interior del vehículo y utilizó ese momento para recargar la pistola. Lisa sin aminorar la velocidad, giró el volante todo lo que

pudo. Las llantas del coche chirriaron con rudeza al tomar la curva, pero siguieron andando y enseguida volvieron a recuperar la velocidad. 120km/h.

*¡Bang, Bang!*

Los persecutores no desistían. Maniobraron con agilidad y destreza sin perder la cercanía.

—¡Tenemos que quitárnoslos de encima ya! ¿Dónde está la entrada a la autopista más cercana?

—Eh... a medio kilometro de aquí. —contestó Lisa temblorosa. Le costaba mucho pensar con claridad en esa situación.

Más disparos.

—¡Ah! ¡Bastardos! —gritó repentinamente Roberto e hizo una extraña mueca de dolor con el rostro. — ¡Me dieron!

La bailarina giró la cabeza para mirarlo. En su hombro una mancha morada empezaba a traspasarle la ropa. La cosa se puso muy peligrosa de pronto.

—¡No! ¿Estás bien?

—Concéntrate en manejar —le dijo hostilmente apretando los dientes—. Ya verán estos.

Lisa fijó su vista en la línea blanca de la calle, pero de reojo echaba vistazos fugaces al detective, que volvía a asomarse por la ventana y disparaba en contra de los malhechores.

El sonido de los estallidos y de las llantas de los vehículos rodando en el asfalto era ensordecedor, sin contar los bocinazos de los furiosos conductores que se veían obligados a hacerse a un lado para evitar salir heridos.

—¡Allí! —gritó, pero Roberto no la escuchó.

La entrada a la autopista estaba a dos cuadras. El detective volvió a arremeter en contra de los malhechores.

*¡Bang, bang!*

Sus disparos fueron respondidos enseguida. Uno de ellos dio contra una de las ruedas traseras. El coche empezó a perder el control.

—¡DESGRACIADOS! —gritó furiosa la bailarina mientras subían a la autopista a increíble velocidad. —¡Dispárales a sus llantas!

Roberto escuchaba las palabras de la mujer muy escasamente. El sonido del viento lo dejaba sordo. Disparó pero no acertó y la bala dio contra el suelo, haciendo chispas.

—¡Dispara de nuevo!

El detective volvió a esgrimir la pistola y gatilló.

*¡Bang!*

Pero tampoco dio en el blanco esta vez. Acertar, sentado en la ventana del automóvil en movimiento, soportando todo su peso en una mano, era casi imposible.

Lisa vio de soslayo que la aguja del velocímetro comenzaba a caer. Perdían velocidad. El control del volante era inestable por la rueda destruida. La llanta chispaba al rozarse contra el suelo.

—¿Por qué disminuyes la velocidad?! —preguntó Roberto desde la ventana.

—¡Es la rueda!

—¿Qué?! —preguntó sin entender. El viento le oprimía los tímpanos y no lo dejaba escucharla.

—¡La rueda! —repitió.

Pero no podía comprenderla. Volvió a disparar contra sus persecutores y aunque acertó, notó que los estaban alcanzando.

—¡Están muy cerca, debes aumentar la velocidad!

—¡No... puedo...! ¡La... rueda...! —gritó haciendo señas con la mano — ¡Mírala!

Al fin el detective lo entendió. Fijó su visión en las gomas de la rueda de la que sólo quedaban retazos. Por momentos, se raspaba contra el suelo de hormigón y hacía chispas. Regresó al interior del vehículo.

Los dos coches se colocaron a sus lados, uno a la izquierda y el otro a la derecha.

—¿Que hacen? —preguntó ella asustada, imaginando los distintos finales que podría llegar tener aquella encrucijada. Ninguno le gustaba.

De pronto, los coches se alejaron, manteniendo la misma velocidad y paralelismo, y de un momento para el otro, como si estuviesen de acuerdo, se cerraron sobre ellos, golpeándolos con violencia. El impacto fue brutal. La rueda ya casi no servía. Los laterales del coche quedaron completamente abollados al momento.

—¡Lárguense! —gritó Roberto, sacando la pistola por la ventana para dispararles nuevamente, pero cuando lo intentó los dos coches volvieron a cerrarse sobre ellos, haciendo que éste soltara la pistola y ésta cayera al suelo del vehículo.

—Roberto... el coche no soportará mucho más —informó Lisa tiritando.

—Lo sé —repuso preocupado pero pensativo—. Pero tengo una idea. ¿A cuánto de aquí hay una salida?

La bailarina trató de hacerse un mapa en la cabeza. Había pasado muchas veces por esa autopista cuando iba mano a capital.

—Eh... tres kilómetros.

—Mhmm... Es mucha distancia —dijo él, lamentándose mientras trataba de idear otro plan—. Entonces, hagamos esto. Cuando intenten cerrarse nuevamente sobre nosotros, frénate.

—¿Qué?

—¡Haz lo que digo! —le exigió sujetándose la herida en el brazo, que continuaba sangrando.

—¡De acuerdo!

El coche se mantenía inestable y la rueda ya no daba más. Pero los persecutores no parecían tener intención de abandonar la lucha. Se alejaron nuevamente como habían hecho, se mantuvieron así un instante y volvieron a cerrarse a toda velocidad.

—¡Ahora! ¡FRENA!

Lisa pisó el freno con todas sus fuerzas y cerró los ojos lista para el impacto. Los dos coches, sorprendidos ante la rápida actuación de la mujer, no pudieron detenerse a tiempo y chocaron entre ellos con violencia. El auto de la derecha giró por completo sin control, hasta recibir el sorpresivo impacto de un camión que no pudo frenar. Voló por los aires en medio de la autopista. El otro, desafortunadamente, seguía andando.

—¡Muy bien hecho! —dijo Roberto con una sonrisa en el rostro y vio su ruta de escape a pocos metros. La señaló con su mano—. ¿Eso no es una salida?

—Sí, pero creo que la otra nos llevará a una zona menos transitada.

—No importa ¡Baja por aquí!

Descendieron por la rampa, con el coche negro pisándole el guardabarros. Aún iban a una velocidad bastante considerable, pero ya todo parecía estar cerca de terminar.

—¡Por allá está la costanera!

—Bien, vamos para allá.

Entonces, como si nada los hubiese preparado para eso, el conductor del vehículo persecutor que quedaba, volvió a atacar. Disparó y le dió a la

rueda trasera que aún estaba sana. El coche se levantó en el aire, dio varios giros tremendos, y volcó contra una banquina hasta que salió de la autopista  
—¡NO!

Lisa no podía creerlo. Todo el esfuerzo que habían hecho por escapar había sido inútil. Cuando el automóvil giró y chocó dado vuelta contra la calle, su cabeza dio un fuerte golpe contra el techo y todo se apagó...

**CAPITULO**  
**13-**  
***Adiós a los escrúpulos.***

Un creciente murmullo abordó repentinamente los oídos del detective. Abrió los ojos; su lado motriz parecía anulado. Tenía la visión desorbitada y un incipiente dolor en la espalda y brazo herido.

¿Qué acababa de pasar? ¿Dónde estaba?

Escrutó su entorno, mientras se le aclaraba la mirada. Veía la ciudad al revés. Los hechos se habían precipitado de forma muy rápida. Creía estar bajo los efectos de alguna droga similar a la morfina. La incapacidad de sostener algún pensamiento, era poco frecuente en él; casi como si cerebro no tuviese la capacidad de razonar. Mientras intentaba revivir los acontecimientos, trató de moverse, pero el cinturón de seguridad lo mantenía sujeto al asiento. Entonces, como luego de recibir una bofetada, y verse rodeado de cristales, su memoria regresó.

Veía al revés porque el coche estaba al revés. Se dio la vuelta con mucha dificultad. Le dolía todo el cuerpo. Le habían disparado al hombro. No parecía tener comprometido nada, pero no podía saberlo. Además, no había ambulancias ni policías a su alrededor. Claramente no habían pasado más de unos minutos. Lo consolaba pensar que los persecutores se habían ido.

Giró su cabeza. La bailarina estaba a su lado, colgando del asiento por el cinturón de seguridad, con un corte sangrante en la frente.

—¡Que alguien llame a una ambulancia! —gritó con la voz casi apagada.

Veía las luces de los faroles que bordeaban la calle nublosamente y se mareaba. Salió por la ventana, arrastrándose por el piso lleno de cristales. Un sujeto había detenido su coche y ahora hablaba nerviosamente por su celular, seguramente con emergencias.

Roberto se sujetó del suelo del coche y se ayudó de él para levantarse. Dio un giro general con la mirada, mientras parpadeaba y se aferraba con fuerza para no caerse.

—¿Está bien, señor? —le preguntó el individuo luego de cortar la llamada, con expresión de preocupado. —La ambulancia viene en camino.

¿Quiere que lo ayude a sentarse? Tuvo un gran accidente.

Roberto no le contestó; sentía un constante zumbido en los oídos y unas tremendas nauseas. Se giró con lentitud y distinguió algo, algo que emitía un punzante y titilante parpadeo rojo, pegado al suelo del vehículo. Le costó enfocar la mirada en él. Aún estaba funcionando.

—¿Qué es esto? —susurró para sí mismo mientras lo escrutaba en su mano.

—Eh... es un dispositivo rastreador —dijo el joven tras él— viene con un micrófono.

Roberto se volteó. Había olvidado por completo que aquel individuo aún estaba allí.

—Mi hermana tiene dos. Son muy sofisticados —dijo señalándolo—. Y de uso profesional, pero ella... bueno... ella los compró para escuchar las conversaciones de su novio. ¿Vio como están las mujeres hoy en día?

—¿Qué? —le preguntó el detective aún confundido. Sus ojos lo escrutaron avasalladoramente. — ¿Está seguro de lo que dice?

—Claro que lo estoy. El micrófono debe estar en algún otro lado del coche. Funcionan entre si, en un rango de no más de un metro.

Roberto lo entendió. Aquel diminuto y asqueroso artefacto había hecho que los persecutores descubrieran enseguida que habían conseguido las cajas, pero ¿cómo había llegado hasta allí abajo? ¿Quién lo habría puesto...?

De lo lejos, llegó una sirena aullante que indicaba que la ambulancia ya estaba cerca. Otro bofetazo le sacudió la cabeza y sintió terror; la cajuela del coche estaba abierta. Corrió tambaleándose hasta la parte trasera y sintió como el suelo bajo sus pies se desvanecía. Se habían llevado las cajas...

—Señor, está sangrando. Esa herida en el brazo parece seria ¿quiere que...?

Roberto se había erguido nuevamente y ahora su rostro se había aseverado.

—Présteme las llaves de su auto.

—¿Qué? —preguntó el individuo absorto.

El detective sacó su otra pistola y le apuntó directo a la frente.

—¡Ahora!

El conductor se las dio aterrado.

—No se preocupe. Se lo devolveré. —gritó antes de irse.

Condujo furioso; si los habían escuchado hablar, sabrían de su centro de operaciones y de seguramente todo lo que lo mencionaron sobre la investigaron. Bartussi no podía evitar preguntarse una y otra vez quién era el maldito que estaba orquestando todo eso. Habían protagonizado una persecución casi de película, intentado matarlos para llevarse las cajas. Lisa tenía razón. Algo escondían, algo considerablemente importante. Y aunque le causó cierta culpa dejarla en el vehículo, sabía que era lo correcto. Quedarse con ella, implicaba ponerla en peligro, porque él era un hombre de acción. No pensaba quedarse quieto, no pensaba pedirle ayuda a la policía. Él iría contra los desgraciados que habían organizado todo eso y los haría pagar por ello. Sin mirar su reflejo y enceguecido por la demencia, salió de la ciudad.

Cuando llegó al galpón con el Coupé del sujeto, el cielo ya había adquirido una tonalidad de rosa diluido. Se estacionó rápidamente y bajó, pero enseguida notó que algo andaba mal. Las puertas del galpón estaban abiertas y había más agujeros de balas que de costumbre.

—Mierda —susurró mientras volvía a sacar el arma y se acercaba al sitio cauteloso.

¿Habrían sido capaces de encontrar el lugar y las pistas del caso que guardaban en su interior? Roberto se imaginaba a dos sujetos, parados afuera del galpón disparándole con metralletas a la estructura. Sintió desprecio y deseó más que ninguna otra cosa saber quiénes eran y donde podía encontrarlos.

Entró corriendo al galpón, con la pistola en la mano. Le echó un vistazo general al sitio. Estaba oscuro y vacío. Pero había un gran desorden; alguien había estado forcejeando. ¿Pero quién? ¿Habrían llevado a José hasta el lugar para torturarlo?

Sobre la mesa, donde habían estado sentados anteriormente, había una nota ensangrentada. Roberto bajó el arma tras comprobar que estaba solo. Se acercó a ella, ansioso.

La tomó y la acercó a su pecho para poder leerla con más claridad.

*No te preocupes por tu amigo. Pronto formará parte de un espectáculo mundial, un hecho que horrorizará al país, al mundo quizás. No lo busques, no tardarás en verlo en todos los medios de comunicación. Tengo reservado algo especial para él. Pronto, será un psicótico menos en nuestra sociedad.*

Roberto arrugó la carta con su mano y sintió una tremenda ira escapándose por todos los poros de su cuerpo. Esos bastardos pretendían matar a José, era obvio, pero ¿por qué?

¿A qué se referían cuando decían psicótico? ¿Quién estaba tras todo ese maldito desorden? Si asesinaban a José, si pasaba otra vez... si alguien hería a su compañero por sus ortodoxas maneras de manejarse... Roberto se derrumbaría...

Gritó con todas sus fuerzas para descargar. El odio y la bronca rasgaron su garganta al salir. Debían ser expulsadas, debían alejarse de él. Gritó y gritó. De cualquier forma nadie lo escucharía, nadie iría tras él a callarlo...

Cuando el grito se apagó, se rindió y cayó al suelo sobre sus rodillas. Su cabeza quedó gacha durante unos largos minutos. Su pecho ascendía y descendía.

Era hora de ponerse a trabajar en serio. Salió del galpón sin saber cuál sería el destino que tomaría, pero no importaba. Encontraría a José y recuperaría las cajas, costase lo que costase.

Se subió al vehículo robado y arrancó, alejándose por la carretera de tierra a toda velocidad. Lo único que dejó tras él fue una nube de polvo llena de incógnitas. El Roberto que salió del galpón ese amanecer no era el mismo que llegó. Sus escrúpulos habían desaparecido por completo. Iría por todo.

**CAPÍTULO**  
**14-**  
**CONFUSIÓN.**

Oscuridad; sólo eso había en aquel lugar. De pronto, un punto de luz dorada surgió de la nada. Fue creciendo y creciendo. Llegó a adquirir tal intensidad que le hizo arder las pupilas. Se descubrió un largo túnel de paredes negras. “*Qué curioso*” pensó Lisa. Aquella luz que la iluminaba era cálida y allí, en donde estaba, hacía bastante frío.

Lisa la siguió, y aunque parecía estar a kilómetros, llegó a ella en un santiamén. La situación le recordó al encuentro con Lisa, cuando aún era Paola. ¿Se repetía la escena? ¿Era hora de volver a ser la escritora?

Como absorbida por un torbellino de luz, despertó. Abrió los ojos; si aquel lugar era el cielo, la gente que vivía estaba muy equivocada al imaginarlo. Las paredes que la rodeaban eran blancas y estaban iluminadas por un resplandor tenue que salía de ella misma. No era agradable en lo más mínimo, pues sentía la garganta seca y estaba sedienta. Un dolor en la frente la molestaba. Claramente eso la había despertado.

—Agg... —gimió suavemente.

Lisa albergaba la esperanza de haber vuelto a ser Paola y hallarse en la sala de emergencias de un hospital tras la brutal caída del puente, pero sólo necesitó un minuto para darse cuenta de que seguía siendo la bailarina. El color de sus rizos rojos sobre los hombros se lo demostraba.

—Oh, Lisa... —dijo de pronto una voz preocupada.

Aunque veía escasamente, pudo reconocer a la persona que le habló enseguida. Tenía el cabello negro, lacio y largo y le caía por los laterales de la cabeza en forma de cascada. La luz que ella despedía se lo hacía brillar en algunas secciones. Traía puesto un pulóver celeste bastante ajustado, que marcaba la perfección su figura de excesiva delgadez.

—Judith... —susurró— Estoy brillando... ¿Qué pasa?

—No, no, tranquila —la calmó su prima con voz suave—. Estás en el hospital. Es la lámpara que tienes al lado lo que alumbra la habitación, no tú. Estás un poco confundida. Llevas desorientada dos días.

—¿Dos días? —se exaltó Lisa, intentando repentinamente levantarse, pero estaba demasiado débil para hacerlo—. Pero... ¿Qué pasó?

—Tuviste un accidente muy grave —dijo con severidad—. Casi pierdes la vida.

*... el automóvil giró y chocó dado vuelta contra la calle; su cabeza se dio un fuerte golpe con el techo y todo se apagó...*

—Tuvieron que suturarte una herida en la frente, pero no te preocupes, el doctor dijo que no dejará cicatriz.

Lisa no la escuchó, ni siquiera quería hacerlo. Sus tontas apreciaciones no le importaban en lo más mínimo: en ese momento un interrogante más preocupante palpitaba en su mente.

—¿Y qué hay de...? —preguntó con suavidad, pero afortunadamente se calló a tiempo. Había estado a punto de preguntar por Roberto.

—¿Y qué hay de... qué? —inquirió la muchacha con extrañeza, escrutándola con ojos desentendidos.

Lisa pensó con cuidado en lo que debía decir. La incertidumbre era fuerte y la ansiedad una de las principales características que componían las cosas que más le desagradaban de su personalidad.

—¿No había nadie más conmigo al momento del accidente? —preguntó. Su prima la miró con el ceño arrugado.

—No que yo sepa, Lisa. ¿Por qué? ¿Había alguien contigo?

—Humm... No lo recuerdo; por eso te pregunto. —dijo con delicadeza. — ¿Nadie más ha ingresado al hospital? Creo... que un hombre venía a mi lado. Se llamaba... Rih... Ron... Roberto... Podría estar herid...

—¿Quien...? ¿Ves porque no tienes que beber e irte con cualquiera?

—¿Beber?

—Ajám... —asintió Judith. — La policía dice que puede haber sido por el alcohol. A la causa del choque me refiero. ¿Habías bebido?

—No... —dijo convencida, pero pensó que quizás le convenía mentir y evitar dar más explicaciones—. Bueno, un par de copitas, pero nada grave... ¿Entonces no había nadie más en el coche?

—No, no había nadie. La policía te encontró sola —confirmó la muchacha—. A mí me avisaron a las seis y media de la mañana. Tuvieron suerte de encontrarme. Estaba a punto de irme al trabajo cuando sonó el

teléfono.

Lisa bajó la mirada. Se sentía pésimamente mal. La maldición de no saber sobre Roberto ni sobre las cajas la iba a torturar varios días.

—¿Y el coche?

—Quedó completamente destruido... —dijo la muchacha con calma y cara de lamento.

—Sí, pero ¿dónde está? —la interrumpió rápidamente ella.

—Tranquila, supongo que se lo habrá llevado la policía. ¿De quién era? ¿Qué demonios habría pasado con Roberto? ¿Y qué con las cajas? ¿Seguirían estando dentro del baúl del coche o se las habrían llevado los desgraciados que habían intentado matarlos? Debía llamarlo.

—Hhmm... ¿Podrías traerme algo para tomar, Judith? Tengo mucha sed —le dijo a su prima para sacársela de encima.

—No sé si las enfermeras lo permitirán, pero iré a preguntar.

La muchacha salió de la sala por la puerta y la dejó sola. Lisa se levantó con mucho esfuerzo, ayudándose con las manos y caminó con lentitud hasta el asiento en donde su prima había dejado la cartera. El suero que tenía en el brazo no la permitía moverse demasiado.

Tomó su celular. Volvió rápidamente a la cama y marcó el número de Bartussi. Él debía darle respuestas. Francamente si Roberto no contestaba, no se le ocurría otra idea para encontrarlo. Esperó y esperó. Pero nadie contestó, ni en ese momento, ni después.

**CAPITULO**  
**15-**  
***El asesinato más aterrador.***

Lisa borró una vez más todos los mensajes de la máquina contestadora. Siete días habían transcurrido desde del desafortunado accidente cerca de la costanera. Los rumores sobre su supuesta incursión en la prostitución habían circulado por los labios de todos los vecinos y amigos de Judith, y los del alcohol aún más. Javier, el marido de su prima había sido el principal culpable de esto. Divulgando la noticia, en venganza por sus dichos previos, el joven consideraba que la disputa estaba ganaba. Se odiaban mutuamente.

Pero las noticias que Lisa realmente esperaba no aparecían en ningún sitio. ¿Qué demonios había pasado con Roberto? ¿Dónde estaba? ¿Estaría bien?

Lisa pensaba en sus ojos azules, en la forma en que la miraban. ¿Por qué? ¿Era posible que estuviese empezando a sentir algo por él?

Había recibido más llamados de personas que querían saber si lo que el marido de Judith decía era cierto. Sus familiares se estaban haciendo un festín con la noticia. La contestadora se había llenado de mensajes nuevamente.

Lisa no había salido de su departamento en ningún momento bajo ninguna circunstancia. Estaba demacrada y el espejo se lo exponía todos los días cuando entraba en el tocador para hacer sus necesidades. Tenía el estómago completamente cerrado. Había bajado varios kilos.

Su prima Judith la había visitado dos veces, pero se había cansado de tocar el timbre. Lisa no tenía ganas de ver a nadie, ni siquiera a la única persona que realmente se preocupaba por ella.

No podía soportarlo más. Tenía ganas de salir a buscarlo, de golpear con su puño todos los espejos de la casa y sangrar y comprobar que aún estaba viva.

Se echó de espaldas sobre la cama a mirar la lámpara que colgaba del techo de su habitación. *No...*

Sabía que no podía rendirse... no podía dejarse morir. Claramente Roberto no querría eso. Pero tampoco llamaría, debía resignarse a eso y seguir adelante. Comenzar de a poco a resolver el caso por su cuenta. Aunque

sólo hubiesen estado juntos dos noches, algo en su mirada la había dejado cautivada. ¿Qué pasaba con él? ¿Lo habrían capturado también?

Fue al supermercado caminando, pues Lisa, a diferencia de Paola, no tenía coche. Al pasar por una vidriera, vio que su reflejo ya no se parecía en nada al de la mujer que había visto en su camarín la semana pasada, momentos antes de salir a bailar. La mirada caída, las ojeras pronunciadas, los ojos hinchados por el llanto eran cosas que siempre había intentado esquivar, y lo habría logrado perfectamente de no haber pasado por aquella estrepitosa noche.

Compró lo que debía y regresó a la casa con la sensación de que nada podría cambiar su estado de ánimo en ese momento. La misma sensación con la que había cargado al ir. Mientras guardaba las cosas en la heladera, colocada junto a la cocina, escuchaba el noticiero nacional, esperando, quizás inútilmente, que mencionaran al detective, alguna pista o algo relacionado... y entonces ocurrió. El reportero mencionó un nombre que la dejó estática, pero no era el de Roberto. La piel se le puso como gallina. Esperaba haber escuchado mal.

—... *Hugo, el cuerpo de la víctima ha sido reconocido como el de José Proech, un detective de la policía bonaerense, que había desaparecido del país hace dos semanas.*

Lisa dejó caer la jarra de leche al suelo. Estalló en mil pedazos cerca de sus pies. ¿Había escuchado bien? ¿Habían mencionado a...? Se giró aterrada, respirando lentamente, temiendo lo que pudiese llegar a ver en la pantalla del televisor.

Enfocó sus ojos en el artefacto electrónico y todos los pensamientos se le borraron de la mente por un instante. Nada en ese momento podría hacerla despegar los ojos de la pantalla.

—... *La policía cree que el asesinato puede ser obra del asesino psicópata que escapó del manicomio Adrob hace unas semanas, ya que el detective Proech se hallaba en plena investigación, la noche que fue secuestrado...*

Lisa sabía que tenían razón. Sabía que se trataba de Tónitor; José había sido capturado por sus supuestos secuaces.

La toma que mostraba la cámara, parecía tomada desde un helicóptero. Rodeaba al obelisco; una gigantesca y magnífica escultura que inmortalizaba la imagen de una pirámide egipcia, elevada al cielo; un [Monumento Histórico](#)

[Nacional](#), ícono de la ciudad de [Buenos Aires](#). Emplazado en la [Plaza de la República](#), en la intersección de las avenidas [Corrientes](#) y [9 de julio](#). Fue construido con motivo del cuarto centenario de la [primera fundación de la ciudad](#).

Lisa cerró los ojos. Los dedos que tenía apoyados sobre la mesada de mármol negro le temblaban. ¿Dónde estaba José? No podía ubicarlo. El reportero lo había mencionado.

—Desde luego, el asesino hizo un gran esfuerzo para que este crimen no pasase inadvertido. Esta escultura representa no sólo mucho para Buenos Aires, sino también para todo el país, ya que es uno de sus monumentos principales...

Pero cuando la cámara, enfocó de frente al obelisco, nadie estaba preparado para ver lo que el televisor mostró. Era una imagen terrorífica y aberrante.

Lisa agradeció estar sujeta a la mesa. Sobre la base de la escultura se enredaban unas gruesas cadenas oxidadas y sujeto a las cadenas había un cadáver. *¡Era un hombre! ¡¡Era José!!*

Lisa sintió que se desmayaba. No podía estar pasando. El detective no podía estar muerto. José, por más detestable que se mostrara, era un hombre fuerte; era imposible pensar en él, asesinado y de tal manera... pero no podía negar lo que sus ojos veían. ¿Cómo Roberto estaba ausente en un momento así?

El detective estaba colgado como un mártir. Sus brazos, apretados por las cadenas hasta sangrar, se extendían hacia los laterales del obelisco sobre plena 9 de Julio, y su cuerpo, aun con la ropa que ella le había visto utilizar el día que lo vio, colgando por el borde del monumento agitándose a un lado por la brisa de la tarde. Al moverse, dejó a la vista sus pies descalzos.

¡Estaba muerto!

—No puede ser —dijo aterrada cubriéndose la boca con ambas manos.

La imagen le aflojó todo el cuerpo. Lisa sintió que le arrebatan algo. Era horrible.

La cámara de pronto enfocó otra cosa.

—*Y aunque no lo creas, Hugo* —dijo el reportero, con una voz de suspenso bien elaborada—, *todavía falta algo más.*

—*¿Algo más?* —preguntó el presentador desde el estudio de televisión con voz incrédula. Al parecer, al igual que Lisa, pensaba que lo que había

visto ya era suficiente.

¿Qué era lo que faltaba? ¿Se habría suicidado Tónitor luego de asesinar a José?

En el suelo, alrededor del obelisco, en plena calle, había una frase escrita en grande con sangre. Desde la altura del helicóptero se veía a la perfección, pese a la sombra que generaba el monumento sobre ella, por el sol que proyectaba su luz desde atrás; decía:

*Purificado.*

Lisa creía estar cayendo dentro de una tenebrosa pesadilla.

—*¡Es un crimen espantoso!* —decía Hugo desde el canal, aparentemente asqueado por las imágenes—. *¿Qué quiere decir esa palabra? ¿Y... cómo rayos ataron el cuerpo en esa posición? Parece bastante complicado.*

—*Bueno, es una pregunta más que se suma a todas las que iremos respondiendo apenas tengamos los datos. ¿Quién fue el primero que lo encontró? ¿Qué hizo? ¿Hay cámaras viales que permitan tener la imagen del asesino...?* —dijo el sujeto preocupado por hacer aún más interesante la transmisión—. *Por ahora sólo sabemos que no hay sospechosos detenidos...*

A Lisa, la cabeza le daba vueltas. Estaba a punto de desmayarse. Las piernas le temblaban incontroladamente y de los ojos le borboteaban incontenibles lágrimas de dolor, horror y miedo.

—*Pues es evidente que esto se tomará muy enserio, Oscar* —dijo el conductor del noticiero desde el estudio de televisión—. *Tenemos muy pocos datos aún sobre este reciente y espantoso crimen pero si realmente el psicópata que escapó de Adrob es responsable de esto, la policía tendrá que responder muchas preguntas...*

La respuesta llegó segundos después, mientras la cámara del helicóptero seguía enfocando base del obelisco.

Lisa se aferró de la puerta de la heladera para no caerse. Estaba mareada, asqueada... vomitó. No solo por la impresión que le había dado, sino también por el shock de la imagen.

## CAPÍTULO 16- LA CONVENCION DE COMPUTADORAS.

La noticia del asesinato en el Obelisco de Buenos Aires conmocionó al mundo entero. Todos los periódicos, radios y noticieros del planeta se deleitaron durante una semana repitiendo las imágenes del terrorífico crimen y armando posibles teorías sobre el asesino, algunas totalmente disparatadas. Incluso muchos personajes del estrellato se habían mostrado aterrados, cuando diferentes reporteros pidieron su opinión respecto al asunto. El país había quedado sumido en un silencio escalofriante, que se incrementaba aún más bajo el espeso manto de caligine que recorría las calles. Lisa, en su infructuoso intento por evitar escuchar algo más acerca del aberrante hecho, había desconectado televisores y radios de toda la casa. Se pasaba el día entero en la cama o parada junto la ventana; lo único que veía era la neblina que había vuelto a instalarse en la ciudad.

“*Como te extraño, Roberto*”, pensó, deseando, que aunque los separase una distancia enorme, él sintiese los latidos de su corazón apunto de detenerse por su ausencia. Ya no tenía dudas acerca de lo que sentía por él y una sola palabra era capaz de describirlo... pero ponerle nombre a esas cosas no era lo suyo.

Cerró los ojos y contempló un largo rato las cajas de cartón que había vuelto a acomodar sobre la alacena. Las había revisado una y otra vez durante la semana, intentando encontrarle sentido, pero los elementos que contenían eran menos importantes que los que habían encontrado en lo de su amiga. Lisa intentaba adivinar qué era lo que Tónitor buscaba y de qué podría servirle. Tónitor debía conocerla y mucho. Intentó profundizar en su memoria para encontrar retazos de recuerdos sobre aquel personaje, pero desafortunadamente sus intentos resultaban infructuosos.

Durante las noches, era presa de pesadillas aberrantes en las que veía a José bajando del coche justo antes de que lo secuestraran, diciéndole: “*Tú me mataste*”. Y de pronto, era ella la que ocupaba su lugar en el monumento, con la sangre resbalándole por la piel. Bartussi la veía desde abajo.

Judith había vuelto a visitarla en dos ocasiones y Lisa sólo en la tercera,

se había dignado a abrirle la puerta. Habían estado dialogando durante varias horas, sentadas en la habitación.

—Te digo que es una idea excelente —insistió ella.

—No, no quisiera incomodarte ni modificar tus rutinas, Judith.

—No lo harás. Sino no te lo estaría diciendo. Además, Javier se irá a San Juan esta semana. Lo llamaron para trabajar. Estaremos a solas. Tienes que distraerte un poco.

Lisa había pensado mucho en esa propuesta y acertadamente. Quizás era eso lo que necesitaba; ocupar su mente con otros pensamientos. Despejarse. Dejar de lado durante un tiempo aquellas cavilaciones que latían bajo su cráneo.

La vida en la casa de Judith era bastante normal, casi sobre llevable, pero cuando se quedaba sola, porque su prima trabajaba, la depresión volvía a aflorarle y no había manera de hacerla desaparecer.

Una tarde, se le ocurrió llamar a Milena y eso, en cierto modo, contribuyó a mejorar su bienestar. Su amiga le había contado todo lo que había ocurrido en el local durante su ausencia y lo mal que se sentía por la muerte del querido dueño de Bar Jatness, con quien siempre se rumoreó que tenían un *affair*. Le había propuesto salir a distraerse un poco, pero Lisa se había excusado argumentando que estaba sin dinero, lo cual no era del todo mentira. Sin embargo, su amiga había insistido y a la bailarina no le había quedado más opción que aceptar. Salieron a pasear por capital, pero Milena tenía un aspecto tan deprimente y se había pasado tanto tiempo hablando de lo mal que se sentía, que Lisa pensó que habría sido mejor quedarse en su casa, sola. Además, no podía alejar sus ojos de las ventanas del bar, preguntándose si vería a Bartussi por alguna parte, pero sólo veía patrulleros y patrulleros por doquier.

Varios días después había sido Judith la que le propuso salir y Lisa, gracias a la mala experiencia que había padecido con Milena, decidió negarse, pero su prima insistió. Judith era experta en computación y en el centro de la ciudad, en la Rural más específicamente, estaban realizando una exposición de computadoras de todo el mundo; desde las más modernas e innovadoras maquinas llegadas recientemente de los países tecnológicos hasta las mejores y más viejas que quedaban en el recuerdo.

Cuando sacó las prendas de su bolso para cambiarse, notó que la mayoría de los atuendos le quedaban grandes, ya que había bajado varios kilos

desde la noche en que conoció a Bartussi. Finalmente encontró un jean elastizado y un sweater rosa, que le calzaban de manera aceptable.

Bajó al recibidor del edificio y aguardó que su primera de la tienda. Había ido a comprar un par de cosas.

El sol radiante brillaba en el cielo como una fuente de oro, aunque Lisa, en su deplorable estado de ánimo, veía todo gris.

Al cabo de diez minutos, el Palio de su prima se estacionó en el borde de la vereda con un susurro casi imperceptible. Ella salió esbozando una cansada sonrisa.

—Lo siento. No había lo que me pediste. —le informó cuando ya ambas estaban dentro del vehículo.

—No importa. Compraré en el camino.

Judith asintió y apretó los labios lamentándose. Lisa estaba muy sensible. Su prima nunca la había visto tan frágil. Aunque lo intentaba, la bailarina podía contener su dolor.

—Estás delgadísima, Lis —observó la muchacha, notando su excesiva delgadez.

—Sí, he estado haciendo una dieta estricta —mintió sin mirarla a los ojos— Además en tu casa, solo había lechuga.

Judith frunció los labios. La escrutaba con compasión.

—Lis... no necesitas fingir nada delante mío. Soy tu prima.

—Lo sé, lo sé... Pero no estoy fingiendo —forzó una sonrisa—. Estoy bien enserio.

Judith no quería ponerse a discutir con ella, mucho menos después de todo lo que había vivido, por lo tanto no contestó y fijó su visión en el frente.

Condujo por la avenida en pleno día. Los rayos del sol se reflejaban en la carrocería del vehículo.

—Estoy muy cansada, Judith. —murmuró Lisa al cabo de un rato, fumando— Quizás debería volver a casa.

—Créeme que salir te hará bien —objetó su prima riendo ante el comentario, instándola a abandonar esa postura de encierro—. Verás que te distraerás un poco.

—Tú eres ingeniera en sistemas —argumentó con un cariñoso sarcasmo— Yo odio las computadoras. No puedo manejarlas. Mi mente se resiste a ellas.

—Si quieres, cambiamos de destino. Yo sólo quiero que salgamos

juntas.

—No... no me sigas la corriente —le aclaró dulcemente, notando sus malas vibras, y le acarició el hombro—. Vamos a la convención... ¿Qué pasa con tu novio? Me extraña que no haya regresado todavía.

—Ah, ni siquiera me lo nombres —dijo con cara de disgusto—. Estuvimos discutiendo el sábado por teléfono. No creo que vuelva hasta fin de mes. Quizás anda con otra, como me dijiste una vez.

Nadie sabría a ciencia cierta por qué, pero durante el resto del viaje ambas mantuvieron el silencio. Quizás Judith se había sentido muy avergonzada por su comentario y no pudo continuar hablando.

Cuando llegaron a la convención de computadoras, en el centro de la ciudad, supieron enseguida que no habían tomado un camino equivocado. Unos enormes carteles luminosos lo anunciaban colgados en lo alto del techo de la instalación. Judith y Lisa dejaron el coche en la playa de estacionamiento y se dirigieron a pie hacia el interior del edificio.

En cuanto Lisa entró, supo que aquel sitio no era para ella, pero Judith estaba fascinada con todo lo que veía, de modo que se limitó a seguirla, sin hacer comentarios inapropiados. El lugar estaba decorado finamente con telones azules y luces blancas y radiantes y en donde Lisa miraba había computadoras, teclados, y gente que disfrutaba de la exposición. Más lejos, llegó a distinguir un escenario sobre el cual hablaban varias personas, quizá presentando el último modelo de alguna computadora nueva que estaba por salir a la venta en el país, pero que sin duda alguna era demasiado costosa para el salario de una bailarina. Lisa se sentía patética. Mientras caminaban, algunos individuos les proponían realizar actividades con los softwares a las que Judith no podía negarse.

—Acérquense —las convenció uno.

Lisa observaba a Judith tomando lecciones, mientras el profesor que le daba la clase (un anciano pervertido) le guiñaba los ojos en un intento de seducirla. “*Patético*” No dijo nada, pero le parecía desagradable.

—Iré a dar una vuelta —le dijo a su prima, tras ese episodio.

Se alejó del centro de cómputos. Dio varias vueltas por la exposición. Había computadoras por doquier.

“*Aunque desde luego, sería irónico no hallarlas*” pensó ella.

En una sección, había una banda de Jazz tocando sus instrumentos. Del otro lado, se divisaba un foodtruck. Lisa siguió caminando. Hace rato no veía

tanta gente. Se veían emocionados, ajenos a su realidad. Parecían no ser conscientes de que había un asesino suelto en la calles.

—¿Quiere acercarse a observar los nuevos programas de traducción que desarrollaron los chinos, señorita?

—No, gracias.

—No sé preocupe, son gratis.

—No, no, está bien. Gracias.

Lisa siguió caminando entre el gentío. Entró en un pequeño local repleto de repuestos de computadoras. Aunque no sabía demasiado sobre tales materiales, echó un vistazo. Necesitaba un mouse nuevo. El suyo se había estropeado hace unas semanas, debido a una gotera en el techo.

Caminó por el pasillo y observó varios, sin saber con certeza qué los diferenciaba (más que los colores y las marcas). Escuchaba como el hombre de la caja hablaba de programas y actualidades con un cliente y sintió vergüenza al no poder entender de qué demonios se trataba cada uno. Había comprado su primera computadora hace tres años, pero sólo la utilizaba para recibir peticiones de trabajo a través de Internet: muchas veces era más seguro que dar el número de su departamento. Pese a conocer el funcionamiento básico de aquel objeto electrónico, Lisa sabía que nunca comprendería demasiado acerca de las maravillas que todas las personas que estaban allí podían considerar herramientas indispensables.

Su prima le había dado un par de clases gratuitas sobre computación el año pasado pero no había caso.

—¿Necesita ayuda, señorita? —susurró una voz a sus espaldas.

Lisa sintió que se le erizaba la piel...

Aquella voz....

Todo el cuerpo comenzó a temblarle. Mantuvo los ojos cerrados un momento, esperando que la mente no la estuviese engañando.

Se volteó lentamente. Lo primero que vio fueron sus ojos y al caer perdida en ellos, supo que no se había equivocado. Sin embargo, le fue imposible distinguir que sentía. Tenía unas increíbles ganas de arrojarse sobre él y abrazarlo. Pero se sentía algo enojada por haber sido abandonada tanto tiempo.

—¿Qué haces aquí? —le preguntó apretando los dientes.

—Necesitaba verte —susurró él con voz suave— Llame a lo de tu prima y la chica de limpieza me dijo que estaban aquí.

—¿Verme? —exclamó ella en voz baja, procurando que su prima no los viera juntos—. ¿Por qué no me llamaste?

—Estuve haciendo averiguaciones sobre los asesinatos y llegué a una conclusión.

—Ya veo.

Se miraron un momento y Lisa sintió que el monstruo que dormía en su interior comenzaba a calmarse.

—¿Qué averiguaste? —quiso saber.

—Bueno, antes creo que deberíamos irnos de aquí —dijo él, paseando la mirada sospechosamente por el entorno—. No sería razonable andar divulgando esto aquí.

—Es que... estoy con mi prima.

—Pues dile que tienes que irte.

Lisa lo contempló. Su corazón latía rápidamente.

—Sí, sí, eso haré —se convenció a sí misma.

Al cabo de un rato, pensándolo, Lisa creyó que era mejor enviarle un mensaje de texto a su prima, ya que si iba y se lo decía personalmente tendría que darle demasiadas explicaciones. Si decidía llamarla, sería lo mismo, sólo que negándose a hacerlo, evitaría escuchar su enfado.

Envió el mensaje y se dio cuenta, al no recibir contestación alguna que, como había predicho, Judith se había ofendido pero en ese momento nada le preocupaba tanto como para posponer más lo que Bartussi había descubierto.

—Hubo otro asesinato —dijo mientras abandonaban la convención.

Lisa giró la cabeza, sorprendida.

—¿Además del de... José? —preguntó, intentando articular las palabras lo más delicadamente posible.

—Sí —respondió secamente el detective, disimulando la fragilidad de su voz—. Emiliano Braquet. ¿Te suena el nombre?

La bailarina hizo memoria. De hecho, sí, le sonaba. Si no se equivocaba había escuchado que Milena lo mencionaba poco antes de los incidentes. Ahora que lo pensaba, en la radio también habían dicho algo sobre él.

—¿No es el sujeto que mató a esos niños y salió en libertad?

—Sí —Roberto parecía contento de que Lisa lo reconociese—. Lo encontraron asesinado en la Plaza principal de Morón, la plaza San Martín... No quisiera horrorizarte relatándote cómo lo encontraron, pero todos los

indicios demuestran que fue torturado en un grado similar al dueño de Jatness. Pendía de las manos, colgado a un mástil que hay en una sección del lugar con unos alambres de púa. Estaba desnudo y tenía los genitales chamuscados. Habían usado querosén para quemarlo.

Lisa frunció los labios.

—El asesino le cortó los dedos de los pies uno por uno... Y no digo que el mundo esté mejor sin él, pero... También le introdujeron una pistola por el recto y...

Roberto dejó la frase en el aire. Lisa intentó borrar de su mente la imagen que le vino.

—¿Por qué crees que fue Tónitor quien lo hizo? Yo pensaría que fue el padre de alguno de los niños asesinados —dedujo Lisa, con lógica.

—Bueno, esa fue la primera hipótesis que formularon los peritos... hasta que descubrieron el grabado en su espalda.

Lisa, sin dejar de caminar, frunció el entrecejo.

—¿Qué grabado?

—Hay una sola cosa que conecta los tres asesinatos —dijo Bartussi con voz interesante—. El del dueño del local, el de José y el de Braquet. Los tres mostraban indicios de tortura y en ellos o a su alrededor aparecía escrita la misma palabra...

—Purificado —completó Lisa, recordando la imagen que había visto alrededor del pedestal del Obelisco de Buenos Aires, bajo José.

—Sí, exactamente. Aunque no entiendo que significa, dudo mucho que sea algo al azar. Ya veremos qué traman. Pero primero, hay algo que debemos hacer.

Se aseguró de que no hubiese nadie a su alrededor.

—¿Recuerdas que nosotros habíamos guardado las cajas en el baúl del coche?

—Sí, ¿qué pasó con ellas? —preguntó Lisa recordándolo.

—Bueno, se las llevaron. Pero ocurre que, si mal no recuerdo, tú guardaste el oso y la caja musical en la guantera.

—Sí, las guardé allí —confirmó ella.

—Pues entonces, probablemente sigan estándolo.

—Pero no lo entiendo —dijo luego de una pausa—. Dijimos que no era eso lo que buscaban.

—Es que no lo sabemos con seguridad —repuso él un poco exasperado

—. Solo especulamos, pero sería tonto separarnos de ellas en este momento tan crucial. Se han cometido cuatro asesinatos, si contamos al hombre que murió en el hospital psiquiátrico... Por si acaso, yo considero que deberíamos ir a buscarlas.

—Como quieras —concluyó Lisa, que no encontraba un argumento para rechazar esa propuesta, aunque consideraba que no tendría sentido—. ¿Pero será posible eso?

—No sería correcto —dijo Roberto, con ojos picaros—. Pero sí posible... aunque algo complicado, pues el auto debe estar en la planta de siniestros de la aseguradora federal... Ahora pásame el teléfono celular que te di.

Lisa lo buscó en su cartera y se lo entregó. No se lo había sacado de encima desde que pasó a ser de su propiedad con la simple esperanza de que él pudiera llamarla.

El detective sacó algo de su bolsillo. Era una especie de dispositivo negro. Lo colocó en la parte trasera del celular, haciendo un poco de fuerza con la palma de su mano. Una vez que quedó correctamente adaptado en su superficie, lo observó y tecleó unos números. Esperó un momento. Hizo un pitido y se lo devolvió satisfecho.

—Guárdalo. Ya está listo.

¿Pero listo para qué?

## CAPITULO

17-

### Una entrada poco convencional.

Esa misma noche, cerca de las nueve treinta, Lisa y Roberto bajaron de un taxi, justo en la esquina del departamento policial donde estaban almacenados los vehículos secuestrados, que pertenecían a los miembros o a ex miembros de las fuerzas del orden que debían ser investigados.

Caminaron hacia el espacio que separaba ese edificio del de al lado y se situaron bajo las sombras de los altos muros que se cerraban alrededor de la instalación. El lugar estaba protegido bajo cierta seguridad. Pero ese no era un problema. No para ellos al menos. Como habían acordado, unos minutos más tarde, un coche gris se detuvo cerca de donde se hallaban y una figura corpulenta y robusta bajó de él. Lisa no supo de quién se trataba hasta que se saludó con Roberto.

—Gustavo, gracias por venir. —exclamó el detective Bartussi y una nube de vaho escapó por su boca.

El sujeto parecía preocupado. Miraba hacia izquierda y derecha, constantemente, como si temiera que alguien lo viese. Era calvo y vestía una ajustada campera de cuero que estaba cerrada hasta el cuello.

La noche helaba y un vaho succulento escapaba de sus bocas frecuentemente con cada respiración. A diferencia de Bartussi, él no sonreía.

—Sí, si el capitán Pereyra se entera que estoy aquí, me cortara la garganta. —murmuró nada contento— Asi que espero que entiendas la magnitud del sacrificio que estoy haciendo por ti

—Por supuesto que sí, pero ambos vamos tras lo mismo ¿o no?

Roberto se frotó las manos para entrar en calor. A su amigo parecía molestarle mucho tener que arriesgarse de esa forma, pero aunque lo miraba con cierto recele, no mostró indicios de querer marcharse.

—Piensa que si fuera al revés, yo también estaría aquí, —añadió el detective, al ver la indecisión en los ojos de su ex compañero.

El sujeto sólo inclinó un poco la cabeza, alejando esa idea. Seguramente opinaba que de ser amigos, no le habría pedido hacer algo como eso, sabiendo que estaba en juego su empleo y algo mas...

Empezó a escarbar en uno de sus bolsillos. Lisa suponía que sacaría una llave pequeña, pero no escuchó ningún sonido metálico debajo del cuero.

—¿Por qué te interesa tanto este caso, Roberto?

El detective no contestó pero Lisa sospechaba que las verdaderas razones que mantenían a Bartussi dentro del caso eran la culpa y ahora la venganza por el asesinato de José y aunque no fuese sensato, le agradaba que así lo hiciera. Ya no quería separarse de él.

Un momento después, la mano de Gustavo extrajo una pequeña tarjeta. La pasó por un cierre electrónico que había junto a la puerta hasta que la luz roja cambió a verde y les permitió entrar.

—Yo no iré —dijo cuando Bartussi puso la mano sobre el picaporte—. Daré un par vueltas por si acaso. No quiero que me reconozcan.

Señaló las cámaras electrónicas que colgaban de la pared.

—Adentro no debería haber nadie, excepto Jorge, el viejo guardia cascarrabias con el que suele discutir todo el mundo cuando viene a trabajar. No creo que te cause problemas. Se pasa la noche entera mirando comedias. No creo que sea una barrera para ti.

Roberto asintió, tomándole la mano a Lisa para poder entrar.

—Cuando estés por salir, llámame y volveré para abrirte la puerta. Procura darme unos minutos. No estaré lejos.

La bailarina pensó que quizás era mejor que Gustavo les dejase la tarjeta a ellos, pero imaginó que no querría ni por casualidad, arriesgarse a que se les cayese la tarjeta con su identificación en el interior del lugar. Procuró no decir nada.

Roberto saludó a su ex compañero con un ademán y entró, arrastrando a Lisa. Del otro lado del enorme muro, lleno de alambres electrificados, se extendía un enorme playón de cemento. La primera impresión que Lisa tuvo al verlo, es que se trataba de un estacionamiento. Decenas de coches se hallaban correctamente acomodados, uno al lado del otro junto al muro. En las puertas de todos los vehículos había cintas blancas, con letras negras que citaban: SECUESTRADO.

—¿Crees que puede ser alguno de estos autos? —preguntó Lisa, echando un vistazo.

—No —murmuró Bartussi sin moverse—. Los coches que están aquí afuera son de los más importantes tenientes de la policía. Además, supongo que a mi coche todavía deben estar haciéndole peritajes en la tercera planta

subterránea, así que...

Comenzaron a avanzar. En un costado del estacionamiento había una gran estructura de cemento, pintada de azul. Daba la sensación de que contrastaba contra el cielo encapotado como si se tratase de la mansión embrujada de alguna hechicera maldita.

En el segundo piso, había un burdo balcón con unas barras de metal negro que servían de baranda y unas ventanas de cortinas blancas, a través de las cuales se oía la risa de alguien y el volumen alto de una televisión que proyectaba luces.

Bordearon una serie de autos, procurando no llamar la atención del guardia. Los números de las patentes eran tan variados como las causas por las estaban siendo investigados.

—¿Adonde queda esa tercera planta subterránea que mencionaste? —quiso saber la bailarina.

—Debajo de nosotros, pero la única manera de acceder a ella es entrando al edificio —informó Bartussi, señalando la estructura de dos pisos.

Se deslizaron como sombras hacia la estructura, escondiéndose de los ojos de las cámaras de seguridad, tras los autos. Bartussi todavía seguía teniendo a Lisa sujeta de la mano, lo cual hacía que la seguridad que ella sentía sobre sí misma se expandiese por todo su cuerpo.

De pronto, se escucharon una serie de ladridos. Roberto y Lisa se detuvieron entre dos vehículos, cuando vieron al enorme Rottweiler que los produjo. Estaba sujeto a una cadena de metal engarzada en la pared.

—¿Qué hacemos? —preguntó ella.

Los colmillos ensalivados del salvaje animal hicieron que la piel se les pusiera como gallina.

—No te preocupes —la tranquilizó Roberto, apretándole la mano—. Está atado.

Lisa respiró, aunque sabía que si el animal lo deseaba, liberarse de esa débil cadena, no le costaría en lo más mínimo. Probablemente esa era la intención de las autoridades. Si el animal se topaba con alguien a quien no reconocía, tenía la libertad de soltarse y atacar. Le sorprendió que ya no estuviese suelto.

De pronto, alguien se asomó al balcón, alertado por los ladridos. Lisa y Roberto se agacharon justo a tiempo. Se trataba del viejo guardia cascarrabias que Gust les había dicho que vigilaba la instalación. Aunque era imposible

que sus ojos llenos de cataratas pudiesen ver algo y mucho menos en aquella oscuridad.

—¿Qué ocurre, Olaf? —le preguntó autoritario al perro, como si esperase una respuesta de él.

El Rottweiler seguía ladrando alarmado, mirándolos enfurecido. El anciano sobre el balcón llevaba una linterna de metal en la temblorosa mano y miraba, desde el punto panorámico en el que estaba, el extenso playón.

—¿Viste algo que no debías ver, Olaf? —preguntó seductoramente macabro.

—¿Qué hacemos, Roberto? —murmuró Lisa.

El detective no le contestó. Permaneció agachado, tratando de pensar, pese al molesto ladrido del animal.

—Sígueme.

Se dirigieron hacia la parte trasera del coche que los cubría tan agachados que a Lisa, con los tacos todavía puestos, le resultaba imposible caminar. No solía utilizarlos a menos que asistiese a eventos o reuniones importantes y, como de ahí venía, no tuvo ocasión de cambiarse.

Se preguntó si su prima seguiría enojada. Por un lado se sentía culpable, pero a lo que respectaba su decisión, no estaba arrepentida. El caso de Tónitor era prioridad.

Llegaron agachados, tras bordear el guardabarros del coche, al otro lado. El guardia de seguridad seguía parado en el balcón, con expresión austera, pero no podía verlos.

Llegaron hasta la fachada de la estructura.

Bartussi intentó abrir la puerta con su robusta mano, luego de haberse estirado con un dolor en la espalda.

—Ya no estoy para estos trotes.

La puerta estaba cerrada. Intentó empujarla con el hombro, pero no funcionó. El lugar contaba con cierta seguridad. Pensó en forzar la cerradura, aunque al instante se dio cuenta de que sería inútil.

Intentó recordar la instalación para buscar una ruta alternativa. Había estado en ella sólo una vez. El jefe de la policía lo había enviado en un día soleado a entregar unos papeles al teniente. Era la época en la que todavía ocupaba un lugar detrás de un escritorio; lo que siempre había odiado, a diferencia de Gust, claro, que encontraba que la seguridad que le brindaba hallarse en la central haciendo trabajos sin mover las piernas era mejor. Pero

Roberto se preguntaba cómo podía él vivir sin la adrenalina de patrullar por las calles.

Ese día había estado esperando en una aburrida sala llena de relojes mientras una recepcionista anciana, frente a él, atendía los teléfonos que timbraban cada dos segundos; una taza de café descansaba sobre su atril, despidiendo hilillos de humo.

Roberto, con los papeles en las manos, consideraba que su presencia allí era un total desperdicio. Pensó en dejarle los informes a la recepcionista y que se los entregase al teniente luego, pero ya habían desaparecido unos textos importantes y su jefe insistía en que esta vez, se los entregara en persona.

Mientras miraba por la ventana que la recepcionista tenía detrás, las algodonosas nubes blancas bajo el cerúleo firmamento que predominaba aquel día, se preguntó cuánto tiempo más podría tardar el condenado teniente en recibirlo. Le habían dicho que en diez minutos estaría ahí y ya había pasado casi media hora.

Roberto regresó al presente con una idea inesperada en la cabeza.

*La ventana...*

Era la forma de entrar. Bordeó el edificio trotando exasperado. Lisa lo siguió sin saber qué pretendía hacer.

El detective se escondió detrás de un pilar en el lateral del edificio y miró hacia arriba. La ventana estaba allí. La recordaba a la perfección. Era la única forma de penetrar las defensas del edificio, aunque sospechaba que si la abría, ésta podría disparar una alarma.

De todos modos, no había otra manera de entrar: decidieron hacer el intento. El único problema era que la ventana estaba en el segundo piso junto al helado desagüe que bajaba del techo, lo cual haría un poco complicado subir.

—¿Qué estás planeando, Roberto? —le preguntó Lisa, teniendo una vaga idea.

—Esa ventana —señaló con su dedo—. Es la única manera de entrar.

A Lisa no le gustaba nada la idea pero no encontraba manera de negarle algo a los ojos de Bartussi. Asintió tragando saliva.

—Ven por aquí —le indicó él.

El detective trepó por uno de los coches que se hallaba estacionado junto a la pared en la que estaba la ventana.

Se incorporó sobre el techo con algo de incomodidad. Lisa lo miraba desde el suelo, nerviosa. Al parecer el Rottweiler se había cansado de ladrar y se había serenado. Bartussi estiró el brazo y el sobretodo le ondeó al compás de la brisa nocturna.

—Está muy alto. No lo alcanzo —dijo después de estirar su brazo.

Era verdad. Lo separaba de su objetivo al menos un metro y medio de distancia y eso que él tenía el brazo bastante largo.

—A ver si puedo trepar —murmuró para sí.

El detective apoyó los pies en el desagüe. Pisó la tuerca que lo mantenía sujeto al muro y gracias al esfuerzo que hizo con sus brazos, logró elevarse, pero resultaba peligroso.

La turca no era un soporte estable. No serviría mucho tiempo. Bartussi estiró las manos y llegó a la cornisa. Tras aferrarse a ella, llegó hasta la ventana. Intentó abrirla, pero estaba cerrada, lo cual no le sorprendió. Le dio con el codo y la rompió. Los cristales cayeron hechos añicos hacia dentro del lugar. Metió la mano por el orificio, con los pies en la cornisa y destrabó el cerrojo. Afortunadamente ninguna alarma se disparó alrededor del perímetro.

Radiante de alegría, corrió la puerta de la ventana hacia un lado y entró en la oscura recepción primero con una pierna y luego con la otra. Se giró para asegurarse de que Lisa subiera detrás de él.

—Bien. Es tu turno —le dijo, recuperando el aliento, asomándose por la ventana.

La bailarina, parada junto al coche blanco que le había servido de ayuda al detective para subir, miró la distancia. No creía poder llegar hasta arriba. Era demasiado alto.

Los ojos de Bartussi, aunque cansados, le dieron valor.

—Pero...

—Vamos... Confío en ti.

—Yo...

La bailarina se frotó las manos, indecisa.

—Lo intentaré, pero no creo poder hacerlo —dijo temerosa y añadió en voz baja—. Menos con estos zapatos.

Se subió al techo del coche, temiendo resbalar en el capot. “¿Quién me manda a meterme en esto?”, pensó. Empezaba a preguntarse si realmente no sería él la razón por la que estaba metida en esa búsqueda. ¿Le importaba

encontrar Tónitor y evitar los asesinatos que llevaba a cabo o todo era una inconsciente excusa para estar junto a Roberto?

Llegó al techo del vehículo y temblorosa se puso de pie, moviendo los brazos insegura, como si buscara mantener el equilibrio.

—Ahora intenta poner tu pie sobre la tuerca que sobresale en el desagüe.

Lisa miró el pequeño objeto metálico.

—¿Estás loco? —inquirió desconcertada.

—No, no es tan difícil. Ya verás. Vamos, inténtalo.

Pero aunque Bartussi sabía que sí era difícil y que era muy poco probable que Lisa llegase hasta arriba con la misma facilidad que él, no había otra manera. La bailarina intentó treparse y colocó su pie sobre el lugar que el detective había señalado. La tuerca zozobró ante su peso, como si se hubiese aflojado un poco. Lisa despegó su otro pie del coche, con la rodilla derecha doblada y se impulsó fuertemente hacia arriba. Estiró el brazo y los pies, sin poder creer que la tarea estuviese resultándole tan sencilla. Bartussi había tenido razón. No era tan complicado. Él bajó su mano para ayudarla desde la ventana, con una sonrisa alentadora surcándole el rostro, pero cuando estaban a punto de tocarse, el taco de Lisa se torció y se rompió. La bailarina perdió el equilibrio sobre la tuerca. Cayó sin poder sujetarse de nada, aunque en el último segundo, Bartussi se estiró un poco más gritando y logró aferrarla de la muñeca.

—¡Dios! —chilló ella.

—Tranquila, tranquila —murmuró Bartussi, sujetándola dificultosamente—. Voy a intentar subirte. Quédate quieta.

El detective veía que la bailarina colgaba de su brazo y el cabello fuego y el abrigado piloto flameaban al aire de la noche.

—No me sueltes, por favor —le pidió Lisa, pendiendo sobre la nada.

—No lo haré —le dijo determinante—. Intenta ayudarte con los pies.

Lisa respiró hondo, dándose valor. Y empezó a empujarse con el pie hasta que alcanzó la cornisa, en parte gracias a la ayuda del detective. Entró por la ventana rápidamente, sin mirar atrás. Lo primero que hizo al hallarse del otro lado, fue darle un fuerte abrazo a Bartussi.

—Gracias —le dijo, cuando se separaron.

—No te preocupes —le dijo él, intentando respirar y recuperar las energías—. ¿Se te rompió un zapato?

—Sí, —dijo Lisa riendo avergonzada entre dientes—. Pagué seiscientos cincuenta mugrosos pesos por estas porquerías. No debí ponérmelos hoy.

Bartussi esbozó una sonrisa y se volteó. La recepción estaba muy oscura y el suelo se hallaba cubierto de pequeño cristales rotos, por lo tanto cuando ambos avanzaron hacia el mostrador, los hicieron crujir con sus pies. El detective se inclinó y empezó a buscar cosas en los cajones. Lisa desconocía qué pretendía, hasta que éste se levantó, cargando una linterna.

—Así nos será más fácil encontrar el camino —dijo.

Se dio vuelta y se iluminó el rostro. Estaba sonriendo, como si encontrase aquella situación divertida.

—¿Estás lista para adentrarte en el edificio o... le tienes miedo a la oscuridad?

**CAPITULO**  
**18-**  
**La caja musical.**

La recepción era un pequeño espacio rectangular conformado por cuatro paredes de material decoradas con unos burdos cuadros que mostraban muelles, barcos y playas lejanas durante el ocaso. Evidentemente habían sido colocados allí con la intención de disimular la simpleza del lugar.

—Que oscuridad —dijo Lisa.

En el medio de la habitación se erguía una cómoda silla giratoria con almohadillas en los costados que se hallaba arrimada a un mostrador de madera de roble. Sobre él había una computadora, un teléfono con una docena y media de botones y varias carpetillas con folios y papeles en el interior. Del otro lado, las seis simples sillas de plástico color verde empotradas en la pared, que funcionaban como sala de espera, le recordaron a Bartussi el día que tuvo que ocupar una de ellas aguardando al condenado teniente para entregarle los informes. Desvió la visión para distraerse y olvidarse de las dos dolorosas horas de tortura que tuvo que soportar aquel día. “Menos mal que me libré de este trabajo”, pensó.

A la izquierda de donde estaban parados había un elevador; sus puertas plateadas estaban completamente cerradas. “Acero inoxidable”, pensó mordiéndose el labio. A su lado se erguía una masetta de mimbre y una planta en su interior que le daba un toque natural y verde a aquel espacio tan poco colorido. A la derecha, se abría un pasillo repleto de puertas color ocre con diferentes nombres. Debajo estaban las funciones que se llevaban a cabo en el interior de cada una.

Avanzaron hacia la sección donde se hallaba el ascensor luego de trasponer el atril de madera. Bartussi que tenía la linterna firmemente sujeta en su mano iba por delante, y Lisa que lo seguía, pegada a sus pies, por detrás. Presionaron el botón para llamarlo, pero el elevador nunca respondió. De todas formas, Bartussi no esperaba que lo hiciera. Albergaba pocas esperanzas de que las cosas resultasen tan sencilla.

—No funciona... —dijo en voz baja un poco decepcionado—. No debe

funcionar de noche. Tendremos que utilizar las escaleras.

Lisa no discutió. Simplemente siguió su orden. El lugar estaba muy oscuro. Lo único que iluminaba el camino que tomaron era la escasa iluminación que entraba por la ventana rota y la linterna que sujetaba el detective. Se dirigieron hacia la puerta que se hallaba al final del pasillo. Sobre ella había un brillante cartel de plástico que decía:

ESCALERAS.

Bartussi pasó primero y levantó la barra que abría la puerta con la mano libre. La empujó con el hombro rápidamente para que Lisa pudiera pasar. Al llegar al otro lado, la oscuridad los envolvió. La visibilidad era nula y la luz que proyectaba la linterna del detective no podía competir con ella ni lejanamente.

—¿Qué piensas? —Bartussi pidió su opinión sobre si era razonable intentarlo.

Lisa suspiró resignada y se achicó de hombros.

—Ya estamos aquí ¿no?

Roberto sonrió ante esas palabras, en parte sorprendido por su buena disposición. Lisa le agradaba bastante cuando estaba tan disponible ante esas cuestiones. Era mucho más satisfactorio que trabajar con el pesimismo de José.

—Me encanta que seas así —le dijo con calma y, sin mediar otra palabra se sumergió en la oscuridad. Era como meterse en la boca de un lobo.

Lisa se sintió acalorada por el comentario y permaneció parada inmóvil en su lugar. Se dio cuenta de que cuando se ella y el detective se miraban, la respiración se le aceleraba notoriamente, como si le resultase sumamente difícil contener las increíbles ganas de besarlo que tenía. Pero, aunque quería estar equivocada y no estarlo le causase un gran dolor, sospechaba que Bartussi no sentía nada por ella. Al menos, no lo mismo. Intentó sacarse de la cabeza ese pensamiento, pero creyó que quizás lo que debía hacer realmente era sacárselo de la cabeza a él. Se preguntaba si a la altura en la que estaba la situación, aquello era posible.

Cerró los ojos, desechando la idea y apretando los puños, repentinamente furiosa. Por el momento debía concentrarse en la recuperación de su caja musical y el oso de peluche. Pero... ¿realmente le importaba

recuperarlos? ¿Cuál era la razón que la impulsaba a estar allí?

Bartussi continuó bajando las escaleras con la linterna en la mano. Al notar su ausencia, se dio vuelta y su expresión fue de sorpresa.

—Lisa, ¿ocurre algo? —preguntó.

La bailarina escuchó su voz varonil y eso pareció atraerla nuevamente a la realidad.

—No, nada. Estoy bien —dijo con suavidad pero con aire distante—. Estoy bien.

Apresuró su paso y bajó tras el detective. Descendieron los cuatro pisos en silencio, escuchando sólo como sus pasos sobre los peldaños de chapa reverberaban en la oscuridad.

*“Pero él me ha demostrado que me quiere”, pensó Lisa taciturna “Él se puso celoso cuando vio el estúpido oso de peluche y ha vuelto por mí, me ha salvado; tiene que quererme”.*

Estaba confundida. No quería fabular respecto a los sentimientos del detective.

*“Ahora debes concentrarte en esto, Lisa pero... ¿puedes?”.*

Sentía que nada era real, nada que no fuese lo que ella sentía por Roberto. Siguió bajando y de pronto, decidió que odiarlo era lo mejor que podía hacer. Intentar sustituir el amor que sentía por el odio. Echar a un lado los buenos pensamientos y enfocarse en las cosas que le habían molestado.

—Lisa, ¿de verdad te encuentras bien? —le preguntó el detective, cuando llegó hasta abajo y notó su extraño comportamiento.

La bailarina reflexionó antes de contestar. Vaciló.

—¿Por qué no habría de estarlo?

Aunque le disgustó ver la expresión de sorpresa en el rostro del detective, creyó que así las cosas serían más fáciles.

—Lo siento —dijo él, volviéndose repentinamente frío—. Sólo tuve un leve presentimiento.

—Bueno, ya ves que estoy bien —dijo conteniendo las ganas de arrojarse sobre él. Se preguntó cuánto tiempo más soportaría la tentación.

El detective se dedicó a estudiarla unos segundos, como si supiera que algo le pasaba, algo que estaba relacionado con él, pero al final simplemente se dio vuelta y siguió caminando hacia el interior de la tercera planta. Quizá consideraba que la distancia les haría el trabajo más sencillo.

De pronto, un sonido rompió el silencio. Lisa y Roberto se quedaron

inmóviles. Provenía de arriba.

—¿Qué fue eso?

Habían escuchado unos pasos en la escalera, pero la inmensa oscuridad que los rodeaba hacía que resultara imposible ver algo.

Bartussi pensó en levantar la linterna e inspeccionar, pero dudaba que pudiese distinguir algo desde allí. Lo único que haría sería alertar a quien estuviese siguiéndolos, de donde estaban, si es que había alguien.

—Probablemente sea el guardia.

Lisa no estaba convencida de eso, pero la tranquilizó saber que Roberto tenía el arma a mano.

Atravesó una nueva puerta con barra y esta vez pasó él primero. Por un momento, a Lisa le dio la impresión de que dejaría de mostrarse amable con ella, lo cual hizo que su autoestima decayera aún más. Sin embargo, cuando Bartussi llegó al otro lado, le sostuvo la puerta hasta que pasó.

Allí abajo predominaba una oscuridad avasalladora y ahora también la tensión que parecía incrementarse entre ambos a cada paso que daban. Lisa sentía un malestar interno doloroso. No quería fomentar la distancia entre ambos, pero ahogaba esa idea. Si continuaba acercándose a Bartussi, su amor hacia él se incrementaría hasta el punto irremediable en el que ya no podría hacer nada para revertirlo. Decidió que el odio crearía una barrera, marcaría un límite, aunque se preguntó si ya no era un poco tarde para eso.

En la tercera planta también había varios vehículos secuestrados. Todos estaban estacionados correctamente junto a las paredes. El lugar se asemejaba mucho al garaje que había abandonado Paola el día que tuvo el accidente que le cambió la vida; lo única diferencia notoria era que allí estaba mucho más oscuro.

Lisa y Bartussi se deslizaron hacia el interior, precaviendo la sorpresiva aparición de otro animal salvaje, semejante al Rottweiler que les había ladrado furiosamente en el exterior, pero al parecer allí abajo no había nadie más que ellos dos.

—Tiene que estar por aquí —dijo Roberto, señalando las patentes de los coches con la linterna mientras avanzaba entre varios.

Lisa se limitó a seguirlo y no decir nada al respecto. Quería marcharse de ese lugar, sí, pero sólo para poder estar lejos del detective. Quería alejarse para olvidarlo, ampliar la distancia física que los separaba, aunque sentía que necesitaba quedarse allí con él y decirle cuanto lo quería. Los dos

fuertes sentimientos se debatían el puesto predominante. Una incipiente sensación de ansiedad parecía ir apareciendo.

—Si lo reconoces, avísame —le dijo Bartussi hablándole ya con cierta frialdad.

Ella no le contestó. El detective, imperceptible a sus sentimientos y a las causas de su enojo, se agachó en un par de ocasiones para verificar las patentes de algunos vehículos. Cuando veía un modelo parecido al suyo, se detenía y con la linterna comprobaba si lo era.

Al cabo de unos siete minutos, dando vueltas por el enorme garaje, Roberto comenzó a perder las esperanzas. Y el silencio que se expandía entre ellos hacía que la situación resultara sumamente incomoda. El tiempo pasaba más lento que lo establecido físicamente. Al menos eso parecía.

—Allí —dijo Roberto de pronto, aunque al parecer se lo dijo sólo a sí mismo.

Cruzó una larga fila de coches corriendo y dejó a Lisa atrás. Ésta, temerosa, se apresuró a seguirle el paso temiendo quedarse sola en la oscuridad. Finalmente, el detective comprobó que el vehículo era el suyo con la linterna en la patente.

Lisa sentía cada vez menos incentivo por la búsqueda. Encontrar el lugar fue como si Bartussi tuviera aún más razones para no prestarle atención, lo cual le resultó desagradable.

El detective pasó la mano por la patente para asegurarse de que no se equivocaba. Se levantó y corrió hacia la puerta del acompañante. Intentó abrirla, pero estaba cerrada. Aunque eso no fue un problema ya que los vidrios de las ventanillas estaban rotos a causa del accidente que habían sufrido. Estiró el brazo hacia él. Sintió los quejidos de Lisa soltó a su espalda, pero no le dio importancia. Se estaba comportando de un modo extraño esa noche y no le agradaba en lo más mínimo.

*“Quizás hubiese sido mejor no volver”*

Con los dedos firmes buscó el botón de la guantera y lo apretó. Ésta se abrió sin problemas. Los objetos que tenía en su interior cayeron al suelo del vehículo y la caja musical se rompió. Bartussi intentó levantarla y extrañamente algo salió de ella. Era un atado de pequeños sobres. Cayeron sobre el alfombrado del suelo sin hacer ruido.

Entonces, algo frío rozó la parte trasera de su cabeza.

—No te muevas ni un centímetro —dijo una voz detrás de él.

Roberto cerró los ojos y comprendió al instante qué ocurría. Apretó el oso de peluche con la mano.

—Levántate y gírate lentamente —le ordenó la voz, firmemente—. Si te mueves de más o das un paso en falso, te vuelo la cabeza ¿oíste?

Se puso de pie y comenzó a girarse con lentitud, como le habían indicado que hiciera. Al instante estuvo frente a frente con un sujeto de mirada fría y codiciosa. Vestía un traje negro; suéter de lana y campera oscura.

Bartussi en sus muchos años cómo detective había sido sodomizado por el cañón de una pistola en muy pocas ocasiones, pero nunca de tan cerca. Intentar algo en ese momento no era oportuno. Veía el cañón y sentía escalofríos.

Echó un vistazo. Otro sujeto tenía a Lisa tomada del cuello, con otra pistola apuntándole a los sesos. Un simple disparo acabaría con su vida. La expresión de la bailarina era de miedo. No se movía. Quería evitar que su captor se pusiese nervioso.

—¿Qué quie...?

—Shhh... Aquí los únicos que hablamos, somos nosotros. —masculló el sujeto que le apuntaba.

Roberto se dio cuenta de que ninguno de esos dos sujetos era Tónitor. Según recordaba en la fotografía del legajo, era ciego de un ojo. Abrió la boca para hablar, pero volvieron a interrumpirlo.

—Dame lo que has venido a buscar —le ordenó el individuo con cierto grado de placer.

—No sé de qué hablas —dijo Bartussi inmóvil.

El sujeto respondió quitándole el seguro a la pistola; clara advertencia de que no estaba jugando.

—Ahora —remarcó con firmeza.

Bartussi se giró, sin más remedio y se agachó para tomar la caja y el oso. El sujeto continuaba apuntándolo fijamente.

—Tómalos.

Estaba muy oscuro, de modo que sólo Roberto podía ver lo que había allí. Tomó el oso con cuidado y la caja, pero se aseguró de que los sobres que había en su interior quedaran en la alfombra.

De pronto, el sujeto le arrojó un pedazo de tela al hombro.

—¿Qué es...? —preguntó el detective, tomándola sin entender.

—Es una bolsa —lo volvió a interrumpir, como si su voz fuese asquerosamente molesta para sus oídos—. Toma las cosas y guárdalas ahí.

A Bartussi se le ocurrió una idea, pero debía ser cuidadoso. La vida de Lisa y la suya estaban en juego. Estiró la bolsa de tela y guardó el peluche y la caja musical en su interior, pero también aprovechó los segundos para tomar los sobres y guardarlos en el bolsillo interno de su tapado. Al parecer nadie se percató de eso.

—Ya está —informó el detective.

—Bien. Ahora levántate y entrégamelos.

El detective sabía que debía ser muy rápido. Y no se hubiese arriesgado de no estar convencido de que no fuese la única alternativa. Aunque les entregase los elementos, los sujetos los matarían.

Se puso de pie con cuidado, ayudándose con la rodilla y su atacante retrocedió. Entonces tomó envión. Lo más velozmente que pudo, agitó la bolsa en el aire y le dio en la cara al sujeto que le apuntaba. El borde de la caja de madera le dio en el pómulo y se lo cortó haciendo que la pistola se le cayera al suelo.

Al instante el otro individuo, que mantenía sujeta a Lisa, apuntó a Roberto para dispararle, pero la bailarina fue muy rápida. Mordió el brazo de su captor con todas sus fuerzas y se dio vuelta. Le encestó un puntapié en la ingle. El sujeto se dobló por la cintura del dolor, tras soltar un chillido.

Pero gracias a eso obtuvieron el tiempo necesario para escapar. Bartussi tomó a Lisa de la muñeca y la arrastró hacia las escaleras, mientras escuchaba que los sujetos volvían a ponerse de pie y dos o tres disparos estallaban a su alrededor, produciendo fuertes chispazos en las paredes.

Subieron por las escaleras lo más rápido que pudieron. Lisa sentía que las piernas estaban a punto de flaquearle; sus pulmones iban a estallar, pero siguió corriendo. Los pasos de Bartussi resonaban a su espalda.

Los sujetos entraron a la escalera y dispararon desde abajo, aunque no lograron darles. Sus proyectiles impactaron en los metálicos peldaños, produciendo estallidos y chispazos. Un momento después, atravesaron la puerta que los conducía a la recepción. Trotaron velozmente a lo largo del pasillo.

El corazón de Lisa palpitaba rápidamente. Cruzó el mostrador sobre el que estaba la computadora y se asomó a la ventana.

—¡No tenemos tiempo para bajar! —le advirtió el detective con la voz

cargada de adrenalina. — ¡Salta!

—No, no puedo —murmuró Lisa, mirando la altura y alejándose de la ventana.

—¡Tienes que hacerlo o van a matarnos!

Encomendándose a los cielos, la bailarina suspiró, se acercó al borde y saltó. El viento le echó el pelo hacia atrás. Aterrizó sobre el techo del coche brutalmente y el pie se le torció. Sintió un dolor atroz y cayó. Pero tenía que moverse rápido para que Bartussi pudiera bajar. Giró en redondo y bajó del coche dolorida.

Más arriba, Bartussi se asomó a la ventana y escuchó que la puerta de la escalera se abría a sus espaldas. Se preparó para saltar y se impulsó en el mismo instante en el que un disparo hacía estallar la computadora que había sobre el mostrador de madera.

Afortunadamente llegó hasta el techo del vehículo sin lesiones. El tapado se le sacudió al viento. Una vez que estuvo en una posición estable, saltó del coche hacia el suelo y se agachó junto a Lisa.

—¡¿Qué es todo ese alboroto?! —preguntó repentinamente el viejo guardia cascarrabias que se había asomado al balcón y ahora apuntaba con su linterna hacia el coche que acababan de aplastar Lisa y el detective. — ¿Quién anda ahí? ¡Muéstrese!

Los vidrios del coche que los protegía estallaron a causa de los disparos. Los criminales ya estaban asomados en la ventana de la recepción, con las pistolas alzadas.

—¡Oh, no! ¡Oh no! —gritó el guardia, desesperado.

Se dio vuelta nervioso y corrió hacia su cuarto de vigilancia chillando:

—¡Intrusos, intrusos!

Entonces se disparó una alarma. Enardecido por este sonido, el Rottweiler se soltó de la cadena y comenzó a correrlos. Lisa, rengueando se apresuró a llegar a la salida, pero la puerta estaba cerrada a cal y a canto y en ese momento, Gustavo debía de hallarse dando vueltas alrededor de la manzana como había dicho que haría. Corrió y golpeó la puerta con los puños. Bartussi se acercaba por detrás. De repente, se giró y buscó a los malhechores con la mirada, pero la ventana desde donde les habían disparado estaba vacía.

¿Dónde están?

Entonces, sorpresivamente, la puerta con cerradura electrónica se abrió.

El enorme perro negro casi los alcanzaba. Del otro lado, estaba Gustavo. Tan sorprendido como atónito. Lisa salió rápidamente y luego lo hizo Roberto. Cerraron la puerta, justo a tiempo, en las narices del animal. Gust creyó escuchar el aullido de dolor del perro al estamparse contra el acero.

—¿Qué mierda ocurrió? —preguntó—. ¿Cómo los descubrieron?

—¡Tú!

Bartussi empujó a Gustavo hacia la pared más cercana, tomándolo del borde del cuello de su campera. Pese a la estatura de este, el detective lo dominó en un instante.

—¿Cómo sabías que estábamos a punto de salir?! ¡¿No habías dicho que necesitabas que te llamara?!

—¡Roberto! —gritó Lisa, en el suelo a causa del dolor de tobillo.

—¡Responde! —le ordenó Bartussi, ignorándola.

Estaba encolerizado. La furia que se reflejaba en su mirada parecía irradiaba por los mismos demonios. Su expresión transmitía miedo. No había un solo rastro de serenidad ni bondad en su rostro.

—Tranquilízate, Roberto —le pidió Gustavo, asustado ante su vehemente semblante—. Sólo regresé porque creí que estaban tardando mucho. Y luego escuché los disparos y la alarma y decidí abrir la puerta por si acaso.

—¡Mientes!

Bartussi apretó aún más el cuello del sujeto con su brazo.

—¿Me dices que no sabías nada de los sujetos que aparecieron el interior de la tercera planta?

—No, Roberto... No lo... sabía.

—¿Sabes qué? No te creo ni una sola palabra. No había forma posible de que entraran luego de nosotros. Necesitaban un pase de seguridad. Y tú eras el único que andaba cerca. ¿Qué me dices de eso? ¿Eh? ¡¿Eh?!

Bartussi desbordaba demencia a través de la mirada.

—No lo sé... Tal vez, tal vez...

—Roberto, debemos irnos —insistió Lisa, desde el suelo—. La policía vendrá en cualquier momento.

Era cierto. Ya se oía el sonido de unas sirenas lejanas. Seguramente el guardia de seguridad los había llamado. Quizás ni siquiera eso había sido necesario. Él solo hecho de que la alarma se hubiese disparado los alertaba automáticamente.

—Te hice una pregunta —insistió Roberto, apretándole el cuello, casi sin dejarlo respirar.

—¡Me estás... ahogando!

—No es nada comparado con lo que voy a hacerte si es verdad lo que pienso —murmuró entre dientes.

Manténia sujeto a Gust tan firmemente que éste ni siquiera, gracias a su enorme figura, podía soltarse.

—¡Respóndeme! ¡¿Cómo entraron?! —insistió.

Las sirenas se escuchaban cada vez más cercanas y fuertes. Lisa las oía, preocupada, desde el suelo.

—¡No lo sé! Quizás... quizás... usaron el pase de José —dijo agradecido de encontrar una excusa aceptable—. Sí... sí, seguro que hicieron eso, Roberto.

—No te creo nada.

—¡Roberto! ¡Vámonos! ¡No vale la pena! —chilló la bailarina.

Bartussi desafió a los ojos de Gustavo un instante más. Luego lo soltó bruscamente y este cayó al suelo sobre sus rodillas intentando recuperar la respiración.

—Si me delatas... bueno, usa tu imaginación.

Los coches patrulla ya estaban en la esquina.

Roberto ayudó a Lisa a levantarse del suelo e hizo que ella lo rodeara con su brazo para poder llevarla. Corrieron por el callejón lo más rápido que podían.

Mientras intentaba recuperar el aliento con una mano sujetándose el dolorido pescuezo, Gustavo vio sus opacas siluetas desdibujarse en la niebla.

**CAPITULO**  
**19-**  
**El pacto de fuego.**

—¿Adónde vamos, Roberto? —preguntó Lisa, rengueando mientras se alejaban del oscuro callejón.

—A mi casa —respondió él preocupado por el estado de su tobillo—. Vivo a unas cuantas cuadras de aquí, en un departamento. ¿Puedes caminar o prefieres...?

Por un momento, el detective vaciló y la miró con inquietud. ¿Estaba insinuando que quería cargarla en sus brazos? La bailarina rechazó su oferta con un ademán desdeñoso.

Oscura y desierta; la acera parecía brillar por el rocío que había dejado la neblina. Sospechaba que la policía debía estar buscándolos. Tenían que estar atento a que no aparecieran desde ninguna esquina.

En el cielo se produjo un relámpago; y una luz atronadora estalló entre las nubes.

—Se acerca una fuerte tormenta —dijo Bartussi mirando el cielo, impaciente—. Debemos apresurarnos.

—Estoy haciendo todo lo posible, ¿de acuerdo, Roberto? —se quejó ella, odiosa—. Pero el tobillo me está matando. ¿Cuántas cuadras faltan para llegar?

El detective miró hacia delante, calculando la distancia.

—Yo diría que unas... siete cuadras. ¿Ves ese edificio de allá? — señaló una serie de altos departamentos que se alzaban a lo lejos—. Ese es.

—¿Seguro que sólo son siete cuadras? —desconfió ella, mirándolo de reojo.

—Sí, más o menos —se corrigió meneando la cabeza.

Cuando iban a mitad del camino se largó a llover muy fuerte. Bartussi intentó cubrir a Lisa con su tapado. El dolor que le azotaba la parte inferior de la pierna era colosal y le hacía tener los pelos de punta.

—¡Que mujer obstinada eres! —bramó el detective.

Aquella frase hizo que la bailarina se enfadara aún más con él. Le

obsequió una mirada furtiva, pero él la esquivó; creía que su comportamiento se debía al dolor que le generaba la herida, de modo que procuró no responderle. Completaron el trayecto luego de unos doce minutos. Cuando ingresaron al quinto piso del departamento, tras bajar del insidioso ascensor, estaban empapados. Ingresaron en la casa.

—Ven. Acuéstate en la cama. Yo dormiré en el sillón —le dijo Bartussi, cerrando con llave la puerta.

El piso del detective era pequeño pero elegante. En un rincón se hallaba la cocina, con su respectiva mesa y dos simples sillas a cada lado. Del otro lado, unas cortinas claras se agitaban por el viento frío que entraba desde el balcón. Los pisos eran de madera impecable, las paredes blancas; contaban con la decoración que le otorgaban unos cuadros de marco negro e imágenes abstractas. Tres sillones color piel se cernían alrededor de una mesa ratona de vidrio y conformaban lo que se denominaba living.

—Olvidé cerrar las puertas del balcón antes de salir. —le dijo el detective apresurado— Iré a buscar unas toallas al baño

Pasó velozmente por su lado y se perdió de vista en un cuartito que había hacia la izquierda. Aunque las luces estaban apagadas, la casa no estaba oscura. La luz que entraba por la ventana generaba sombras extrañas sobre los relucientes muebles, sin embargo el lugar era bastante agradable. Por el contrario, Lisa había esperado encontrar un lugar oscuro, burdo y desordenado; la gente inteligente suele ser menos prolija.

El detective volvió a la sala con dos toallas. Se sacó el sobretodo y lo colgó de un perchero en el lavadero. Le pidió a Lisa que le diera el suyo y lo acomodó a su lado. Le entregó una de las toallas y ella se la pasó por el cabello para que dejara de chorrear.

—¿Puedes caminar? —insistió preocupado por su expresión de dolor. — Vamos. Te llevaré al cuarto para que puedas descansar.

Lisa fue hacia el cuarto saltando con la pierna sana.

—Puedo caminar sola, Roberto. Gracias —dijo con distancia.

El detective ignoró nuevamente sus palabras. Puso su brazo alrededor de su cintura y la sostuvo para facilitarle el trabajo.

Cada gesto agradable que el detective Bartussi realizaba hacia ella, hacía que las irrefrenables ganas de besarlo volvieran a acudir a su consiente. Trató de contenerse, aunque cada vez resultaba más complicado. Pasaron por el living-comedor y llegaron hasta una puerta que estaba junto al balcón.

El cuarto de Roberto era tan impecable y fino como el resto de la casa. Tenía una cama de dos plazas cubierta por un acolchado blanco. Del alto techo colgaba una lámpara decorada con grabados de metal. En un rincón cercano a una ventana cubierta por cortinas como las del balcón, descansaba un escritorio sobre el que había una computadora portátil y una lámpara apagada.

—Siéntate —le dijo y la ayudó a apoyarse en la cama.

Tomó la pierna de la bailarina y se agachó para observarla. Ella se quejó, aunque sólo por mañosa. El tobillo se le había hinchado bastante; moverlo sería doloroso, pero Bartussi la trataba con tanto cuidado que no le producía incomodidad.

—Espera aquí —le dijo, levantándose apresuradamente—. No te muevas.

Volvió a marcharse y al instante regresó con un pote de crema y una venda. Las dejó en el suelo. Abrió la tapa del pote y tomó una considerable cantidad de crema desinflamante. Comenzó a esparcirla con delicadeza por su tobillo.

—Oh, está frío... —se quejó Lisa, pero pese a eso, no le dolió en ningún momento. El detective tenía la piel suave y movía sus manos con delicadeza.

—Lo siento —dijo sin mirarla. Estaba concentradísimo en realizar los cuidados adecuados—. Es solo un esguince. No parece grave. Sanará en unos días.

Cuando dejó de frotarle el tobillo, se lo envolvió con la venda, tan suave y delicadamente como lo había hecho anteriormente con la crema. El vendaje cubrió la lesión y quedó cerrado a la perfección.

—Gracias —murmuró la mujer, ruborizada.

Entonces él levantó la vista. Y sus ojos se encontraron. Las ganas de Lisa de besarlo volvieron a hacerse presentes. El detective se acercó y le acarició la mejilla con el pulgar. Respiraba suavemente. Sus ojos parecían tristes; brillaban. Su cabello negro estaba mojado y despeinado.

Lisa notó el calor que le producía el contacto con la piel del detective. Claramente Bartussi se sentía en la necesidad de protegerla; quizás hasta cierto punto, en conciliación a la culpa de no haber podido proteger a José.

Durante un instante sólo se oyó el sonido la lluvia del exterior y el fragor de sus respiraciones. Sus labios se mantenían dolorosamente separados por unos centímetros.

Entonces Lisa no pudo contener más las irrefrenables ganas de besarlo y

dio el último y más importante paso. Sus labios finalmente se consumieron juntos en una llameante hoguera de placer.

No había nada más a su alrededor, nada más que importara. Por un momento Lisa sintió que sus pies se despegaban del suelo. Cuando se separaron y sus ojos volvieron a encontrarse, habló:

—Roberto... Te amo...

Hubo silencio. Él la miraba seriamente.

—Lisa... —suspiró él.

Esas fueron sus palabras. Parcas, suaves, pero sentidas.

Esa noche, Roberto y Lisa desnudaron algo más que sus cuerpos el uno al otro. No había más secretos entre ambos, sino caricias ardientes, retazos de piel rozándose, besos... Eran ellos dos. Lisa, la mujer, Roberto, el hombre: no eran desconocidos, eran dos amantes....

Un teléfono sonó estridentemente en el medio de la habitación, haciéndolos despertar de su adormecimiento. Lisa abrió los ojos y vio que Bartussi se levantaba alerta. Estaba en bóxer; ella tenía puesta una remera de él que le quedaba enorme y le llegaba hasta las rodillas.

—¿Dónde está tu teléfono? —preguntó él, nervioso.

Lisa echó el acolchado blanco a un lado y miró la hora en la mesa de luz. Eran casi las tres y media de la madrugada. Todavía llovía copiosamente en el exterior. Se irguió con rapidez y tomó su cartera del suelo. Escarbó con cuidado y sacó su celular. Miró el número. Figuraba como desconocido, pero seguía sonando.

—¿Quién es? —preguntó Bartussi.

Lisa se volteó y le mostró la pantalla del celular.

—Podría ser Tónitor —murmuró.

Roberto asintió con determinación.

—Atiéndelo entonces.

La bailarina sabía que el detective le pediría que lo hiciera, pero el dedo le tembló cuando lo llevó hacia el botón. Lo presionó dubitativa y se colocó el teléfono en el oído mientras el detective giraba sobre sus pies descalzos y prendía su computadora portátil.

—¿Hola?

Primero hubo silencio. Como la primera vez que Tónitor llamó, a través del aparato sólo se oía el rumor de una respiración.

—¿Quién eres? —preguntó Lisa lentamente.

—Oh... Lisa mía... Que placer volver a escuchar tu voz —dijo el interlocutor.

La bailarina reconoció al instante el tono siniestro del asesino psicópata. Se le puso la piel de gallina, pero Bartussi se le acercó rápidamente para brindarle seguridad.

—Ponlo en altavoz —murmuró.

Ella lo hizo y se alegró de poder alejar aquel artefacto electrónico de su oreja. La computadora portátil de Bartussi ya estaba encendida al otro lado de la habitación. Él corrió hacia ella y comenzó a teclear algo sobre las letras. Lisa no podía ver qué era dado que él la cubría con su desnuda y musculosa espalda.

—¿Por qué estás llamándome? —preguntó, intentando sonar valiente, pero la voz con ciertos temblores.

—No tengas miedo, querida mía —murmuró el sujeto, percatándose de su cobardía—. Sólo quería disculparme contigo por el tratamiento de mis hombres. Sé que el ¡ex! detective Bartussi, quién no sólo perdió su trabajo, sino también todas las cualidades que le hacían fama, está ahí contigo, ¿verdad?

Roberto se giró sorprendido al escuchar su nombre y dejó la computadora de lado. Lisa estaba estática con el teléfono en la mano.

—Sí, Lisa está aquí conmigo —respondió Bartussi firme—. Y con o sin mis gloriosas cualidades, voy a encontrarte. No irás a prisión... No te daré esa oportunidad. Yo mismo te volaré la cabeza. De eso puedes estar seguro.

El interlocutor rió impertérrito.

—Me meo de la risa —soltó con sorna.

No pareció encontrar aterradora la advertencia del detective.

—Pues adelante. Estoy esperándote.

—Dime dónde estás e iré sin ningún problema —masculló el detective confiado.

—Oh, no, no, no. —dijo Tónitor fríamente y algo decepcionado. — Que lejanos quedaron los días del famoso detective Bartussi, de la federal.

Soltó una carcajada, siniestra.

—Recuerdo haber escuchado al intendente Monzón hablar de usted hace unos años. “*El oficial rompedor de esquemas*”. Así solían llamarlo ¿no?

La llamada seguía en curso.

—¿Sabías eso, mi dulce Lisa? Roberto Bartussi en sus muchos años de gloria, sorprendía a todos en el país con sus proezas y métodos poco ortodoxos... Me sentí halago, ciertamente cuando supe que él oficializaría mi caso... pero ya no estoy tan convencido. ¿En qué momento se convirtió en esta... “*porquería*”? ¿No será que ya está un poco grande?

Parecía divertirse mucho aquella conversación en la que podía burlarse de Bartussi sin reparo alguno.

—Quizás ya es hora de un retiro... Quizás sea la manera más efectiva de evitar que sus compañeros sigan muriendo...

—¿Por qué mataste a José? —le preguntó—. ¿O fueron tus hombres?

Lisa veía que el teléfono le temblaba en la mano.

—Oh... —inquirió con sorna. —. Esos honores me los permito únicamente yo.

—¡Eres un asesino! —chilló Lisa, furiosa.

—Oh, no, no, querida mía, no. —su voz se suavizó al hablar con ella. — Yo no mato ni he matado a nadie en mi vida... Esas personas necesitaban ser purificadas. Yo sólo los ayudé a hacerlo... Desprecio a la gente que mata. Nunca lo haría.

—¿Purificada de qué? —inquirió.

Recordaba que aquella palabra era la que había aparecido escrita en cada uno de los asesinatos. Al menos eso le había dicho Roberto.

—Dejemos que esa pregunta la responda el detective...

Bartussi no dijo una sola palabra, pero cierto pensamiento se removía en su cerebro.

De pronto se produjo un silencio incomodo. La computadora de Bartussi mostraba una ventana electrónica que se estaba llenando de a poco, pero a la que le faltaba un pequeño tramo para completarse. Un poco menos de la mitad.

—¿Te ha disgustado mi llamada, Lisa mía? —inquirió el asesino.

La bailarina se estremeció al oír las palabras y la forma en que las dijo.

—¿De dónde me conoces? ¿Por qué mi nombre estaba escrito en tu celda?

Bartussi se alegró de que Lisa estuviese atenta y preguntase eso.

—Dos preguntas interesantes... Mmm... Una de ellas ya la sabes. Sólo necesitas recordarla. La segunda... puedo concedértela.

Lisa aguardó junto al teléfono. Sus ojos estaban fijos en la pantalla del aparato.

—Estoy esperando —murmuró. El miedo parecía irsele de a poco. Aunque Bartussi estaba un poco distraído, su presencia le daba seguridad.

—Bueno, entiendo tu impaciencia. Siempre fue algo que te caracterizó. Pero cada respuesta llegará a su debido tiempo. No te apresures. —Tónitor le hablaba a la bailarina, como un hombre que le habla a su hija— Tu nombre apareció en mi celda porque planeaba ir a buscarte, querida mía. Siempre he tenido la esperanza de volver a verte.

El detective analizaba las palabras del asesino a todo momento. Tónitor les daba pistas constantemente y lo más raro era que parecía ser a propósito.

—Yo... no soy tuya —repuso Lisa con asco.

—Lo fuiste. Por mucho tiempo lo fuiste... Y yo fui tuyo... Aún lo soy...

Lisa trató de recordar, sin prestarle atención a nada más. Algo se le atoraba en la garganta.

—¿De qué hablas?

Arrugó la nariz, como si hubiese olido algo desagradable.

—Pronto lo sabrás... Pronto volveremos a estar juntos.

La ventana en la computadora portátil estaba llenándose con lentitud. Ya sólo faltaba una cuarta parte del cuadro. ¿Qué estaba haciendo?

—Bueno, mis disculpas ya fueron solicitadas... Me despido de ustedes... por ahora.

—Sólo dime una cosa más —solicitó Bartussi, en parte porque necesitaba que mantuviera conectada la comunicación un momento más—. Tienes un cómplice ¿verdad?

Primero hubo silencio.

—Usted mejor que nadie debería saber que una persona sola no puede manejar esta obra maestra... Sí, detective, lo tengo.

—¿Y yo lo conozco? —inquirió elevando una ceja.

—¿Eso lo ayudará a encontrarme?

—Sí —contestó sin dudarlo.

Tónitor rió ruidosamente. Su risa se oía como llovía en el aparato.

—Mire. Se me ha ocurrido una idea —dijo más divertido aún—. Voy a concederle la respuesta a cualquier pregunta que me haga, detective. Solo a una. ¿Está seguro de que esa es la que quiere que conteste? Esta oportunidad podría ser un arma poderosa para usted.

Lisa vaciló. El detective también lo hizo, pero ninguno de los dos despegó su visión del aparato. A su espalda, la ventana de la computadora se

había completado y de repente en la pantalla había un mapa. En un lugar determinado de él palpitaba un punto rojo.

—Estoy seguro —respondió sin dudar. Sabía que podría haber preguntado cosas más importantes, pero en ese momento, no pensaba en nada que no fuera la cabeza del asesino.

—Pues, entonces aquí tiene su respuesta, detective. Sí, mi cómplice es una persona muy cercana a usted. Una persona que usted conoce muy bien. O al menos que cree conocer, ya que usted piensa que está de su lado y desde luego... no lo está.

—¿Y yo conozco a esa persona? —preguntó Lisa, antes de que cortara. Buscó la aprobación de Bartussi, pero él no la observaba.

—Sí, querida mía. Tú también la conoces... Nos veremos pronto. Oh... y siempre estaré esperándote en el mismo lugar. Todas las noches a partir de hoy, aguardaré tu llegada con ansias. Espero que sea pronto...

La comunicación se cortó. Lisa se quedó observando el celular. Durante un momento nadie dijo nada. Lo único que se oía era el sonido de la lluvia que bañaba las ventanas de la casa desde el exterior. Entonces Bartussi se dio vuelta y se inclinó sobre la computadora portátil que había en el escritorio.

—Bien —dijo, inquieto—. Muy bien.

—¿Cómo puedes decir que eso estuvo bien, Roberto? —cuestionó ella.

—Tienes razón —repuso él sin dejar de sonreír—. Fue excelente. No solo nos dio varios datos importantes sobre la investigación, sino que también nos dio su ubicación.

Se hizo a un lado y dejó a la vista el mapa que había ocupado toda la pantalla. Lisa apoyó el celular en la cama y fue hacia el escritorio. Bartussi sonreía de oreja a oreja.

—¿Ves este punto? —señaló la luz que parpadeaba en la computadora. —Bueno, esa es su ubicación...

Lisa contempló el diminuto círculo rojo que palpitaba en el medio de la pantalla, con los ojos entornados. No podía ser tan simple. Tónitor era más astuto que eso. No se habría dejado rastrear tan fácilmente.

—Vamos, vístete. Tenemos que irnos.

La bailarina se dio vuelta sorprendida.

—¿A dónde? Son las tres y media de la mañana.

—¿Y? Tenemos que encontrar a Tónitor, Lisa. Probablemente pase la noche en aquel lugar. Si esperamos más, podría irse.

—Pero... Roberto —murmuró contrariada—. ¿No se te ocurre pensar que quizás... eso es lo que él quiere? ¿Por qué habría llamado si no?

Bartussi asintió con los ojos cerrados, como si ya hubiese pensado en eso.

—Mira. Tónitor es un asesino psicópata. Por lo que vimos en las escenas del crimen anteriormente, le gusta llamar la atención. Odia que su trabajo pase desapercibido. Por lo tanto, si esta noche nos llamó, es porque quiere alardear acerca de cómo la caja musical y el oso ya están en su posesión y de cómo les resultó sencillo quitárnoslas. Además, tuvo la oportunidad de hablar contigo, lo cual parece que le asentó bastante bien. Después de todo, aseguró que la razón principal de haber salido del Hospital psiquiátrico, fue encontrarte.

—No estoy segura de ir por él, Roberto. Ese hombre escapó de Adrod. ¿No es ese lugar una cárcel de máxima seguridad? No creo que sea tan tonto como para dejar que lo localicemos sólo porque sí.

—Piensa en esto, Lisa —insistió Bartussi, tomándola de los brazos—. Tónitor llamó a esta hora, especialmente porque sabía que estaríamos durmiendo. No creo que haya pensado ni lejanamente que tendríamos activado un rastreador de llamadas.

—¿Y lo teníamos? —inquirió elevando una ceja.

—Claro. ¿Recuerdas cuando te recogí en la convención de computadoras? Bueno, le inserté a tu teléfono un aparato que puede localizar todas las llamadas que entran a tu línea y enviarle la información a esta computadora —dijo señalando la portátil.

—Sigo sin estar segura —masculló ella.

Algo le decía que no debían ir. Tónitor decía que la estaría esperando. Lo que menos tenía que hacer, era ir hacia donde estaba.

—Nada en esta búsqueda es seguro, pero si no nos arriesgamos, no llegaremos a ningún lado.

—Lo entiendo, pero ya nos arriesgamos a ir por la caja musical y el oso. Casi somos acibillados a disparos ¿y...? No conseguimos nada.

El detective curvó los labios, petulante.

—Ahí te equivocas. Conseguimos dos... tres cosas —se corrigió tras pensarlo—. Una fue descubrir que Tónitor no encontró el elemento que tanto buscaba ni en las cajas de tu casa, ni en las cajas que nos robaron luego del accidente. Segundo: al llevarse los objetos logramos que Tónitor nos llamara

y gracias a esto, descubrimos su ubicación. Y tercero pero no menos importante, puede que hayamos encontrado la pieza más trascendental del caso. Aunque no lo creas, cuando abrí la guantera tu caja musical se rompió. Seguramente ya se había dado un par de golpes durante el accidente y por eso estaba floja. Así que simplemente se abrió y... Tenía un compartimiento secreto.

Lisa estaba sorprendida.

—De acuerdo... —reconoció esperando que continuara— y el punto es...

—El punto —insistió él, conteniendo la ansiedad— es que cuando que la caja se rompió unos papeles cayeron al suelo. Unos sobres. Sobres que yo saqué antes de dárselos. No creíste que le entregaría los objetos tan fácilmente ¿no?

—¿Tenía... sobres en su interior?

—Así es —confirmó él, con aire de autosuficiencia.

—¿Y donde están? —preguntó, mirándole las manos como si fuese a sacarlas de algún misterioso lugar.

—Están en mi tapado. Pero por ahora prefiero que permanezcan guardados. Ya los revisaremos cuando volvamos. Ahora debemos ir a buscar a Tónitor.

Lisa desconfiaba de la idea. Ya habían intentado hacer las cosas del modo obvio y había salido todo mal. Claramente Roberto estaba acostumbrado a ese tipo de experiencias pero la bailarina era consciente de que ambos podrían haber muerto en aquel estacionamiento.

Por un momento recordó que todo era parte de su historia y pensó... ¿qué pasaría si moría dentro de ese lapso de tiempo? ¿Volvería a ser Paola? ¿O se sumiría en la absoluta oscuridad?

—Vamos Lisa. Yo voy a estar contigo. Confía en mí.

Volvió a sentirse dominada por sus ojos y aunque quería replicar, le resultaba imposible.

—Bien. Vámonos.

**CAPITULO**  
**20-**  
***El señor del Maletín Negro.***

Roberto sacó del cajón del escritorio un papel y un bolígrafo; copió en él el mapa y la dirección exacta en la que titilaba el punto rojo. Al mismo tiempo, en la otra habitación, Lisa secaba su atuendo en el seca-ropa. Oía el sonido del artefacto funcionando a toda potencia y trataba de adivinar mientras lo sostenía, de dónde Tónitor la conocía. Había dicho algo muy raro. Durante un periodo de tiempo ella le había pertenecido, lo cual probablemente significaba que habían mantenido una relación, pero Lisa no recordaba que alguno de sus novios fuera un psicópata... De hecho con ninguno había estado más de tres meses. *Mmmm, no, no puede ser ninguno de ellos.*

“¿Algún cliente obsesionado?”. Bueno, esa era una posibilidad real que no podía descartar pero que tampoco le servía de nada formular. Sabía que eran cientos los sujetos que habían presenciado su show, muchos de los cuales podrían haber sido psicóticos...

Mientras se agachaba y tomaba la ropa ya seca del aparato, pensó en todas las personas con las que podría haber tenido contacto en el pasado. Familiares no. Con ellos nunca había tenido una relación positiva, por lo que no sería factible pensar que la estarían buscando. ¿Amigos del colegio? Podía ser, aunque jamás había sido demasiado cercana a ellos. De alguna manera, sospechaba que aquella persona que Tónitor decía ser tenía algo que ver con algo más profundo. Lisa temía estar pasando por alto algún detalle. Aunque ya había logrado acostumbrarse mucho mas a ser la bailarina y no la famosa escritora, pensaba que debía estar omitiendo algo. Paola Zoet, por mucho tiempo su verdadero yo, ahora se veía lejana e irreal. Volver a la realidad parecía ilógico.

La realidad era esa; la que ahora estaba protagonizando. Se preguntaba si realmente quería regresar al pasado. Volver a adaptarse a un cambio de imagen y vivencias, sería realmente traumático. Todavía se preguntaba cuál era el propósito de aquella transformación y quién sería el causante.

Se despojó de la remera de Bartussi, se cambió y se paró frente al espejo. Era la tercera o cuarta vez que tenía la oportunidad de mirar su reflejo

y notar que cada vez que lo hacía su estado era más deplorable. Era como si aquella búsqueda estuviese consumiéndola.

Cuando regresó al cuarto, todavía seguía pensando en Tónitor y en su llamado. ¿A qué se había referido cuando dijo que ella también conocía a su cómplice? ¿*Denominadores comunes entre ella y Roberto?* ¿*José?* Pero José estaba muerto. ¿*Milena?* Pero Milena no tenía razones. Además ella no conocía a Bartussi. ¿*Quién rayos era?* ¿*Por qué todo resultaba tan complicado?*

Cuando llegó a la habitación, Bartussi la deslumbró con sus ojos azules. Le brillaban a la luz del velador. Estaba abrochándose una camisa ajustada. Lisa dejó atrás sus cavilaciones cuando lo vio. Finalmente había logrado lo que durante mucho tiempo había considerado importante. Roberto le había demostrado que la quería y juntos habían forjado un pacto de lujuria.

—Es un poco tosco —le dijo alargándole el papel donde había copiado el mapa y la dirección que figuraban en la computadora—. Pero se me acabó la tinta de la impresora.

Lisa lo contempló y de pronto, sintió que ir sería un grave error. Algo iba a pasar, algo malo, pero ahogó ese pensamiento con la simple idea de evitar tener que discutir con Roberto para convencerlo de no ir; algo que no quería hacer.

—Yo creo que está bien —le dijo devolviéndole el papel.

El detective se estaba poniendo unos mocasines negros. Se ató los cordones, agachado y se le levantó para tomar el papel y guardárselo en el bolsillo trasero del jean raído que se había puesto.

—Son las cuatro —le dijo tras consultar su reloj—. Debemos apresurarnos.

—¿Cómo iremos? —preguntó Lisa, con desgano.

—Ya he pedido un taxi... ¡Oh, ahí está!

Acaban de tocar el timbre. Lisa no podía entender cómo el detective podía estar tan contento. Y le resultaba ilógico que pensara que ir y arriesgarse era una buena idea, pero no lo contradijo.

Bajaron por el ascensor y salieron a la calle. El taxi los estaba esperando en la acera. Todavía lloviznaba y las débiles gotas mojaban el techo del vehículo. Subieron al asiento trasero, mirando hacia todos lados; el detective le mostró el mapa al chofer y marcharon hacia la casa de Tónitor, sabiendo que se trataba de un viaje sumamente peligroso.

—Lisa... cuando Tónitor dijo conocerte... y eso de que tú habías sido suya.

—¿Otra vez con los celos? —inquirió con los ojos en blanco.

—No, no, tonta —dijo sacudiendo la cabeza rotundamente—. Esto es serio. Él dijo algunas cosas que me hicieron pensar en la posibilidad de que identidad sea... ¿No se ocurrió pensar que Tónitor podría llegar a ser tu...?

—¿Padre? —preguntó Lisa, elevando una ceja, como si ya hubiese pensado en eso. —No, quédate tranquilo. Él no lo es. Murió hace mucho.

Miró por la ventana, distante. Bartussi guardó silencio.

—Lo mataron una noche como esta.

—Uh... lo siento, Lisa.

—No te preocupes. No me afecta. Nos llevábamos demasiado mal...

Él asintió en silencio. Sabía que de todas formas era su padre.

—¿Quién lo mató y... cómo?

—¿Quién sabe? —murmuró ella despreocupada—. Mi mama me llamó durante la madrugada de un martes en noviembre para decirme que iban a organizar el entierro y quería que estuviera presente, pero jamás hubiese regresado a ese lugar. Nunca me interesó tenerlo cerca en vida y mucho menos tras su muerte. Seguramente fue durante algún enfrentamiento. ¿Te dije que era militar?

—Sí, lo dijiste. ¿Hace cuanto tiempo falleció?

—Y... hace unos años —recitó ella, recordando. Pero fue lo último que dijo. No quería seguir escarbando en esos recuerdos.

Al cabo de un rato, llegaron hasta la dirección que el localizador les había indicado. Pero decidieron detenerse una cuadra antes y avanzar los últimos pasos a pie.

Roberto le pagó al chofer y ambos bajaron del coche. Se encontraban en un barrio oscuro, donde no había nadie, lo cual resultaba aún más escalofriante. Las farolas de las veredas estaban rotas. Sólo una de ellas estaba sana y la luz que lanzaba sobre la calle no servía para abastecer de iluminación todo el camino.

—¿Tienes el arma que te di?

—Sí, pero no pienso volver a utilizarla, Roberto —le aclaró Lisa.

—Cuando estés en una situación muy límite, verás que sí.

Y se puso a caminar con paso decidido hacia la casa de Tónitor o al menos hacia el lugar desde donde había hecho la llamada. La calle iba en

subida. El húmedo asfalto brillaba por la luz de los faroles. Estaban en San Telmo, por lo cual todas las viviendas eran de estilo muy antiguo. Cerca de allí, había una villa.

De pronto, algo ocurrió. Cuando iban a mitad de camino, un sujeto salió de una de las viviendas. Llevaba puesta una campera con capucha y la traía cubriéndole la cabeza. Llevaba un maletín en la mano. Lisa y Roberto se escondieron a tiempo, procurando no haber sido vistos, aunque luego descartaron esa idea. Dificilmente alguien podía ver algo en aquella oscuridad.

El detective Bartussi se asomó por la punta de un callejón e intentó distinguir de perfil a la figura que acaba de salir. Le recordaba mucho al hombre que había visto en el legajo del hospital psiquiátrico, pero era difícil confirmarlo. Dio unos pasos en la oscuridad, aguzando los ojos, pero el sujeto se dio vuelta y caminó calle arriba con aire despreocupado.

—¿Era Tónitor? —preguntó Lisa, mirando por encima de su hombro.

—No lo sé. Pero... muy probablemente sí. Su perfil se asemejaba mucho al de él.

Lisa se quedó esperando que el detective actuara, pero el asesino, si es que lo era, se marchó calle arriba.

—¿No vas a detenerlo?

—Te dije que no —le recordó—. Atrapar a su cómplice es lo que quiero.

Lisa arrugó el entrecejo.

—¿Para qué rayos vinimos hacia acá entonces?

—Registraremos su casa. Quizás haya algún indicio de su cómplice.

Y dicho esto, volvió a avanzar decididamente hacia la casa. Lisa lo siguió con aire distante, temiendo que el individuo pudiese regresar. Todavía sentía un mal presagio. Cuando llegaron hasta la puerta comprobaron que la dirección que marcaba el mapa era la misma que la de vivienda de la que había salido el sujeto.

—Entremos —murmuró Roberto intrépidamente.

Giró el picaporte. La puerta no estaba cerrada. “*No, esto no puede ser tan fácil. Si está abierta es porque quiere que entremos*”, pensó Lisa mirando sospechosa el entorno, pero el detective parecía tan satisfecho de poder avanzar finalmente en la búsqueda que se rehusaba a verlo. Era muy evidente. Pensó entonces en lo que decían de sus métodos ortodoxos y en los resultados

que había obtenido en los últimos casos...

Se dirigieron hacia una escalera, tras cruzar un oscuro vestíbulo lleno de telarañas y viejos muebles despintados, acomodados de forma vulgar. El lugar era un antiguo conventillo, de esos que utilizaban las personas para vivir ahorrando dinero, pero parecía abandonado y los pocos sujetos que se encontraban en el interior, eran linyeras y no ocupaban los cuartos; estaban acostados en el suelo de la entrada, compartiendo mantas y colchones de cartón viejo. El olor que se respiraba era nauseabundo. Lisa tuvo que cubrirse la nariz para pasar.

Las plantas que se hallaban en los canteros estaban muertas, los vidrios de las puertas rotos, las paredes despintadas, las escaleras oxidadas.

—Un hombre acaba de salir de aquí llevando un maletín —dijo Roberto de repente.

Lisa se detuvo. No se había percatado de que el detective se había detenido detrás de ella. Se volteó y lo vio: estaba parado junto a uno de los habitantes del conventillo, un linyera que cuando se acercó a él sujetó fuerte la botella de vino que tenía a su lado. Una barba muy larga y sucia decoraba su rostro. Estaba recostado sobre un montón de cartones orinados,

—¿Podría decirme donde vive ese hombre?

—Aléjese de mí o se las verá —amenazó con ojos desafiantes el linyera.

—No he venido a lastimarlo, caballero —le dijo el detective, al notar su chocante comportamiento—. Sólo quiero que me diga si sabe donde vive ese sujeto.

—Nosotros no nos metemos con *El Señor del Maletín Negro* —murmuró, mirándolo con desconfianza.

—Ósea que lo conoce —dedujo.

—Tal vez lo conozca, tal vez no —respondió el anciano desdeñoso, todavía aferrando la botella con fuerza. Seguía temiendo que Bartussi se la quitara, pese a la aclaración que éste le había hecho.

—Mire, hagamos una cosa —propuso el detective, agachándose a su lado—. Si yo le doy un billete de cien pesos, usted me dirá donde vive ese sujeto y todo lo que sepa sobre él. ¿Quiere?

El linyera dudó un instante.

—Primero entrégueme el dinero.

—De acuerdo —dijo Roberto, resignando ante la idea de que no ganaría

nada discutiendo con él. Se sacó tres billetes del bolsillo y le dio uno de cien.

El linyera lo analizó con cuidado, para comprobar que no era falso. Luego, cuando estuvo conforme con la inspección, levantó la cabeza.

—¿Qué quiere saber exactamente? —preguntó con recelo.

—El sujeto del maletín... ¿cómo se llama?

—¡Aquí los nombres no significan nada! —dijo con voz fuerte.

—¡Shhh! —lo calló otro linyera furioso, que estaba recostado a pocos metros de ellos, tratando de dormir. — ¡Estamos intentando descansar!

Seguramente el linyera lo había despertado con su grito. Se echó la mugrosa colcha sobre la cabeza y volvió a cerrar los ojos, murmurando por lo bajo.

—Nosotros lo llamamos El Señor del Maletín Negro —continuó el linyera, poniendo la mano como una barrera junto a su boca, para que nadie lo escuchara hablar de eso—. Vive en el segundo piso, en la última habitación del pasillo.

Bartussi asintió, sereno.

—Cuénteme qué sabe de él.

El linyera volvió a echarse hacia atrás y dudó un momento.

—Oiga... me estoy arriesgando mucho al hablar de esto, señor “como se llame...” No seguiré contándole nada por menos de cien pesos más.

Bartussi bufó y puso los ojos en blanco.

—Dijo que me lo diría si le daba los cien pesos.

—Cambié de parecer —repuso esquivando su mirada y cruzándose de brazos, como un niño caprichoso—. Si no quiere...

—No, claro que quiero —se apresuró Bartussi, exasperado—. Sólo que teníamos un trato... Se ve que conoce el precio de la información, eh.

Y sacó otro de los billetes de cien del bolsillo y se lo dio.

—Soy un hombre de negocios —dijo petulante el linyera volviendo a examinarlo.

—Bueno, aprovéchelo porque es el último que le daré... Bien. ¿Qué sabe sobre el tal *Señor del Maletín Negro*?

El sujeto que se había dormido volvió a despertar y miró encolerizado al linyera que continuaba hablando. Dijo un par de malas palabras por lo bajo; sus ojos desorbitados de ebriedad estaban llenos de odio. Se acurrucó bajo sus mantas y se removió, quejándose. El linyera no se dio cuenta de esto y siguió con el relato. Estaba demasiado alcoholizado para controlarse.

—Pues no se sabe mucho sobre él, en realidad. No sale casi nunca de su habitación. Vive aquí hace un mes aproximadamente. Se pasa el día entero encerrado. No hace mucho ruido, ni molesta para nada. Cuando sale, siempre lo hace con ese maletín. De ahí viene el nombre que le pusimos. Somos muy ingeniosos ¿no cree? Ah, y siempre que se marcha, es de noche. No dice adónde va... Bah, ni siquiera nos mira. ¿Por qué habría de decirnos algo?

Bartussi miró la puerta para asegurarse de que Tónitor no hubiera regresado.

—Bueno, pero ¿ha notado algo extraño en él, en sus partidas o llegadas?

—De hecho, sí —recordó, tocándose los labios con los sucios dedos de uñas largas—. La otra noche, vi algo que me llamó la atención.

Bartussi sentía que se le acalambaban las piernas en aquella posición; cuclillas junto al linyera. Cerró los ojos; debía resistir un poco más. El tiempo necesario que le tomara al hombre decirle aquellas cosas.

—Bien, ¿qué vio?

El hombre se aseguró de que nadie los estuviese mirando.

—De su maletín chorreó sangre. —dijo y asintió con la cabeza sumiso—. Siempre pasa rápido por el vestíbulo, de modo que no se dio cuenta. Y si lo hubiese hecho, tampoco creo que le importase en lo más mínimo. Lo que nosotros pensamos de él no le afecta. Después de todo, no somos más que unos pobres linyeras ebrios.

El linyera, que tenía enfrente, despedía olor a alcohol y a orina. Era nauseabundo. ¿Sería verídico lo que relataba?

—¿Dice que vio sangre? —inquirió—. ¿Está seguro?

—¡Sí, claro que lo estoy! —gritó el ebrio, con expresión de locura.

El otro individuo se llevó la mano a la cabeza furioso, pero no se levantó. Roberto entendía que no era oportuno molestar a los borrachos a esas horas. Eran las cuatro y media de la madrugada.

—¿Hay algo más?

—¿Usted quiere saber algo más?

—Desde luego, sino no estaría preguntádoselo.

El linyera se miró la uñas con interés, como si esperase algo.

—No voy a darle más dinero, si eso es lo que pretende. Ya le di doscientos pesos. Dígame eso que oculta...

—Está bien, está bien —dijo decepcionado y dejó caer sus manos sobre sus rodillas—. La otra noche yo andaba por los pasillos del segundo piso y lo

escuché gritar y llorar. Decía algo.

Bartussi aguzó el oído.

—¿Qué decía?

—Lisa... Sta... Stu... Stewart.

Se escuchó un quejido. Tirando a un lado su manta de dormir, el sujeto que estaba del otro lado de la entrada se puso de pie. Parecía poseído por un demonio.

—Te advertí que te callaras —le recordó, con la voz cargada de furia.

—Lo siento —murmuró el linyera, volviendo a sujetar su botella con fuerza, como si temiera que intentase quitársela.

—Ya es tarde para disculpas —dijo e hipó.

Luego intentó avanzar para golpearlo, pero estaba tan ebrio que al dar el primer paso, se derrumbó.

—Tengo muchas ganas de dormir... —le dijo el linyera a Bartussi, temiendo que el sujeto se despertara nuevamente— Lo siento. No sé nada más. Adiós.

Y con la botella bien aferrada en las manos, se recostó sobre sus cartones, todavía dejando algo entreabiertos los ojos para asegurarse de que el otro linyera no despertara.

**CAPITULO**  
**21-**  
**“PURIFICAR”**

Cuando llegaron al segundo piso, se encontraron en la entrada de un largo pasillo. Él linyera había dicho que Tónitor vivía en la última puerta de ese corredor, por lo tanto, era allí adonde debían ir.

—¿Lista? —preguntó Bartussi.

Lisa inspiró hondo.

—Sí.

Aunque no era muy grande la distancia que los separaba, la bailarina sintió que la puerta se alejaba más y más de su vista, como si el entorno se agrandara de manera antinatural. El asesino en su vida, desde el drástico cambio que había sufrido al caer de aquel puente, se había convertido en un ente maligno al que le temía horrorosamente. La capacidad que tenía para hacer lo que hacía sin que nadie lo detuviese le erizaría los vellos de la coronilla a más de uno. Además, como Lisa jamás había visto a Tónitor de frente, al menos no en el presente, era como si su figura fortuita no fuera real. Algo similar experimentan las personas que temen a la muerte, nunca la han visto, pero sienten su presencia cerca cuando alguien fallece. Durante mucho tiempo Lisa había considerado a Tónitor, ni más ni menos que un monstruo de tinta, una sombra cuya presencia siempre estaba detrás de sus pasos, siguiéndole el rastro, aunque en cierto modo, también permanecía distante. Era su Sombra, la Sombra de Tinta Negra, lo que la unía con el asesino al que tanto temía.

Quizás aquella sensación que experimentó al acercarse a su vivienda era producto de la impresión que le inspiraba entrar ahí e imaginar que habría miles de fotos suyas pegadas en las paredes; algo aterrador para los ojos de cualquier persona, sin duda. Era posible, claro, dado Tónitor parecía obsesionado con ella. Sin embargo, cuando llegaron al final de corredor y Bartussi empujó la puerta, nuevamente sin llave, no encontró imágenes suyas a la vista.

Entraron. Bartussi lo hizo primero para asegurarse que no hubiese nadie del otro lado. La habitación era pequeña. Las paredes eran amarillas o... al

menos ese color le daba el foco de la única lámpara que funcionaba en la habitación. Había una cama ordenada a la izquierda, un escritorio lleno de papeles y carpetas al pie de esta. También había una puerta hacia donde estaba el baño, un crucifijo en la pared, una silla y una ventana con persianas de metal que estaba cerrada. Del otro lado cubría toda la pared un viejo ropero lo suficientemente grande para esconder un cadáver... o dos.

—No hay nadie —dijo el detective, bajando el arma.

Cerraron la puerta detrás de sí. Si alguien venía podría verlos fácilmente desde las escaleras.

—Ven. No tenemos mucho tiempo —dijo apresurándose a entrar aún más en la habitación—. Busca cualquier nombre, dirección o algo que nos dé una pista sobre quién puede ser el cómplice.

Lisa echó un vistazo a la habitación, preguntándose por dónde empezar. Bartussi se había agachado y ahora buscaba bajo la cama. La bailarina, aunque sería muy obvio esconder algo ahí, se dirigió hacia el ropero. Lo inspeccionó. No había nada inusual. Lo dejó de lado y fue hasta el crucifijo. Lo levantó. El trazo de cemento estaba intacto y vacío. Lisa pasó la mano por él para asegurarse de que no había nada.

—Aquí está todo limpio —anunció, decepcionada.

Roberto aún estaba agachado bajo la cama. Quizás había encontrado algo.

—Prueba en el baño —le dijo con la voz amortiguada por el colchón.

Lisa fue hacia el toilette. La habitación estaba cubierta de azulejos celestes, algunos rotos y manchados con humedad. La bañera con cortinas azules descansaba frente a la puerta, junto al lavamanos sobre el cual todavía quedaba la marca de un espejo que ya no estaba colgado.

Buscó detrás de la cortina de la bañera, bajo la pileta del lavatorio, detrás del inodoro, pero no había nada, aunque Lisa tampoco esperaba encontrar algo allí, ni en ningún otro lado, a decir verdad. Después de todo, nunca creyó que Tónitor fuera tan ingenuo como para escribir el nombre de su cómplice en algún sitio. Seguramente aquel dato estaba sólo presente en su mente.

Dejó que su mirada vagara por la habitación, buscando algún lugar que hayan pasado por alto. Mientras volvía a preguntarse de donde la conocía Tónitor realmente, se rascó la cabeza. Él le había dicho que ese era un dato que ella ya sabía, sólo debía recordarlo. Gracias a esto también encontraría

respuestas a otros interrogantes, lo cual sería sumamente productivo. ¿Por qué no lo recordaba? ¿Por qué no podía averiguar quién era Tónitor en realidad? Ya había intentado profundizar en su memoria esa misma noche, en la casa de Roberto. Necesitaba saber quién era el asesino... Ahora que lo pensaba con más claridad y tranquilidad, la posibilidad que fuera alguno de sus compañeros del colegio era absurda. El apellido del asesino era Tónitor y ella no había escuchado mencionarlo a ningún profesor jamás en sus muchos años de estudio. Era imposible que fuera alguno de sus compañeros. Ni siquiera era lógico imaginar que el nombre fuera un invento, ya que Roberto lo había llamado Tónitor desde el principio. Él debía saber cuál era su nombre real.

—¡Lisa! —gritó Bartussi desde la otra habitación.

La bailarina sintió que el corazón se le salía por la boca. Se dio vuelta creyendo ver a Tónitor en la otra pieza, aunque sólo necesitó dar unos pasos para comprobar que había sido producto del susto. Roberto estaba inmóvil con una carpetilla en las manos. Su expresión era de asombro.

—¿Encontraste al cómplice?

—No, pero mira esto.

Lisa se acercó a él rápidamente. Observó las hojas de la carpeta con cuidado. Al principio le pareció que no tenía sentido, pero al cabo de unos segundos cayó en la cuenta de lo que significaban. Las hojas eran fichas. Mostraban a varios hombres con lo que parecían sus propios historiales.

—¿Emiliano Braquet? —murmuró arrugando el entrecejo.

—Sí, Tónitor lo mató —le dijo Bartussi con simpleza.

Lisa vio que había un recorte periodístico pegado detrás de la hoja en el que decían que Braquet había salido en libertad por falta de pruebas. Su foto estaba tachada con una gran cruz roja. Abajo decía purificado. Roberto pasó a la siguiente ficha. Aparecía una imagen de José. También estaba tachada. Lisa no llegó a leer por completo lo que decía su historial, pero detrás de la hoja, en lugar de un recorte periodístico había una foto...

—¿Qué es esto? —preguntó Roberto, perplejo.

La imagen mostraba a José forzando a una chica a tener sexo con él detrás de una reja. Debajo de la foto había un epígrafe trazado en forma desprolija.

*El detective José Proech, violando a una de las tantas jóvenes que mantenía encerradas mientras trabaja en la correccional femenina de...*

—No lo puedo creer. Esto...—Levantó la vista y miró a Lisa con ojos

incrédulos—. ¿José?

Lisa permaneció callada. Siempre había desconfiado de José y visto aquel toque pervertido en sus ojos, pero optó por no decirlo. No le sorprendió que José fuese tal tipo de persona.

—Pasa de hoja —le pidió, tratando de quitarle importancia a eso.

En la siguiente página aparecía un joven de veintitrés años. Según lo que decía su historial, era el hijo del dueño de un almacén barrial de Ballester. Y mientras Lisa bajaba la vista y leía lo que Tónitor había escrito, descubrió que el joven no era tan tierno como parecía en su foto. Lo que decía el extenso texto, en resumen era que éste sujeto, tocaba a varias niñas cuando iban a comprar a su local; las amenazaba para que no contaran nada a nadie.

Lo único diferente que había en su historial era que todavía no estaba tachado y aparecía una fecha en la que decía “*Para Purificar*” Lisa creyó entender qué ocurría. El detective también. Pasó a la primera hoja rápidamente. Como ambos esperaban, la imagen la ocupaba el dueño del Jatness. Estaba tachada y detrás aparecía una fotografía en la que se encontraba violando a una chica con los ojos vendados, atada y amordazada sobre una cama.

—¿Estás pensando lo mismo que yo? —murmuró Bartussi.

—Mata a personas que están relacionadas con delitos sexuales —razonó ella.

—Sí —dijo con voz débil—. Aunque me cueste admitirlo, ya había escuchado ciertos rumores sobre José, pero creo que me había negado a creerlos cuando lo conocí. Siento un malestar tremendo en el medio del pecho.

Lisa avanzó hacia el detective, que suspiró decepcionado.

—Y esas imágenes que no están tachadas... ¿Significa que aún no las mató?

—Sí, es probable que sea eso —dijo Roberto, recuperando la postura—. El siguiente es un tal Leonardo Jarren... y el otro, Brian Walfri... ¿Brian Walfri? Trabaja para un canal de televisión conocido. Aquí dice que... estuvo vinculado con la violación de uno de sus sobrinos... Pero concentrémonos en Leonardo. Claramente es el siguiente.

Cambió de hojas rápidamente hasta encontrar su historial.

—Dice “*Para purificar*” y aparece una fecha. ¿Será que lo matará ese día?

—Espera, ese día es mañan...

Entonces, se escucharon unos pasos detrás de la puerta y acto seguido, Tónitor entró en la habitación. Venía hablando por teléfono. Por esa razón no los llegó a ver cuando se escondieron en el ropero.

El asesino dio unos pasos hacia el interior de la habitación. Parecía tranquilo. No se había percatado de su presencia. Al menos eso parecía. Bartussi se había encargado de no dejar nada desordenado. Tónitor se sentó frente al escritorio, con el teléfono en el oído.

—Sí, te he dicho que sí —murmuró riendo—. Acabo de ir a verlo. Estaba aterrado...

Tónitor era alto. Y delgado, aunque de contextura fuerte. Muy diferente a como Lisa lo había imaginado. Poco se distinguía de él, además de su silueta, pero tenía cierto toque de atractivo.

Bartussi sospechaba que el asesino hablaba con su cómplice y esperaba que en algún momento mencionara su nombre: procuró guardar silencio.

—Estoy preparando todo para mañana... Sí, será un gran espectáculo como el del Obelisco... No, fue bastante fácil... Exactamente. Mañana a las diecisiete en Plaza de Mayo... Oh, sí, espero que lo veas... Seguramente la prensa estará ahí... Sí, escuché algo, pero no creo que eso complique las cosas. Al contrario; resaltará su popularidad. Y no lo considero un problema. Más bien estoy a favor.

Lisa temblaba. Nunca había estado tan cerca de un asesino; su voz resultaba más escalofriante desde allí que por teléfono. Tónitor realmente daba miedo. Su impunidad, su altura...

—Sí, entiendo... De acuerdo, tienes razón, debo descansar para mañana... Hablamos luego. Creo que deberíamos encontrarnos para brindar una vez que todo esto termine. Después de todo fue quién ideó esta gran obra maestra... Bien, supongo que estaremos todos satisfechos con el espectáculo... Hasta luego, entonces.

Tónitor se quedó un segundo en su lugar. Por un momento Lisa y Roberto habían pensado que estaba hablando con su cómplice, pero claramente no. Pues, las dediciones parecía estar tomándolas él. ¿Quién era su cómplice?

Bartussi recordaba llevarse mal con varios de sus compañeros de trabajo y era lógico pensar que alguno de ellos fuera el misterioso cómplice, ya que contaban con fácil acceso a muchos lugares difíciles de penetrar, por su empleo, pero sería complicado averiguar quién exactamente.

El asesino se puso de pie y fue en dirección al baño. Lisa suspiró,

creyendo que ya estaban a salvo pero entonces, este se detuvo.

Roberto le tapó la boca a la bailarina con la mano. Ella sintió que se le helaba la sangre. Tónitor se había quedado inmóvil en su lugar, como si esperara que ocurriera algo. El detective ya tenía la pistola en la mano, preparado para disparar pero éste simplemente estornudó y siguió caminando. Se encerró en el baño y luego de unos segundos, se escuchó el repiqueteo de la lluvia cayendo sobre la bañera. Roberto y Lisa esperaron de todas formas un momento, y así se aseguraron de que Tónitor realmente no los había descubierto.

Aprovecharon esos pocos segundos y salieron de la casa. Todos los linyeras estaban durmiendo y Lisa y Roberto ya contaban con los datos que necesitaban para saber donde y cuando se produciría el próximo asesinato.

—Tal vez deberíamos ir a dormir un poco, Roberto —sugirió Lisa, mientras se alejaban de la casa—. Tenemos que estar listos para ir mañana...

—¿Ir a dónde? —masculló él, con indignación en la voz.

Ya estaba amaneciendo en el exterior. El cielo se había teñido de rosa y los primeros rayos del sol alumbraban las calles, bañándolas con un tinte suave y carmesí. Las sombras de las casas y altos edificios se alargaban hacia ellos. Hacía mucho frío y mientras caminaban sobre el asfalto, la brisa del alba les agitaba con suavidad los cabellos.

—A Plaza de Mayo. Tenemos que rescatar al joven, ¿no? —preguntó confundida ante su actitud.

—Al abusador, dirás... Mira, lo he estado pensando mucho y quizás... Tónitor tiene razón al matar a esos sujetos. No merecen vivir después de las atrocidades que hicieron.

—¿Estás hablando en serio? —inquirió la bailarina, sorprendida—. José también está dentro de esos sujetos.

—Claro que sí. Y se merece lo que le pasó. ¿Por qué deberíamos salvarlos? ¿Para que vuelvan a las calles y sigan haciendo esto?

—No importa para qué los salvemos, Roberto —hizo hincapié Lisa—. Tónitor no tiene derecho a matarlos, bajo ningún pretexto.

—Y ellos tampoco tienen derecho a hacer lo que hacen. Merecen ser castigados.

—Pero de eso se encargaran quienes lo comprueben, no nosotros.

Roberto siguió caminando, furioso.

—Todavía... No sé qué voy a hacer.

—Pues tienes unas horas para pensártelo bien.

Era evidente que Bartussi estaba conmocionado por lo de José y Lisa creyó que necesitaba darle un tiempo para digerir la noticia. Ya hablarían luego.

Llegaron al departamento y Roberto se fue a acostar. Estaba distante; aquella frialdad tan característica había vuelto a cubrir sus ojos. Le costó bastante trabajo dormirse aquella mañana, pese al sueño que lo embriagaba. No podía aceptar que su recuerdo de José haya sido profanado de esa manera. La horrible imagen, que lo mostraba violando a esas jóvenes, no quería irse de su cabeza.

Lisa, por otro lado, no tuvo dificultades para conciliar el sueño. Estaba tan cansada que ni siquiera pensó en lo que podía llegar a ocurrir esa tarde, la desanimó.

Despertaron cerca del mediodía con la sensación de haber perdido a alguien. Fue como despertarse después de la muerte de una persona a la que querían mucho. Esa sensación cuando te levantas, deseando que todo haya sido un sueño, pero te das cuenta al instante que no lo es, porque tienes los ojos hinchados de tanto llorar.

Comieron en la mesa de Bartussi, con las ventanas abiertas. Este no parecía ni un poco mejor. Estaba distante. Lisa lo veía fácilmente mientras se llevaba el arroz a la boca.

—¿No comerás?

—No. Tengo el estómago cerrado —le dijo apartar la vista del tenedor.

—Roberto, tu enojo, desilusión y culpa son entendibles, pero...

—No, no hables, por favor —levantó la cabeza. Realmente se lo veía enojado—. No lo entiendes, así que no hables.

Lisa guardó silencio y volvió a concentrarse en la comida. El tema de José no se volvió a mencionar en todo el rato. Durante el resto del día, estuvieron decidiendo qué hacer y qué no acerca del próximo asesinato. Roberto se había negado a ir por el joven mientras que Lisa, al contrario, creía que tenían que acudir en su ayuda. Intentó convencerlo, pero nada daba resultado. Sólo logró que el detective aceptara llamar a la policía y advertirles. Claramente era lo único que pretendía hacer para ayudar a esos sujetos detestables. Cuando sus compañeros atendieron, Bartussi decayó aún más. Su cara había aparecido en las cámaras de seguridad del departamento de

vehículos secuestrados. Le pidieron que fuera a declarar para calmar las aguas, por lo cual consideró mejor cortar la llamada y no explicarles nada.

—¿Por qué te interesa tanto ir?

—Tú dijiste que querías encontrar a su cómplice. Pues, no sé si él estará presente, pero seguramente sí... Está bien. Iré sola.

Cuando se hicieron las tres, ambos decidieron tomar otro taxi para llegar lo antes posible a la plaza; pero se encontraron con una gran sorpresa. La congestión vehicular era tremenda. Esto tenía una explicación y ellos la descubrieron cuando se hallaban a una sólo cuadra de la plaza. Habían estado atascados en el ajetreo de coches por más de una hora. Decenas de personas gritaban con carteles en las manos, cortaban las calles y avenidas principales que daban acceso a la zona del cabildo. Una docena de camiones con acoplados habían rodeado la plaza, evitando que el tránsito circulara por allí.

—¿Qué es esto? —preguntó Lisa al chofer.

El sonido de los bocinazos parecía herirles los oídos.

—¡Ya te escuche! ¡¿Adonde quieres que me mueva?! —le gritó el conductor por la ventanilla abierta a un coche que estaba detenido cerca suyo —. Discúlpeme, señorita. Sí... Es una protesta del gremio de camioneros. Han cercado la plaza con sus camiones para evitar el tránsito de los vehículos. Están protestando frente a la casa de gobierno para que el presidente los vea. Tema ajustes y todo eso... Nos han dificultado el trabajo a nosotros durante todo el día. El tránsito es un caos... Francamente, no creo que podamos avanzar más. Si quieren, los dejo aquí y avanzan a pie el último tramo.

—Sí, creo que eso será lo mejor —dijo Lisa, mirando la larga fila de coches detrás de la que se hallaban y no se movían.

Roberto y Lisa bajaron del vehículo, que se hallaba en medio de la calle y bordearon otros coches hasta llegar a la acera. Se respiraba un aire de agitación tremendo. Por donde caminaban, llegaban los gritos de la multitud y los bocinazos de los furiosos conductores que estaban hartos de esperar para poder avanzar.

Dieron una vuelta, intentando llegar a la plaza, pero una cerca de policías con escudos les prohibía el paso. Delante de ellos había varias personas, exigiéndoles que los dejaran llegar al otro lado, por diversas emergencias.

—Busquemos otra forma de pasar —sugirió Roberto, que al parecer había adquirido cierta energía por la curiosidad que le inspiraba el hecho,

mirando por encima de los hombros de la gente—. Entrar por aquí es imposible.

Volvieron sobre sus pasos, buscando una ruta alternativa, pero los enormes acoplados que bordeaban la plaza impedían el avance desde todos los ángulos posibles.

—Por acá tampoco —dijo Lisa, decepcionada. Los altos bocinazos la estaban alterando—. Probemos de nuevo por allá.

—No —dijo Bartussi, decidido—. No me pasaré todo el día dando vueltas de aquí para allá. ¿Qué hora es?

Lisa consultó su reloj de muñeca y por un momento, no pudo entender nada. La contaminación auditiva estaba haciendo grandes estragos en su mente.

—Eh... Cuatro y treinta y seis minutos —dijo con la cartera en mano.

—Bien. Hay que darnos prisa.

Bartussi la tomó del brazo y se escabulló entre las personas que miraban con curiosidad la escena. Golpeó un par de hombros al internarse en el gentío; estaba decidido.

—Por aquí —dijo. Lisa apenas pudo escucharlo por encima del sonido del tráfico.

Encima de los enormes acoplados estaban erguidos decenas de camioneros, con banderas de protesta flameando en sus manos. Roberto se acercó a ellos e intentó comunicarse, pero estos no lo escucharon por el sonido que generaban sus propios reclamos y los molestos bocinazos.

No pasó mucho tiempo hasta que dos choferes a sus espaldas se pusieron a pelear. Lisa se dio vuelta. Otros testigos intentaron acercarse a separarlos. El caos comenzaba a hacerse notar. Una mujer embarazada se había desmayado de tanto esperar y algunas personas estaban socorriéndola. Lisa empezó a sentirse mal, pero no físicamente. Era como si la hubiese abordado cierto pánico. Todo parecía estar sumido en el caos, pese a tratarse de los días más lindos que había visto Buenos Aires en mucho tiempo. El cielo estaba celeste y el sol brillaba en lo alto, como un guardián de oro, entre dos o tres nubes que vagaban por el firmamento, ajenas al desastre que se desarrollaba debajo.

—Tendremos que pasar por debajo de los acoplados, Lisa —anunció Roberto, como última alternativa.

—Pues si no tenemos otra alternativa....

Y dicho esto, se metieron bajo los enormes acoplados que cercaban la

calle; el problema había sido llegar hasta ahí.

## *CAPITULO*

*22-*

### *LA SANGRE SE DERRAMA SOBRE PLAZA DE MAYO.*

Si del lado de afuera, Lisa se sentía invadida por la contaminación sonora, en el interior de la plaza el desastre era lo único que se oía. Cientos y quizá miles de camioneros cantaban al unísono su reclamo, agitando las manos y golpeando bombos con rotundo entusiasmo. Las banderas y carteles en los que pedían que los salarios aumentaran, flameaban con ligereza en lo alto y entre ellos se veía el contorno rosado de la Casa de Gobierno de la República Argentina.

—Esto es un desastre —murmuró Roberto, sujetando a Lisa de la mano para que la multitud no la arrastrara—. No hay control... ¿Dónde está la policía?

—Supongo que esto se refería Tónitor cuando hablaba con su secuaz —dijo Lisa recordando las palabras que escuchó del asesino esa madrugada—. Sabían de la manifestación. Dijo que sería mejor hacerlo en este contexto porque llamaría más la atención.

Roberto asintió con pesadez. En sus ojos había duda. Dieron unos pasos hacia adelante, sintiendo como el piso temblaba bajo sus pies. El golpe de los bombos retumbaba en el aire y en el suelo, contaminándolo. Los manifestantes, pegados hombro con hombro, complicaban increíblemente el caminar.

La Plaza tenía la forma de un rectángulo gigantesco, aunque con sus lados menores. Contaba con dos obras de arte de notoria importancia. Una era la Pirámide de Mayo y la otra un gran monumento a Belgrano. Tenía buena iluminación, gracias a unos faroles de hierro que estaban distribuidos por todo el lugar, bancos para los turistas, cuatros fuentes de agua y dos relojes que funcionaban por energía solar. También había un infaltable mástil en el centro, que sujetaba la bandera de Argentina de colores celeste y blanco.

—Trata de no golpear a nadie aquí, Roberto —sugirió Lisa, mirando los rostros de los sujetos—. Estás personas parecen muy enojadas.

Bartussi no le contestó, pero se percató de que miraba con desconfianza a los sujetos que la rodeaban. Eran todos hombres.

Echaron un vistazo a la redonda. El aire que se respiraba parecía tóxico

y olía mal. Hacía mucho calor. Él sol, que ya empezaba a marcharse, daba de lleno en la plaza. Se oían estallidos ensordecedores y explosiones de bombas pequeñas. Lisa empezaba a dudar de si había sido buena idea ir.

—¿Qué hora es? —le preguntó el detective, con el rostro atento.

Lisa consultó su reloj, doblando el codo por la mitad.

—Cinco menos diez —le informó.

—Bien. Tenemos diez minutos, si es que Tónitor es puntual.

Dieron otro gran paso hacia el interior de la plaza, sumergiéndose aún más en la multitud de personas.

—¿Cómo rayos lo matará? —inquirió Roberto. —¿Y dónde exactamente?

Lisa no sabía la respuesta a esa pregunta, pero sospechaba por la forma de su voz, que Bartussi se lo estaba preguntando así mismo. Por momentos, alguna bandera hecha tosca y apuradamente flameaba sobre ellos en lo alto y tapaba el cielo. Los camioneros, reacios al gobierno, pretendían hacerse escuchar y claramente estaban haciendo todo para que eso pase.

Echó un vistazo por encima de las cabezas de los sujetos y vio La Pirámide de Mayo elevándose en el centro de la plaza. Surgía entre las personas. La Casa Rosada se plasmaba por detrás, pero con aire distante. ¿Se preguntó cuánto tardarían en llegar hasta ese lugar si intentaban hacerlo? ¿Llegarían?

Lisa suspiró. No quería distraerse mucho. Había demasiada gente enojada a su alrededor y... posiblemente no todos eran confiables trabajadores. Quizás Tónitor ya estaba allí...

Miró hacia la derecha. Los altos acoplados rodeaban la plaza con implacabilidad, y muchos de sus choferes gritaban erguidos encima de ellos; agitando sus banderas como si quisiesen hacerlas llegar al cielo. Entre ellos, Lisa distinguió a un camarógrafo que con su equipo de filmación, grababa la escena. Se preguntó si sabría que en unos instantes, tendría la posibilidad de hacer testigos a todo el país de un brutal asesinato. Pensó que quizás sería bueno decírselo, y que lo registrara.

—¿Cuánto tiempo falta?

Lisa se pasó la mano por la frente para secarse el sudor, producido por tanto amontonamiento.

—Ya son las cinco... Esto está mal, Roberto. No vamos a poder distinguir nada desde aquí.

—Quizás... si lográramos subirnos a los acoplados, podríamos tener una mejor visión del panorama.

—Sí, pero creo que llegar hasta allá, será más difícil que intentar distinguir a alguien desde aquí.

Los camioneros vestían sus atuendos de trabajo. La mayoría llevaba puestos jeans gastados, camisas holgadas y arremangadas hasta los codos y chalecos encima. Había de todas las edades. Algunos eran ancianos barrigones con bigotes y otros jóvenes con expresiones aterradoras y barbas incipientes. También estaban los típicos sujetos que nada que ver tenían con el reclamo y sólo habían ido a armar desorden. A Lisa no le hubiese sorprendido ver que alguno de ellos sacaba un palo de hierro e intentaba golpear a algún funcionario que venía a hablar en son de paz.

La bailarina se puso a pensar. La verdad era que no había tenido muy buenas experiencias con los conductores de camiones. Siempre que andaba sola por la calle y uno de ellos pasaba cerca, hacía sonar el claxon y soltaba piropos vulgares.

Pasaron junto a un camionero que llevaba gorra verde y que cuando vio a Lisa le hizo un gesto obsceno con la lengua. Un poco más allá, uno de los sujetos golpeó a Bartussi con el hombro a propósito.

—¿Te crees muy guapo que vas empujando gente?

—Lo siento, no fue mi intención que me chocaras —le dijo Bartussi, con desdén, sin detenerse para discutir.

De pronto, se escuchó un sonido muy fuerte. Todos se dieron vuelta hacia El Cabildo. En el cielo, desde detrás de él, apareció un enorme helicóptero de color blanco. Sus enormes rotores generaban un sonido ensordecedor. Al principio, los camioneros pensaron que se trataba de alguna medida de seguridad, tomada por el ejército para detener ese desastroso e incontrolable caos, lo cual no habría sido una mala idea. Luego pensaron que la presidenta había llamado al helicóptero presidencial para que la fueran a buscar y la sacaran de allí, antes de que intentasen penetrar en La Casa Rosada. “*Una locura*” decía Lisa si alguien pedía su opinión. Pero ambas teorías eran incorrectas. El helicóptero estaba allí con otro propósito y Roberto y la bailarina lo sabían bien. Probablemente eran los únicos conocedores de esa verdad.

Nadie dijo nada.

El helicóptero voló sobre la plaza y se detuvo cerca de la Pirámide de

Mayo. Todos los ojos se habían fijado en él. El ruido ensordecer que habían estado escuchando hace más de diez minutos quedó reducido sólo al que generaban las aspas que azotaban a la multitud con grandes corrientes de aire.

El helicóptero estaba a treinta metros del suelo. Y una de sus puertas estaba entreabierta. Lisa sintió que el cabello se le arremolinaba por la fuerza del viento mientras se hacía visera para ver.

De pronto, todos notaron que algo extraño ocurría. Con las cabezas levantadas, los camioneros, vieron que la compuerta del helicóptero se abría aún más. Alguien se asomó por la abertura que había en su lugar y en ese instante, Lisa presionó fuerte la mano del detective. Sabía que lo pasaría, aunque sólo pudo estar segura de eso durante un segundo. Sin que nadie se lo esperara, sin nada que hacer para evitarlo, un grito estremecedor acuchilló el aire.

En ese mismo momento, un joven fue arrojado hacia el vacío.

—¡No! —gritó Lisa, estirando la mano inútilmente para acercarse y evitarlo, pero Bartussi le impidió avanzar. Ya era demasiado tarde.

Al instante se oyó el sonido del estampar contra el suelo. Y el helicóptero viró peligrosamente, desapareciendo de la vista por el oeste, donde los rayos del sol hicieron destellar el fuselaje. Todo había quedado en silencio. Las banderas no se movían, los bombos ya no eran golpeados por nadie, la gente no gritaba. Todos estaban conmocionados por lo que ocurría y en aquel momento, ni siquiera los reclamos importaban.

Entonces alguien chilló aterrado y la multitud cobró vida de nuevo, pero esta vez de una forma estremecedora. Las personas, horrorizadas por el hecho del que habían sido testigos, empezaron a correr en todas las direcciones, empujándose y dando traspiés. No parecía importarles a quiénes o qué pisaban. Lo único que deseaban en su propio egoísmo, era alejarse de allí lo antes posible. Todo era caos y desastre. Aún más que antes. Uno de los mástiles de las banderas de protesta cayó y golpeó en la cabeza de unos jóvenes camioneros que terminaron inconscientes en el suelo.

En ese momento, Lisa sintió que la multitud la arrastraba y a Bartussi también, pero a ambos direcciones contrarias.

—¡Roberto! —gritó la bailarina.

Intentaron mantenerse juntos sujetos de las manos, pero la fuerza de la aterrada multitud los separó.

Mientras era arrastrada por el agitado gentío, vio desaparecer a su

compañero entre las demás personas...

Ahora sí la situación era realmente caótica. Y más que nunca...

Lisa trastabilló mientras era llevada a rastras por la aterrada muchedumbre. De pronto, empezó a escucharse una sirena y, un momento después, varios patrulleros habían rodeado la plaza. Los focos en sus techos iluminaban los rostros de los apresurados sujetos.

Enseguida un gran despliegue policial se formó alrededor de la plaza. Cercaron el perímetro con las cintas policíacas, que impedían el paso. Muchos de los camioneros que habían estado presentes en la manifestación todavía permanecían allí, observando con curiosidad lo que la policía hacía.

Lisa escuchó unos gritos y levantó la vista. El camarógrafo que había estado rodando toda la escena desde la cima del acoplado estaba siendo forzado a bajar del ahí por un agente.

—¡Déjeme! ¡Yo estoy trabajando!

—Pues yo también —le dijo el policía con poca paciencia—. O se baja o lo bajo yo.

El camarógrafo se dio vuelta y lo miró desafiante.

—¿Con qué pretexto me bajará?

—Está metido dentro del perímetro de seguridad que hemos puesto alrededor de la escena. Le he pedido amablemente que salga y no lo ha hecho. Esta es mi última advertencia. O se baja o lo bajo de un escopetazo.

—¿Eso es pedir amablemente? ¿Amenazando?

El camarógrafo lo miró de arriba abajo con desazón y se perdió de vista. Seguramente había bajado del acoplado. La voz del policía no sonaba a broma.

Lisa volvió a fijar la visión en la escena del crimen. La cerca policial no los dejaba avanzar más. Estaban a casi cuarenta metros de distancia y alrededor del cuerpo había decenas de policías, que no permitían distinguir nada. Sin embargo, a su espalda, muchos de los camioneros más curiosos, en puntas de pie, miraban por encima de los hombros y murmuraban cosas...

Lisa prefería no escucharlos. Echó un vistazo alrededor. La plaza estaba desierta a excepción claro de todo el personal de infantería. Pensó que el camarógrafo debió de tener un muy buen ángulo desde allí arriba. *“Ojalá la policía no le haya quitado la filmación”* pensó ella.

Su mirada terminó de dar la vuelta por la plaza. Bartussi no se veía por ningún lado. Ni tampoco había indicios de gente conocida. Parada delante de

todos, junto a la cinta que la separaba de la escena, escuchaba que los camioneros continuaban quejándose. Algunos se estaban empujando. Trató de volver a ignorarlos.

Contempló la plaza. Había quedado destruida. El suelo estaba repleto de carteles, banderas dadas vueltas, latas de cerveza y gaseosas. Colillas de cigarro, chicles, diarios viejos, dos o tres bombos y por supuesto, el cuerpo humano.

Entonces alguien le agarró la muñeca con brusquedad. La bailarina se dio vuelta preparada para golpear al camionero que había estado discutiendo a sus espaldas. No era la primera mala experiencia que tenía con ellos. Pero cuando giró, quedó deslumbrada por el rostro del detective.

—Oh, Roberto... —dijo llevándose una mano al pecho y respirando para tranquilizarse. — Estaba preocupadísima.

Él asintió con severidad.

—Ven. He encontrado algo.

La bailarina lo siguió entre la multitud, sintiendo la transpiración de su mano, alrededor de su propio muñeca. Golpeó un par de hombros y tuvo que disculparse con varios para evitar aumentar los conflictos.

Salieron de la multitud casi dos minutos después. El aire que se respiraba pese a que el caos ahora parecía controlado, era de mucha agitación. Los coches todavía estaban detenidos en la avenida, pero ya no se escuchaban bocinazos, porque a nadie le interesaba avanzar. La mayoría de los choferes habían salido de sus vehículos, intrigados por lo que pasaba.

Lisa vio que Roberto la conducía hacia un callejón. Se preguntó qué pensaba hacer.

—¿Adónde vamos exactamente?

—¿Recuerdas a Brian Walfri?

Lisa asintió. Era el sujeto que seguía en la lista de personas que iban a asesinar.

—Bueno, resulta que hace un tiempo me enteré de que las supuestas las pruebas que lo implicaban eran insuficientes para mantenerlo detrás de las rejas.

—Ve al grano, Roberto.

—Es inocente... Después de uno o dos meses encontraron al verdadero culpable. Tónitor no debe de haberse enterado.

—¿Y cómo te enteraste tú? —inquirió la bailarina levantando una ceja.

—Porque unos compañeros míos se encargaron de detener al verdadero sujeto. No lo recordaba, pero mientras la multitud me sacudía lo recordé.

Lisa se rascó la nuca incomoda.

—¿Qué vamos a hacer entonces?

—Tenemos que evitar que muera.

Ella bajó la cabeza.

—Acabamos de dejar que ese tal Leonardo sea asesinado —murmuró con pesadumbre—. No creo que sea tarea fácil dar con este tal Walfri.

Bartussi iba a decir algo pero se calló, como si no encontrase verdaderos argumentos para contradecirla...

—Es la primera vez que veo morir a alguien... Podríamos haber sido nosotros... ¿Vale la pena arriesgarnos?

—No sé si vale o no la pena pero... ¿vamos a dejar de intentarlo ahora? Mira... Hoy no pudimos hacer nada porque todo esto era demasiado caótico, pero... si lográramos entrar en el programa de televisión que él hace por la noche, quizás... podríamos advertirle.

—¿Y tú crees que nos creerá? —preguntó poco convencida.

Roberto se achicó de hombros.

—Pues le conviene hacerlo.

Asintió, sin dejar de caminar.

—¿Cómo entraremos al programa? —preguntó.

—Bueno, ese asunto ya está arreglado.

Roberto levantó el brazo y señaló con su dedo a una furgoneta con el logo de canal 88 plasmado en uno de sus laterales. Varios individuos estaban guardando sus equipos en la parte de atrás.

—¿Recuerdas al camarógrafo que estaba sobre el acoplado? Bueno, trabaja en ese canal. Hicimos un acuerdo. Si nosotros le brindamos nuestro testimonio sobre lo que pasó hoy, nos ayudará a entrar —dijo Roberto, todavía caminando entre los curiosos taxistas—. Dijo que no puede llevarnos a esta hora porque es demasiado temprano y no nos permitirán quedarnos, pero podemos acercarnos al canal a la noche y él nos hará entrar.

Lisa inclinó la cabeza en señal de aprobación. Esa tarde, el cielo volvió a cubrirse de nubes negras.

**CAPITULO**  
**23-**  
***“Noticias en vivo”***

La lluvia torrencial que se había desatado estaba prevista para la madrugada del día siguiente. Los del pronóstico habían anunciado que se aproximaba una oleada de constantes lluvias que causarían inundaciones. En el invierno, que ya estaba cerca, era muy común que ocurriese eso, pero al guardia del canal no le parecía divertido en lo más mínimo. Parado bajo la marquesina que citaba el nombre del edificio, el hombre se levantó los pantalones para evitar mojárselos. El viento era helado y el agua que caía del cielo se acumulaba en los pozos de la acera, o bajo las mismas baldosas. Furioso, retrocedió y subió los escalones para alejarse del suelo.

Le echó un vistazo a la recepcionista y ésta le sonrió burlona. Se llevaban muy mal, pues ella era una mujer particularmente falsa. Siempre fingía ser amable con todos y luego los denigraba por detrás, casi como si se tratase de una persona diferente.

El guardia se había enterado de que ésta había dicho muchas cosas feas sobre su trabajo durante un largo tiempo.

La había enfrentado exponiéndole todo lo que pensaba sobre ella en una ocasión y desde entonces habían mantenido una fuerte enemistad. Pero pese a su odio, tenía que admitir que en ese momento había perdido la batalla. Ella estaba dentro del edificio protegida de la lluvia y el frío por un calefactor y un cielorraso con siete pisos encima, mientras él estaba allí, con los pies empapados, viendo pasar coches por la calle y gente que corría a refugiarse bajo algún techo.

Un taxi se detuvo de pronto en el borde de acera. Las ventanas estaban empapadas. Era difícil distinguir quién estaba adentro. El guardia aguzó los ojos; cientos de gotas de agua repiqueteaban contra el amarillento techo.

Entonces la puerta se abrió hacia fuera.

A pesar de la presteza que emplearon Roberto y Lisa al correr hacia el edificio, luego de bajar del taxi, no pudieron evitar llegar empapados al

vestíbulo. En la puerta había un guardia, parado bajo la protección de una marquesina gigantesca que se extendía a lo largo de toda la cuadra. Parecía molesto de hallarse en aquel sitio. La lluvia que repiqueteaba en el suelo, le mojaba los pies constantemente. *Eso seguramente le traerá un resfriado*, pensó Lisa sintiendo pena por él.

Le resultaba curioso notar lo mucho que había cambiado su personalidad. Estando junto a Roberto, se sentía una mujer nueva. No le avergonzaba mostrarle en lo más mínimo sus sentimientos. Era como si la costra protectora que había forjado a su alrededor, hubiese sido sustituida por sus brazos.

El detective abrió la puerta de vidrio, tirando de la manija hacia atrás, y dejó que la bailarina pasara primero.

—Gracias —susurró.

En el rostro del detective había sólo seriedad.

Las luces del lugar eran cálidas pero suaves y los suelos y paredes, blancos y relucientes. Avanzaron hacia el interior, agradecidos de alejarse de la lluvia. Varios bancos de espera descansaban en los rincones del sitio bordeados por algunas masetas con plantas y varios logotipos pegados en las paredes. En medio había una especie de atril oblicuo de vidrio con el símbolo del canal en la parte más vistosa, ocupado por una recepcionista de rostro amigable.

—Buenas noches —saludó ella al detective esbozando una grandiosa sonrisa.

—Buenas noches.

—¿En qué puedo ayudarlos? —preguntó. Tenía un tono francés que de ninguna manera podía disimularlo.

A Roberto su amabilidad le cayó muy bien. Era bastante carismática. Tenía los labios pintados de un rojo vivo, el cabello negro azabache fuertemente sujeto en un rodete con palillos y los ojos delineados de rosa chillón. Manejaba el español a la perfección, pese al evidente y marcado acento francés en su voz.

—Bueno habíamos hablado con un trabajador del canal. Queríamos presenciar el programa en donde trabaja el señor...

—¿Walfri? —preguntó y frunció los labios repentinamente en desaprobación. — Lo siento, pero el programa va sin audiencia.

—Pero el camarógrafo...

Ella agitó el dedo negando que continuara hablando.

—El programa ya está por comenzar. Si no hay nada más que requieran, les pediré que se retiren. Estoy muy ocupada —dijo y esbozó una sonrisa. Se dio vuelta y volvió a concentrarse en su computadora.

—Burplot nos dijo que viniésemos. Él nos haría pasar —informó Lisa, con voz fuerte y puso las manos ruidosamente sobre el atril.

La recepcionista con los dedos en el teclado, levantó la cabeza.

—¿Burplot? ¿Se refiere a Augusto Burplot? —soltó una carcajada—. Él es sólo un camarógrafo. No da las órdenes aquí, *madeimoselle*.

—Seguramente usted tampoco —la interrumpió la bailarina.

La recepcionista la escrutó un momento sonriendo, aunque sus ojos demostraban otra postura.

Por un momento Bartussi imaginó a la mujer agarrando el vaso de agua que tenía a su lado, y arrojándoselo a Lisa, pero la mirada de la bailarina parecía más desafiante que la de ella.

—De acuerdo —dijo la francesa, yendo hacia un teléfono que estaba posicionado a su izquierda—, esperé un momento, entonces. Intentaré comunicarme con él.

Todo lo que la mujer dijo durante la conversación fue acompañado de una sonrisa y un tono de voz cautivador característico, pero que denotaba cierta falsedad.

Levantó el teléfono. Marcó un par de números con sus dedos de uñas pintadas de color escarlata y esperó. Enseguida alguien la atendió. Dijo unas cuantas palabras y finalmente colgó sonriendo.

—El señor Burplot bajará enseguida. Pueden esperarlos sentados en aquel lugar.

—Gracias —le dijo Roberto y arrastró a Lisa hacia los asientos que estaban en un rincón.

Bartussi aún parecía cansado, melancólico, como si el recuerdo de lo que había hecho José en el pasado persistiera en su memoria. Ella creía que aquello nada que ver tenía con la culpa. Simplemente era una especie de decepción... o desilusión más que nada. Ahora sabía quién era realmente su compañero. Había compartido muchos años con él. Su recuerdo se había manchado con algo tan difícil de quitar como el petróleo mismo. Lisa imaginaba lo que debía estar sintiendo y pensó por un momento, en acariciarlo, pero algo le dijo que no lo hiciera.

Ninguno abrió la boca para hablar durante el resto de la espera y aunque Lisa buscó en varias ocasiones su mirada, este parecía no querer encontrarla. Bartussi empezaba a preguntarse cómo nunca había sospechado de José. Muchos eran los rumores sobre tales acusaciones, pero... su percepción le había dicho que no, que creyera en su compañero... Empezaba a replantearse si realmente tenía un sexto sentido o si simplemente había tenido suerte, un carismático guiño del universo, que parecía haberlo abandonado ahora.

La bailarina suspiró y se concentró en sus manos, apoyadas ahora sobre su regazo, tías como una piedra. El silencio entre ambos se había vuelto bastante incomodo. El detective parecía preocupado, enojado y dispuesto a sólo hablar, de ser necesario.

Mientras esperaban, Lisa cambió de blanco y observó al guardia parado en la puerta. Cada dos por tres, sacaba a escondidas un pequeño pañuelo a lunares de su bolsillo y se lo pasaba por la nariz para secarse los mocos; claramente ya estaba empezando a resfriarse como ella había vaticinado. Cuando el hombre se volteó, ella bajó la cabeza, fingiendo no haberlo visto.

—¡Oh, señor Roberto!

La bailarina levantó la vista. De lo lejos, se acercaba un hombre de rostro amigable, de cuarenta y cinco años aproximadamente. Traía puesto un chaleco verde y una remera gris por debajo. Vestía de lo más común. Una gorra roja ocultaba una cabellera negra entre cana y daba sombras a un rostro de facciones marcadas y prominentes.

Lisa se puso de pie para acercarse a él, pero Roberto fue primero.

—Señor Burplot —dijo sonriendo y le dio un apretón de manos. —  
¿Qué tal?

—Bien, bien. ¿Cómo está usted?

—No tan bien como me gustaría pero... Le presento a mi amiga, Lisa Stewart.

El camarógrafo se acercó a ella y le dio un beso en la mano.

—Es usted una mujer muy atractiva, Lisa...

Ella se ruborizó, pero sonrió. No porque le agradase, sino porque no pretendía hacer nada que pudiese dificultarles la entrada.

—¿Qué andan haciendo por aquí? —preguntó poniéndose las manos en la cintura.

Roberto frunció el entrecejo.

—¿Recuerda que habíamos acordado encontrarnos para presenciar el

programa de Brian Walf...?

—Oh, lo había olvidado. Tuvimos un millón de problemas hoy —lo interrumpió con torpeza, dándose un golpe en la frente. — Pero... lo veo complicado ahora, señor Bartussi.

Lisa notó que ya no lo llamaba por su nombre. ¿Podría ser eso una mala señal?

—¿Por qué?

—Los productores no dejan entrar a nadie ajeno a la programación — dijo negando incomodo.

La bailarina se acercó a él, enredando un mechón de su cabello con un dedo.

—Pero... prometemos portarnos bien —le dijo dulcemente.

Lisa sabía que utilizando los métodos de seducción adecuados, cualquier mujer podía conseguir lo que quería..

Roberto sintió que la sangre le hervía en el cerebro. Apretó su puño.

—Sé que lo harás, corazón. Pero no depende de mí —se excusó el camarógrafo.

La bailarina avanzó un poco más hacia él, con el rostro y los ojos dispuestos a convencerlo.

—Por favor —articulaban sus labios en un susurro lento—. Necesito verlo, es muy importante.

Lisa puso una mano en su hombro, y se acercó aún más a él.

—Está bien —dijo un poco nervioso—. Tengo una idea. Todavía faltan unos minutos para que empiece el programa. Puedo llevarlos a su camarín. Pero sólo eso. Otra cosa no les puedo ofrecer.

Lisa era una experta en seducción. Había aprendido todo lo que necesitaba en sus muchos años como nudista.

—Descuida. Es excelente.

Era cierto. La idea del camarógrafo era mejor que tener que intentar hablar con el conductor del noticiero en medio del programa, fuera del alcance de las cámaras.

El hombre se dio la vuelta y ella miró a su alrededor. La recepcionista parecía incrédula ante la situación. Sus ojos estaban abiertos como platos.

—Sígueme.

El camarógrafo los guió hasta un ascensor cercano al vestíbulo. Entraron en él y lo pusieron en marcha presionando un botón verde.

Ascendieron varios pisos en silencio, Lisa entre medio de los dos hombres. No podía encontrar una situación más incómoda que aquella, pero aún debía mantener su papel.

—¿Tienes pareja, Lisa?

—Oh, no. Estoy sola —dijo fingiendo un tono complaciente—. ¿Y tú?

—No, pero ando en la búsqueda. Que coincidencia ¿verdad?

Hubo un momento de silencio extraño. Lisa sentía cierta tensión entre ella y Roberto, una tensión que parecía incrementarse a medida que subían e intercambiaba más y más palabras con el camarógrafo.

—¿Por qué tienes tanto interés en ver al presentador Walfri? Es sólo un anciano aburrido.

—Bueno, soy una gran admiradora suya.

—Raro... ¿Y no era mejor verlo desde la televisión de tu casa? Con esta tormenta yo no saldría, a menos que no me quedara otra opción.

Ella soltó una risita.

—¿Te molesta que haya venido? —preguntó tratando de disuadirlo.

—No, para nada. Siempre es un gusto ver mujeres hermosas como tú, pero me intriga. Realmente es un anciano sin gracia.

—Puede ser, pero... yo soy de Mendoza y es mi primera visita a Buenos Aires. No podía perderme la oportunidad de verlo —dijo modulando la respiración—. Me interesa mucho poder conversar con él sobre un tema que estudie en la universidad. Él es un presentador excelente, un digno periodista argentino...

—Sí, claro, excepto por una cosa, “gran admiradora” —dijo el camarógrafo y las puertas del ascensor se abrieron—. No es argentino.

Lisa suspiró acalorada cuando salió de la caja metálica.

—¿Tienes amigos camioneros?

—No...

—¿Y qué hacías en la manifestación hoy?

—¿Por qué tantas preguntas? —interrumpió Roberto muy serio.

El sujeto no hizo más preguntas acerca de nada. Los guió por un largo pasillo de paredes blancas y suelos alfombrados de azul. Las luces eran fuertes y cegadoras. Roberto respiraba hondo tras ella, como si no quisiese colocarse a su lado, como si quisiese mantener cierta distancia. Ya se estaba convirtiendo en una situación extraña.

—Por aquí —dijo el camarógrafo al girar en la esquina del corredor.

Dieron unos cuantos pasos a la derecha y llegaron hasta una zona donde las luces se volvían más tenues y las puertas tenían nombres. Buscaron la que decía Brian Walfri. Se hallaba cerca del final del pasillo. Una maquilladora estaba saliendo cuando ellos llegaron, pero al verlos se apresuró a cerrarla y marchar.

Roberto se alejó y le pidió a Burplot que lo siga. Ambos se alejaron del camarín.

Lisa golpeó la puerta con los puños suavemente. Alguien se rió del otro lado.

—¿Qué buscas esta vez, Roxana? —preguntó picaronamente; su voz estaba amortiguada por la hoja de madera que los separaba.

Cuando abrió la puerta, la sonrisa que tenía en el rostro se borró instantáneamente.

—¿Quién es usted? —preguntó mirándola con el ceño fruncido.

Del otro lado, se erguía un individuo de aspecto severo y fino. Era anciano y tenía la cabeza calva como una esfera de cristal. Miró a Lisa durante un momento sorprendido, como si hubiese visto a un fantasma. Vestía un elegante traje gris, corbata azul y era bajito y gordo. Unas arrugas pronunciadas decoraban su amplia frente y bolsas de la edad se le marcaban bajo los ojos.

—¿Desea algo? —inquirió escrutándola petulantemente al notar que se había quedado inmóvil ante su presencia.

Lisa sacudió la cabeza como si le hubiese cortado la respiración de los nervios.

—¿Es usted Brian Walfri? —preguntó. Sus ojos eran celestes como el cielo.

—Sí, lo soy... ¿quién es usted?

—Mi nombre es Lisa Stewart... no puedo decirle mucho más que eso ahora, pero necesito que me siga fuera del canal y ahí le explicaré. Tenemos que marcharnos de aquí antes que...

El hombre frunció la frente. Claramente aquella mujer no pertenecía a la productora.

—¿Qué está diciendo?

—No puedo explicárselo aquí, pero debe seguirme...

—¿Pero qué se cree? —preguntó alterado, con ojos indignados—. ¿Es

productora o algo así?

Ella lo negó con un movimiento de cabeza, aunque el conductor ya sabía la respuesta.

—¿Está... vendiendo algo? —pero al mismo tiempo en que lo preguntaba, notó que no cargaba nada que pudiese ser mercancía.

Ésta volvió a repetir el gesto: sacudió su rostro en negación.

—¿Quién es, entonces?

—Hay cámaras observando y micrófonos escuchando —dijo señalando las cajitas electrónicas con luces rojas parpadeantes que colgaban en los extremos de los corredores—. Debo hablarle de algo muy importante y necesito que me siga hasta mi casa. Su vida corre grave peligro.

—Usted está loca —esputó apoyando un dedo en su sien—. No pienso irme con usted. Ni siquiera sé quién es.

—Mi identidad no importa ahora, señor Walfri, por favor. Es crucial que me acompañe fuera del edificio. Su vida corre peligro. —sentenció Lisa — Si no lo hace, se arrepentirá.

—Por favor, váyase. —le dijo Brian, intentando cerrar la puerta con desgano.

La bailarina interpuso la mano con fuerza entre la hoja de madera y la pared y evitó que la cerrase.

—¿Acaso no está escuchándome? —cuestionó ansiosamente— Esto es serio.

—No estoy interesado —insistió el conductor, despreocupado—. Por favor, váyase.

E intentó cerrar de nuevo la puerta de su camarín. Como había ocurrido anteriormente, Lisa lo evitó. Walfri estaba agotado, y la molesta insistencia la mujer lo crispó.

—Oiga, sino se va de aquí, llamaré a seguridad.

Lisa lo miró con descaro, conteniendo las ganas de llevárselo a rastras o darle una bofetada para que la escuchara.

—Bien, si así lo quiere, me retiraré —cedió al fin— pero usted se va a arrepentir.

Lisa se acercó a Roberto. No se le ocurría ninguna otra manera de explicarle el conductor el peligro que corría, que no fuera decírselo directamente explicándole toda la situación.

—¿Qué tan importante es para ti poder hablar con Brian, Lisa? —le preguntó el camarógrafo, al ver su expresión de decepción.

—Muy importante —le dijo ella, con aire preocupado—. Para hacerlo más dramático diría que es de vida o muerte.

Burplot dudó un momento, rascándose la nuca.

—Bien. Entiendo que hay algo que me están ocultando. Claramente ustedes no estaban en la manifestación porque sí hoy ¿no?

—No...

—Yo te vi, en la grabación... ¿Intentabas evitar lo que pasó? ¿El joven asesinado era conocido tuyo?

La bailarina no respondió sin embargo, sus ojos se enfocaron fijamente en los del camarógrafo.

—Está bien, no quieres hablar, pero si quieres que te ayude, tienes que decirme algo...

—Tienes razón... —suspiró la bailarina— Era nuestra intención evitar que el asesinato... pero no porque fuera conocido nuestro. Simplemente sabíamos que ocurriría y queríamos evitarlo. Sabemos quién está detrás de todo esto... Y por razones muy importantes, necesito poder hablar con señor Walfri fuera del edificio.

El camarógrafo la estudió un momento, preguntándose si no estaba a punto de cometer un gran error.

—Está bien. El programa empieza en diez minutos. Los haré entrar al estudio. Mi tío es muy influyente aquí, pero compórtense adecuadamente, por favor. O perderé mi empleo.

Lisa sintió que la ansiedad le hacía cosquillas en los brazos.

—Gracias —le dijo y le tomó la mano en un gesto de agradecimiento. Luego lo soltó.

Burplot caminó hacia la otra punta del pasillo y abrió una pesada puerta blanca, que si no hubiese sido señalada por él, Lisa y Roberto no habrían visto. Era como si formara parte de la pared.

Los hizo entrar al estudio del noticiero. Lisa reconocía ese tipo de lugares gracias a Paola y los odiaba. Había focos cegadores colgando del techo y una cantidad incalculable de cables esparcidos por todo el suelo. Ni siquiera podía distinguir a qué artefacto electrónico pertenecía cada uno.

—Por favor, guarden silencio —les pidió el camarógrafo en un susurro

—. Pueden quedarse, pero si los productores o la seguridad les piden salir, háganlo.

Lisa asintió con la cabeza. El hombre se alejó de ellos y se posicionó en su lugar, detrás de la cámara “4”. Desde dónde estaban, el plato principal que ocuparía el presentador se veía a la perfección. Era una especie de atril, como el de la recepción, pero mucho más espacioso y fino. Estaría ocupado por Brian Walfri y cuatro o cinco cámaras que lo apuntaban fijo.

—¿Realmente crees que esto funcionará, Lisa? —preguntó Roberto de repente con voz queda.

Ella se volteó. El rostro del detective estaba tenso, casi crispado. ¿Qué le sucedía? ¿Seguía mal por lo de José o por su jugueteo con el camarógrafo?

—¿Qué te sucede? —le preguntó desconcertada.

—No me gustó nada lo que hiciste —sus palabras fueron directas.

—¿Te refieres a...?

—Sí, a tú actitud con el camarógrafo —dijo entre dientes—. Había olvidado que tienes talento nato para provocar sexualmente a los hombres.

—¡Roberto! —soltó ella sorprendida ante la ira del detective, hundiendo la cabeza entre sus hombre.— ¿No te das cuenta de que sólo lo hice para poder entrar a este lugar?

—No me interesa por qué lo hiciste... ¿Quieres volver a tu antiguo empleo? Yo me sentí... Deberías... Bah, olvídale.

—Sí, voy a olvidarlo —dijo Lisa enfadada. Ésta vez no se callaría—. Te voy a hacer un favor y olvidarlo.

Se volteó en silencio y fijó su mirada, casi melancólica, en el plato. Cerró los ojos y se concentró en lo que realmente había ido a hacer.

El director se paseó por el estudio, dio unas cuantas órdenes y gritó:

—Silencio. Estén listos —ordenó nervioso—. Cámara 2 primer enfoque.

El individuo que ocupaba el lugar detrás de dicho artefacto encendió un botón y una luz roja parpadeó en la cámara.

—Tres... dos... Acción.

Todos guardaron silencio mientras el gráfico del programa salía al aire. Cuando terminó, el director dio la señal con un movimiento de mano y el presentador comenzó a hablar.

—Muy buenas noches a todos y bienvenidos a una nueva edición de

“*Noticias en vivo*” —la voz de Walfri era de locutor; fuerte pero modulada al mismo tiempo. —Como todas las noches, les traemos las últimas noticias sobre lo ocurrido en el mundo entero, durante una hora. Pero primero repasaremos los títulos.

Un gráfico ocupó la pantalla nuevamente.

—Incidente en Iglesia de París —dijo el presentador. Ese era el título de la primera noticia—. Esta tarde, cerca de las siete, un terrible incendio se produjo en el cementerio trasero de una iglesia ubicada en el norte de París.

Ahora en la pantalla había imágenes de un cementerio en llamas.

—No hubo heridos afortunadamente, pero se cree...

Durante dos minutos varias noticias ocuparon la pantalla y fueron narradas por el presentador con voz elocuente y precisa.

—Y en nuestro país, hoy más precisamente, un hecho realmente sorprendente y macabro dio fin a la manifestación de camioneros en Plaza de Mayo. Un asesinato muy desagradable. Nuestras cámaras fueron las únicas testigos de este episodio. Los hechos siguen siendo muy confusos. La policía ha mantenido un total hermetismo alrededor del crimen; pero se cree, gracias a la filmación que logramos obtener de las manos de nuestro excelente equipo, que no fue algo casual. La víctima, reconocida como Leonard Jarren, fue empujado al vacío desde un helicóptero. Aún se desconoce si la policía tienen un sospechoso, pero...

Lisa estaba parada junto a Roberto, hacia quien ahora sentía cierto desprecio. Su manera de descargarse había sido muy cruel. Cerró los ojos, lamentando que la situación haya llegado a ese punto. Estaba enamorada de él y eso parecía incrementar la gravedad y el significado de sus palabras.

Sin pensar más en si el detective pudiese estar arrepentido o no, cerró los ojos. Él no había dicho nada, pero su silencio parecía de lamento... No importaba igual. Ahora el objetivo era otro.

## CAPÍTULO

24-

*El profesor Mercuri.*

El gráfico volvió a desaparecer cuando el conductor terminó de recitar las noticias. Enseguida el director volvió a ordenar a la cámara dos, que era la del frente, que enfocase al hombre. La luz roja volvió a encenderse.

—Y ahora, el pronóstico por el meteorólogo Ling Suath. —dijo sonriendo.

El director dio otra orden y la cámara cuatro enfocó otra parte del plato donde había un sujeto de pie, parado delante de un televisor plasma. Era un joven japonés.

—Bueno, Brian, como saben la ciudad de Buenos Aires esta noche está completamente cubierta de nubes y lluvias torrenciales bastante fuertes. No es algo inusual, ya que venimos teniendo este tipo de precipitaciones hace casi un mes. La temperatura está corriendo alrededor de los diez grados centígrados. Creo que podemos considerarla una linda noche para quedarse en casa.

—Sí, claro, Ling, pero dínos. ¿Qué se esperaba para el resto de la noche?

—Bueno, se espera que las constantes lluvias torrenciales continúen a lo largo de toda la madrugada en toda esta zona —dijo remarcando una región de la ciudad con el dedo en la pantalla del plasma—. Aquí, probablemente cesarán cerca del amanecer, dependiendo de las condiciones de viento y aquí directamente, se especula que no lloverá hasta la semana entrante. Algunos meteorólogos alertan sobre posibles inundaciones en algunos vecindarios de la zona sur, por lo que han decidido imponer el alerta meteorológico.

—Habrá que regresar a casa temprano entonces. Bien, bueno, muchas gracias, Ling. En un rato volveremos para que nos adviertas sobre cómo continuará el clima en los próximos días.

—Desde luego.

El director dio una orden con un movimiento de brazos y la cámara dos volvió a encender la parpadeante luz roja. Ahora la imagen que verían los televidentes era la del conductor.

—Pero antes, como habíamos prometido la semana pasada, tendremos el honor de recibir al afamado profesor Mércuri, que nos hablará sobre una noticia muy interesante que circula en el medio hace poco y nada se sabe. Un descubrimiento legendario...

El profesor entró apresuradamente al estudio, sin preocuparse por tropezar con todos aquellos artefactos y serpientes eléctricas, y se colocó cerca del conductor, en la silla contigua a la suya, pero por supuesto, fuera del

alcance de las cámaras, cuyos lentes no lo enfocarían aún. Hacían un plano muy cercano de la figura del conductor.

—La iglesia más antigua del mundo. Hace unos días informábamos la noticia de su descubrimiento, pero hasta entonces escaseaban los datos. Hoy el inteligentísimo profesor Mércuri, quien ha dado charlas sobre teología y arquitectura religiosa en las universidades más importantes del mundo, nos esclarecerá un poco el concepto que manejamos sobre este hecho. ¿Es cierto que se trata del templo cristiano más antiguo de la historia? ¿Ustedes también quieren saberlo? Bueno, esa será una de las principales incógnitas que nos responderá. Bienvenido, profesor.

La cámara enfocó de pronto al otro hombre. Lisa desde lejos no había llegado a ver perfectamente su apariencia. Lucía como de unos sesenta y cinco años, era refinado y tenía un halo de intelectualidad alrededor. Su cabeza parecía un camino de campo. La calvicie se le extendía desde la frente hasta la nuca, y algunos cabellos blancos bordeaban sus orejas. Era muy delgado, pero de altura considerable. Vestía una chaqueta de paño bordó, una camisa blanca por debajo y unos jeans sueltos que cubrían la extensión de sus largas piernas.

—Gracias, muchas gracias por haberme invitado —dijo el hombre modestamente.

Lucía tan tranquilo... A Lisa le hubiese encantado estar así en el programa de Manguibert, cuando era Paola.

—Díganos, profesor, ¿qué sabe sobre éste supuesto descubrimiento?

El anciano se acomodó la chaqueta y se preparó para hablar.

—Bueno, Brian, si queremos entenderlo del todo, antes que nada creo deberíamos adentrarnos en la historia en el paso a paso. Hasta el año 313 después de Cristo varios rituales cristianos habían sido prohibidos por el Imperio Romano. Una aberrante disponibilidad en la por supuesto no existía la libertad de creencias. Esta prohibición, sin embargo, no evitó que los fieles olvidaran a su Dios, pero sí los obligó a recluirse en secreto para rezar en catacumbas o casas privadas muy antiguas. Las iglesias más viejas encontradas hasta el momento, datan aproximadamente del año 330. Una de ellas es la Basílica del Santo Sepulcro de Jerusalén y la otra, Iglesia de la Natividad, en Belén, ordenadas a construir por el emperador Constantino I, de las que apenas se conservan restos originales, lamentablemente.

El profesor hizo una pausa para poder volver a hablar. Todos lo miraban expectantes.

—Hoy podemos decir que la Iglesia más antigua hasta el momento ha aparecido y descansa bajo la prisión de Megiddo en Jerusalén, al norte de Israel. Fue descubierta por sesenta convictos, que trabajaban en la ampliación del centro que los encierra en su interior, ya que éste se había quedado pequeño para los centenares de presos comunes y de palestinos presuntamente implicados en acciones anti israelíes.

»La sorpresa de los convictos fue tan inmensa que algunos creyeron se trataba de un simulacro. No habían supuesto, en ningún momento, que a medio excavar, darían con los restos de una construcción que podía pasar a ser la iglesia cristiana más antigua del mundo. Cuando me enteré de esto, viaje inmediatamente a Jerusalén a estudiar el lugar. Tuve la suerte de encontrar entidades muy amables. Me regalaron el testimonio de uno de los presos. Su nombre era Ramil Razilub: *“...Nunca había soñado con algo así... Para nosotros fue una señal de esperanza... Cuando lo encontramos, sencillamente tuvimos que seguir trabajando. Es increíble...”*.

Las personas dentro del estudio estaban todas en silencio.

—Traje algunas imágenes que los de control pasarán por la pantalla.

Enseguida salieron al aire unas fotografías muy curiosas sobre la deteriorada y antigua iglesia.

—Tuve la oportunidad de bajar al pozo acompañado por varios profesionales. El templo es una construcción de nueve metros por seis, tapizada por un suelo de mosaicos que se remonta al siglo III, casi a principios del IV. Entre los restos se pude apreciar una sencilla mesa de madera aparentemente usada para celebrar una comida en recuerdo de la Última Cena, en sustitución al altar habitualmente empleado por los cristianos. Me explicó el profesor Leat di Segnit de la Universidad Hebrea, uno de los hombres que tuvo la oportunidad de bajar conmigo, que en el mosaico hay tres inscripciones escritas en griego antiguo, en las que se emplea la palabra mesa en lugar del término altar, lo que podría suponer una revolución para el estudio de la antigua cristiandad.

Según la primera inscripción en griego el lugar fue consagrado a Jesucristo. En la misma, situada a la izquierda, figura el nombre de una mujer, llamada Ekeptos, que fue quien «donó esta mesa al Dios Jesucristo». En la segunda inscripción, en cambio, están escritos los nombres de cuatro mujeres; y en la tercera, en la parte superior del mosaico, aparece mencionado el nombre de Gainus, el oficial romano que habría financiado la construcción del

lugar de culto.

—¿Y qué piensa usted, profesor? —preguntó Brian Walfri. —¿Es posible que se trate de la iglesia más antigua realmente?

—Sí, sin duda lo es. Al menos hasta el momento. La cristiandad hoy en día sigue siendo la religión predominante en el mundo, y creo que más ahora con este descubrimiento.

—Dígame profesor, sin alejarnos tanto del tema...—dijo Walfri con interés, tras acomodar sus notas— ¿Qué piensa de estos asesinatos tan atroces que están ocurriendo en Buenos Aires? Ya son... cuatro las víctimas de este grupo de criminales.

—¿Qué puedo decirte, Brian? Estoy horrorizado como todos los argentinos. Asustado también. —dijo el profesor con la manos enlazadas sobre el atril y con el ceño fruncido. — Realmente me resulta muy misterioso el modus operandi del o los asesinos. Y raro que con tanta presencia policial en las calles, sigan ocurriendo. La palabra “*Purificado*” que está presente en cada uno de estos crímenes me suena muy sectaria.

Lisa, parada en un rincón del estudio, con los brazos cruzados miraba sin ver a los personajes sentados detrás del atril. Estaba considerando un plan muy poco ingenioso, si tenía que ser sincera consigo misma, pero era necesario. De otra forma...

Cerró los ojos y no le costó nada recordar los días que disfrutaba cuando era niña y se vestía alegremente con sus disfraces de divas. Desconocía por qué razón esos recuerdos habían reaparecido ahora, pero le subieron la moral y fueron el último empujoncito de valor que necesitaba.

Un teléfono sonó en medio del estudio, trayéndola nuevamente a la realidad. Todas las personas que se hallaban allí dentro giraron las cabezas molestas. El teléfono pertenecía a Roberto y estaba interrumpiendo la transmisión.

—¡Salga de aquí! —le susurró el director furioso, haciendo señas con sus manos, demasiado ocupado para sacarlo él mismo—. ¿Qué hace aquí dentro?

Roberto, avergonzado por la situación salió del estudio. Atendió en el pasillo.

—¿Hola? —dijo.

Esperó pensando que tal vez podía ser Gust. Luego guardó silencio. Las palabras que cruzaron el teléfono y fueron hasta sus oídos lo inmovilizaron...

¿Qué rayos...?

Mientras tanto, dentro del estudio, Lisa decidida a evitar otro asesinato, se descruzó de brazos e hizo algo que había considerado sólo por un momento, aunque la idea le aterraba...

Cuando Roberto cerró el teléfono celular y se lo guardó en el bolsillo del pantalón no era capaz de asimilar lo que había escuchado. La voz del individuo que lo llamó...

Paralizado, observó el iluminado y desértico pasillo como si aquella telecomunicación lo hubiese arrastrado muy lejos de allí.

De pronto, escuchó gritos. Se extrañó. Provenían del interior del estudio... ¿Qué carajos? Era Lisa. Sin vacilación alguna, abrió la puerta empujándola violentamente hacia adentro y presencié una escena que no esperaba encontrar ni lejanamente...

La bailarina descruzó los brazos, luego de ver salir a Roberto por la puerta, y avanzó sin medida hacia el plato donde estaban el conductor y el anciano. Una determinación infranqueable destilaba de sus ojos. Estaba dispuesta a llegar hasta el conductor y exponerle la situación; ofrecerle su ayuda, aunque él no la quisiese. Si, quedaría expuesta ante las cámaras de todo el país. Pero no le importaba, no si eso impedía un nuevo asesinato.

Aumentó la velocidad de su paso, escuchando el apresurado sonido de sus borcegos contra el suelo del estudio. Esa noche estaba dispuesta a todo.

Los guardias no fueron capaces de reaccionar a tiempo.

Lisa apareció en el plato, y corrió hacia al presentador Brian.

—¿Qué es esto? —preguntó el hombre asustado, levantándose de su silla— ¿Qué está pasando?

—¡Señor Walfri! —gritó Lisa.

Tres guardias cerraron sus brazos alrededor de la bailarina.

La desconcertada expresión del conductor, era honesta en demasía; nadie podría pensar que se trataba de una estrategia televisiva.

—¿Qué sucede? —preguntó el director del programa, desde su lugar, sorprendido.

Miraba alternativamente a los productores y a Lisa. Un micrófono con auricular colgaba de su cuello.

—¿Quién es ella?

La intervención de la bailarina los había tomado por sorpresa a todos y su fuerte resistencia a los guardias aún más.

—¡Brian! —gritó nuevamente con todas sus fuerzas.

El presentador la observaba extrañado desde detrás del panel.

—¡Brian! ¡Escúcheme!

Los guardias forcejeaban a contra fuerza, incapaces de contenerla.

—¡Yo estaba en Plaza de Mayo! ¡Y el hombre asesinado en El Obelisco era un conocido mío! ¡Yo sé lo que está pasando! ¡Y usted será el próximo! ¡Quieren matarlo! ¡Tiene que escucharme!

Más desconcertados que antes, todos los oyentes se volvieron hacia el reportero.

Mientras la arrastraban dificultosamente hacia la salida, el director se preguntó si no sería mejor dejar que la mujer se acercase y expusiera sus conocimientos acerca de los incidentes en El Obelisco y en Plaza de Mayo. Pero pensó también que quizás podría tratarse de una simple psicópata.

Antes de salir del estudio con una cantidad incalculable de miradas puestas en ella, Lisa miró al camarógrafo suplicante. Pero él no podía hacer nada, al menos no en ese momento.

Pasó por al lado de Roberto, que también mostraba extrañeza ante la situación.

*¿Se había vuelto loca?*

La arrastraron hacia el interior del ascensor y la hicieron esperar en la recepción hasta que llegase la policía.

Dentro del estudio todavía se respiraba un aire de excitación.

—Bueno, iremos a una pausa mientras intentamos arreglar ciertos problemas —dijo el nervioso reportero, ahora sentado nuevamente junto al asustado profesor, en cuya mirada destellaba la curiosidad—. Enseguida volveremos con más noticias.

El director hizo un movimiento de manos para indicar que dejaran de grabar. Cuando estuvieron fuera del aire gritó furioso a todos:

—¿¿Quién demonios dejó entrar a esa mujer aquí?!

Burplot cerró los ojos. Estaba escondido tras su cámara. Sabía que había cometido un gran error al dejarla pasar. Podía ser despedido, si alguien observaba las cámaras del pasillo.

Suspiró con nerviosismo y miró hacia la puerta abierta que daba al corredor del estudio. Se preguntaba qué demonios le había ocurrido a la mujer.

—Señor, eh... ¿podría salir a tomar un poco de aire? Estoy algo mareado con todo esto.

—Bien, bien —dijo el director preocupado por su estado y el de algunos otros que estaban tan pálidos como él—. Tómame cinco minutos. Todos pueden tomarse cinco minutos de receso. Lo necesitamos... sin dudas.

El camarógrafo salió del estudio rápidamente y bajó en ascensor hasta la recepción.

Lo primero que vio, cuando salió de la caja metálica, fue a un grupo de individuos que se cerraban en un muro circular alrededor de Lisa. Eran los guardias de seguridad del canal. Si ellos estaban allí no podría acercarse para hablar con la mujer. Debía inventar una excusa para hacerlos marchar. Se rascó la nariz mientras avanzaba a grandes zancadas. Tenía una idea. Suspiró aún nervioso y se acercó a ellos rápidamente, sabiendo que lo que iba a hacer acarrearía grandes problemas.

—Disculpen, señores —les dijo pasando entre ellos—. El director de seguridad los espera en el tercer piso ahora. Quiere darles instrucciones sobre cómo proceder cuando llegue...

—Discúlpeme usted, camarógrafo —lo interrumpió el jefe de los guardias con el rostro irritado—, pero el director puede comunicarse conmigo mediante este aparatito. No necesita enviar a nadie.

Y señaló los auriculares negros y diminutos que tenía metidos en las orejas.

—Sí, ¿pero acaso yo hablo en chino? Dije tercer piso. Ahora mismo, no está en su despacho. No lleva consigo el walkie talkie. Está en una oficina particular, hablando con el director de programación. Deberían ir. Saben que es muy cabrón cuando no hacen lo que quiere.

El jefe guardia, aguzó su visión, como si intentase descifrar un mensaje oculto en sus pupilas.

—Bien. Vamos, entonces. Pero usted preocúpese por usted, no por

nosotros —dijo antes de moverse.

Burplot odiaba a los de seguridad. Se creían mucho por llevar una pistola eléctrica en el cinturón.

Los otros guardias se echaron miradas de extrañeza al escuchar la orden del jefe pero acataron el mensaje enseguida. Seguramente el director quería advertirles algo sobre la mujer que había causado los disturbios o tal vez decirles cómo debían actuar ante los policías, con los cuales frecuentemente se enfrentaban en disputas fuertes. El director del canal siempre los llamaba si pasaba algo similar. Antes de irse, uno se acercó hasta la recepcionista y le dijo algo en el oído. Ella sonrió falsamente y ellos se marcharon.

—¿Qué demonios pretendías hacer? —le preguntó el camarógrafo a Lisa mientras ésta fumaba nerviosamente un cigarro y los guardias desaparecían en el ascensor—No puedes fumar aquí.

—Te dije que necesitaba hablar con el presentador.—recordó ella, sin prestarle atención.

—Puedo perder mi trabajo si se enteran que te dejé entrar —murmuró crispado, sin validar su excusa.

—Esto va más allá de un empleo, Burplot. —Rió para sí misma un momento como si no creyese su postura, pero luego agitó la cabeza preocupada. — Sé que me crees loca, pero no lo estoy. Sé mucho sobre estos acontecimientos aberrantes y necesito que el presentador me escuché. ¡Van a matarlo sino!

—¡Shh! Pero ese es el trabajo de la policía, no el tuyo...

De pronto se detuvo y la observó como si hubiese entendido algo.

—¿Eres... policía?

Ella volvió a fumar.

—No, no lo soy. ¿Crees que vendrían por mí si lo fuera?

—Realmente no lo sé... Podrías aprovechar para hablar con ellos y pedirles ayuda.

—Sí, podría, pero no —dijo y arrojó el cigarrillo al suelo para apagarlo luego con su pie y recordó las palabras de Roberto—. Detesto a los policías. Sólo quiero hablar con el presentador.

Él escrutó su mirada. Parecía cansada y tenía los ojos fijos en el suelo y el cigarrillo que acaba de tirar.

—Bueno, pero de todas formas no debiste hacerlo —le dijo—. Si necesitabas hablar con el presentador, sólo empeoraste las cosas. La policía

piensa llevarte a la estación. Podrías pasar presa una noche entera allí, quizás más. Depende de los cargos que decidan levantarte.

—¿Y qué querías que hiciera? —dijo fijándose en sus ojos. — Una noche en prisión no es tan grave, como tener la oportunidad de salvar a una persona y no hacer nada. Necesito ver al presentador. Poder hablar con él. Si no me escucha, puede que mañana sea el próximo cadáver que entierren en el cementerio de San Isidro.

Burplot seguía extrañado ante la situación. Ella, había gritado en medio de la transmisión del noticiero que sabía cosas sobre los acontecimientos de la plaza y el Obelisco. La policía la creería sospechosa, o podrían levantarle cargos por complicidad si se negaba a explicar la situación.

—¿Por qué no quieres hablar del tema? ¿Qué es lo que sabes en realidad?

—No, no puedo hablar aquí. Pero ven a verme a prisión si quieres — añadió irónica.

—No bromees. La policía está en camino. No tardarán más de diez minutos en llegar aquí. Deberías apresurarte en explicarme si quieres mi ayud...

De lo lejos llegó el ruido del ascensor deteniéndose. Los dos giraron la mirada, esperando que no se tratara de los guardias. Un hombre salió de él. Era Roberto. Parecía muy nervioso. Miró hacia ambos lados, antes de encontrarla. Lisa estaba sentada cerca de la recepción, en los mismos asientos que habían ocupado cuando llegaron.

—¿Qué demonios hiciste? —le preguntó con una mezcla de exasperación, enojo y preocupación en la voz—. ¿Estás loca?

Ella no le contestó. Luego de lo que le había dicho, no pensaba volver a dirigirle la palabra.

—Esperen un poco. —les pidió el camarógrafo tratando de calmar las aguas— Si quieren discutir, háganlo más tarde.

Se agachó pensativo para estar a la altura de Lisa.

—¿Es cierto lo que dices? ¿Hablando con el presentador podrás evitar que lo asesinen?

—Tal vez. —dijo dudosa, pero al ver la expresión decepcionada del sujeto, añadió—. Al menos, lo intentaré.

Él asintió, mientras Roberto sorprendido soltaba una exclamación ahogada.

—¿Le constaste?

Tenía los ojos muy abiertos.

Lisa fingió no haberlo escuchado. Había decidido ignorarlo.

—Sí, sí, me contó. Pero no hay tiempo para discutir ahora, señores. En menos de... —dijo y miró su reloj de muñeca— siete minutos aproximadamente llegará la policía y se la llevarán a la comisaría. Debemos evitar que eso pasé. Yo los ayudaré.

La bailarina levantó la cabeza para mirarlo sorprendida.

—¿Nos ayudarás? ¿Cómo?

—Ustedes no pueden subir al piso en donde está el presentador, pero yo sí. Cuando desaparezca, tú —dijo señalando a Roberto— intentarás distraer a la recepcionista y tú escaparás por la puerta principal. Tenemos muy poco tiempo. Los encontraré a dos cuadras de aquí. Hay una casa abandonada de tejados rotos. Espérenme en la puerta.

Ella, sin saber qué pensaba hacer el sujeto, asintió con la cabeza. Al fin y al cabo, intentaría alejarla de la cárcel.

—Bien, es hora. Debo irme.

—Espera —dijo Lisa—. ¿Qué hay del guardia de la puerta?

—Sólo dile que intentas engañar a la recepcionista y te dejará ir. Se odian mutuamente así que si pueden perjudicarse entre ellos, lo harán sin piedad... Bien. Ahora sí, no lo olvides. Distrae a la recepcionista.

A Roberto no pareció gustarle mucho recibir órdenes del camarógrafo. Pero parecía sincero acerca de sus intenciones de ayudar, de modo que se limitó a callarse y hacer lo que debía.

Burplot salió corriendo hacia el ascensor, esperando no llegar tarde al estudio. El director les había dado unos minutos para relajarse. Pero claramente ese tiempo ya había pasado.

Lo vieron desaparecer luego de entrar en el ascensor.

Lisa miró su entorno. Estaba libre. Sólo restaba deshacerse de la estúpida recepcionista. Burplot, quien al principio parecía ser un simple camarógrafo, se había librado de los guardias y le había dejado el camino libre para escapar. Quizás que su tío fuese productor, le daba cierto poder.

Roberto se volteó y la miró lamentándose por sus palabras, pero los

ojos furiosos de Lisa no admitían reparo alguno en sus disculpas. Se dio la vuelta, resignado y se acercó a la recepcionista con paso ágil. Mientras lo hacía se preguntaba si la bailarina estaría mirándolo.

—Discúlpeme, señora

Bartussi apoyó sus manos sobre la superficie de vidrio.

—Señorita —lo corrigió la recepcionista sonriendo falsamente.

Él arqueó los labios en un intento forzado de contener su orgullo.

—Señorita... Estoy un poco preocupado. Conocí a esta chica en el aeropuerto —dijo señalando a Lisa y bajando la voz—. Quería venir hasta aquí y no sabía muy bien cómo hacerlo. Es su tercera vez en Buenos Aires. Creí ingenuamente que ayudarla sería buena idea, pero sin dudas me equivoqué. Quiero largarme ya. No pienso involucrarme más en todo esto ¿Podría...? ¿Podría darme un mapa de la ciudad para encontrar las paradas de autobuses?

—¿Usted tampoco es de la zona? —preguntó intuitivamente.

—¿A qué se refiere? —inquirió él, extrañado.

—Bueno, debería conocer Buenos Aires bastante bien, si es nativo de la ciudad.

—Ah, sí, pero nunca vine por esta zona, en realidad.

—Ah... —dudó asintiendo y estudiándolo con atención. Quizás lograba encontrar la razón de su insistencia. Sabía que quería algo—. Bueno, de todas formas no somos guías turísticos. No tenemos mapas.

A Roberto ya no le pareció que aquella mujer fuese agradable. Había sido muy diferente cuando los recibió, apenas arribaron al canal.

Mientras intentaba encontrar una nueva idea para hacer tiempo y que Lisa escapara, vio de soslayo que el teléfono central del canal estaba del otro lado del atril. Si la mujer quería utilizarlo, debía darle la espalda.

—¿Sucede algo? —preguntó ella viendo que Roberto ponía excesivo interés en el artefacto telefónico.

—¿Eh? Oh, sí. ¿Podría... llamarme a un taxi, entonces? —pidió, esperando que su idea funcionara—. Los autobuses no son buena idea en una noche con tormenta eléctrica como ésta.

—En la vereda hay varios teléfonos públicos que puede utilizar fácilmente.

—Es que no tengo monedas —se excusó lastimoso. Quería hacerlo rápido. Los policías llegarían en cualquier momento.

—¿Y cómo pensaba subir al autobús sino tiene monedas? —inquirió con lógica.

—Eh, pensaba pedir en algún negocio.

—Pida entonces para hacer la llamada.

La maldita recepcionista no iba a ayudarlo.

—Es que afuera está lloviendo mucho —insistió.

—Lo siento. El teléfono del canal es privado —dijo sin darle la oportunidad de seguir replicando.

Roberto se dio la vuelta. Tenía que hacer algo para distraerla de inmediato. Reflexionó un momento en silencio. Debía apresurarse. De otra manera no podría sacar a Lisa de allí a tiempo.

La bailarina aún sentada en el banco de espera, miraba a Roberto con los nervios de punta. ¿Por qué tardaba tanto? ¿Qué estaba haciendo? Los policías estarían allí en menos de tres minutos.

El rostro del detective lucía preocupado. Entonces su expresión cambió, como si alguien invisible le hubiese dicho algo al oído, algo que ella desde allí, no escuchaba.

El detective corrió hacia la puerta de salida, pasó al otro lado e intercambió unas cuantas palabras con el guardia de la entrada. Era difícil descifrar la articulación de sus labios. En un momento determinado el hombre sacudió la cabeza en negación, pero luego Roberto señaló disimuladamente a la recepcionista. Esta vez el hombre asintió y sonrió. ¿Qué sucedía? El detective sacó algo de su bolsillo e intentó pasárselo. Eran billetes, pero el guardia los rechazó y le dio unas palmaditas de consentimiento en el hombro.

Enseguida la mirada de Roberto se fijó en la recepcionista, que en ese momento se estaba pintando nuevamente los labios. Algo sucedió luego. El teléfono comenzó a timbrar. La mujer dejó el lápiz labial en la mesa y giró en su silla con rueditas hacia el artefacto.

Esa era su oportunidad. Roberto le hizo señas con su mano, animándola a salir. Se puso de pie y casi en cuclillas corrió hacia la salida. Un momento después estaba afuera, recibiendo el frío viento en el rostro. Bajó las escalinatas de piedra negra y vio de soslayo que el guardia hablaba por teléfono en francés con rostro burlón. Les hizo un ademán para saludarlos.

Roberto la obligó a correr por la vereda, bajo la lluvia torrencial hacia el lugar de encuentro que habían acordado con el camarógrafo, salpicándose

con los charcos.

Luego de correr varios metros y cruzar una esquina, llegaron a las dos cuadras, y se escondieron bajo el refugio de unos árboles de grandes copas. Llovía muy fuerte.

**CAPÍTULO**  
**25-**  
***El Hombre De Limpieza.***

A Burplot las manos le sudaban increíblemente. Miraba con nerviosismo los números del ascensor, que indicaban el piso por el que iba, rezando para que el número tres se encendiera rápido. Para cuando llegase al estudio del noticiero, los guardias ya se habrían dado cuenta de que los había engañado y notarían la ausencia de la mujer.

*“Habrá que buscar un nuevo empleo”* pensó resignado, mientras daba leves golpecitos en el suelo con sus ansiosos pies. Había estado en el canal unos siete años y ahora, gracias una desconocida mujer había perdido todo en menos de una hora. *Bah, no puedo echarle la culpa a ella. Las decisiones las tomé yo, nadie me puso un arma en la cabeza para obligarme.*

No había tiempo para lamentarse de sus elecciones. Si realmente embarcarse en esa situación, le garantizaba poder retratar en cámara la captura del asesino, lo llamarían de cualquier canal.

Burplot sabía que no era uno de los trabajadores más queridos del canal. Sino más bien uno de los más detestados y bien se lo había ganado. Tenía miopía desde muy joven y en su momento utilizaba unos anteojos muy poco estéticos. Y así se había encargado de hacérselo notar uno de sus compañeros, cada día durante tres años. Burplot se había cansado de él y le había dado unos buenos golpes en la cara. Como el individuo era muy querido por los demás miembros del canal, la mayoría de las personas ahora sentían desprecio hacia él, ya que gracias a esa pelea, el sujeto había sido despedido. Y la única razón por la que Burplot continuaba trabajando en el edificio era porque su tío formaba parte de los productores del noticiero.

*“—Logré que te dieran otra oportunidad, Augusto —le había dicho su tío, frotándose la cabeza como si le doliese—, pero será la última. No puede pasar de nuevo, ¿de acuerdo?”*

Desde entonces se había comportado debidamente, no solo porque quería mantener su empleo, sino también para evitarle problemas a su tío, pero esa noche había roto todas las reglas... Algo le decía que era lo correcto.

Finalmente las puertas del ascensor se abrieron. Tenía prisa, de modo

que ni siquiera esperó a que terminaran su total apertura. Caminó por el pasillo a grandes zancadas tratando de camuflar su ansiedad. La puerta del estudio estaba abierta. En el interior, el caos se había reducido bastante. El director del noticiero estaba sentado en un rincón, bebiendo agua de un vaso mientras la mujer de emergencias le tomaba la presión. Echó un vistazo general del sitio, pero el presentador no estaba.

—Hey, Jorge ¿sabes en dónde está Brian?

—Fue a los baños —le dijo su colega sin mirarlo. Estaba calibrando la lente de su cámara. — ¿Para qué lo quie...?

Pero Burplot ya se había ido. Recorrió el pasillo a grandes zancadas. En su mente no había un objetivo más importante que el de encontrar al presentador. Sentía que la adrenalina se le anudaba en la garganta; ya había avanzado demasiado para permitirse retroceder. La mujer había escapado gracias a él y en ese momento los guardias ya debían de estar buscándolo.

Un técnico vestido con un mameluco azul pasó por su lado cargando unas pesadas valijas, llenas de micrófonos.

—Oye, Burplot, ¿podrías darme una mano? No sabes lo que pesa esto...

—Tengo prisa, lo siento —dijo dirigiéndose al baño y dejándolo atrás, sin darle la oportunidad de insistir—. Ando mal del estomago.

—Maldito chanta —murmuró el sujeto, mirándolo de reojo.

Cuando empujó la puerta hacia dentro, le pareció que el baño estaba vacío, a excepción de un hombre gordo, alto y elegante que se hallaba en un rincón. Era el presentador. Estaba orinando en el mejitorio, de espaldas a él.

—¿Señor Walfri? —murmuró Burplot nervioso.

El hombre se mostró incomodo. No encontraba una ocasión más inapropiada para mantener una conversación que esa.

—Señor ¿escuchó lo que la mujer que interrumpió la transmisión dijo?

El anciano tuvo que detener el fluido de sus necesidades. Ya no podía hacerlo si había alguien allí, mirándolo.

—Sí, ¿Cómo no escucharlo? —suspiró mientras se subía la bragueta—. Pobre mujer. Claramente no está bien de la cabeza.

—Bueno... —dijo Burplot, alejándose de la puerta—, en realidad si lo está.

—¿Ah, sí? —se extrañó el anciano. — ¿Y usted qué sabe?

—Simplemente lo sé. Y ahora escapó.

El presentador frunció el ceño mientras se dirigía a las canillas. No

sabía si encontrar aquello correcto o incorrecto. El camarógrafo tenía una expresión extraña.

—Y yo la ayudé a hacerlo —admitió Burplot, temiendo la reacción que podía llegar a tener el presentador.

Hubo un momento de silencio. El hombre mantuvo fija la vista en el espejo.

—¿Pero usted no es camarógrafo aquí? —preguntó, más desconcertado que preocupado.

—Después de esta noche, supongo que ya no... Pero no importa. Todo pasa por una razón. Y, al igual que usted, yo creía que la mujer que apareció en el estudio esta noche estaba loca, sin embargo...

—No me venga con cuentos tontos usted también, se lo pido por favor —dijo el presentador fastidiado, mientras se lavaba las manos bajo las canillas— No va a convencerme de las cosas que esa jovencita dijo...

Burplot sintió que el tiempo se les acababa.

—Va a tener que perdonarme, señor Walfri.

—¿Por qué?

Se acercó a él y, tras un fugaz movimiento de su brazo, le encestó un puñetazo en la cara. El hombre se desplomó sobre los lavados.

—¿Qué hace? —musitó mareado.

—Le salvo la vida. Y será mejor que empiece a caminar porque... vamos a terminar muertos los dos sino lo hace.

El camarógrafo se acomodó bien la gorra para que no lo reconociesen. Y se miró en el espejo, tomando decisión. Sabía que el que lo viera con el presentador descubriría lo que hacía, pero no le quedaba alternativa.

Cuando cruzó la puerta hacia el pasillo, vio el grupo de guardias al que había engañado, diciéndoles que su jefe los llamaba desde el tercer piso, ya estaba tras su pista. Erguidos, bastante cabreados, hablaban con su compañero Jorge en la puerta del estudio del noticiero. Burplot esperaba que éste no les revelase ingenuamente su ubicación, pero al parecer su plegaria no fue escuchada. Jorge señaló el baño con su mano. Las miradas siguieron la dirección del dedo.

—Nos han visto —murmuró el camarógrafo, inmóvil.

El tiempo de dudar culminó. Burplot sujetó al presentador por la muñeca y lo arrastró por pasillo en dirección contraria a la de los guardias, quienes al ver su reacción ante la orden de detenerse, habían empezado a

correr tras él y a gritar cosas por el *walkie-talkie* a toda velocidad.

Enseguida, por el altavoz sonó una voz.

—Señor Burplot, se le necesita en el despacho del director de seguridad ahora.

—¡Al diablo!

El corazón le palpitaba muy fuerte. En el camino, algunos valientes se le quisieron interponer, pero la expresión en su semblante era más eficaz que tener que apartarlos de un empujón. Su ruta de escape era el ascensor de servicio. No estaba a más de quince metros de distancia, junto a las escaleras de emergencia.

Corrió; el presentador también lo hacía casi involuntariamente. Sin embargo, cuando estaban a punto de llegar, parado junto a la puerta, estaba Larry, un viejo amigo suyo. Trabajaba en la parte de mantenimiento del edificio; grandote, pelado y muy corpulento. Burplot siempre había creído que a Larry le iría mucho mejor como guardia de seguridad, pero los directivos habían decidido que no fuera así, dado que el hombre no había terminado la escuela secundaria.

Burplot se detuvo de repente y lo miró con desconfianza. El sujeto le cerraba el paso. Claramente había escuchado los gritos de la gente de seguridad por el altavoz. Su figura gigantesca ocupaba todo el pasillo.

Por un momento el camarógrafo contempló su expresión y le resultó indescifrable. Tenía un trapeador en la mano, con el que acababa de terminar de limpiar los suelos color jade. Larry era amigo suyo, hacía bastantes años; de hecho en un par de ocasiones habían ido a tomar cervezas al bar de la esquina. Al mismo tiempo, si decidía ponerse del lado del canal, era comprensible dado que dicha acción podría desencadenar la pérdida de su empleo, o en su defecto, conllevar graves sanciones.

Intentó avanzar, pero Larry lo detuvo apoyándole una mano en el pecho. No, no tuvo que hacer fuerza, y no porque le faltase. Simplemente no era necesario. Larry sin dudas era capaz de hacerlo a volar unos cuantos metros.

Algo que tenían en común ellos dos era que ambos habían tenido problemas con el joven despedido. A Larry muchos solían acusarlo de tener dificultades mentales, aunque en realidad era simplemente que su gigantismo le reducía la motricidad.

Burplot alzó la vista. Y tras ver que movía su mano izquierda, se preparó para recibir un puñetazo. Pero al instante la puerta del ascensor se

abrió.

Larry acaba de llamarlo... Los había ayudado.

Aún mirándolo estupefacto, Burplot y el presentador corriendo a la fuerza, pasaron por su lado en dirección hacia su ruta de escape.

—Gracias, Larry —le dijo en voz baja.

—Me debes unas buenas birras.

Burplot y el presentador se metieron en la caja metálica trastabillando, pero los guardias estaban demasiado cerca. Era muy tarde para escapar. Cuando presionó el botón para que las compuertas se cerrasen, vio que el grupo de cabreados guardias aparecía por la esquina del pasillo. Burplot sabía que no había suficiente tiempo para escapar.

Pero Larry volvió interponerse.

—No pueden pasar por acá, señores —les dijo, alzando nuevamente su figura de excesivo tamaño en medio del pasillo.

—¡A un lado, grandulón! —le ordenó uno de los guardias furioso, mirando a Burplot por debajo de su brazo.

Pero no fue la mejor manera de pedirle algo a Larry; que avanzó hacia ellos amenazadoramente, obligándolos a retroceder. No iba a dejarlos pasar.

—Acabo de limpiar el suelo y no pasarán por aquí —sentenció con ojos avasalladores y voz firme.

—¡Se escapan...! —soltó el jefe de los guardias viendo por debajo de su brazo, como la puerta del ascensor se cerraba.

Apoyó su mano en la pistola que llevaba en el cinturón.

—Déjame pasar o te disparo.

—¿Dispararme? —repitió Larry con sarcasmo, como si aquello le resultara gracioso. — ¿Por no permitir que pases por un suelo que acabo de limpiar? A los de los derechos humanos les encantará escuchar de esto. Abuso de autoridad y amenazas con un arma... Creo que es suficiente evitar que puedas volver trabajar en cualquier otro sitio. Oh, me olvidaba. También me insultaste por mi condición corporal. Será todo un espectáculo.

Y se hizo a un lado, pero para cuando los guardias, pudieron pasar, el ascensor ya estaba bajando.

—Mierda —murmuró el guardia y le dio un golpe a la puerta de acero.

Levantó el *walkie-talkie* y habló aún más furiosamente que antes.

—Van hacia el primer piso. Preparen todo para detenerlos allí.

Luego de un momento, del pequeño artefacto negro salió una voz crepitante.

—La policía acaba de llegar. Ya fueron alertados de la situación. Ellos se encargarán de detenerlo.

El guardia estaba furioso y cuando pasó por al lado de Larry, le echó una mirada furtiva. Pero no importaba. Burplot ya había huido de sus garras.

—¿Qué fue todo eso? —le preguntó el presentador, un poco alterado, parado inmóvil junto a él dentro del ascensor.

—Oh, olvidé mencionarle que los guardias ya saben que dejé escapar a la mujer. —dijo Burplot recuperando la respiración.

El hombre frunció los labios y balanceó la cabeza en el aire con los ojos en blanco. Todavía estaba algo mareado, pero la rápida corrida lo había puesto en estado de alerta.

—¿Y todo este operativo es por ese incidente? —inquirió consternado.

—Sí, ¿se da cuenta?

El presentador meneó la cabeza dolorido.

—Escúcheme —dijo de pronto—. Lo ayudaré... o lo acompañaré adónde me diga, pero tiene que prometerme que no me hará daño.

—Créame, hacerle daño es todo lo contrario a lo que esa mujer desea para usted.

Mientras el camarógrafo aguardaba inquieto llegar hasta la entrada del edificio para poder huir, comenzó a sonar un celular. Era el suyo. Se lo sacó del bolsillo del chaleco y lo miró.

<<<<<< *Llamando*>>>>>>

.....*Desconocido*.....

Se lo puso en la oreja.

—¿Hola? —dijo nervioso, deteniéndose de improvisto.

—¿Augusto?—habló con voz grave alguien, de otro lado del teléfono—

Soy Larry

Burplot suspiró. Pensó que podía tratarse del director de seguridad.

—No vayas a la recepción —le advirtió—. La policía ya está aquí. Están esperando que salgas del ascensor para detenerte.

—Oh, mierda... —soltó él, preguntándose para qué rayos se había

inmiscuido en esa situación.— Bueno... muchas gracias.

Cortó la llamada y se guardó el teléfono en el bolsillo trasero del pantalón, mientras caminaba de una punta a la otra del ascensor, en modo pensativo. Miró los números a un lado de la puerta. Aún no habían pasado el segundo piso, pero continuaban descendiendo y tenía que idear una solución rápida. Si Larry estaba en lo cierto, los policías llamarían al ascensor desde la planta baja para atraparlo. Era una trampa. Debía hacer algo rápido y evitarlo.

Caminó de una punta a la otra del ascensor muy nervioso. Se acaba el tiempo. “*Piensa, piensa*” se dijo. Escuchaba el pitido del panel indicando que seguían bajado.

Segundo piso...

Abrió los ojos sorprendió.

*Sí.*

**CAPÍTULO**  
**26-**  
**LA FURGONETA.**

Más de siete guardias y cinco oficiales de la Policía Federal esperaban atentos la llegada del ascensor, erguidos en posición de guardia en el reluciente suelo de mármol blanco de la recepción. No había manera posible de que el camarógrafo pudiese escapar por otro lado alterno a ese. Se habían encargado de llamar al ascensor a la planta baja para atrápalo cuando llegase, de modo que inevitablemente el camarógrafo debía detenerse allí y dejar que lo esposaran.

Antón, el corpulento comisario de la policía del distrito, tenía la pistola bien sujeta entre sus manos, preparado para disparar si era necesario. Estaba parado frente a las puertas de acero con once personas detrás, observando lo mismo que sus ojos: los números encima del ascensor que indicaban que la caja metálica continuaba bajando.

*Segundo piso....*

Allí estaban todos; la recepcionista, el director, incluso el guardia de la entrada había girado la cabeza para ver qué ocurría. Los vecinos que vivían enfrente del canal, también se habían acercado, tras observar que la calle se había llenado de autos patrullas.

El comisario Antón cerró y volvió a abrir los ojos mientras sentía que una pequeña gota de sudor le resbalaba por la sien. Respiró profundo para serenarse. Según les había informado el director ejecutivo del canal, Augusto Burplot era un hombre inofensivo, pero él, después de treinta años de experiencia con todo tipo de criminales, sabía que todos los sujetos eran inofensivos hasta encontrarse acorralados.

*Primer piso....*

Cada vez más cerca. Allí, un poco más alejado, también se hallaba el tío de Burplot, estirando la cabeza por encima de los oficiales para ver el ascensor. Los policías no lo habían dejado acercarse más por temor a tener qué disparar, pero de todos modos se había quedado en un rincón esperando que todo saliese bien.

El comisario Antón estaba preocupado. Tenía que manejar la situación

con cautela, pues había grandes probabilidades de que Burplot tuviese un rehén. Los guardias habían visto que el camarógrafo había metido en el interior del ascensor al presentador a la fuerza.

Cerró los ojos y suspiró. La luz que indicaba que la caja metálica estaba en el primer piso se apagó y se encendió la de planta baja. Se oyó un ruido detrás de las puertas, un ruido conocido. Los guardias lo conocían bien. Era el sonido que indicaba que el ascensor se había detenido.

Había llegado el momento. Antón levantó la pistola y apuntó con una determinación mortal al ascensor; los demás oficiales que se hallaban por detrás lo imitaron, pero cuando las puertas se abrieron, la sorpresa se apoderó de la escena. El ascensor estaba vacío...

—¿Qué es esto? ¡Pongan la alarma! ¡Cierren el edificio!

El comisario parecía confundido. Miró a los guardias, buscando una explicación, pero sus rostros mostraban la misma estupefacción que él. Subió a la caja metálica con cuidado. El ascensor efectivamente estaba vacío. Miró hacia arriba para ver si la rejilla de escape había sido forzada. ¿Cabía la posibilidad de que hubiesen escapado por allí? Los sujetos habían asegurado verlos entrar en él. Estiró la mano e intentó abrirla. Parecía cerrada.

—No creo que hayan salido por acá —dijo al tiempo en que descubría que el candadillo aún estaba puesto—. ¿Dónde están entonces? ¿Seguro que entraron en este ascensor?

De pronto un sonido atronador provino del exterior. Todas las cabezas giraron en esa dirección. Los oficiales pasmados un instante, corrieron hacia las puertas de vidrio. Las cruzaron chocándose unos con otros, en el intento infructuoso de salir primero, pero era demasiado tarde. Cuando estuvieron bajo la marquesina, vieron que una furgoneta con el logo del canal abollado y borroneado, gracias a una fuerte raspadura salía disparada hacia la oscuridad, perdiéndose de vista entre las calles vecinas. Dos o tres oficiales alzaron sus armas y dispararon, pero no llegaron a darle. El comisario, aún recuperando el aliento, dio la orden para detener el fuego. Había muchos civiles. Alguna bala podía desviarse y causar graves problemas.

La robada furgoneta del canal corría a toda velocidad, alejándose del edificio televisivo. Burplot conducía lleno de adrenalina, mientras el presentador, sentado a su lado, intentaba caer en la cuenta de lo que había pasado. No podrían culparlo a él. Era simplemente un rehén; se habían robado

una furgoneta del canal. *¡Qué locura!* pensó mientras recordaba, todavía agitado, la ingeniosa hazaña que había logrado llevar a cabo el camarógrafo para esquivar a la policía.

Tercer piso... Segundo...

Abrió los ojos sorprendido.

Sí.

Burplot se abalanzó sobre el panel de números, pero en lugar de presionar uno de ellos, tiró del que decía “STOP” hacia fuera. Enseguida la caja metálica tembló, haciéndolos dar un tumbo. El elevador se había detenido.

—Bien —dijo, sonriendo con nerviosismo. Su plan iba de maravilla.

El presentador, agazapado contra la pared del ascensor, desconocía cuáles eran sus intenciones, pero tampoco tuvo tiempo para preguntárselas a su secuestrador, porque inmediatamente el camarógrafo presionó otro botón. Tampoco no supo cuál de ellos era esta vez hasta que se hizo a un lado. Al fin... El botón que permitía abrir las puertas de la caja titilaba. Ahora comprendía.

Las puertas tardaron unos segundos en abrirse completamente. El problema que la mayoría de las personas del canal siempre habían encontrado en esos elevadores era la lentitud con la que se manejaban.

Burplot suspiró, impaciente, dándose unos golpecitos en la pierna. Debían apresurarse a bajar o los oficiales notarían que la caja metálica se había detenido y la mentira no funcionaría.

Cuando las barreras de acero les permitieron salir, Burplot y el presentador del noticiero bajaron al segundo piso a pasos torpes, pero antes de marcharse, el camarógrafo empujó el botón que decía “STOP” nuevamente hacia dentro. Como el ascensor era muy lento, no le costó trabajo salir cuando las puertas comenzaron a cerrarse. Una vez libres de la caja metálica, echaron a correr hacia las escaleras de seguridad. Burplot se había hecho el mapa de la instalación en la cabeza. Si los recuerdos no le jugaban en contra, a dos esquinas de allí se hallaba la salida de incendios. Siguió corriendo. Había estado en ese piso muy pocas veces; no estaba seguro de haberlo recordado bien. Había tenido un amorío con una muchacha que trabajaba como maquilladora en ese piso, curiosamente hija del director de seguridad. Burplot siempre había sido un sujeto un poco inmaduro, sin respeto por las reglas u

órdenes superiores. Le gustaba manejar vehículos de gran tamaño, tocar la guitarra a altas horas de la noche, haciendo oídos sordos a las quejas de los vecinos. Se consideraba un roquero, un rebelde... sin embargo, cuando en determinadas situaciones de su vida, las cosas se habían puesto feas, la madurez se había personificado en él. Nadie podía poner eso en duda, aunque usualmente todos pensasen que hacía las cosas mal.

Doblaron en la siguiente esquina. Afortunadamente la memoria le había jugado a favor, pero las puertas estaban cerradas.

—¡Oh! —dijo el presentador, todavía tras él.

—No se preocupe. Esto no será un problema. No después de todo lo que conseguimos. —se dijo.

Le dio un par de golpes con su hombro y logró abrirla.

—Supongo que no esperaba esto, pero tendremos que salir de una manera un poco menos convencional.

El anciano tragó saliva, pero siguió al camarógrafo, sin dudarlo, preguntándose si haber abierto la salida de emergencia no habría activado una alarma de seguridad.

Cuando comenzó a descender por las escaleras, supo que tendría algunos problemas en lograr llegar hasta abajo. Su edad le jugaba en contra. Al principio, saltar los escalones de tres en tres a una velocidad considerable, motivó a su hipertensión a hacer estragos en su cabeza.

Cuando llegaron al final de las escaleras, dos pisos más abajo, el presentador estaba casi sin respiración. Se detuvo un momento doblado por la cintura, recuperando el aliento. Tenía una mano apoyada sobre el pecho, que se elevaba y descendía precipitadamente. Con la otra se sujetaba firmemente de la baranda, como si temiese caerse.

—Ya tendrá tiempo para descansar cuando muera, Brian —le dijo Burplot muy agitado también, apoyado contra la pared y los parpados débiles. — Y no será hoy. Vamos.

—¡Que... alentador! —exclamó con ironía, odiándose por tener que volver a correr.

Burplot empujó la puerta nuevamente hacia dentro con su hombro. Ya comenzaba a dolerle el hueso de dar tantos golpes.

Casi sin respiración, ambos salieron al estacionamiento. El lugar estaba iluminado por unos focos muy tenues, enganchados en las paredes. Al presentador le costó ver. La ceguera se le hacía cada vez más evidente con los

años. Debía operarse de las cataratas que tenía en los ojos. Parpadeó para aclararse la visión. Allí abajo, había una docena de pilares de concreto que sostenían el alto techo y el resto del edificio, y también unos pequeños carteles, que señalizaban las salidas en color verde, con flechas blancas en su superficie mas visto.

—Brian, espere aquí —le había dicho Burplot al ver lo morado que estaba. —Iré por unas llaves.

El nervioso y agotado anciano se había quedado en un rincón intentando recuperar el aliento sin oponerse a la decisión de no volver a correr. Mientras lo hacía, veía cómo el camarógrafo le pedía las llaves al guardia del estacionamiento que se hallaba metido en una pequeña garita de seguridad a varios metros de dónde estaba él.

Al parecer había tenido suerte porque el guardia se las entregó sin problemas. Evidentemente la policía aún no había alertado a esa zona sobre los hechos. Quizá pensaban que podrían manejar la situación sin revelarles muchos detalles al personal, ingenuamente suponían que Burplot aún estaba en el interior de la estructura, escondido en algún lugar de los pisos superiores. Pero por supuesto, estaban equivocados.

El camarógrafo regresó lo más rápido que pudo hacia el lugar en donde lo esperaba el presentador.

—Aún no sabe nada. Venga, iremos en este vehículo —dijo señalando una furgoneta que pertenecía al canal, llena de aparatos y antenas, que parecían pararrayos, pegadas al techo.

—¿Es que usted no tiene auto? —le preguntó el presentador mirándolo extrañado mientras avanzaban a pasos lentos.

—Ja, ja. ¿Con lo que nos pagan aquí? —inquirió el camarógrafo irónico.

El presentador sintió vergüenza por él mismo. Pero avanzó mudo hacia el vehículo, sin hacer más embarazosos comentarios, aunque el camarógrafo no parecía ni remotamente ofendido. *“Bah, da igual”*

Burplot se subió a la camioneta tras girar la llave en la cerradura y el presentador lo hizo del mismo modo, pero del otro lado. Encendieron las luces delanteras del vehículo y lo pusieron en marcha.

—Esperemos que no haya nadie esperando afuera —soltó Burplot con expectación, mientras giraba el volante en dirección a la salida—. Estas son las camionetas que utilizamos para salir a hacer reportajes.

—Sí. Ya veo. También para escapar de la policía —soltó el presentador con sarcasmo.

Burplot rió ante su comentario, pero sin perder la concentración en avanzar.

—Esta sería su primera vez. —contestó.

Pero cuando creyeron que todo estaba bien y vieron el cartel de EXIT señalando la salida a pocos metros, las alarmas empezaron a sonar. Burplot giró la cabeza. El guardia estaba recibiendo un llamado y parecía nervioso. Cuando colgó, miró la furgoneta asustado y presionó el botón rojo. Burplot lo sabía. El botón rojo no era buena señal.

—Mire —dijo el presentador, apuntando con su dedo hacia el final de la rampa de salida.

La reja estaba descendiendo. ¡No había tiempo! Burplot movió la palanca de cambio y pisó el pedal de aceleración con todas sus fuerzas. La furgoneta arrancó a una velocidad tremenda. Su conductor estaba dispuesto a hacer todo. Subieron por la rampa en segundos; el presentador frunciendo hasta la parte más nefasta de su cuerpo.

*Por favor, por favor. ¡Tenemos que salir!*

Pero era demasiado tarde. Cuando llegaron a la salida, la reja estaba demasiado baja. Rozó el techo y se deshizo de todas las antenas y artefactos incrustados en él. Por un momento, Burplot perdió el control de la furgoneta y raspó todo el lateral izquierdo del vehículo con una pared, rajando toda la pintura y borrando por completo el logo del canal.

Pero para su sorpresa, estaban afuera.

—Nos salvamos por poco, Brian —comentó Burplot con las manos en el volante extrayéndolos de los recuerdos.

—Ni lo mencione.

Llovía torrencialmente en el exterior.

—Bien, ¿adónde nos dirigimos?

—Ya le dije, a unas cuadras de aquí. La mujer llamada Lisa, nos esperaba por acá. Pero antes tenemos que hacer algo.

El presentador no tenía idea de qué era lo que el camarógrafo pretendía, pero se limitó a viajar callado. Dieron varias vueltas por las manzanas siguientes. Lo curioso era que la policía no parecía estar siguiéndolos. Quizás consideraban que para cuando decidiesen iniciar la persecución, el

camarógrafo ya estaría muy lejos.

Finalmente, luego de dar varias vueltas, que para el presentador no tenían sentido, llegaron a una esquina común y corriente y se detuvieron en el borde de la acera, bajo la gran copa de un árbol que los protegía de la lluvia.

—Tienen que estar aquí —murmuró Burplot apagando el motor y las luces para no levantar sospechas y evitar que los sujetos del canal, a dos cuadras de distancia, supiesen que eran ellos.

Por un momento al presentador le dio la impresión de que la mujer se había ido. Allí no había nadie. Contempló el cristal empapado por el que descendían millones de gotas incoloras. Quizás se había marchado hacia un lugar más seguro, alejado de la lluvia. Aunque, claro, ¿cómo la encontrarían si era así?

—No está —susurró.

—Presentador, ¿usted dejó su auto en el canal?

—No, no, vine en taxi —le contestó el anciano sin despegar los ojos de la ventana.

De pronto, dos siluetas oscuras surgieron de las sombras de los árboles, como fantasmas.

—Era hora —dijo uno de ellos empapado.

El presentador reconoció el rostro y la voz de aquel fantasma. Era la mujer. Sólo la había visto durante un momento en el interior del estudio, pero en ese lapso tan corto le había generado tanta preocupación que naturalmente le era imposible olvidar su semblante.

—Entren atrás —les dijo Burplot, señalando con su pulgar la parte trasera de la furgoneta.

Roberto abrió la puerta corrediza echándola hacia un lado y subió al vehículo empapado, y cuando quiso ayudar a Lisa a hacerlo alargándole una mano, ésta fingió no haberlo visto. Aun seguía enojada con él.

Cerró la puerta con fuerza para evitar que se abra. Dentro de la furgoneta había cámaras y un gran panel de pequeños televisores y teclados negros. Una silla acompañaba los equipos, que Lisa imaginó, utilizaba el técnico.

—¿Por qué tardaste tanto? —le preguntó ella completamente mojada.

—Bueno, escapar no fue tarea fácil, señorita —sentenció Burplot molesto, considerando que quizás Lisa era un poco hipócrita.

—Imagino que no, pero no me refería a eso. Saliste del canal hace unos

diez minutos. Te vimos desde aquí ¿Adonde fuiste?

—Pensé que si venía demasiado rápido hacia aquí y los “polis” me perseguían, darían contigo.

—Oh, está bien —dijo Roberto, fingiendo ser amable con él sólo para disminuir los nervios de Lisa.

De todas formas, regresar por ellos había sido un gesto muy considerado.

Burplot puso el vehículo en marcha de nuevo y momentos después se alejaban del lugar por una avenida poco concurrida.

—Bueno, como te prometí. Aquí está el señor Brian Walfri —dijo el camarógrafo sin quitar los ojos del frente. — Yo ya hice mi parte. Ahora depende de ti.

—Gracias, Burplot... ¿No tiene este vehículo rastreo?

—Sí, rastreo satelital, pero me deshice de todas las antenas.

Lisa trató de respirar profundo para calmarse.

—Bien... Buenas noches, señor Walfri. No le doy la mano porque estoy empapada y no quiero mojarlo, pero es un placer conocerlo —dijo ella nerviosa—. Me llamo Lisa Stewart... y lamento mucho la forma en la que solicité su atención. Quizás me crea una loca, y no lo culpo, pero si eso es necesario para que me escuche, lo acepto. Bienvenido sea.

—Mire, señorita... Después de lo que pasó esta noche, no puedo evitar pensar que usted está loca —dijo el presentador volteándose, con cuidado—. Me asusté mucho, sí, pero entiendo que su intención es ayudarme. Me intriga bastante saber qué sabe sobre mí y mi supuesta seguridad.

—Bueno, no quiero hacerlo muy extenso. Dígame ¿recuerda usted al asesino que escapó del Hospital psiquiátrico Adrob hace un mes y medio aproximadamente?

—Desde luego. Fui uno de los pocos que dieron su opinión al respecto. Fuimos quienes dimos la primicia.

—Bien, nosotros —dijo señalando tímidamente a Roberto, sin mirarlo siquiera— venimos investigando todo esto desde hace un tiempo. Descubrimos que todos los crímenes trascendentales que se produjeron en este lapso, y en los que por supuesto aparece la misteriosa palabra *Purificado*, fueron ejecutados por él.

—No la entiendo —murmuró—. ¿Cómo lo sabe? Suena muy segura.

—Es una larga historia —dijo Lisa conteniendo la exasperación— pero

lo importante ahora es que usted entienda esto... El joven que hoy fue arrojado desde el helicóptero en plena Plaza de Mayo era otra de sus víctimas. Nosotros estábamos ahí precisamente para evitar que ocurra, pero... no pudimos hacer nada. La manifestación nos dificultó todo.

Lisa recordaba el desastre en la plaza y le dio la impresión de que había pasado mucho tiempo desde entonces. Veía la escena como lejanamente. Tal vez como si hubiese ocurrido hace días.

—Continúe —dijo el presentador, escrutándola.

—También mató a Emiliano Braquet, ¿sabe de él, verdad? ¿Y de José Proech? Fue otra de sus víctimas; a él lo asesinaron en el Obelisco. Tónitor también asesino a mi jefe, del cual... de todas formas no se habló mucho. Todos ellos estaban relacionados entre sí por un solo factor. Y es la misma razón por la que este asesino selecciona a sus víctimas.

—¿Y cuál es esa razón?

—Todos estaban vinculados a escándalos sexuales.

Él frunció los labios e hizo un ademán con los brazos.

—Ya entiendo. Tienen miedo de que venga a matarme a mí ¿verdad?

—Es que lo hará —Lisa soltó un bufido exasperado—. Irá por usted.

Él movió el dedo índice en negación, sonriendo despreocupado.

—Es que yo no hice nada malo. Es más, hace poco se aclaró el caso en el que me involucraban y las evidencias que me desvinculan de los hechos son contundentes. Soy inocente.

Parecía sumamente despreocupado.

—Escúcheme —le ordenó con perseverancia—. Ya sabemos que es inocente, pero suponemos que el asesino desconoce ese dato.

—Díganme una cosa —le pidió, como si no la escuchase—. Hay verdaderos violadores y asesinos sueltos en las calles de Buenos Aires y de todo el país. ¿Por qué creen que este psicópata me elegirá particularmente a mí? ¿Qué tengo de especial?

Ella asintió, sumisa.

—Porque aparece en su lista —dijo, sombría—. Ayer a la madrugada, entramos en su casa de incógnito y conseguimos una carpeta dónde aparecían una serie de nombres de sujetos procedentes de lugares completamente diferentes... Figuraban todos los que fueron asesinados y... estaba usted.

—Pero no creo... Es demasiado descabellado —dijo, arrugando el ceño incrédulo y rascándose la cabeza.

—¿No cree que cuatro muertes son suficiente evidencia de que no estamos mintiéndole? —preguntó Roberto, severo.

—Pero... ¿Por qué tendría que preocuparme? Soy inocente. No puede pretender que esto sea fácil de creer.

—Puede hacer lo que quiera, señor Walfri —dijo el detective con aire, desdeñoso— Nosotros sólo vinimos aquí para advertirle que si no nos escucha, puede terminar siendo la imagen más mostrada del mundo, pero “*purificada*”, claro.

El anciano se rascó pensativo la frente.

—¿Por qué simplemente no le decimos a la policía que me proteja? Si tienen las pruebas suficientes, ellos les harán caso.

—La policía es ineficiente —dijo Roberto, asqueado—. Yo trabajaba para ellos. Era detective.

—¿Y qué ocurrió? —preguntó, extrañado.

—Justamente me despidieron por ser ineficiente. Un error que estoy tratando de reparar salvándole la vida a usted.

El hombre puso expresión serio, como si hubiesen dicho una grosería. Se volteó repentinamente asustado, fijando su vista en el frente.

—Bueno, supongamos que les creo. —dijo considerando las palabras del detective— ¿Qué... sugieren que haga?

—Debe irse de Buenos Aires —dijo Lisa exasperada—. Váyase a alguna provincia alejada y de ahí tómesese un avión hacia algún otro país, donde cuente con algún familiar. No es necesario que nos diga a nosotros donde ira.

El presentador aún no se había volteado para mirarlos de nuevo. Su visión estaba fija en el frente. Quizá las ideas que le surgían aparecían plasmadas en el parabrisas. Pero aún dudaba. Era evidente.

—¿Puedo pensarlo? —inquirió, levantando una ceja. Lucía como un niño pidiendo permiso a sus padres para comprarse una golosina.

—No creo que haya suficiente tiempo —se apresuró a decir Roberto—. Tónitor secuestra a sus víctimas antes de la fecha de asesinato. Si quiere pensarlo de aquí, hasta su casa, bien, pero no tendrá más de veinticuatro horas para hacerlo.

—¡Está bien, está bien! Les creo... Haré lo que dicen. No sé si es cierto o no, pero ya me asustaron lo suficiente.

Lisa y Roberto sonrieron con distancia.

—Bien, entonces. Burplot, ¿podrías llevarnos a mi casa y luego

acompañar a Brian a comprar un pasaje de tren? Tengo que hacer algo antes de que parta.

—Sí, no hay problema. Indícame la dirección.

Roberto lo hizo y Burplot condujo durante un largo rato bajo la lluvia, entre algunos vehículos que andaban con las luces altas de sus coches encendidas, hasta que se detuvo enfrente de un edificio que Lisa conocía bien.

—Bien, aquí es. Será mejor que compren los boletos antes de que la estación cierre —le dijo Roberto.

Burplot parecía decidido pero el presentador tenía el rostro dubitativo, como si aún dudara qué hacer.

—Confíe en lo que le dije, señor Walfri —le dijo Lisa. — Piénselo de este modo. ¿Qué ganamos nosotros mintiéndole? Nada... Es sólo cuestión de salvarle vida.

—De acuerdo. Compraré los boletos para salir de aquí mañana.

—Excelente. Bien, nos vamos. Gracias por traernos. Aquí tiene mi número —le dijo Roberto alargándole una tarjeta al conductor—. Me gustaría acompañarlos a la estación mañana. Me sentiría mucho mejor si lo viese subir al tren sano y salvo con mis propios ojos.

—Seguro. Yo lo llamaré —dijo Burplot, mirando la tarjeta—. Hasta pronto, entonces.

—Hasta pronto —saludaron el detective y Lisa al unísono.

Bajaron de la furgoneta y corrieron al vestíbulo del edificio para evitar mojarse más. Vieron desde allí como las luces traseras del vehículo desaparecían por la esquina. Subieron en ascensor y en silencio hasta el piso de Roberto, donde una vez más, las luces se hallaban apagadas. Cuando estuvieron adentro, la bailarina se despojó de sus atuendos mojados y se puso los que ya estaban secos. Fue a acostarse en la cama de Roberto para poder dormir y evitar tener que entablar una conversación con él sobre cualquier tema, pero cuando cerró los ojos, con la colcha hasta la cintura, el detective apareció por la puerta.

—Cuando estábamos en el programa... recibí un llamado —musitó con cierta melancolía.

Lisa se giró y le dio la espalda, pero estaba escuchando.... Recordaba que Roberto había tenido que salir del estudio porque su celular había empezado a sonar.

—Te hubieses sorprendido si te lo decía en el momento, pero... la voz

que escuché... —el detective respiró como si estuviera succionándose los mocos. Al parecer la lluvia le había generado el inicio de un resfriado—. No puedo creerlo todavía.

El detective tenía ganas de llorar. Se puso la mano sobre la cara para endurecer sus facciones.

—La voz que escuché era... la de José —dijo, a punto de quebrarse.

La bailarina sorprendida, se giró y lo miró desde la cama. Hubo una pausa en la que sus miradas se conectaron; esta vez confusas.

—Pero eso es imposible... —le dijo Lisa sin entender, olvidándose repentinamente de su enojo—. Completamente imposible. Yo... yo lo vi con mis propios ojos. José... murió.

—¿Qué crees que puede haber sido entonces? —murmuró con aquel tono casi imperceptible.

Lisa caviló, con la vista en la ventana. José estaba muerto. La sangre que recorría sus brazos y las cadenas que lo sujetaban del Obelisco de Buenos Aires eran reales. No sólo lo había visto ella. Una nación entera había sido testigo de ese acontecimiento.

—No sé qué puede haber sido, pero José falleció. De eso no hay duda —dijo Lisa al fin, sin poder encontrar una explicación—. No está aquí ni en ningún otro lugar al que nosotros podamos acceder.

—Pero ¿no crees que él... que él puede estar vivo? Se me ocurren ideas muy locas... Mira si José es el secuaz de Tónitor, el verdadero secuaz. Ahora que lo pienso, Gust me dio una muy buena explicación cuando le pregunté cómo nos encontraron en playón, cuando fuimos por la caja musical y el oso de peluche. Mira si tiene razón. Mira si José está trabajando para ellos y les dio su tarjeta.

Lisa sabía que la teoría de Bartussi estaba bien pensada, pero era imposible. José estaba muerto. La imagen que no podía olvidar de su cadáver torturado hasta la muerte se lo confirmaba.

—No, Roberto, no —dijo convencida, sacudiendo la cabeza—. Olvídate de eso. Al menos que él tenga un hermano gemelo al que hayan matado en su lugar, no creo...

—No, él no tiene hermanos... Bah, eso creo —se achicó de hombros y desvió la vista. —En realidad creía conocer a un hombre que... no era quien decía ser... Pero más allá de eso ¿cómo explicas entonces el hecho de que su inconfundible voz haya salido del aparato? ¿Eh?

—Tal vez te confundiste.

—No, era José estoy seguro. Esa misma voz salió de mi teléfono miles de veces en los muchos años que compartimos como compañeros.

—Entonces quizás era una grabación... ¿Qué dijo exactamente?

Él negó con la cabeza.

—Nada. En realidad sólo dijo mi nombre —bajó el semblante, decepcionado—. En fin, no creo que encontremos explicación alguna a esto.

Esperó un momento mirándose los pies. Un silencio incomodo se apoderó del espacio entre ellos.

—¿Tú tienes mucho sueño? —dijo al fin Bartussi.

—¿Por qué? —inquirió Lisa arrugando la frente.

—Porque en vez de dormir... preferiría que me ayudaras a leer los sobres.

Lisa repitió sus palabras en voz baja, haciendo memoria.

—¡Oh, lo había olvidado! —exclamó, dándose un golpecito en la frente, como si castigara su cerebro. — Sí, los sobres. De acuerdo.

La bailarina se levantó de la cama, estimulada por la intriga y se dirigió junto al detective hacia el living comedor donde probablemente los esperaban grandes respuestas.

**CAPÍTULO**  
**27-**  
***El alfabeto secreto.***

Roberto encendió todas las lámparas de la casa y una luz suave se derramó sobre cada rincón del living comedor. Trajo consigo los sobres de color blanco amarillento que sacó de su tapado. Todos estaban medio abiertos. Era evidente que ya los habían leído. Lisa, al verlos, sintió que la piel se le erizaba. Recordaba esos sobres a la perfección, pero no estaba segura de que lo que tenía en mente fuera cierto... al menos no podía estar segura hasta comprobarlo.

—Yo no los abrí —le aclaró Bartussi sentándose a la mesa y dejándolos sobre su superficie, como si temiera que ella lo regañara por haberlo hecho—. Ya estaban así cuando los encontré en la caja.

—Lo sé, lo sé —anunció Lisa despreocupada, tomando uno y observándolo con detenimiento—. Yo los abrí cuando tenía trece o... catorce años.

El detective dejó sus ojos puestos fijamente en la bailarina, que no se había sentado aún.

—¿Los reconoces? —preguntó, con extrañeza.

—Ahora sí —respondió ella, distante.

Bartussi se acomodó en su lugar.

—Leámoslos entonces. Quizás logremos sacar provecho de esto.

El detective tomó un puñado de sobres y comenzó a extraer de su interior un montón de pequeños papeles. Los acomodaron según las fechas sobre la mesa y abrieron el primero, expectantes, pero la sorpresa que se llevaron hizo que Bartussi casi pegara un sobresalto.

—Esto no puede ser cierto —murmuró sin despegar los ojos del papel.

La bailarina, menos perpleja que él, corrió hacia el cuarto y trajo consigo su cartera. Escarbó precipitadamente en su interior, hasta que encontró lo que buscaba. Estaba junto a la pistola. Cuando regresó al living comedor; lo dejó sobre la mesa. La fotografía que mostraba la habitación de Tónitor los miraba desde el soporte de madera. Los símbolos que el asesino había trazado en la pared eran los mismos con los que estaba escrita la carta.

—Sabía que los conocía de algún lado —dijo Lisa, riéndose de haber olvidado algo tan especial—. No lo puedo creer... Estos símbolos. ¿Cómo pude ser tan tonta?

Se puso a dar vueltas por la cocina con aire pensativo. Bartussi aún estaba estupefacto. Tónitor había dicho conocer a Lisa. Ahora eso era una certeza comprobada ya que los sobres demostraban a la perfección que conocía los símbolos que escribió en la pared y que la bailarina también lo hacía.

Revisó tres de ellas; las primeras. Todas estaban escritas con esos dibujos extraños.

—¿Quién te envió estas cartas, Lisa? —inquirió Roberto, sacudiendo una con la mano.

Lisa, que había estado caminando de aquí para allá, frotándose el mentón con aire pensativo, se detuvo.

—Es una larga historia. Mira. Te contaré.

La bailarina estaba tan sorprendida que apenas podía articular palabra. Ya sabía quién era Tónitor y de dónde lo conocía. Ahora entendía todo a la perfección. Ya ni siquiera le importaba su enojo con el detective.

—Cuando yo era pequeña, vivía con mi padre y mi madre en un barrio militar cerrado —dijo sin dejar de caminar, como si pudiese encontrar retazos de recuerdo con cada paso que daba—. Las casas en ese lugar estaban muy pegadas entre sí. Sus diseños no variaban en los más mínimo. Todas fueron financiadas por el gobierno de Mendoza y creadas de la misma manera para no proyectar preferencias y fomentar la idea comunista. Contaban con dos dormitorios, una cocina, un baño, un comedor, un living y el patio trasero. Cualquiera podía pasearse por la calle sin mirar el número y entrar en la casa equivocada, sin darse cuenta, ya que todas las fachadas eran idénticas. Tenían una estética tétrica, de paredes perfectamente pintadas y céspedes cortados al ras. Puedo recordarlo todo, con lujo de detalles. Me sorprende no haberlo visto antes.

Roberto la contemplaba desde la mesa, con la carta en la mano, expectante.

—Continua —le pidió.

—No puedo creer haber olvidado todo esto —se dijo a sí misma, reviviendo el olor de las pinturas de su madre—. Yo... Como te conté antes, solía pelearme a menudo con mi padre, él era muy exigente conmigo. Solía

castigarme con una notoria hostilidad. Vivir con él era una tortura... Y si se te ocurría decir algo en su contra... uf... era capaz de matarte. Increíble...

Lisa suspiró; poner su historia en palabras estaba haciéndola real.

—Las deshonras eran imperdonables para él. Siempre me tuvo mucho rencor, pues sus ideas claramente estaban vinculadas a un hijo varón, al cual poder enseñarle de armas y cosas “masculinas”. Por eso cuando nació y se enteró de que yo era mujer, decidió odiarnos a mi madre y a mí para el resto de sus días.

Hizo una pausa y carraspeó. Recordó que en varias oportunidades, el vehemente militar le gritaba a su madre, cargándole la culpa por el sexo de Lisa.

—Entonces una noche, luego de una discusión fuerte que tuvimos me encerró en mi pieza y me dio un par de golpes en la cabeza. No era para tanto. Simplemente me había gastado el vuelto de una compra en unas golosinas (no más que cincuenta míseros centavos). Le grité recordándole que yo no era uno de sus militares de bajo rango, así que me golpeó aún más fuerte. Mi madre nos vio desde la cocina, pero en vez de hacer algo, simplemente bajó al sótano, lejos de mis gritos. Puso su música clásica favorita y se olvidó de mí. No pude salir de mi pieza por dos días... Dos días, Roberto... No porque no quisiera, claro. Mi padre me había encerrado con llave. Ese era mi castigo. Recuerdo que cuando se iba, yo salía por la ventana y me robaba las manzanas de un gran manzanero que teníamos en el jardín. Era lo único que comía.

—¿Y cuando tu padre se iba, tu madre no te pasaba comida o algo para beber?

Bartussi estaba indignado.

—Ella le tenía más miedo que yo. Si mi padre se llegaba a enterar que había pasado por encima de su autoridad, desobedeciendo una orden directa de su persona, era capaz de matarla literalmente a golpes. Le rogué dos o tres veces que me diera un vaso con agua, pero se hacía la que no me oía.

El detective miraba a Lisa y entendía porque en un momento había visto tanta tristeza en su mirada. Su niñez había sido una tortura. Sentía asco por los hombres violentos y las madres cobardes que abandonaban a sus hijos. Por un momento, pensó que había sido muy afortunado de haber tenido a sus dos padres juntos y felices durante tanto tiempo.

—Pero durante la tercera noche de encierro, todo cambió. De pronto, mientras miraba la ventana y la luna, llorando de tristeza...

Lisa se quedó inmóvil, como si hubiese visto algo en el techo. Bartussi giró la cabeza para asegurarse de que nadie había entrado en su departamento. La puerta seguía cerrada con llave. Regresó su vista a ella aliviado.

—Claro. Él sueño que tuve en el motel...

El detective nunca la había escuchado hablar de un sueño en aquel lugar... ¿o sí?

—¿Qué sueño, Lisa? —preguntó, confundido.

—Mientras estábamos en el motel, antes de visitar a Pamela... recordé algo en un sueño. Y es exactamente lo que pasó esa tercera noche de tortura, hace casi veinte años —recordó, hizo una pausa, como si no pudiera creerlo y reanudó el relato—. Yo tenía varios golpes en el cuerpo. Mi padre me había azotado con su cinturón. Me dolía todo. Y estaba sola, en mi habitación con las luces apagadas, mirando por la ventana como lo había hecho durante tres días enteros. Para mí era un consuelo poder mirar el cielo. Sentía que las estrellas eran libres. Por eso también deseaba ser actriz. Quería que me consideraran una estrella, porque quería ser libre... En ese momento, el cielo era lo único que me iluminaba en la oscuridad....

—¿Entonces? —preguntó Bartussi impaciente, dándole golpecitos a la mesa con sus dedos.

—Entonces un avioncito de papel voló desde la cerca de mimbre que nos separaba de la casa vecina, justo debajo de mi ventana. Lo tomé con curiosidad y lo abrí.

Bartussi inspiró hondo.

—¿Qué decía?

—Era una carta —murmuró Lisa—. Era una carta del vecino presentándose. Uno o dos años mayor que yo. Me preguntó cómo estaba, que había escuchado mis gritos. Hablamos de cosas simples, como cuáles eran nuestros gustos, sueños, deseos... Fue raro, pero me hizo sentir bien. Después de tanto tiempo sola...

Lisa no pudo evitar sonreír. Aquel joven había sido su único consuelo en los tiempos oscuros que vivió junto a su padre y su cobarde madre.

—Me llamaba Reina Verde. Decía que le gustaban los libros y que siempre me veía cuando andaba a hurtadillas por el jardín, robando frutas. Me preguntó si me gustaban las manzanas y yo le conté por qué tenía que comerlas. Al día siguiente, volvimos a hablar... Me generaba un gran bienestar... Todas las noches, a partir de ese día, los avioncitos de papel fueron y vinieron por

encima de la cerca de mimbre. Recuerdo que en una de sus cartas él me explicaba cómo armarlos; hasta ese momento yo no sabía hacerlos. Después me convertí en una profesional, claro —dijo, riendo con gracia.

Roberto se dio cuenta de que cuando hablaba de ese joven, los ojos le brillaban. Era comprensible, claro. Recordar a su única compañía en esos años tan difíciles debía de resultarle sumamente conmovedor.

—Yo le contaba todos mis problemas, mis tristezas y los atroces castigos que mi padre descargaba sobre mí. Él decía que lloraba conmigo y que cuando creciera me ayudaría a vengarme. Incluso puede que lo del llanto sea cierto, aunque cueste creerlo. Muchas veces la tinta en sus cartas venía borroneada, como si una lagrima hubiese caído sobre el papel... Era mi compañía, mi amigo, mi esperanza. Y yo siempre esperaba que la noche llegara para poder hablarle de nuevo y desahogarme.

Hizo una pausa. Roberto no la interrumpió, esperando que continuara.

—Nunca nos vimos frente a frente... Qué curioso. Él decía que éramos almas gemelas. Y nos conocíamos como si hubiésemos estado juntos por años, pero nuestras miradas nunca se habían cruzado en la realidad... Era mi faro de luz, la mano que secaba mis lágrimas... Pero nunca nos vimos. —murmuró nostálgica, detallándolo como un dato menor. — Quizás eso mismo hizo que nuestra relación fuese tan buena. No existía la necesidad de tener que conocernos físicamente... Nos parecíamos tanto en otros aspectos que la apariencia era algo banal; ambos hijos de padres militares sumamente estrictos, carentes de hermanos y castigados horriblemente por parte de nuestros progenitores...

Lisa sentía que los recuerdos estaban tan lívidos en su mente como si hubiesen ocurrido ayer.

—Su padre no lo dejaba salir de su casa ni siquiera para ir a la escuela. Decía que en aquellos tiempos, la calle estaba demasiado peligrosa y que él era muy influenciable. Le enseñaba él mismo, a su manera... Jamás lo vi a la cara... Es una pena. Me hubiera gustado mucho.

Roberto sentía que Lisa estaba acercándose a lo más importante del relato.

—Entonces, una noche... nos descubrieron. Estábamos armando nuestros mágicos avioncitos de papel, como hacíamos diariamente hacía casi dos meses y su padre entró en la habitación. Lo vio agachado junto a la ventana, levantando mi carta. Se excusó argumentando que había estado

tomando aire y se le cayeron las gafas (al menos así me lo contó, claro). A partir de ese día, decidimos hacer algo que ahora que lo pienso, fue inteligentísimo pese a nuestra edad. Si sus padres o los míos, llegaban a enterarse de que hablábamos sobre ellos...

La bailarina sintió escalofríos.

—Mejor, ni pensarlo. Por eso decidimos empezar a utilizar un nuevo método para entendernos.

Roberto se imaginaba qué habían hecho, pero esperó a que Lisa lo confirmara.

—¿Dejaron de mandarse avioncitos?

—No, los avioncitos permanecieron pero ya no utilizábamos las letras del alfabeto occidental. Creamos un alfabeto de símbolos que sólo nosotros entenderíamos. Iba a ser nuestro secreto. Tardamos casi un mes en terminarlo. Tenía veintiséis símbolos diferentes y cada símbolo representaba una letra. Al principio utilizábamos una referencia para acordarnos, un alfabeto normal. Pero luego nos acostumbramos y nos resultó sumamente fácil.

La bailarina pensaba lo maravilloso que había sido este joven con ella.

—Y a partir de ese momento siempre que nos escribíamos, lo hacíamos a utilizando nuestros símbolos. Por eso nunca nos descubrieron...

—Déjame adivinar. Son los mismos símbolos que Tónitor escribió en su pared.

—Exacto —dijo Lisa sin esperar otra cosa de Bartussi.

Él se puso a analizar la idea.

—Entonces supones que éste sujeto, el asesino psicópata, es... ¿el mismo con él que te escribías de pequeña?

—No puedo estar completamente segura, pero es muy probable —dijo Lisa, sentándose dubitativa frente a la mesa—. Aunque no entiendo qué desencadenó esta locura de matar en él. Jamás imaginé que llegaría a convertirse en algo semejante.

Roberto miró sin prestarle atención a los símbolos, los sobres vacíos que estaban frente a él. Era como si se sintiese inmune a ellos. Se habían hecho tantas preguntas desde que comenzaron la investigación y se habían sentido tan vacíos durante tanto tiempo. Ahora la marcada diferencia era circunstancial, como si una avalancha repentina de respuestas ahogara su mente, tan acostumbrada a sentirse nula.

—¿Por qué dejaron de escribirse? —preguntó, mirándola de repente.

Lisa trató de llevar su mente al pasado y recordar aquella dolorosa noche.

—Habíamos hablado, cada noche, durante casi dos años; excepto en los veranos porque él solía viajar al sur junto a su familia. Éramos íntimos amigos. Nos contábamos todo. Absolutamente todo. Lo malo era que cada vez que se ausentaba de su casa, durante las dos primeras semanas de enero, en pleno calor, sentía un vacío enorme que nada era capaz de llenar. Un día, una de sus tantas ausencias, se prolongó demasiado. Yo estaba estupefacta. Deseaba que volviera para poder asegurarme de que estaba bien, pero... jamás volvió. Jamás. Lo esperé cada noche, durante dos años, preguntándome qué sería de su vida o si realmente había existido. Su casa permaneció vacía hasta que me fui de la mía, a los dieciocho... Yo lo amaba... Era como mi alma gemela... Sufrí una profunda depresión cuando se marchó. No puedo creer que lo haya olvidado con tanta facilidad. Más aún ahora que recordé su forma de hablar. Nunca lo vi en persona pero no tienes idea lo que lo extrañé... lo que sentí su partida...

—¿Nunca más supiste de él?

—No, nunca más... —murmuró Lisa, con aire depresivo—. No puedo creer que sea Tónitor.

—Pero ¿cómo no te diste cuenta antes? ¿No recordabas su nombre cuando hablábamos de él?

—Es que nunca me dijo su apellido. Él se llamaba Ernes...

—¿...to? —completó Bartussi, elevando una ceja interrogativa.

Lisa se quedó muda, contemplando a Roberto.

—¿Tónitor se llama Ernesto? —preguntó con un dedo dubitativo en el labio.

El detective sonrió, con los ojos llenos de un fuego interno.

—Ernesto Julio para ser precisos. Esto es fabuloso, Lisa —se puso las manos en la cabeza, sonriendo, incapaz de creer que la identidad de Tónitor finalmente había sido develada—. Dime una cosa más y harás que mi felicidad sea absoluta... ¿Puedes traducir lo que escribió en la pared de su celda?

—Quizás... —murmuró ella, mirándolo sin confianza—. Tendría que intentarlo de nuevo ahora.

—Piensa que si descubres esto, encontraremos lo que busca y terminaremos con esta absurda investigación.

Lisa volvió a experimentar algo que le recordó la presión que había

sentido cuando el detective le entregó la foto de la pared de la celda de Tónitor en el galpón, casi un mes y medio atrás.

Asintió, sumisa, se acomodó en la silla y contempló la fotografía entre ambas manos.

—Bueno, ya te digo que sólo reconozco dos o tres letras —señaló una con el dedo índice—. Esta es la M y esta... la S... Espera, tengo una idea.

Bartussi puso las manos entrelazadas sobre la mesa y ladeó la cabeza, para observarla con atención.

—Te escuchó.

—Ernesto solía llamarme “*Reina Verde*” en todas sus cartas. Si bien, no puedo guiarme por las letras, sé que si buscamos en todas, siempre habrá una parte que se repetirá exactamente igual.

Bartussi asintió con tranquilidad.

—Entiendo. Me parece una buena idea.

Hicieron caso a la sugerencia de Lisa. Revisaron todos los escritos a la luz de las lámparas y al momento descubrieron cuál era la frase que se repetía en todas.

—A propósito —inquirió Bartussi, sereno—: ¿Por qué te llamaba Reina Verde?

—Por mis ojos —dijo Lisa, mientras copiaba la frase y ponía cada letra del alfabeto occidental, bajo los símbolos que las representaban—. Decía que mis ojos eran verdes como las esmeraldas. Jugaba mucho con los colores. Siempre les encontraba un significado.

—¿Y lo de Reina?

—Bueno, él pensaba que yo era muy hermosa. Que era su reina. Puede sonar tonto, pero éramos sólo dos niños en aquel entonces. Esas cosas me conmovían, me... enamoraban.

Bartussi asintió, pensando en la vida de Lisa y en su niñez, que conocía a través de sus breves relatos ocasionales.

—Bien, ya está —dijo, dejando el bolígrafo sobre la mesa—. Sabemos qué símbolos representan a las letras R-E-I-N-A-V-D. Intenta traducirlas tú ahora.

Roberto lo hizo ágilmente luego de tomar el bolígrafo que la bailarina le estaba alcanzando. Copió cada una y lograron descifrar gran parte del mensaje. Pero aún no tenía coherencia. Intentaron durante un largo rato, formar frases al azar y de vez en cuando acertaban y conseguían obtener la identidad

de una nueva letra. Así, con perseverancia y delicadeza, lograron traducir todo el mensaje, pero luego de dos horas y media, la cabeza les ardía.

—Al fin —dijo Bartussi, respirando profundamente y estirando las acalambradas piernas.

Levantó el mensaje traducido y lo leyó en voz alta, para que Lisa lo escuchara.

—EL CASTILLO LAVANDA. VEN A POR MI, REINA VERDE, Y CONTEMPLA UN ALMA LIMPIA.

—¿Entonces, el mensaje iba dirigido a mi?

—Eso parece —dijo Roberto bostezando—. Si tengo que ser sincero contigo, Lisa, nunca creí que fuese dirigido a otra persona.

La bailarina contempló el mensaje traducido, ahora apoyado sobre la mesa. De todas formas, seguía sintiéndose perdida. Las palabras, aunque traducidas, no le daban ningún indicio de qué era lo que debían hacer al respecto.

—¿Tienes alguna idea de lo que puede significar? —le preguntó Roberto.

La bailarina lo escrutó. A juzgar por su expresión, no sabía nada.

—Sólo una cosa —dijo ella, volviendo a concentrarse en el mensaje—. Lavanda. Te dije que jugaba con los colores. Le daba un significado especial a cada uno. En este caso, a la lavanda le atribuyó la pureza. Si dice castillo Lavanda, debe ser porque considera que es un castillo puro, pero... ¿un castillo?

—Se trata de un demente, Lisa —masculló Roberto bostezando—. Quizás ni siquiera sea un lugar real.

—Sí, pero no estoy tan segura de que siga siéndolo. Al fin y al cabo orquestar todo esto no es nada sencillo o ¿sí?

—Recuerda que su cómplice no es un demente. Quizás sea él quien tú dices que es.

—No, ya lo había pensado. ¿Crees que por las casualidades de la vida, ambos se llamen Ernesto?

Guardaron silencio un momento. En el exterior había dejado de llover, pero el silbido del viento golpeaba las ventanas, con rudeza, intentando colarse en la caldeada habitación.

—Bueno, guarda bien ese mensaje. Iré a darme una ducha caliente y luego iré a dormir. Tengo un sueño terrible.

—Desde luego —dijo Lisa.

Se quedó sentada en la mesa, contemplando el mensaje traducido. Y al momento empezó a oír el sonido de la ducha distantemente. ¿Cómo había podido olvidar a Ernesto? ¿Él había hecho todo eso por encontrarla? ¿Por qué simplemente no había aparecido y se había mostrado sin lastimar a nadie? ¿Qué lo había impulsado a aparecer de repente, después de tantos años? Lisa sentía que el corazón le latía con excitación. Si Tónitor era Ernesto, el odio que ella experimentaba hacia él, acababa de desaparecer. Había amado a ese joven toda su vida, desde pequeña. Siempre había ocupado un lugar en su memoria y aunque era un pensamiento, que trató de esconder, prefería estar con él, que con el detective. Cerró los ojos, sumisa.

La bailarina ya no sabía que pensar y dudaba que alguna vez lograse entender verdaderamente todo eso. De Paola, escritora, había pasado a ser Lisa, bailarina. Luego había sido la Lisa secuestrada, Lisa perseguida, Lisa enamorada, y Lisa a punto de morir.... ¿Cómo era posible que las cosas cambiasen tan drásticamente cada dos por tres? ¿Era parte de un sueño muy profundo del que no podía despertar mojándose la cara, lastimándose un pie o... cualquier otra cosa? Si se trataba de una pesadilla, ¿qué era lo que debía hacer para abandonarla y volver a la realidad? ¿Existía una realidad o el ensueño era ese?

De pronto, sonó el teléfono móvil de Bartussi. Al parecer este no lo escuchó.

—¡Rober...! —gritó Lisa, pero se arrepintió.

Se detuvo y bajó la cabeza. Reflexionó un momento con un dedo apoyado en el labio. Quizás era mejor atender, antes que avisarle. Tal vez lograba descubrir algo sobre el detective, que a él no le convenía que supiera. Lisa sentía que no podía confiar en nadie, ni siquiera en el detective. No sabía por qué, pero algo había cambiado en su interior.

Se llevó el teléfono a la mano, presionó el botón verde y habló.

—Hola.

—Hola —la voz que escuchó se oía con mucho ruido por detrás. — Mire, no sé si me dieron el número correcto. ¿Está Roberto o... Lisa?

—Soy Lisa, ¿quién llama?

—Oh, señorita Lisa. Soy Burplot ¿me recuerdas? El camarógrafo.

—Sí, sí, ¿cómo olvidarlo? ¿Qué ocurre?

El sonido que producía la muchedumbre que tenía detrás no dejaba que

Lisa escuchara bien.

—¿Cómo? ¡No te oigo...! —respiró profundo. — ¡Mira, hay mucho ruido aquí! ¡Estoy en un teléfono público! ¡Sólo intenta escucharme...! ¡El señor Walfri tomará el último tren a... bueno, a un destino que prefiero no decir por teléfono! ¡Será mañana... o más bien hoy a la medianoche estación Retiro! ¡Bartussi me había pedido que le avisara, por eso llamé! ¡Bueno, era sólo para eso! Hasta luego...

Pero antes de que Lisa, pudiera contestar, el camarógrafo ya había cortado....

## *CAPÍTULO*

28-

### *La despedida de Brian Walfri.*

—Roberto, llamó Burplot —le informó Lisa a través de la puerta del baño, por debajo de la cual salía un leve vapor cálido—. El tren del señor Walfri saldrá hoy a la medianoche.

—De acuerdo —le contestó este, pese al sonido de la lluvia contra la bañera.

Lisa se fue a acostar, arrastrando los pies con pesadez; todavía llevaba puesta la vieja musculosa blanca y los short claros y de tiro corto que había utilizado la noche anterior. Se acostó, se arrojó hasta la cintura con la colcha y apoyó la cabeza en la almohada, lista para sumergirse en un reparador y largo periodo de sueño. Nunca se había fijado en lo cómoda que podía ser una cama, luego de haber vivido una jornada tan abrumadora como aquella. Todavía continuaba resultándole extraño verse tan analítica y al mismo tiempo, tan sagaz para escaparle a la muerte en repetidas ocasiones. Ese día había sido testigo del asesinato de un joven, en medio de una manifestación llena de camioneros furiosos. ¿Cómo le era posible estar tan campante, acostada allí sin más rodeos que dormir? ¿Cómo podía siquiera mirarse en el espejo y pretender que no hubiese ocurrido algo semejante? Cerró los ojos un momento y meditó. Posiblemente la respuesta era que, en cierta medida, se había acostumbrado; resultaba frustrante, si, pensar en acostumbrarse a la muerte.

Se durmió sin darse cuenta de ello, sumergiéndose en un océano de nebulosas y llanuras, bajo tullidos colchones de nubes...

La noche pasó tan rápido, que cuando Lisa despertó, creyó recién haber cerrado los ojos. Sin embargo, inesperadamente, se sentía renovada. Abrió los ojos y contempló el techo y la lámpara que colgaba de él. Se desperezó tras un momento y consultó la hora en la mesa de luz. Eran las diez y veinticinco minutos. A través de las cortinas entraban unos débiles rayos de luz, que alumbraban con suavidad la habitación.

Roberto todavía dormía a su lado. Lisa lo contempló. El hombre estaba profundamente dormido, con los ojos cerrados, aferrado a la almohada.

Respiraba ruidosamente. Se imaginaba que él estaba mucho más cansado que ella. Tal vez las noches anteriores no había conciliado el sueño adecuadamente. Al fin y al cabo, resultaba absurdo pensar en dormir luego de haber visto lo que vieron. Por un momento tuvo el impulso de querer acariciarle la mejilla, pero algo le dijo que no lo hiciera.

Se levantó, apoyando los pies en la alfombra. Entendió lo cansada que había estado, dado que ni siquiera notó el cambio en la superficie del colchón, cuando Roberto se acostó. Paseó la mirada por la casa y observó lo diferente que se veía a la luz del sol. Fue hacia el balcón con los pies descalzos y abrió las ventanas, para dejar que el olor a preticor invadiese la vivienda. La mañana estaba bastante fría, sin embargo.

A Lisa le daba la impresión de que haber resultado gran parte del caso, había contribuido a que el tiempo mejorase, o al menos a su percepción de él. Le resultó reconfortante darse cuenta del peso que ya no le oprimía los hombros.

Salió al balcón y los pies se le mojaron en el suelo. Se aferró de la baranda y por primera vez en mucho tiempo, sintió que ninguna presión se auto ejercía sobre su espalda. Era como si acabara de salir de un spa. Algo que Paola no había tenido tiempo de hacer durante los últimos cinco años que le llevó escribir la novela.

La solidez de la baranda de la que se aferraba, acrecentaba sus ideas de que todo era real, aunque difícil de creer. En cierto modo, Paola era ahora el mundo paralelo que estaba lejano e incoherente. Se preguntaba si era obra de alguien, si ya había logrado hacer lo que debía para poder regresar, quién o... qué era el amenazante sujeto que apareció antes de caerse en el arroyo lleno de residuos.

Suspiró, sabiendo que no encontraría respuesta a esos interrogantes hasta que la investigación no llegase a su fin. Sospechaba que debía resolver el caso para volver a la realidad. Se dirigió hacia el interior de la casa nuevamente, sintiendo el suave calor del sol en la piel de sus brazos y espalda. Fue hasta la cocina. Se alegró de comprobar que Bartussi no había despertado. De alguna manera, pensaba que necesitaba un momento en soledad, sin preocuparse por el mensaje, ni por la investigación, ni por nada más.

Se preparó una taza de té y fue a sentarse a la mesa. Escuchó el silencio, en el que sólo se distinguía el tic tac del reloj. Después de la difícil y ruidosa jornada del día anterior, Lisa sentía que cada segundo de calma era un regalo

inmensurable. Los aprovechó, ladeó la cabeza intentado descontracturar sus músculos trapecios y las vértebras superiores. Respiró el humo que largaba la taza caliente de té y a través de él, percibió su dulzura. Bebió sola y en silencio.

Cuando terminó, se dio una ducha lenta y relajante. Se vistió con las ropas más sueltas y cómodas que pudo encontrar de Bartussi y salió a comprar el periódico. Estuvo leyendo un largo rato, disfrutando de la soledad. La noticia de que habían estado metidos en el programa Noticiasenvivo ocupaba una hoja entera, pero la del asesinato en la Plaza de Mayo, ocupaba la primera plana. Lisa las leyó. Los datos que ellos no habían podido alcanzar a ver al joven, cayendo del helicóptero, se presentaban en un extenso texto. La noticia decía que, según algunas fuentes allegadas a la policía, la autopsia revelaba que el joven había muerto al chocar contra el suelo. Revelaba que el noventa y seis por ciento de todos los huesos de su cuerpo se habían fracturado, aunque aún desconocían si era a causa de la caída o si se los habían roto antes. Tónitor además le había arrancado el cuero cabelludo con una especie de máquina y le había quemado las manos con gasoil.

Tiró el periódico sobre la mesa, asqueada. “*¿Para qué te pones a leer esas cosas?*”, pensó. *¿Por qué Tónitor hacía todo eso? “Bah, será mejor que ni siquiera piense en eso ahora”*

Se le ocurrió una idea y se puso a cocinar. Fue hasta la heladera y encontró fideos frescos. Decidió preparar unos tallarines. Puso el agua a hervir en una olla, tras ponerse un delantal y agarrar una cuchara y preparó la salsa. Se puso a tararear.

Cuando Bartussi, despertó, la comida ya estaba servida.

—¿Y esto? —preguntó cuando salió del baño secándose la cara con una toalla y vio la mesa con dos platos servidos con una buena porción de fideos.

—Tallarines con salsa de tomate —sonrió Lisa, radiante. Era una forma de retribuirle todo lo que él había hecho por ella.

Bartussi olió el aire. Estaba impregnado de un delicioso aroma a comida recién hecha.

—¡Pero qué bien huele! Esta casa no olía tan bien desde que mi ex mujer... —se detuvo. — Bueno, desde hace mucho tiempo.

Se sentó a la mesa y comió encantado. Por alguna razón, durante el resto del día, aquel gesto tan considerado, hizo que ambos estuviesen de excelente humor. Charlaron sobre experiencias, jugaron a las cartas, miraron televisión.

Habían decidido no hablar sobre la investigación en todo lo que quedaba del día. Creyeron que se merecían un tiempo de descanso. Bartussi no se había sentido tan bien desde que estaba de novio. Sin preocupaciones ni lapsos de tiempo. Se sintió libre y Lisa lo hizo del mismo modo. Vieron el ocaso juntos, sentados en el sofá, charlando sobre episodios graciosos en sus vidas; tales como cuando Bartussi era sólo un niño y visitaba la chacra de su abuela. Volvieron a consumar un beso. Roberto le había contado que su abuelo Ramiro venía a buscarlo en una destartalada camioneta verde y lo llevaba hasta su casa a pasar el fin de semana. Que lo primero que él hacía cuando llegaba a la vivienda era oler el aroma espectacularmente dulce del pastel que solía preparar su abuela Carmen.

Cuando llegaron las veintitrés horas, el cielo se había llenado de estrellas, algo curiosamente inusual durante ese último periodo tiempo, ya que las nubes oscuras habían cubierto el firmamento durante semanas. Tomaron un taxi en la esquina del edificio y fueron hasta la estación de retiro sentados en el asiento trasero. El tren salía a medianoche. Habían acordado encontrarse con el señor Walfri y el camarógrafo a las veintitrés treinta, por lo que cuando llegaron (y cuarto) estaban bien posicionados en el horario.

—A ver —empezó Roberto. —.La otra vez dijimos que tu padre podía ser el cómplice de Tónitor ¿no?

—Sí. —dijo Lisa, comiendo unos confites de colores chillones y mirando con nerviosismo si el camarógrafo y el presentador aparecían por algún lado. — Pero no lo es. Creo que eso quedó bastante claro hace dos días, ¿no?

—Sí, ya lo sé —murmuró Bartussi, como si no necesitara que se lo recordara y se peinó el cabello con la mano. — Pero ¿qué hay de tú madre? Es una posibilidad muy grande.

—¡Roberto! —bramó Lisa, algo exasperada, poniendo los ojos en blanco. —Eso no es posible. No empieces con esas teorías absurdas.

—¿Por qué no? —inquirió él, insistente. — Hasta donde sé no hay nada que demuestre lo contrario. Puedo estar tan acertado como equivocado. Además, ponte a pensarlo. Puede serlo. Dijiste que tu madre te odiaba o... te abandonaba cuando eras chica. Quizás la muerte de tu padre, de alguna manera, ella la asoció con tu partida.

—Sé lo que piensas. Pero mi padre fue asesinado, no se suicidó y eso pasó hace meses. Yo abandoné mi casa hace mucho tiempo.

—De acuerdo. Entonces quizás siente que la has abandonado a ella y por eso decidió buscarte.

—Estas buscando cualquier pretexto. Te digo que es imposible.

—No, no lo es.

—Mira —comenzó Lisa. — En primer lugar, no creo que le importase mi partida. De hecho, no lo creo, es así. No le importó. Y en segundo lugar; toda esta conspiración que hicieron contra mi o... por mí, debió de llevar meses de preparación. Si mi madre desarrolló un odio porque yo la dejé sola, tendría que haber necesitado un tiempo para engendrar ese enojo y Tónitor está preso hace bastante más tiempo. ¿Cómo se hubiesen comunicado, si eso pasó cuando él ya estaba encerrado?

—No lo sé, quizás ella fue a visitarlo.

—¿Y por qué habría ido a visitarlo justo a él? Si ella nunca supo que él y yo nos conocíamos. ¿Por qué recurrió a él para orquestar esta venganza?

—Pues desconozco esos datos. Pero tal vez hay algo que no estamos viendo. Yo creo que puede ser ella. Piénsalo bien. Encaja a la perfección. ¿Qué otra persona podría estar haciéndote esto? Creo que ningún hombre es capaz de idear algo así.

Lisa se detuvo en esas palabras; las mujeres que conocía eran pocas. Milena, su prima Judith y... Pamela, pero no creía que ninguna de ellas hiciera algo como eso. Judith era su prima, aunque el resentimiento que había experimentando por lo que ella le contó de su esposo siempre era evidente en sus ojos. Pamela, quizás en venganza por haber sido abandonada. Podría haber decidido torturarla de la peor manera para hacerle sentir lo mismo que ella le hizo sentir...

No...

Pamela no tenía el cerebro tan desarrollado y mucho menos optaría por desperdiciar ese tiempo cuando podría estar gastándolo en el consumo de alcohol y drogas. Y a Milena no le había hecho ningún mal. No eran grandes amigas, pero siempre se habían llevado bien. Nunca ni una mera discusión. No había razones para que ella hiciera algo semejante.

—¿Qué piensas? Puedo tener razón ¿o no?

Lisa volvió al presente. Lo miró de reojo.

—Lo siento, pero en este momento no puedo pensar en nada. Quiero que Burplot y Walfri vengan ya.

Bartussi suspiró y abandonó su intento de volver a conversar con la

bailarina sobre el caso, aunque no descartó la posibilidad de que la cómplice fuera la madre.

—Bueno, entonces hablaremos luego. Relájate un poco. Ya deben estar por llegar.

La estación estaba extrañamente llena por ser la hora que era. Los negocios estaban a punto de cerrar. Una mujer de limpieza estaba pasando un trapeador fuera de la zona de los andenes. Roberto y Lisa se hallaban sentados en la barra de un pequeño bar, contemplando a las personas que iban y venían con caras de dormidos y algo furiosos por regresar a casa tan tarde.

Burplot y el señor Walfri arribaron a la estación poco antes de la medianoche. Unos siete minutos previos. El presentador vestía de lo más extraño. Parecía un detective privado, que iba de encubierto. Vestía un largo piloto de color gris, unos anteojos de sol negros y cuadrados, y un sombrero con amplias solapas. Acarreaba una valija negra con rueditas con su brazo. El camarógrafo por otro lado, demostraba el orgullo de su rebeldía y su despreocupación con una vieja camisa a rayas, desabrochada hasta el pecho, debajo de la cual sobresalían unos vellos pectorales que lo hacían verse muy masculino. Sobre ella llevaba puesta una campera de cuero marrón y cierres plateados, una gorra negra, barba rala y unos jeans gastados y rasgados en las rodillas. Colgado del hombro, llevaba un bolso. Seguramente también era el del presentador.

—Perdón por hacerlos esperar tanto... —dijo Burplot, al detenerse junto a ellos, que se pusieron de pie para saludarlos—. Es que no queríamos venir demasiado temprano. Decidimos que era mejor llegar a tiempo, para que el señor Walfri se suba al tren y se marche rápido a...

—¡Shh! No nos lo digas. —lo calló Bartussi a tiempo, haciendo un gesto con las manos—. No es necesario que lo sepamos.

—Lo siento.

—No te preocupes. ¿Vamos? El tren debe estar por partir.

—Sí, claro.

Se dirigieron a la zona de los andenes. El presentador iba tieso como una tabla, con el largo piloto ondeándole alrededor de los tobillos. Lisa caminaba junto a él en silencio, mirándolo de reojo de vez en cuando para ver si todavía respiraba. Por un momento pensó que no, ya que sólo oía sus pasos y el sonido que generaban las rueditas de su valija. Bartussi por otro lado, iba

delante hablando con Burplot.

—Sí, se quedó todo el día en mi casa. Sólo fuimos a buscar las cosas para el viaje a su quinta. Su familia se quedará en... otro lado —dijo al ver la expresión de advertencia del detective.

—No les dijo la verdad ¿no? —inquirió enarcando una ceja.

—No, no. —contestó con presteza. — Yo estaba presente. Sólo les dijo que tenía que hacer un viaje a Brasil por unos negocios con una cadena televisiva de allí. Que le habían avisado recién. Les pidió que se vayan a visitar a sus familiares a otra provincia del país, lejana a Buenos Aires. Por supuesto que en realidad no irá a Brasil.

—Bien —asintió Bartussi, con el rostro severo.

—Igual sigo sin entender de qué se trata todo esto —se quejó Burplot, sin dejar de caminar al compás de Roberto. — Al final no nos dijeron mucho.

—Es mejor así —respondió él con voz monótona—. Todos los que se interponen en esta investigación, terminan mal. Yo sé porque te lo digo. Un día me agradecerás no saberlo.

Burplot meneó la cabeza. No estaba seguro de eso, pero pensó que no valía la pena ponerse a discutir. El hombre no iba a decírselo aunque le apuntaran con un arma. La firmeza en sus ojos era inexorable.

Llegaron al andén y él último tren ya estaba detenido en las vías, a punto de zarpar. Las puertas estaban abiertas, esperando a los rezagados pasajeros, que llegaban rápidamente.

Lisa giró la cabeza para asegurarse de que el perímetro fuera seguro. En el andén, además de ellos, había muy pocas personas. No le sorprendía, por supuesto, dado que era bastante tarde. Dos linyeras dormían en un rincón, protegidos del viento frío que se colaba por las ventanas y paseaba por debajo del alto techo, otros tres sujetos esperaban frente a un negocio cerrado y miraban la mercancía que exponía a través de las persianas, como si pudiesen verla. Luego, más allá, había un niño que lloriqueaba junto a su mamá, esperando el momento de subir al tren y un sujeto que al parecer era su padre, que acaba de llegar corriendo con unos boletos comprados a último momento.

—Bueno, llegó el momento, señor Walfri —le dijo Bartussi, deteniéndose en la puerta de tren. — No hable con nadie sobre esto, ni le diga a nadie adónde va ni por qué lo hace. Sea cauteloso. Si es necesario que se hospede en un hotel, dé un nombre falso. Trate de no quedarse demasiado tiempo con personas que no conozca. Intente no hablar con extraños, ni nada

por el estilo.

El señor Walfri lo miró extrañado.

—Sé que suena como una madre que advierte a su hijo —dijo Bartussi, al ver su expresión—, pero es lo mejor.

El señor Walfri esperó y asintió con rigidez.

—¿Cuándo podré volver a casa?

—Pronto, seguro esto se resolverá pronto, pero vamos... ahora tiene que marcharse. Yo me comunicaré con Burplot. —señaló al camarógrafo. — Él le avisará cuando el criminal termine entre rejas.

El presentador miró a Burplot.

—Gracias por todo lo de hoy —murmuró con voz seca.

—De nada, Walfri. —le dijo el camarógrafo, dándole una pesada palmada en la espalda. — Fuiste una buena compañía.

El hombre rió, aunque las comisuras de los labios parecieron dolerle.

—Gracias a los tres y discúlpenme si en algún momento fueron tratados con mala educación de mi parte. Soy sólo un viejo idiota.

—Tampoco te despidas como si estuvieses por morir. Estamos haciendo todo esto, para que sobrevivas. —le dijo Burplot.

Lisa y Roberto asintieron, riendo. Y el anciano subió al tren con la valija y el bolso en las manos. Las puertas se cerraron con un traqueteo.

El anciano con los hombros caídos, los observó desde el otro lado. Su rostro, decorado con anteojos negros resultaba extraño a esas horas. La función de los lentos oscuros, no era la de protegerlo de la luz de la luna.

Las personas a su alrededor murmuraban curiosas, casi como si sospecharan que se trataba del conductor de *Noticiasenvivo*. El anciano levantó la mano para saludarlos. Sonreía nerviosamente; temía al destino al que se dirigía.

De un momento para el otro, todo cambió. Su curvado de labios se alineó. El tren comenzó a andar y la mano que saludaba, se transformó en una señal. Apuntaba hacia algo a sus espaldas.

Fue Roberto quien tardó más tiempo en entenderlo y sufrió sus consecuencias. Se giró y escuchó un disparo. Luego un dolor atroz, seguido de un punzante calor en el pecho. No podía entenderlo. Levantó la visión y vio a Lisa gritando y a Burplot corriendo, hacia ella. Ambos cayeron al suelo.

Más disparos surcaron el aire.

Las piernas del detective comenzaron a flaquear. Quiso levantar los

brazos y moverlos pero no podía. Sentía que no tenía control de su cuerpo. Le costaba respirar... Quiso sacar su pistola y actuar, pero no tenía fuerzas. La vista se le nubló. Sintió que su peso caía al suelo.

Los sujetos que habían estado mirando el negocio, a través de la persiana, se le acercaban. Uno de ellos le apuntaba con un arma.

*“Debo hacer algo” pensó. “Van a matarme”*

Contempló el amenazador cañón negro de la pistola incapaz de actuar.

Entonces se produjo un fogonazo; una llamarada brillante estalló en el aire de la nada. Los sujetos se alejaron, chillando y corriendo. Algo había explotado, sin duda alguna, aunque no se había oído ningún sonido. De pronto, todo se llenó de humo... El fuego se extinguió y Roberto se sumió en una intensa negrura...

—¿Hola? —dijo Lisa al teléfono, sentada junto a Burplot en la sala de espera de un hospital. — ¿Quién habla?

—Soy Judith, tu prima. —murmuró la mujer.

Algo en su voz le decía a Lisa que las cosas no andaban bien.

—¿Qué ocurre? —le preguntó, tapándose un oído para poder escuchar lo que su prima decía pese al sonido de las voces que se oían a su alrededor.

—Mira, no sé si decírtelo. Es extraño...

Lisa aguzó los oídos y los instintos se le pusieron alerta.

—Dime de qué se trata.

—Anoche recibí tres llamados de un número desconocido. Cuando levanté el teléfono, colgaron, pero esta mañana, cuando estaba por salir a trabajar, atendí y...

Hizo una pausa.

—¿Y qué? —preguntó Lisa, con impaciencia.

—Preguntaron por ti.

—¿Qué dijeron?

—Cosas extrañas... —respondió con desagrado. — Algo de un mensaje descubierto y que se acababa el tiempo para estar juntos... ¿En qué estás metida, Lisa?

—No te preocupes, Judith —dijo Lisa, fingiendo naturalidad—. Un viejo amigo de la infancia intentando contactarme. Nada más.

—Pues francamente me dejó muy preocupada. No sé cómo consiguió mi número. Si lo ves, dile de mi parte que es un desubicado. Llamar tan tarde.

Javier tenía ganas de molerlo a palos. Me costó mucho convencerlo de que no vaya a buscarte.

—Me importa poco lo que tu marido crea que pueda hacer... Gracias por avisarme. No volverá a llamarte.

—Eres osada... No hables de él con ese tono porque...

—Adiós, Judith —dijo Lisa y cerró el teléfono, evitando de ese modo escuchar su perorata.

Se dio vuelta y miró a Burplot, que tenía la cabeza gacha y jugaba con sus dedos nerviosamente. Se lo veía preocupado.

—¿Qué ocurre? —le preguntó ella.

Él levantó la cabeza distraídamente.

—Nada, sólo que ver que ese hombre recibió un disparo, me hizo caer en la cuenta de la veracidad de sus relatos... Por momentos... Si bien ayudé al presentador como me dijeron, siempre tuve dudas... El episodio de anoche me confirmó que hablaban en serio sobre el peligro que corría Walfri. Lamento haber creído que estabas loca.

Lisa sonrió.

—Podrías haberte ahorrado la última parte. Yo no sabía que me creías loca.

El camarógrafo esbozó una sonrisa.

—¿Vas a decirme quiénes son ustedes en realidad y de qué se trata todo esto?

Lisa se mordió el labio.

—No puedo, Burplot. No depende de mí.

—¿Y de quién depende? ¿De Roberto? ¿Si muere quién te ayudará?

—¿Tú lo harás? —inquirió, mirándolo asombrada ante el ofrecimiento.

—Es obvio que estás tras un asesino dispuesto a todo. Y por lo que se ve, no tienes a nadie más. Creo que deberías valorar mi ofrecimiento de ayuda.

Lisa asintió pensativa.

—Si Roberto no puede ayudarme, serás la primer persona a quién recurriré, pero no puedo decirte nada ahora.

Burplot resopló cansino y en ese momento, un médico salió de la sala donde estaba Bartussi. Vestía una larga bata blanca y venía con un anotador en las manos. A juzgar por su expresión, traía malas noticias. Lisa se llevó la mano a la boca, temiendo que se avecinará lo peor.

—Buenas noches —dijo el médico, estrechándoles las mano. Ellos se pusieron de pie. — Soy el doctor Cesar Bertol...

Lisa contempló expectante las arrugas que el sujeto tenía marcadas en la frente. Era delgado, canoso y muy alto.

—Voy a serles franco. La bala atravesó el pulmón izquierdo, muy cerca del corazón. La herida causó una hemorragia y posteriormente una infección. Hemos intentado todo en nuestro afán de evitar pasar por quirófano pero hay extraer el proyectil. Si queremos que sobreviva, debemos actuar rápido. Su estado es grave.

Lisa, asintió, observando la severidad de los hechos en la mirada del doctor.

—En este momento lo estamos llevando a cirugía al tercer piso. Pueden esperar hasta que salga en el salón contiguo.

El médico se marchó y Burplot y Lisa se dirigieron a la sala de espera del quirófano. Aguardaron el llamado del cirujano con impaciencia. Mientras lo hacían, ella se puso a mirar una revista de moda; quería que el tiempo pasara más rápido, pero no podía concentrarse en las cosas que veía. Le temblaban las piernas. A su lado, el camarógrafo jugaba a un juego de guitarras en su celular, hasta que se fastidió y fue a buscar dos capuchinos. Le entregó uno de ellos a Lisa y luego bebió del suyo.

La bailarina contemplaba la puerta del quirófano, esperando que se abriese. Era la primera vez que consideraba realmente la posibilidad de Roberto muriese. Respiró profundo, se cruzó de piernas y de brazos y empezó a mover su pie con nerviosismo.

Delante de ella, pasaron una pareja de hombres llorando, un camillero acarreando a un sujeto inconsciente, dos médicos dialogando y varios enfermeros que observaban cosas en sus teléfonos celulares.

Cuando estuvieron a punto de cumplirse las dos horas, un sujeto con una bata verde salió por la puerta que Lisa no podía dejar de observar. Inspiró aire y se levantó, temiendo no tener el valor para escuchar las noticias del médico.

—¿Y? ¿Está bien? —preguntó temblorosa.

Burplot estaba tras ella, firme para sujetarla si se caía. El cirujano los observó un momento y guardó silencio.

—¿Ustedes son familiares?

—Algo así... —respondió el camarógrafo, porque Lisa sentía que no

podía articular palabras a causa de los temblores.

—Bueno, la cirugía salió bien —dijo satisfecho.

Lisa suspiró aliviada. Las piernas parecían temblarle más.

—Naturalmente tendrá que pasar un periodo mínimo de doce horas hasta que podamos confirmar la ausencia de peligro. Pero sus signos vitales son estables. Deberá permanecer aquí al menos siete días para que su evolución se controlada adecuadamente.

—¿Podemos verlo?

—En realidad, esperamos a que despierte dentro de una media hora; cuando lo haga será trasladado a un sala, pero sólo pueden entrar personas de su mismo sexo. Puede esperar hasta el horario de visitas, mañana.

La bailarina se dio vuelta y abrazó al camarógrafo fuertemente; era el único en el podía apoyarse en ese momento. Estaba sola en el mundo, completamente.

—Puedes ir a dormir a tu casa. Yo me quedaré, Lisa.

—¿Te quedarás? —le preguntó ella. — ¿Pero no crees que estás haciendo demasiado por nosotros? Ni siquiera nos conoces.

—Los conozco lo suficiente para entender que ese hombre —señaló el quirófano con ímpetu— acaba de escapar de la muerte por salvar al señor Walfri, una persona que ni siquiera conoce. ¿No sería un poco desconsiderado de mi parte no hacer este sacrificio por él? En realidad, tampoco es un sacrificio. Nada comparado con lo que él hizo...

—De acuerdo. —dijo Lisa, asintiendo. — Entonces, vendré mañana por la mañana. ¿Seguro que no te molesta quedarte?

—No, para nada. Sólo ven temprano, así me voy a descansar.

—Sí, por supuesto.

**CAPÍTULO**  
**29-**  
***La promesa de Burplot.***

Lisa bajó las escalinatas del hospital y respiró el aire frío de la noche, que le agitó el piloto y le hizo dar un escalofrío en las piernas. El cielo estaba lleno de estrellas cuando lo enfocó inconscientemente al mirar un cartel que decía “*TAXIS las veinticuatro horas*” y aunque el buen clima había regresado finalmente, hacía mucho frío.

Un sujeto barrigón, abrigado hasta la cabeza, salió de un cuartito en el medio de la noche y se le acercó.

—¿Desea contratar un viaje, señorita?

—Sí —contestó Lisa.

—¿Hasta dónde va?

La bailarina le indicó la dirección y se alegró mucho cuando se sentó dentro del coche y el aire frío quedó en el exterior. Se cruzó de brazos cansina, apoyó la sien en el vidrio de la ventanilla y contempló el mar de luces de la ciudad. La gente estaba despierta todavía; varios vehículos transitaban las calles. Costaba creer que pudiesen ser casi las tres.

Se cruzó de brazos y repasó los hechos de ese día. Una tristeza interna la embriagaba. Durante toda la tarde, había estado junto a Bartussi, viviendo lo que podía denominarse un día espectacular. Le costaba creer que ahora estuviese internado, apenas pudiendo respirar por sí solo. ¿Cuántas horas habían pasado desde que salieron confiados de su departamento, charlando y haciéndose bromas? Lo curioso era que desde que conoció a Bartussi, todo en él le había inspirado seguridad. En ningún momento se le pasó por la cabeza pensar en él, herido o frágil. Pero esa noche todo había cambiado. Tenía que regresar sola, desprotegida al departamento, dormir y estar lista al otro día, para ir a visitarlo.

¿Valía la pena seguir luchando? ¿Valía la pena arriesgar su vida por encontrar a un criminal que estaba a punto de llegar al final de su obra? La verdad era que ya no estaba tan segura, aunque pensaba que habían arriesgado demasiado para detenerse en ese momento. Roberto había sido baleado y eso era representaba un gran sacrificio. ¿Qué sentido tendría ese hecho si ella no

continuaba con la búsqueda? Desde luego, había sido un golpe duro en todo lo que conformaba sus ideales de fuerza. Ahora la acosaban dudas y sentía más miedo que antes. Por momentos le daba de la sensación de que el peligro estaba más cercano y acechante. Pero era mucho peor rendirse tras haber hecho tantas cosas. Ya sólo faltaba descifrar el último mensaje. Al menos eso pensaba ella, claro.

Ya no habría más asesinatos; al menos Lisa no había visto más nombres en la carpetilla. ¿Cuál sería la próxima actuación de Tónitor?

Cerró los ojos e intentó adoptar una postura sólida. Necesitaba estar fuerte. Siempre había sido una mujer independiente. No era necesario que alguien le dijese qué hacer, nunca lo había sido. ¿Por qué cambiar ahora? Había llegado el momento de ponerle fin a la obra de Tónitor.

Llegó al edificio, le pagó al chofer y subió al departamento. Encendió la estufa, volvió a ponerse la musculosa y el short que usualmente utilizaba para dormir y se fue a acostar, pero en cuanto su cabeza tocó la almohada, entendió que pese al agotamiento que tenía, sus ojos no iban a cerrarse. Intentó permanecer en la cama un largo rato, haciendo un esfuerzo por dormir. Giró sobre el colchón, buscando de acomodarse en diferentes posiciones. Nada. El problema no estaba en su cuerpo o en el entorno, sino en su mente.

Cansada, se levantó, tomó un vaso de agua y contempló la vacía habitación. Extrañaba a Roberto pero no tanto como creyó que lo extrañaría. Algo similar le había pasado cuando le dispararon. Había pensando que se sentiría mucho más preocupada, pero no. No quería pensar en eso.

Miró la cocina, el silencio y las sombras que generaba la luz de la luna, que atravesaba los cristales y daba de lleno a los muebles. Por un instante, le dio miedo estar sola y se sintió vulnerable, pero cuando se puso a pensar en los hechos de ese día, recordó que era más valiente de lo que pensaba. Cuando los sujetos habían estado a punto de matar a Roberto, ella había corrido hacia ellos sin pensarlo, tras tomar un matafuegos y los había rociado de gas. Luego Burplot había intervenido y les había sacado la pistola, pero si no hubiese sido por su actuación, el detective estaría muerto.

Pensó que si no podía dormir, debía aprovechar ese tiempo para hacer algo importante. Y qué cosa era mejor en ese momento que intentar resolver el mensaje. Se sentó a la mesa y se puso a pensar en la denominación “*castillo lavanda*”. Ahí era donde Tónitor la esperaba o a donde pretendía que ella se dirigiera. Era un lugar físico sin duda alguna. Lisa sospechaba que no era la

primera vez que escuchaba esas palabras. Era un lugar que ambos conocían y, sí lo había mencionado de esa forma tan particular, era porque probablemente la había dejado notar en alguna de sus cartas. Trató de recordar, hacer memoria; indagó en los más recónditos espacios de su cerebro, pero no había referencia alguna. Dio unos golpecitos en la mesa con sus dedos... Esperó y espero...

Entonces se le ocurrió que ya tenía todas las piezas sobre la mesa. Si el único medio de comunicación que habían utilizado eran las cartas, que casualmente frente a ella, ¿qué más necesitaba?

La respuesta se encontraba allí, sólo requería acomodarlas e intentar usarlas con inteligencia. Las tomó una por una, agarró una hoja en blanco de la impresora y un bolígrafo. Empezó a traducir todos los mensajes o al menos lo que pudo de ellos. Por un momento, pensó que no daría resultado

Cuando iba por la mitad, una lamparita imaginaria se encendió dentro de su cabeza. “*Que tonta soy*” pensó, dándose un golpe en la frente. No necesitaba traducir todas las cartas. Podía utilizar el mismo método que implementaron con Roberto cuando averiguaron lo de Reina Verde. Ya sabía cómo era la traducción literal de la frase “*castillo lavanda*”. Lo que consecuentemente implicaba que solo necesitaba encontrar la similitud de símbolos entre el mensaje en la pared de Tónitor y alguna de sus cartas.

Buscó en unas diez. Creyó haberla encontrado en la novena carta.

C-A-S-T-I...

—Ah, no. No es castillo, es castigo. —murmuró frustrada.

Y era una palabra que se repetía a menudo en sus cartas, siempre mencionado a sus padres en tales accionares...

Entonces, cuando estaba a punto de enviar a volar todo y sentía que era un desperdicio de tiempo estar haciendo eso, encontró la palabra LAVANDA. Y se dio cuenta de que Tónitor había hecho trampa. En la carta el orden estaba alterado. “*Lavanda era el castillo*” y en el escrito de su celda decía “*El castillo lavanda*”. Por eso Lisa había tardado tanto en encontrarla. Había empezado con la palabra incorrecta. ¿Cómo era posible que el asesino se acordase de todas las cosas que habían hablado?

Comenzó a traducir toda la carta, para descifrar el mensaje entero y comprender a qué se refería cuando decía *Lavanda es el Castillo*. Copió todo en un papel y cuando lo terminó, lo leyó.

*Oh, mi querida Reina Verde. Disculpa que haya tardado tanto tiempo en contestarte, pero ocurre que no estuve en Mendoza este fin de semana. Tuve que viajar a Buenos Aires de improvisto con mi familia. Un general amigo de mi padre falleció. Fuimos invitados a su funeral. No podrás creerlo. Lavanda era el castillo donde lo despedimos. Muy puro y limpio. Te conté que se trata de mi color favorito, ¿verdad, el lavanda?*

*Tenía techos altos y muchas estatuas de santos en las paredes. Nunca antes había estado en Buenos Aires; mi madre me dijo que la iglesia era una de las más importantes de la provincia. La basílica de Lujan, creo que ese fue el nombre que me dijo. En fin, para mí no tiene verdadera importancia su nombre. Pero la pasé muy bien. Realmente parecía un castillo y me hizo sentir, pese a lo desagradable que era ver a todos llorar, que estaba en la edad media y había reyes y magos haciendo magia escondidos en los balcones. Me sentí muy bien. A ti te hubiera gustado, y a mí me hubiese gustado que estuvieras conmigo. Te extrañé mucho. Algún día prometo llevarte...*

*Luego fuimos a un parque...*

Lisa dejó de leer la carta porque creía que lo que buscaba ya estaba claro. El castillo lavanda era la Basílica de Lujan. Aunque la euforia la abrumaba, la ternura que sintió al notar la inocencia en las palabras de Ernesto hizo que le resultase difícil creer que se trataba de Tónitor.

Se levantó de la silla y dio varios pasos por el living-comedor, pensando en las otras palabras del mensaje de la pared. Ya tenía el lugar y, en las palabras que le había dicho cuando hablaron por teléfono: “*Siempre estaré esperando en el mismo lugar*” el cuándo.

El mensaje ya estaba claro, al menos que... ¿contempla un alma pura? ¿Tónitor pensaba llamarla y hacerla ver cómo el mismo se purificaba?

La bailarina sintió que el mensaje descifrado la hacía poseedora de un secreto de gran importancia. De pronto, temió que su propia sombra la ataquese y el misterioso mensaje resuelto se perdiera con su vida. ¿Qué debía hacer? ¿Llamar a Bartussi? ¿Esperar a que se recuperara? ¿O ir sola y arriesgarse? Al fin y al cabo, todo se había planteado alrededor de ella desde un principio. Roberto había sido de gran ayuda, pero ya había hecho demasiado por el caso.

Cuando Bartussi despertó al día siguiente, un rayo de sol le daba en el rostro. Lagrimeó y parpadeó varias veces para lubricar sus pupilas. Una gota de agua cayó por su pómulo y resbaló por su mentón. Se la secó con el reverso del puño y contempló que en el exterior amanecía y una línea rubí brillaba en el horizonte, fría y solitaria. Dejó que su mirada vagara por la habitación. Junto a su cama había un chaleco que reconoció al instante; era del camarógrafo. Estaba sobre una silla, arrimada a la camilla. Evidentemente, Burplot se había quedado a cuidarlo durante la noche.

Roberto compartía la habitación con un anciano que estaba durmiendo a su derecha, cubierto por unas sabanas blancas que le llegaban hasta el pecho. Varios aparatos estaban conectados a él. Había un sujeto, en una silla contigua a su camilla, con la cabeza apoyada en la punta del colchón. El detective en el medio del silencio podía escuchar su respiración.

Entonces intentó respirar y reconoció enseguida el olor a lavandina y a fármacos, tan característicos de los hospitales o centros de salud. Pero se dio cuenta de que le costaba hacerlo y sentía una molestia bastante notoria en dónde la bala impactado. ¿Se la habían sacado? ¿Estaban todos bien...? ¡¿Por qué Lisa no estaba allí, en lugar de Burplot?! No...

La desesperación pareció invadirle la sangre. Con un suero en el brazo y una bata cubriendo su cuerpo, el detective, echó la sabana hacia un lado e intentó levantarse, pero en ese momento Burplot entró por la puerta, campante.

—Roberto ¿qué estás haciendo? —preguntó, sorprendido de verlo despierto.

El detective lo miró con los ojos muy abiertos.

—¿Dónde está, Lisa? ¿Está bien?

—Tranquilo, tranquilo... —murmuró Burplot, procurando bajar la voz para no despertar al otro paciente, que, al escuchar los gritos, movió un poco la cabeza con aire molesto—. Ella se fue a descansar a tu departamento; vendrá en un rato a suplantarme.

—¿Qué pasó anoche? —farfulló.

Burplot traía un café caliente en las manos, que había comprado con unas monedas en una máquina de bebidas instantáneas que había en el pasillo.

—Acuéstate. Todavía estás muy débil —le ordenó, con voz ronca.

—Dime qué pasó. —exigió él, con énfasis.

—Te contaré, pero todo está bien. Relájate y vuelve a acostarte. —le dijo mientras se sentaba en la silla que estaba junto a la cama. —Vamos, no me

hagas llamar a los enfermeros.

Cuando Roberto escuchó que Burplot dijo que todo estaba bien, se serenó. Los músculos se le relajaron. Miró hacia la ventana, iluminado por los anaranjados rayos del amanecer. La extrañaba y su rostro de hermosas facciones se dibujaba en el cielo. Se sintió un poco melancólico.

—Está bien —dijo y volvió a acostarse con dificultad, tocándose el dolorido pecho—. Cuéntame qué ha pasado.

Burplot le puso dos sobrecitos de azúcar al capuchino y lo revolvió con una cucharita de plástico. Luego, la limpió con la boca y esperó.

—Tres sujetos se acercaron a nosotros cuando el señor Walfri se estaba marchando en el tren. Yo no me había percatado, pero al parecer llegaron antes que nosotros. Ya estaban en el andén cuando aparecimos.

Roberto lo sabía. Los había visto mirando la vidriera a través de la persiana del negocio cerrado.

—Bueno. Cómo sabes, empezaron a disparar... —hizo una mueca sospechosa, sin dejar de mirar el café—. Creo que venían por ti... Es decir, a liquidarte a ti. Verás, Lisa y yo estábamos ahí pero no nos hicieron nada. Ni siquiera se nos acercaron. No... yo creo que venían con una sola intención. Perdona que te lo diga.

—Pero ¿cómo lograron ahuyentarlos? —inquirió, con curiosidad.

—Nos tomaron tan de sorpresa, que lo único que se me ocurrió, fue tirarme al piso y arrastrar a Lisa conmigo. Aún no sabía qué podía llegar a pasar. Intenté llevármela, pero cuando los sujetos se acercaron a ti, ella se soltó de mis brazos, tomó un extinguidor y lo oprimió sobre los sujetos. ¡Qué agallas tiene esa mujer! Te salvó la vida... —exclamó y se puso a tomar de a tragos el caliente capuchino—. Bueno, en el medio de la humareda, aproveché para golpearlos y logré sacarles la pistola. Y huyeron. Corrieron hacia el final del andén y escaparon por las vías. Luego te trajimos aquí, te operaron y ella decidió ir a dormir un rato. Tiene que estar en camino. Aprovechará el horario de visita, porque no le permitieron quedarse contigo. Esta sala es sólo para hombres.

Roberto al fin entendió qué rayos había sido aquella llamarada que se agitaba en el aire. Era el pelo de Lisa, sujetando el matafuego, enfrentándose a los malvivientes para salvarle la vida. Que valiente había sido. Tenía muchas ganas de verla. Mientras el sol ascendía por el horizonte y sus cálidos rayos ya atravesaban las ventanas y acariciaban su piel, Roberto recordó la

maravillosa noche que habían pasado juntos, la noche que hicieron el amor.

—¿A qué hora dijo que vendría? —preguntó.

—No dijo, pero supongo que a las ocho, porque ese es el horario de visitas.

Burplot tenía razón. Cuando la aguja larga del reloj que había en la pared, señaló el número doce y la pequeña el ocho, Lisa entró por la puerta flameante. Sus ojos resplandecieron cuando se encontraron con los rayos del sol que había salido por completo y llenaba la habitación de iluminación. Su piel estaba radiante, clara y tersa como siempre.

—Oh, Roberto ¿cómo estás? —dijo, tras acercarse a él. Lo abrazó con delicadeza. — ¿Te duele la herida?

—No, estoy bien, estoy bien —repuso él, dándole unas palmaditas tranquilizadoras— No te preocupes.

Los sujetos con los que compartía la habitación ya estaban despiertos y parecían ofendidos ante la presencia de tantas personas, pero sólo se limitaron a mirarlos con mala cara y chistar. Lisa los ignoró. Si se atrevían a decirle algo....

Roberto tenía unas ojeras descomunales. Y unas bolsitas de piel que parecían avejentarlo aún más. Su aspecto denotaba debilidad. Lisa omitió esa observación para no hacerlo sentir peor, pero lo veía muy vulnerable. Se dio vuelta y observó al camarógrafo, que todavía estaba sentado en la silla, junto a la cama.

—Gracias por quedarte, Augusto. Si quieres, ya puedes irte a dormir. Perdona que te lo diga, pero pareces un zombi —le dijo ella, bromeando con una sonrisa en el rostro.

—Sí, no lo dudo. Tengo un sueño atroz —comentó él, sacándose la gorra y pasándose la mano por la cabeza— Dormí una sola hora... Bueno, me voy. Volveré a la noche.

—¡Ah, espera! —dijo Lisa, acordándose de sus planes— ¿Puedo hablar un minuto contigo afuera?

—Sí, desde luego —respondió él, un poco extrañado.

La bailarina y el camarógrafo salieron de la sala. Estuvieron hablando afuera de la habitación por unos minutos.

Cuando Lisa regresó al interior, Roberto le exigió que le dijera de qué iba la charla.

—¿Ocurre algo?

—Nada en especial —dijo mientras se sentaba y se sacaba el piloto—.

¿Qué te preocupa?

—Sólo quisiera saber de qué hablaban.

Ella se puso a jugar con su pelo.

—Pues... quise ofrecerle unos billetes por haberse quedado contigo toda la noche, pero los rechazó —mintió, fingiendo naturalidad. — Demasiado humilde a mí gusto.

Pero aunque Roberto no quiso seguir indagando, sabía que mentía. La astucia que había adquirido en sus muchos años como detective, le hacía darse de cuenta con suma facilidad cuando alguien le ocultaba la verdad.

—Bueno, ¿has podido avanzar en algo respecto al mensaje?

—En realidad no, porque llegué muy tarde a tu casa y... lo único que hice fue aprovechar a dormir.

Otra vez Roberto notó que Lisa le mentía. Mostraba indicios de no haber dormido nada; algo que había intentado disimular con maquillaje... ¿Por qué le estaba mintiendo? ¿Había hecho un trato con el camarógrafo, del cual lo excluían?

—¿Segura que todo está bien?

—Claro, ¿por qué no habría de estarlo?

Durante el resto de la hora, Roberto y Lisa conversaron sobre diferentes cuestiones, pero el detective notaba que cuando se acercaban demasiado al tema de la investigación, ella esquivaba las preguntas. Sentada con las piernas cruzadas y el piloto doblado por la mitad entre sus brazos, Lisa se veía un poco nerviosa. Su cartera colgaba de los laterales de la silla.

—Bueno, la hora de visita terminó. —dijo una obesa enferma con rostro soberbio que andaba gritando órdenes por el pasillo. — Un solo acompañante por paciente... Señorita. Se terminó la hora.

—¿Y qué? Soy una sola persona...—observó Lisa, sin moverse de su lugar.

—No se haga la tonta. Este pabellón es de masculinos y los acompañantes sólo pueden ser del mismo sexo.

Ella suspiró, fingiendo indignación.

—Bueno, ya me voy.

—Tiene dos minutos.

La enferma se marchó y se dirigió a las siguientes habitaciones a

advertir a los demás visitantes que la hora había culminado.

—Tengo que irme, Roberto. Lo siento.

—No te preocupes. Seguro Burplot vuelve en un rato. Qué bien se está portando ese sujeto.

—Sí, excelentemente. —dijo ella, poniéndose de pie y tomando su cartera.

—A las seis, según escuché después que desperté, es el otro horario de visita. Te voy a estar esperando.

Lisa se quedó contemplándolo y se rascó el mentón incomoda.

—¿Ah, sí? Bueno, intentaré venir...

Roberto frunció el entrecejo. ¿Qué otra cosa tenía que hacer?

—Verás, ocurre que... Bueno, todo depende de si logro descubrir algo. Sino... creo que por ahora lo mejor sería enfocarme en el mensaje. Si damos con ese dato, podremos terminar con Tónitor y hacer pagar a quienes te hicieron esto.

—Lisa, escúchame —dijo Roberto seriamente y adoptó una expresión de severidad—. Quiero que seas sincera conmigo. Si descubrieses algo, cualquier cosa ¿me lo dirías?

—Claro —dijo ella fingiendo serenidad, pero Bartussi no estaba convencido.

—¿Lo juras?

—Lo juro.

Pero Roberto no pudo ver, que cuando Lisa pronunció su juramento, llevaba los dedos cruzados bajo el piloto. Lo último que vio de ella ese día, fue su llameante melena, desapareciendo por la puerta.

**CAPÍTULO**  
**30-**  
***Tónitor y su Reina Verde.***

Lisa abandonó el hospital muy temprano con paso presuroso y regresó al departamento de Bartussi, pero cuando lo hizo, no fue en taxi sino a pie. Caminó por las ajetreadas aceras bajo el sol. Las nubes y sus algodonosas composiciones paseaban a la brisa de la mañana bajo un firmamento cerúleo. Y mientras las veía, enérgicamente, recordó la charla que había tenido con Burplot un momento antes de marcharse. Se preguntó si había hecho lo correcto. Le había llevado bastantes horas decidir qué era lo mejor.

—¿Qué ocurre? —había preguntado el camarógrafo, con el rostro pálido por el sueño.

Lisa lo tomó del brazo y echó un vistazo a la sala de Bartussi.

—Ven, alejémonos de la puerta. No quiero que Roberto nos escuche.

El camarógrafo la observó extrañado, pero no dijo nada. Dieron unos pasos hacia la izquierda por el pasillo y se asomaron para mirar por las altas ventanas del hospital. La altura era considerable. Estaban, al menos, a treinta metros del suelo. Todo el estacionamiento de la instalación se veía desde allí.

—Bueno, soy todo oídos. —murmuró y bostezó, conteniendo la somnolencia.

—Mira, voy a ir al grano —dijo Lisa determinante—. No puedo decirte mucho acerca de la investigación que estamos llevando a cabo. Sabes que no puedo hacerlo. Pero creo que tienes que entender una cosa muy importante antes de hacer lo que voy a pedirte. Esta noche, todo llegará a su final. Volveremos a la normalidad de nuestras vidas... Yo me encargaré de eso.

—¿Cómo?

El camarógrafo no podía ocultar la intriga.

—Eso no importa —afirmó ella con desdén, alejando la pregunta con una mano—. Ahora debes escucharme. Por favor, presta atención a lo que voy a decirte, porque es sumamente importante...

Burplot se acomodó la gorra sobre la cabeza. Sentía el perfume floral

de la bailarina a través de la brisa que entraba por la ventana.

—No sé si el resultado de lo que ocurra esta noche será favorable o desfavorable para mí; pero todo terminara hoy y por eso te pido que le entregues esto a Roberto. Por si acaso...

—Por si acaso ¿qué? —preguntó, esperando saber más.

Ella no contestó su interrogante.

—Es muy importante que Roberto lea esta carta, pero no antes de mañana.

Lisa sacó un sobre de su cartera, en la que sin quererlo, Burplot vio un pistola negra. Se preguntó qué pretendía hacer. Desvió la visión y vio que la bailarina le entregaba el sobre. Lo tomó con curiosidad. Estaba cerrado.

—Sé que no servirá de mucho que te lo diga. Dependerá de ti hacer lo correcto o no, pero me harías un gran favor, si evitaras mirarlo.

El camarógrafo escrutó el sobre e hizo una pausa. Lisa veía la intriga reflejada en sus ojos, pero una intriga que parecía domable. Finalmente levantó la cabeza y asintió.

—No lo miraré. Sólo me gustaría que confiaras más en mí.

—Confío en ti —afirmó Lisa, con voz suave. — Te estoy dando el sobre ¿o no?

Entonces regresó al presente y se vio caminando sola por la calle, con el sol acariciándole las mejillas. La carta que le había dejado a Roberto decía que esa noche el caso se revolvería. Le informaba que planeaba ir a encontrarse Tónitor a la Basílica de Lujan. Que ya no habría más víctimas, no habría más asesinatos, sólo un último encuentro, un encuentro que Lisa planeaba enfrentar sola y sin decírselo a nadie. No antes de que ocurriera, al menos. Por eso le había pedido a Burplot que le diera la carta al día siguiente.

Mientras caminaba, respiraba y contemplaba los intensos colores y sensaciones del entorno. Las cosas tenían un valor diferente aquella mañana. El sonido de los vehículos transitando por la calle, el murmullo constante de la gente que iba de aquí a allá... En otro momento, le habrían molestados, pero sabía que esa noche, podía ser la última de su vida. ¿Qué más podía hacer?

No tenía miedo, no ahora al menos... Quizás ese fuese un sentimiento que experimentaría instantáneamente cuando estuviese sola frente a la puerta de la Basílica, aguardando el encuentro con su querido Ernesto.

Ahora se sentía tranquila. Quería terminar con todo de una vez, volver a la cotidianidad de su vida. Sería muy extraño regresar al cuerpo Paola después de tanto tiempo, pero prefería mil veces su vida tranquila como escritora, que su vida como bailarina.

Había estado pensando mucho en todo lo que haría ese último día, hasta que llegara la noche. En primer lugar, decidió ir al banco a sacar los ahorros que había depositado en su cuenta. Los retiró temprano. Fue a comprarse ropa a un negocio dado que venía utilizando los mismos atuendos hace varios días. Se preparó su comida favorita, y disfrutó de un baño de inmersión de varios minutos. Tras terminar, repasó una y otra vez el mensaje para asegurarse de que ese fuese el lugar correcto y no haber interpretado mal las intenciones del asesino.

Pensó en todos los posibles acontecimientos que podrían ocurrir en la Basílica. *Tónitor puede querer lastimarme*, pensó, lo cual no era muy motivador. También existía la posibilidad de que no estuviese presente; que justo había elegido esa noche para realizar otras tareas. Otra teoría le decía que se suicidaría frente a sus ojos...

Con el pasar de las horas, Lisa comenzó a replantearse si su decisión de ir sola era la correcta, pero al mismo tiempo pensaba que no tenía ningún sentido quedarse allí, a la espera de que ocurriese algo diferente. Era hora de terminar el asunto y dejar que las cosas volviesen a la normalidad.

Se hicieron las seis y el sol empezó a ocultarse. Lisa recordó las palabras de Roberto. Le había pedido que vaya a visitarlo y ella se había negado. Incluso lo había engañado diciéndole que el mensaje aún seguía resultando indescifrable, pero era mejor así. Debía solucionar esa cuestión por su cuenta. Al fin y al cabo, siempre se había tratado Tónitor y Lisa. No había nada más que hacer ni nadie más debía intervenir.

El sol se ocultó completamente y el cielo se llenó de estrellas; titilaban como luciérnagas en la inmensidad del cielo.

La oscuridad trajo consigo un frío poderoso. Claramente el invierno no quería marcharse sin dejar huellas de su paso.

Lisa llamó a un radio-taxi, sacó su dinero de la cartera, sabiendo que el viaje hasta la Basílica de Lujan no sería barato y se sentó a esperar que el portero llamase para avisarle que el vehículo ya estaba esperándola.

Cuando Burplot entró en la sala del hospital en donde estaba internado

Roberto, traía guardado en el bolsillo trasero de su pantalón, el sobre que Lisa le había dado en la mañana.

El detective se hallaba acostado en la camilla, con los brazos curvados y los codos apoyados en la cama; leía el diario de la jornada en el medio del silencio...

El camarógrafo, desde la puerta, dudó de su proceder. Miraba el panorama de la habitación, repreguntándose si debía romper su promesa o serle fiel a la bella colorada. Finalmente carraspeó para hacer notar su presencia.

Bartussi al escucharlo, alzó la cabeza por encima del periódico y suspiró.

—Al fin llegas, Burplot —dijo con pesadez—. Estaba muriendo de aburrimiento...

—Sí, lo supuse... —murmuró éste—. ¿Veo mal o estás leyendo el periódico?

El detective cerró el noticiario y lo acomodó junto a su mesa de luz, bajo el reloj que indicaba las veintidós horas.

—No, ves bien —dijo riendo sin ganas—. Estaba intentando encontrar alguna mención sobre el caso pero... no hay nada. ¿Cómo va eso? ¿Todo bien?

—Sí, bien, bien. El médico me dijo que estás muchísimo mejor.

—No soy tan fácil de matar, Burplot.

El camarógrafo forzó una risita.

—Ya lo creo. Mejor así.

—¿Tú estás bien? —preguntó nuevamente Roberto al notarlo cabizbajo.

—Y no mucho, a decir verdad...—expresó con amargura pero sacudió la cabeza y retomó la postura, echando los hombros hacia atrás—. Bah... No me hagas caso. Estoy medio abrumado. Pero espero que mi buena compañía no esté de más después de haber pasado tantas horas en soledad.

El detective esbozó una cansada sonrisa, pero Burplot no se la respondió. Evitó su mirada y fue entrando en la habitación, dejando que sus brazos se balancearon a ambos lados de su torso.

—¿Lisa no vino a verte hoy? —preguntó.

Roberto, desde la cama, lo siguió con sus llameantes ojos azules. Se percató de que Burplot lucía serio. Algo le ocurría y estaba deseando contarle, pero por alguna razón parecía no poder confiárselo. Se sentó en la silla de los acompañantes y trató de enfocarse en el detective.

—No, no vino, pero... tampoco esperaba que lo hiciera. —afirmó con desdén, aún tratando de descifrar qué le pasaba—. Ya me había dicho esta mañana que no vendría. ¿Por qué? ¿Tú sabes algo de ella?

—No, seguro que mucho menos que tú. —afirmó, fingiendo no darle importancia a esa cuestión— No se anima a contarme todas las cosas que a mí me gustarían. No sé por qué, en realidad. He demostrado ser lo suficientemente confiable ¿o no?

—Sin duda alguna, Augusto —respondió Roberto con sinceridad— pero... no queremos involucrarte en todo esto después de lo que has hecho por nosotros. Mira lo que me pasó. No hubieses querido estar en mi lugar... Te lo aseguro.

Burplot bajó la vista, nervioso. No podía sostenerle la mirada. Estaba inclinado hacia delante y tenía los codos apoyados en sus rodillas.

—¿Qué te ocurre, Augusto? —le preguntó de repente Bartussi.

—Nada —dijo él. Se sacudió, irguiéndose de repente y se acercó a la ventana. Le dio la espalda a la camilla— Tengo mucho dolor de cabeza. Esta tarde tuve que regresar al canal para aclarar las cosas, y no fue divertido...

Bartussi no le creía una sola palabra y no iba a quedarse callado de nuevo. Había estado todo el día esperando saber qué ocurría entre Lisa y él y ahora que lo tenía en su presencia, no pensaba perder la oportunidad de descubrirlo. Se destapó con brusquedad y se puso de pie.

—Pues luego de haber trabajado tantos años como detective, detectar una mentira no me es tarea difícil —dijo. Era tan alto como el camarógrafo. Movi6 las piernas. Lo recorría un hormigueo peculiar; normal luego de haber estado tanto tiempo sin levantarse. —Si realmente te doliese la cabeza, hubieses venido más tarde. En cambio, has venido temprano.

Bartussi forzó una sonrisa y se acercó a él. La luna llena se veía por la ventana; dominando la infinidad del cielo y alumbrando con su refulgente luz plata la oscura habitación. Burplot miraba el exterior distante. No se volteó cuando escuchó que Roberto se acercaba a él, simplemente se quedó callado y quieto en su lugar. Estaba muy pálido o ¿esa impresión la producía la luna?

—Sé que has venido a aquí a contarme algo que no puedes —murmuró serenamente y le puso una mano en el hombro— Habla de una vez.

Burplot permaneció callado. No mostró indicios de haber escuchado lo que Roberto le dijo. Su respiración, tan cercana de la ventana, empañaba el cristal.

—Es sobre Lisa ¿no?

Silencio.

—Es acerca de la charla que tuvieron hoy —conjeturó acertadamente Bartussi— ¿Verdad que sí? Dime de qué se trata, Burplot... Dímelo ahora.

Nuevamente hubo silencio, pero esta vez Roberto no lo interrumpió. Simplemente dejó que se tomara el tiempo para contestar.

—Sí, es Lisa... —El camarógrafo inspiró aire dándose valor y empezó a hablar con voz de lamento— Le mentí... No pude evitarlo...

—¿De qué hablas? —preguntó Bartussi confundido.

El camarógrafo apoyó la frente en el cristal con los parpados apretados.

—Esta mañana, Lisa me dio un sobre. Me dijo que era para ti.

—¿Un sobre? —se extrañó Roberto.

—Sí, un sobre, Roberto, un sobre —contestó éste exasperado.

—¿Y cuál es el problema?

—Que me dijo que no lo abriera. Que debía entregártelo mañana.

Bartussi lo entendió al instante.

—Ah, ya veo. Y tú lo abriste antes de tiempo.

—Exacto.

—¿Y eso te pone mal?

—Es que tú no debías saber nada del sobre hasta mañana, pero... lo que dice es muy importante y creo que tienes que saberlo. Mi mente se debate en si debo volver a engañarla y darte el sobre antes de tiempo o... dejar que haga una locura.

Bartussi se quedó en silencio un momento analizando la cuestión. Entonces perdió la calma. Tomó a Burplot de los hombros y lo giró con brusquedad.

—Dime inmediatamente qué planea hacer, Augusto. —le exigió preocupado.

Burplot no contestó, pero su rostro estaba surcado por sombras.

—¿Dime qué decía el sobre! —bramó el detective con sus ojos azules encendidos como nunca.

El camarógrafo cerró los ojos, lamentando lo que haría.

—Decía algo sobre un mensaje. —farfulló— Lisa aparentemente lo descifró. Iba a encontrarse con un tal Ernesto esta noche...

—¿Qué? —estalló Roberto. —¿A dónde?

—A... la Basílica de Lujan —respondió luego de un momento.

Bartussi leyó el mensaje del sobre, tras arrebatárselo de las manos.  
—Avisa de inmediato a La Policía, Burplot. Que todos vayan hacia allá.

Aproximadamente una hora y media más tarde, faltando poco para la medianoche, un taxi completamente amarillo se detuvo, haciendo carraspear al motor. Alguien descendió de los asientos traseros, frente a la imponente Basílica de Luján.

Era Lisa; respiró el aire de la noche y el frío entró en sus pulmones, arañándole las fosas nasales. Estaba completamente sola en la plaza Belgrano, ante la intimidante estructura. La basílica se erguía ante ella, como un dedo de Dios. Su exterior era imponente, su frente majestuoso.

Era custodiada por dos torres de ciento seis metros de altura, y una gran cruz de hierro en la cima de cada una.

Miró el cielo. El viento helado mecía su cabello. Avanzó hacia la estructura, más decidida que dubitativa, sacando valor de algún inexplicable recuerdo de su infancia. La luna estaba escondida tras una nube grisácea. Parecía no querer presenciar los hechos que ocurrirían aquella noche en las entrañas de la Basílica.

La verdad era que extrañaba bastante la presencia de Roberto, a su impronta protectora. Sin él todo parecía más peligroso, pero era mejor que se encargase de resolver ese asunto sola. Después de tanto tiempo enfrascada en encontrar las respuestas sobre el caso, Lisa creía que finalmente al obtenerlas, volvería a la normalidad de su vida...

Se detuvo al llegar hasta las verjas color verde y notó que unas cadenas negras lo envolvían. Se acercó, preguntándose si Tónitor tenía planeado hacerla entrar de otra manera, pues difícilmente podría cortar el acero, sin embargo, al instante comprobó que no había candado alguno, sólo cadenas. Las serpientes de hierro se enredaban alrededor de ambos portones sin protección alguna.

Lisa hizo que su cartera llegara hasta su codo para tener las manos libres y empezó a desenroscarlas, haciendo ruidos metálicos. El lugar que se erguía ante ella era enorme y la hacía sentirse diminuta. Los lugares de esas dimensiones siempre le habían resultado intrigantes, pero nunca había descubierto a ciencia cierta por qué.

Quitó las cadenas y las dejó en el suelo. Empujó el portón con cuidado y este chirrió levemente. Entró al perímetro de la Basílica y se detuvo. Abrió su

cartera y contempló con confianza la pistola que Bartussi le había dado hace tanto tiempo en el galpón. No quería tener que usarla, pero al menos eso le daba un poco más de seguridad.

Ascendió los peldaños haciendo traqueteos con sus zapatos de tacos y fue hasta la puerta principal de roble de la Basílica. La empujó. También estaba abierta. Tónitor debía de estar esperándola, como afirmaba en su carta. Respiró profundo y entró.

La iglesia estaba a oscuras, iluminada solo por algunas velas y la luz de la luna que se filtraba a través de los vidrios policromados, dándole un toque frío y siniestro al panorama. El silencio era absoluto pero...

Una música suave sonaba lejanamente. Le resultaba muy familiar. Intentó descubrir de dónde procedía, pero era difícil.

Miró el interior. Más de una docena de bancos, bordeaban el camino hasta el altar, iluminado más que ninguna otra cosa.

Lisa temblaba...

Los pilares de concreto que se erguían a su lado, mantenían bien arriba el neogótico techo de la Basílica. Custodios de la pasarela.

—¿Hola?

La bailarina comenzó a avanzar, sin obtener otra respuesta que no fueran sus propios ecos. Mientras lo hacía, en el silencio y el rumor de la bellísima y delicada melodía, sentía que las estatuas la miraban desde cada uno de los nichos. Parecían entidades. Por un momento creyó que habían cobrado vida solamente para ser testigos de semejante hecho.

—¿Hola? ¿Ernesto?

Silencio. Nadie contestó.

La bailarina tenía la cartera abierta; el arma al alcance de la mano. Siguió avanzando, sintiendo la agitación en su propia respiración.

Entonces llegó al altar y se quedó contemplando a la Virgen María, preguntándose si realmente existía y si tenía planeado para ella algún destino fructífero. Juntó sus manos, en una plegaría. Esperaba que la estatuilla sonriera y le dijese que todo iba a estar bien.

El panorama era espectral, denso; hasta el aire, impregnado de aroma a cera quemada, parecía tangible. La bailarina, sabía que todos los peligros y experiencias vividas desde aquella lluviosa tarde de abril se reducían a ese momento. Al fin se develarían todos los misterios... a pesar del riesgo que conllevaba.

Silencio...

La muerte misma parecía estar escondida en la oscuridad...

Pero ahí es donde Lisa debía estar. Se le habían secado los labios mientras analizaba la situación, y pensaba que no había otra opción. Esa noche se responderían todos los interrogantes que había tenido durante meses, pero las respuestas podían no ser las que esperaba y eso le daba más miedo que cualquier otra cosa.

—Lisa...—susurró de repente una voz.

La bailarina fue abordada por un terror momentáneo. Era consciente de que la imagen de La Virgen María no era precisamente la que le hablaba.

No...

Una persona acababa de salir de uno nichos.

Giró sobre sus talones con mucha lentitud. Estaba lista, aunque un fuerte temblequeo se reprodujo en sus extremidades como consecuencia de los nervios.

Miró a la distancia, tratando de acostumbrar sus ojos a la penumbra. Al principio, creyó simplemente ver una luz dorada suspendida en el aire. Tiesa... Pero se equivocó. Allí había alguien. Su imagen no estaba muy definida... pero eso era incluso más aterrador.

La figura que le devolvía la mirada estaba a casi ocho metros de ella. Era alta y de hombros amplios; o al menos así se veía en la oscuridad. Lucía tranquilo pero expectante. Cargaba una lámpara de aceite y la mantenía erguida a la altura de la cintura, lo cual hacía resaltar parte de su rígida figura.

Lisa respiró profundo, armándose de valor. Aquel momento iba a ser el más importante de su vida... por más de una razón.

Mientras contemplaba al sujeto y pensaba en como todos los vellos de su cuerpo se erizaban, veía las siluetas que se dibujaban en el suelo a su alrededor, producidas por la luz del exterior que atravesaba los vitrales. Se movían al compás de las nubes como si estuviesen vivas...

Sus manos estaban llenas de sudor. Notó que había estado apretándolas sin darse cuenta.

Después de tanto tiempo... tantas muertes... tantas preguntas... finalmente habían llegado el momento de la verdad. La respiración se le aceleró de la ansiedad.

“¡Dios...!” pensaba Lisa casi sin poder creer lo valiente que había sido. Observaba al hombre. Las facciones de su rostro no estaban muy

definidas. Y traía algo en la otra mano.

Las nubes taparon la luna.

“¿Qué será de todo esto?” suspiró Lisa, bastante asustada.

El hombre avanzó con paso lento pero decidido hacia la luz que salía del altar y finalmente se reveló.

—Te he estado esperando, mi querida Reina Verde —dijo emergiendo de las sombras.

Lisa se estremeció al ver su expresión en todo su esplendor.

Era un fantasma... Era el asesino.

## CAPÍTULO

31-

### *La última melodía.*

Lisa sintió que todo el aire de su alrededor era consumido. El hombre que veía ante sus ojos, parecía salido de una pesadilla. Traía un parche negro en uno de sus ojos, pero el otro estaba a la vista. Era saltón, frío y gris, como un trozo del hielo más sólido del polo norte. Poseía una altura considerable. Tenía labios cuarteados y pálidos, y su piel exponía las consecuencias de los castigos infligidos por su padre. Tenía una cicatriz en las mejillas.

La bailarina respiró profundo mientras él avanzaba lentamente hacia ella y la caja musical en su mano seguía despidiendo la bella melodía que tantas cosas le hacía recordar. Tónitor para cualquiera, podría haber resultado aterrador, pero su expresión era de inmensa tristeza. Antes que un asesino, daba la impresión de tratarse de un pobre y desdichado hombre, que había sufrido las consecuencias de una eterna y dolorosa batalla.

—No sabes cuánto te he esperado, mi querida Reina Verde —murmuró con una voz sincera y llena de un placer que parecía no poder contener— Años y años sin verte.

Se detuvo frente a ella. Era rubio y ciertamente atractivo, a pesar de sus marcas.

Lisa, por alguna razón, no compartía el odio que Bartussi le tenía a ese sujeto. Es más, sentía una especie de atracción, o afinidad que nada que ver tenía con su aspecto. Dejó que Tónitor se acercara aún más. Pensó que era bueno hablarle, preguntarle qué lo había impulsado a hacer lo que hacía, aunque cuando abrió los labios, la voz le tembló.

—¿Por qué? —preguntó—. ¿Por qué hiciste todo esto? ¿Por qué... mataste a tantas personas, Ernesto? Tú... no eras así.

La expresión de Tónitor se endureció increíblemente y cerró la caja musical. Su música se extinguió, dejando un notorio vacío.

—¿Personas? ¡¿Llamas personas a esos sujetos?! No, querida mía, estás equivocada.

Empezó a respirar aceleradamente.

—¿Tienes idea de lo que “esas personas” hicieron, si es que se las

puede llamar así? —preguntó.

—Sí, Ernesto, sé lo que hicieron, pero... no eras tú quien debía encargarte de castigarlos, no...

—La justicia legal no existe, tampoco la celestial, mi querida Reina Verde —volvió a suavizarse y dejó la caja musical sobre el altar, dándole la espalda a Lisa—. Ni en este país, ni en ninguno otro. Esto va más allá de cualquier cosa.

Se irguió y se quedó mirando a la Virgen María, como si a ella le hablara.

—Hemos vivido bajo la sombra de crímenes atroces por mucho tiempo. Tú principalmente, querida mía. —suspiró y bajó la cabeza. —Lamento no haberte podido proteger lo suficiente.

—¿De qué hablas? —preguntó ella extrañada.

El asesino se volteó lentamente.

—¿No lo recuerdas, verdad?

—Últimamente ya no sé qué debería recordar. He estado sumida en una pesadilla que parece no acabar jamás.

—Ay, como te entiendo, mi dulce Reina. Somos almas gemelas, querida mía. Siempre lo hemos sido. También lo sufrí mucho.

Respiró profundo, casi con dolor.

—No sabes cuánto tiempo te he esperado... Eres mi razón de existir, Lisa. Siempre te he amado... siempre lo haré.

Ella se sintió sobrecogida ante las palabras de Tónitor. Difícil era creer que ese individuo pudiese sentir amor, pero parecía real.

—Está bien... pero sigues sin decirme por qué hiciste todo esto. ¿Qué relación tiene con el amor? Si tanto me amabas como dicen ¿por qué... simplemente no te contactaste conmigo?

Él esbozó una sonrisa inocente.

—Quería sorprenderte —dijo con serenidad.

Cambiaba de humor repentinamente, casi como presa de una bipolaridad extrema. Lisa se preguntaba qué grado de locura padecía...

Estaba muy intranquila. La situación la superaba. Sentía el impulso de querer hablarle sobre ciertas cosas, pero se contuvo.

—Demostrarte lo que soy capaz de hacer por ti.—continuó él.

—Pero yo jamás querría algo de este estilo. ¿Qué dices?

—Claro que sí —le recriminó él, alterándose. —Tú y yo planeamos

juntos matar a tu padre, ¿te acuerdas? En nuestras noches de insomnio. Pero luego de eso tuvimos que dejar de vernos por una injusticia y... tuve que hacerlo solo.

Lisa perdió el equilibrio. Le hubiera gustado tener algo de qué sostenerse.

—¿Tú... tú mataste a mi padre? —se horrorizó.

Tónitor volvió a darle la espalda. Fue como si se sumergiera en su propio pasado.

—Después de que dejamos de vernos, mi mundo se derrumbó... Mis padres me obligaron a viajar en Buenos Aires y a quedarnos a vivir allí. Habían encontrado una casita bastante agradable en la ciudad y pretendían rehacer su vida en la capital del país... Buenos Aires era lindo, no lo niego. Pero no tanto como las charlas que nosotros teníamos todas las noches. Mi corazón agonizaba ante tu ausencia, Lisa mía. Y he dedicado mi vida entera a encontrarte.

La bailarina sentía compasión por Tónitor. No asco, no miedo. Sino pena. Amaba su recuerdo.

—Cuando cumplí dieciochos años y pude marcharme de mi casa, regresé a Mendoza para buscarte. Tuve que robarles dinero a mis padres para poder pagar el pasaje. Creo que en realidad fue a los veinte. Sí, veinte años tenía cuando logré comprar el boleto. Pero cuando llegué a Mendoza a buscarte, tu madre me dijo que te habías marchado y que no sabía dónde estabas.

Ernesto bajó la cabeza y empezó a llorar, como si la agonía en la que lo sumió ese momento, aflorara nuevamente.

—¿Qué pasó luego?

El hombre retomó la postura, aunque aún parecía bastante afligido.

—Vi por primera vez a tu padre... y el odio me enloqueció —dijo con la voz llena de indignación. —Me lo crucé en un bar mediocre, cercano a la capital de Mendoza. Estaba comprando alcohol... Y actué sin darme cuenta de ello. Avancé hacia él y lo asesiné. Rompí una botella contra un estante y le corté el cuello. Creo que nunca me sentí mejor... al menos hasta hoy.

—Pero ¿por qué lo mataste? —inquirió Lisa, todavía sorprendida.

Tónitor parecía contrariado.

—¿Qué pasa? ¿No es eso lo que tú querías?

—No, no quería que lo mataras. ¿Cómo querría eso? No era la solución.

—Pero dijiste....

—Dije que quería que lo matáramos juntos, sí, pero ¡sólo tenía trece años! ¡No pensaba con claridad!

Lisa entendió que su padre era la razón por la que Tónitor había caído en prisión.

—¿Por qué lo hiciste, Ernesto? Explícamelo.

Tónitor volvió a ponerse serio, pero esta vez parecía enfadado. Su voz se volvió monótona.

—No recuerdas lo que te hizo ¿no?

Lisa se preguntó a qué se refería y si realmente existía algo verdadero en sus palabras o todo formaba parte de sus fantasías.

—Una noche me enviaste una carta... Pero era una carta diferente a las de siempre. No hablaba de los castigos frecuentes, al menos no de los que me contabas... Este era el castigo más atroz que había desatado tu padre sobre tí... ¿O... debería decirte Paola?

La bailarina se quedó helada. ¿Qué demonios sucedía?

—¿Dijiste... Paola?

—Sí, así es cómo crees llamarte.

—¿Cómo...?

Lisa estaba perpleja. Algo andaba mal ¿Sabía Tónitor sobre Paola?

—Paola, Paola... ¿La escritora? ¿Te suena?

Tónitor soltó una risita burlona. Ahora Lisa sí realmente estaba prestando atención.

—¿Qué sabes sobre Paola?

—Paola nunca existió, Lisa... —dijo— Tu mente creó un personaje falso para ocultar lo que tu padre te hizo. Tu padre... te castigó de la forma más cruel y perversa. Él te robó la inocencia, la pureza, la... virtud esencial de todo niño... Eso es lo que me contaste en una de tus cartas. ¡Eso es lo que me impulsó a matarlo y matar a todos los sujetos que hicieron eso...! Lisa, tú eres mi inspiración. Paola no es más que un falso personaje, una fantasía que tu mente, en un principio de psicosis, creó para refugiarse en ella y escapar de esta terrible realidad que siempre intentaste dejar de lado infructuosamente.

—No, eso... no es cierto.

Lisa sentía que su corazón latía con fuerza. Era incapaz de caer en la cuenta de lo que las palabras de Tónitor representaban. No podía estar hablando en serio. Debía estar mintiéndole.

—Sí, lo es, mi querida Reina. Lo recuerdo muy bien. *“A partir de ahora, me llamo Paola. Lisa murió. Lisa es débil y yo soy muy fuerte. Tienes que llamarme Paola”*

Lisa recordaba haber escrito esas palabras.

—Es tan cierto como los somos nosotros mismos... Querías que te llamara Paola. Yo elegí que fueras mi Reina verde. Y maté a tu padre por ti, para hacerlo pagar por lo mucho que te lastimó. Yo, tu amor verdadero, el único hombre que te amó y amará para siempre... Paola debe partir ya. Debes dejarla ir y volver a la realidad, por más dolorosa que sea. No permitas que tu padre, aún muerto, siga castigándote y arruinándote la vida.

—Pero no puede ser verdad. Es...no...

Lisa estaba sumida en un estado de perplejidad terrible. Era inconcebible aceptar esa verdad, aunque en el fondo sabía que lo era. Las axilas le sudaban, las manos le temblaban, sentía que su mente se había perdido nuevamente en el pasado... Entonces una secuencia de imágenes regresó a su cabeza. Una figura oscura abalanzándose sobre ella, su oso de peluche volando por los aires y un dolor muy fuerte entre sus piernas...

Entendía todo al fin. Paola nunca había existido. Su mente la había engañado, como todas las mentes engañan al consiente cuando sufren traumas. Había intentando de todas las maneras posibles olvidarse de eso. Tanto que se había encerrado en una utopía. Se había vuelto loca. Había creado un personaje ficticio para esconder su dolor. Por eso Paola creía que su padre era un héroe asesinado por los militares, porque su verdadero padre había sido un militar y ella los odiaba. Creía que todos eran iguales a él. El héroe en su fantasía era el ideal de la figura paterna que ella hubiese deseado tener verdaderamente.

—Pero parecía tan real —murmuró al borde de las lágrimas.

—Sólo era real porque tú creías que era real, mi querida Lisa y porque el dolor que te causaba la realidad era más grande.

La bailarina sentía que el mundo se desmoronaba ante sus ojos, que todo lo que había creído se esfumaba como el humo entre las manos. Dos lágrimas cayeron por sus mejillas.

—No llores, Reina Mía. Esos ojos verdes, que tantas veces me guiaron cuando me sentía perdido, no están preparados para llorar.

Tónitor se acercó y le limpió las lágrimas con el pulgar. Lisa sentía que todo eso formaba parte de un sueño, un sueño del que debía despertarse ya, un

sueño trágico.

—Siempre te amé... Siempre te busqué pero eras como un recuerdo... Llegue a dudar si eras real. Hasta que recibí tú visita en el Hospital psiquiátrico.

La bailarina alzó la lagrimosa mirada.

—¿Mi visita?

—Sí, fuiste a verme al Hospital psiquiátrico. Ideamos mi salida.

—¿Qué?

Tónitor elevó la voz.

—Tú eres mi cómplice, Lisa. Tú eres quién me ayudó a escapar. Tú, sólo tú. Mientras creías ser Paola, eras en realidad la Lisa traumada e impregnada de odio que solo buscaba vengarse... No sé si hay algún médico vivo que pueda diagnosticarte un tipo de psicosis existente, quizás eres única, como yo y ahora estamos solos pero juntos, frente a frente. Y debes volver a la realidad; aceptar lo que ocurre.

—Pero...

—Todos esos matones que estuvieron tras ustedes eran pagados por mí. Pertenecientes a una sociedad anónima que realiza estos tipos de trabajos. Tu ex jefe tenía una muy buena suma de dinero en el local. Con eso pude financiar esta grandiosa obra.

—Pero yo no quería esto —dijo Lisa, afligida.

—Claro que lo querías. Tú lo ordenaste. Y está bien... ¿Sabes por qué? Porque esa gente no debe estar viva.

Lisa cayó de rodillas al suelo y empezó a llorar inconsolablemente. Su corazón estaba partido en miles de pedazos. No podía creer ser la causante de todo ese mal. Los recuerdos que Tónitor relataba comenzaban a aparecer en su mente, confirmando que lo que decía era veraz.

Entonces se oyó un sonido ensordecedor y un estallido. Tónitor se puso de pie y miró la distancia. Lisa, aún arrodillada, se volteó con lentitud. Roberto estaba parado en la puerta, con un arma en las manos. Acaba de disparar.

—¡Aléjate de ella! —gritó con determinación.

Todo se sucedió muy rápido. Ernesto corrió hacia los nichos y Roberto comenzó a disparar una y otra vez, tratando de acertarle mientras aparecía corriendo entre los pilares. Los escombros volaron en todas las direcciones.

Dos estatuas se desmoronaron sobre el pasillo con gran estrépito al recibir los errados impactos.

Tónitor logró salir ileso de la lluvia de disparos. Permaneció escondido detrás de uno de los pilares, muy agitado, con los hombros llenos de polvo.

—Detective Bartussi. Veo que usted es más astuto y resistente de lo que aparenta ser —la malicia era muy evidente en su voz. Con la espalda apoyada en el pilar, gritó—. Deberían darle una medalla. Trabajando gratis a favor de la comunidad. Además solo han pasado... vientos horas desde su cirugía. Déjeme aplaudirlo.

—Soy más astuto y resistente de lo que crees... Por fin nos encontramos. Que noche más agradable.

—Humm... pues debo decir que no comparto el mismo sentimiento de agrado. Hubiese preferido que se mantenga fuera de la situación y evitar que Lisa viese como lo asesino, pero claramente no le gusta perderse la acción.

Bartussi, aunque se veía fuerte, todavía estaba muy débil. La noche anterior lo habían operado de urgencia, para quitarle una bala del pecho. Respiraba con dificultad

Giró la cabeza y vio a la bailarina arrodillada en el suelo, desconsolada. Le estaba dando la espalda. Ni siquiera parecía darse cuenta de lo que pasaba detrás suyo.

—No me interesa la acción. —repuso Roberto, con el arma levantada— Vine por ti, a hacerte pagar. Te había prometido que lo haría, ¿recuerdas?

—Difícil olvidar las palabras del gran detective Bartussi. Aunque si usted fuera tan inteligente como afirman aquellos que relatan sus proezas, se habría mantenido al margen y tal vez habría sobrevivido. Ahora... no tiene opción.

—Ya veremos quién es el que sobrevive esta noche. Deberías estar preocupado ante mi presencia aquí.

—¿Yo, preocupado? —inquirió Ernesto y soltó una risa burlona, que resonó en los altos techos de la Basílica. — ¿Crees que por tener un arma en tu poder eres más fuerte que yo?

—No sé si más fuerte, pero cuento con ventaja —dijo Roberto despreocupado y volvió a fijarse en Lisa, que no mostraba indicios de ni siquiera respirar—. Todo el personal policiaco de la provincia está en camino.

Era cierto. Roberto, había dejado de lado sus peculiares percepciones y

llamado a su compañero Gust para informarle la situación. También lo había hecho Burplot. Y él, junto a todo el equipo de profesionales que estaba tras la investigación, habían salido disparados hacia la basílica. Tardarían en llegar, pero así lo había planeado Roberto, pues necesitaba estar solo con Tónitor un momento. Entendía, de todas formas, que ya no tenía la misma resistencia y que la resolución del caso esa noche, podría ir acompañada de su muerte.

—Cuéntame cómo escapaste de Adrob...

—Usted y sus preguntas.... Está bien. Voy a revelarles todos mis secretos, detective. De todas maneras, esta noche no saldrá vivo de aquí.

Tónitor sonreía siniestro.

—Mi querida Reina Verde depositó ocho mil pesos en la cuenta de uno de los guardias de seguridad de la instalación; Valentino Signit. Se hicieron muy afines tras uno de sus espectaculares shows. Claro que las intenciones de mi Reina eran sólo ayudarme a mí.

—Continúa.

—¿Por qué tanto apuro, detective? La muerte está parada detrás de usted, esperando que tome su mano. Yo disfrutaría un poco más cada segundo.

Tónitor hizo una pausa y luego continuó.

—Valentino debía esperarme en un lugar determinado e intercambiar su ropa conmigo. Así sería mucho más sencillo salir. Nadie me perseguiría dado que me pensaban un guardia más, y tenía las llaves del lugar... ¿Qué más podía necesitar? La seguridad de ese hospital no es tan grandiosa como suelen decir, similar a mis expectativas de usted.

—¿Y el llamado de José?

—Eso fue idea mía, sí. Creí que lo debilitaría aun más. Parte de un audio que le hice grabar antes de purificarlo.

Bartussi volvió a posar sus ojos en Lisa, incrédulo.

—Sigo sin entender muchas cosas.

—¿Como cuáles?

—¿A qué te refieres con purificar?

—Purificar... Lavanda... Quitarles la vida no era suficiente... Necesitaban ser purificados. Sentir una pizca del dolor que causaban y continuarían causando de no haber pasado por mis manos.

Tónitor empezó a respirar muy fuerte, como si lo hubiesen poseído mil demonios.

—Imposible describir el odio que me generaban... ¿cómo entender la

libertad mental que tenían para ver más allá de la inocencia de unos niños? ¿Cómo podía Dios, el universo o lo que fuera, permitir que tales calamidades se llevasen a cabo?

Las palabras del asesino iban transformándose de murmullos a gritos.

—¿CÓMO ERA POSIBLE QUE INCLUSO EN LA POLICÍA HUBIESE GUSANOS COMO SU REPUGNANTE COMPAÑERO?! ¿Cómo usted, detective Bartussi... que tan conocido era por su inmensurable capacidad de resolución, no pudo ver eso? ¿O acaso lo vio e hizo caso omiso? En mi opinión, quien sabe de un crimen y no hace nada, es tan culpable como el mismo abusador...

Bartussi se puso a pensar, mirando sin ver el suelo de la basílica. Ese segundo de distracción le costó bastante caro. Cuando volvió a fijarse en el pilar detrás del que Tónitor se escondía, vio que una figura enorme se le abalanzaba. Disparó lo más rápido que pudo, pero no acertó y el asesino lo golpeó con la lámpara de aceite, rompiéndola por completo. Los cristales estallaron en todas las direcciones, haciendo que el líquido se derramara sobre el pecho de Bartussi mientras caía impulsado contra los bancos que tenía detrás y el arma volaba fuera de su alcance.

Tónitor se tiró sobre el detective y comenzó a golpearlo con sus puños, pero éste se zafó y lo empujó hacia atrás con sus piernas. Se levantó para encontrar su pistola y acabar con la vida del sujeto que tantos problemas les había causado ese último tiempo. Pero cuando estuvo de pie, sintió un dolor atroz en el tobillo y cayó al suelo, soltando un chillido. Se giró, dolorido y vio que Tónitor le había clavado una navaja en la zona inferior de la pierna.

—¡Maldito! —gritó.

El asesino sonrió triunfante. Sacó el cuchillo de su tobillo con malicia, tomándolo del mango y se levantó para lanzarse encima de él, nuevamente. La hoja destelló cuando bajó sobre Bartussi, pero éste opuso resistencia. Sujetó los brazos del Tónitor con fuerza, evitando que el cuchillo descendiese aún más.

—¡No sabes el placer que dará matarte! —masculló Bartussi, mientras sostenía los brazos de Tónitor y la ira irradiaba por sus ojos azules.

Flexionó la pierna sana y con la rodilla le dio al asesino un golpe en el estomago, haciéndolo rodar a un lado y soltar la navaja, que tintineó al caer al suelo. Roberto se puso de pie, dolorido y tomó el arma blanca con una impresionante expresión de indignación. Atacó encolerizado. Insertó el

cuchillo en el pecho de Tónitor y éste escupió sangre por la boca. Chilló de dolor.

—¡Oh, Dios!

Miró la navaja que tenía incrustada en el pecho con terror, sintiendo que se le dificultaba el respirar.

—Ahora estamos a mano —dijo sonriendo Roberto, mientras un hilito de sangre salía de su nariz—. Veamos si tú tienes la misma resistencia que yo y logras sobrevivir.

Roberto estaba cubierto de aceite. Le dio un fuerte puñetazo a Tónitor en la cara y lo dejó inconsciente. Se quedó contemplando a su víctima, decidiendo qué hacer. Entonces, escuchó un llanto y se volteó. Lisa seguía en el suelo arrodillada, llorando con el corazón roto. El detective se levantó y se acercó un poco a ella, pero no demasiado.

—Lisa...

Tenía una pregunta en la boca que sería la que definiría todo.

La atmosfera dentro de la Basílica era muy deprimente. Realmente parecía que la muerte caminaba entre ellos, arrastrando su larga túnica negra.

—Lisa... ¿es verdad lo que dijo Tónitor sobre ti?

La bailarina no contestó. Pero dio la impresión de que su llanto se incrementaba. No era una buena señal. Roberto tragó saliva.

—¿Es verdad? Dime que no, Lisa, por favor —suplicó. Su voz temblaba.

Esperó en el silencio. Lo único que oía eran sus llantos.

—Lo siento —dijo ella tras un momento. —Lo siento mucho, pero... no puedo decirte eso. Estaría mintiendo.

Roberto sintió que le lanzaban un baldazo de agua fría. Necesitaba entender todo antes de que la policía llegara.

—¿Es cierto entonces?

—Sí... es cierto. Yo no lo sabía. No quise engañarte. Te lo juro... Por favor, perdóname.

Roberto retrocedió mudo. Lisa se puso de pie, con el rostro más triste que alguna vez el detective vio. Estaba empapada por las lágrimas; recorrían dolorosamente todo su rostro. Parecía una persona a la que habían torturado durante siglos.

—No puedo creerlo. Confié en ti. Y todo este tiempo fuiste su cómplice... todo este tiempo... quise a una persona que no existía.

—Pero...

—No, no quiero escucharte —bramó Roberto, retrocediendo—. La Lisa que yo conocía y amaba ha muerto.

El detective se dio vuelta y se encaminó hacia la puerta. No podía pensar. ¿Perdonar, entender...? Demasiado conmocionado estaba para decidir qué hacer.

Había manejado extremadamente débil hasta la Basílica con el auto de Burplot, en su afán de continuar protegiéndola. Pero la vida de la bailarina no estaba en riesgo. No, al contrario. Era él quien estaba en peligro y lo había estado desde que se acercó a ella.

Todo lo que creía de Lisa, e incluso de sí mismo, era irreal. Claramente los días en donde su infalible percepción era capaz de resolver los casos más controversiales, habían quedado en el pasado. No había podido ver la realidad de José, tampoco la de Lisa... Y ahora entendía que tampoco la suya, pues su mágica intuición, su arma más poderosa, había perdido todo rastro de fuerza. Claro que no le sorprendía del todo, de hecho había decidido pese a su orgullo, llamar a la policía dado que ya no se sentía capaz de resolver ese asunto solo, pero ahora era una certeza. Había perdido sus dones...

Mientras se dirigía hacia la salida, Tónitor se levantó.

—¿Quién tiene el arma ahora, imbécil? —preguntó esbozando una sonrisa, pese al dolor que sentía en el pecho.

Bartussi se detuvo.

—¿Así matas a la gente? ¿Por la espalda?

—Puedes girarte si quieres.

—Prefiero que no seas la última cosa que vea.

—No esperaba otra frase de usted... Se acabó el juego. ¿Unas últimas palabras?

Bartussi dudó y reflexionó durante un momento. No había nada que decir. Había perdido todo.

—No, nada.

—Hasta siempre entonces —dijo riendo Tónitor, con una expresión de satisfacción tremenda.

Levantó bien alto la pistola y Roberto cerró los ojos, sin pensar en nada más. El dolor por la traición de Lisa dolía más que cualquier bala.

Disparó.

El sonido fue atronador...

La muerta, ansiosa, esperaba entre ellos.

Silencio...

Desconcierto...

La situación quedó en suspenso...

Frío...

Tónitor estaba perplejo. Bartussi seguía erguido ante él, sin demostrar indicios de dolor. ¿Por qué se había escuchado entonces un disparo? Aún no había gatillado. Bajó la mirada y se miró el orificio que tenía abierto en el pecho. El detective no sentía dolor, pero él sí, un dolor abrasador...

Roberto se volteó y el asesino cayó al suelo, derrotado, dejando a la vista a Lisa. La bailarina parada de espaldas al altar, tenía el arma que el detective la había dado en el galpón levantada. De la punta de su cañón salía humo.

—Todo ha terminado, Roberto —dijo ella y dejó que el arma cayera al suelo—. Todo ha terminado...

Por un momento sus miradas volvieron a encontrarse, pese a la distancia que los separaba. Se quedaron en silencio un momento, sin decir nada. Entonces Bartussi se dio la vuelta y se encaminó hacia la salida, sin mirar atrás...

Era verdad. Toda había terminado para ambos.

## *Epílogo*

Lisa estaba sentada junto al cadáver de Tónitor, escuchando la triste melodía que salía de la caja musical y contemplando como la diminuta bailarina giraba ante ella, cuando las fuerzas especiales de la policía irrumpieron en la Basílica y se desplegaron por su interior. No tenía noción del tiempo que había pasado, ni si había sido Bartussi quién llamó a los policías; pero cuando le atravesaron el brazo con una jeringa y la droga entró en su sistema, se desmoronó. La subieron a la camilla con cuidado y, pese a que los rápidos efectos del fármaco ya estaban funcionando, todavía escuchaba la melodía que salía de la caja musical mientras la alejaban de ella.

Cuando traspuso el umbral hacia el exterior de la Basílica, veía nubladamente. La visión se le desenfocaba. No tenía fuerzas, le costaba respirar e incluso hablar, aunque no tenía nada que decir. ¿Realmente quería seguir respirando? ¿Con qué propósito?

Al menos diez coches patrulla acordonaban el perímetro de la iglesia desde la plaza Belgrano y más allá había dos helicópteros con las aspas todavía girando... Una docena de policías contemplaban la escena. Lisa sintió frío cuando la bajaron por las escaleras.

Entonces la dejaron acostada en el interior de una ambulancia y mientras se marchaba en ella, podía ver por la ventana trasera que el cielo en el exterior comenzaba a aclararse. Tenía ese azul grisáceo, de tonalidades diluidas tan característico. La ventanilla mostraba la Basílica quedando atrás... Ojala hubiera estado lloviendo.

*La lluvia me trae recuerdos de ti, Roberto... Es la más arraigada de mis tristezas y el más torturador de los dolores. Tu ausencia ahora en mi pecho, galopa como un corazón a punto de detenerse. Y es el recuerdo de tu existencia en mi memoria la celda que me aprisiona... la espina que pisaré cada día, el llanto que fluctuará mis emociones cada mañana y las pesadillas que dormirán conmigo cada noche... ¿volveré a verte alguna vez? ¿Realmente exististe en mi vida o sólo fuiste una mera ilusión como todo lo que me rodeaba? Hoy te amo más que nunca, pero sé que tú, en tu odio por lo que hice, jamás vendrás por mí y lamentaré durante mi eterna existencia*

*haberlo hecho...*

*Te amo.*

Tras pensar en esas palabras, la droga finalmente hizo efecto y Lisa cerró los ojos, para no abrirlos en mucho, mucho tiempo. Quizás era eso lo que quería. Ya no tenía razones para vivir. Pero al menos podía estar en paz... Había terminado con la locura de Tónitor, había hecho lo correcto.

La ambulancia se perdió de vista, tras sumergirse en un banco de niebla matinal y sus luces traseras se extinguieron como la vida de Paola, sus sueños y todas sus falsas e irreales historias....

Muy lejos de allí, la melodía de la caja musical que todavía sonaba en el interior de la Basílica se apagó, cuando los dedos del ex detective Bartussi cerraron la tapilla y acariciaron la madera de la que estaba hecha con un dolor insoldable llorando en su interior... También todo había terminado para él y mientras se alejaba por el largo pasillo, terriblemente apenado, se preguntó si alguna vez encontraría consuelo para tanto dolor.